



El
otoño
que
soñé

ADELA ARAGÓN

El otoño que soñé

PARADISE ISLAND

ADELA ARAGÓN



Copyright © 2024 by Adela Aragón

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos sistemas de almacenamiento o de recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora.

Índice

I. Invierno

1. [Fin del otoño](#)
2. [LaFleur](#)
3. [Habitaciones de sobra](#)
4. [Vegetariano](#)
5. [Cena al aire libre](#)
6. [Cambio de opinión](#)
7. [Falso](#)
8. [El misterio de LaFleur](#)
9. [Fluir](#)
10. [Carpe Diem](#)
11. [La pesadilla](#)
12. [¿Electro qué?](#)
13. [Maldito sushi](#)
14. [No hice nada](#)
15. [La teoría de Jiro](#)
16. [La invitación](#)
17. [Castañas](#)
18. [El regalo](#)
19. [Nervios](#)
20. [La Fiesta de Navidad](#)
21. [La fiesta de Navidad parte 2](#)
22. [El reto](#)

II. Primavera

23. [Emociones](#)
24. [El despiste](#)
25. [Empatados](#)
26. [¿Con k o con c?](#)
27. [Erik Anderson](#)
28. [Cásate conmigo](#)
29. [Yamanba](#)
30. [Joder con la novelita](#)
31. [Sol primaveral](#)
32. [Amigos](#)
33. [Pitos y flautas](#)
34. [Sin pegar ojo](#)
35. [Cupo de perturbación completo](#)
36. [Me gusta](#)
37. [A vivir que son dos días](#)
38. [Dejarse llevar](#)

III. Verano

39. [Poco se habla del verano](#)

40. [La odiosa habitación de invitados](#)
41. [Nuevas experiencias](#)
42. [El gas del amor](#)
43. [Despertar juntos](#)
44. [I wanna love you](#)
45. [Soy Feliz](#)
46. [Laura y Linda](#)
47. [Nueva Perspectiva](#)
48. [El karaoke](#)
49. [Lechuga pocha](#)
50. [The dancer](#)

IV. [Otoño](#)

51. [Esperanza](#)
52. [Lluvia](#)
53. [Despedida](#)
54. [Miedo](#)
55. [El viaje](#)
56. [¿Casualidad o destino?](#)
57. [Brócoli](#)
58. [Baches](#)
59. [Mi sol](#)

[Epílogo 1](#)

[Epílogo 2](#)

[Antes de irte](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

A Leti, por crear a la pareja perfecta para Aki

PARTE UNO

Inverno





CAPÍTULO 1

Fin del otoño

En aquel tiempo, solo tenía clara una cosa: odiaba el otoño.

Parece un hecho sin importancia, una preferencia sin más; pero, algo así, viniendo de un espíritu estacional del bosque como lo era yo, resultaba ser algo raro de narices. Para mis tres hermanos, la estación que les había tocado en la ruleta de la fortuna de la madre naturaleza era sin duda la que más disfrutaban. Fuyu adoraba la calma del invierno, aprovechaba el silencio para sus momentos interminables de introspección y le encantaba ver cómo la nieve purificaba y preparaba todo para un nuevo comienzo. Haru amaba la primavera, se le veía en sus ojos risueños cuando el sol templaba su rostro y la brisa fresca atraía el olor de las flores de cerezos. Natsu llevaba la palabra *verano* escrita en la frente. El calor era su mayor aliado. Él mismo había reconocido que era la mejor época del año para holgazanear y divertirse según lo que te pidiera el cuerpo. Pero a mí... A mí tuvo que tocarme el maldito otoño, la estación en la que todo termina, la melancolía corriendo a raudales por las venas y echando raíces en lo más profundo de tu ser; la pérdida, la nostalgia, la tristeza... Al principio lo llevaba bien, incluso me gustaba. Se suponía que estaba hecho para eso, solo había que verme. Piel tostada como la corteza de los árboles y pelo cobrizo como las hojas caducas de los robles. Si me metía desnudo en un bosque otoñal, me mimetizaba con el ambiente. Pero, después de tantos años, el hastío me calaba hasta el tuétano y cada vez era peor. Por eso, aquel uno de diciembre, me sentía aliviado. Mi trabajo había terminado. Porque, aunque para el resto del hemisferio norte el invierno empezara unos cuantos días después; para nosotros, la fecha oficial de los cambios de estación siempre era a primeros de mes, así dejábamos margen de maniobra. Y había llegado el momento, me tocaba pasarle el testigo a Fuyu.

—No veas cómo te has pasado este año con la lluvia —protestó Natsu con su inconfundible tono de irritación—. En noviembre no nos has dado ni un puto segundo de descanso. ¿Qué te pasaba? ¿Te pusiste a escuchar *November Rain* y te inspiraste?

—Lo hice solo para fastidiarte —bromeé—. Anda, dame eso y ya me quito de en medio. Seguro que el invierno te sienta mejor —dije en tono irónico mientras alargaba la mano para que me pasara la botella de ron que le había encargado.

Natsu chasqueó la lengua con fastidio y me tendió la bolsa de papel marrón.



Como cada cambio de estación, los cuatro nos encontrábamos en la cabaña de la montaña, aquella que regentábamos en nuestro trabajo de guardabosques.

—Sí, ha llovido mucho estos meses —observó Haru—. ¿Estás bien, Aki? —Se abrazó a mí y me hizo cosquillas con su cabello blanquecino en la nariz.

—Sí, estoy bien, solo cansado... y aburrido

«Aburrido al extremo».

—Vale, ¿qué vas a hacer ahora? —preguntó mientras me peinaba la melena con las manos de forma cariñosa.

Haru era así, pegajoso a más no poder. Le sonreí y me aparté de él. Me puse el poncho de lana y llené la pipa.

—Me iré a la casa del río, como siempre. Veré algunas películas, escucharé música y daré buena cuenta de la botella. —Meneé la mencionada en el aire—. Ya sabes, celebrar que empieza mi periodo de vacaciones. —Sonreí y di una calada.

El olor dulzón que desprendió el humo se extendió por toda la habitación.

—O sea, que se va a poner hasta el culo de su hierba especial y se va a coger la cogorza del siglo —le explicó Natsu a Haru.

—No veo que te quejes de mi hierba especial cuando vienes a pedirme.

Haru lo miró y después a mí.

—He quedado luego con Jacquie para cenar, ¿por qué no vienes?

—Otro día, hoy quiero estar tranquilo.

—Claaaro, porque ha estado muy estresado últimamente —dijo Natsu con ironía—. Déjalo, Haru, es su rollo. Él disfruta estando deprimido y revolcándose en su propia mierda. Si no tuviera esas astas de ciervo sobre la cabezota, casi pensaría que su animal espiritual es un cerdo.

—No estoy deprimido —contesté ignorando su insulto.

—¿Por qué no lo dejáis tranquilo? —Fuyu salió en mi defensa, aunque seguramente sería más porque tanta cháchara le estaba empezando a molestar a él que por defenderme.

Lo señalé mirando a los demás como si hubiera dicho lo más coherente del mundo.

—Eso, dejadme tranquilo. Chicos, soy mayorcito, sé cuidar de mí mismo. No os preocupéis por mí. Solo me hace falta acomodarme en la casa del río y ya se me pasará.

Alboroté el pelo de Haru, le di una palmada a Natsu en la espalda de camino a la puerta y salí de la cabaña. Inspiré con fuerza antes de emprender el paso mientras un pajarillo se posaba en una de mis astas.

—Deprimido dicen. ¿Te puedes creer? Qué sabrán ellos, son unos críos.

Mi emplumado amigo pio en respuesta.

—Sí, sí, ya sé que tenemos la misma edad, pero no es lo mismo, a ellos les sigue sorprendiendo la vida, pero a mí... Yo ya vengo de vuelta de todo, siempre es igual en esta maldita isla.

El ave alzó el vuelo, harto de escuchar mis quejas. Normal, yo también lo hubiera hecho si hubiera podido. Me hubiera ido volando para alejarme de allí y de mí mismo.

No sabía explicar con exactitud lo que me estaba pasando, pero me sentía estancado, atrapado, cansado, muerto de aburrimiento y sin ilusión por nada... Al final iba a ser verdad...

Estaba deprimido.





CAPÍTULO 2

Como todos los años al comenzar el invierno, me dirigía a una casa abandonada que había junto al río. Me gustaba esa casa porque estaba bien situada. Se encontraba a las afueras del pueblo, justo al comienzo del bosque. Era el término medio perfecto para vivir aislado, pero dentro de la civilización; y podía ir a los lugares importantes sin necesidad de utilizar un transporte.

La isla a la que pertenecíamos mis hermanos y yo se encontraba en medio del Mar de Japón. Rakuen o Paradise Island, como la llamaban los extranjeros, era un trozo de tierra pequeño y todavía no muy conocido, a pesar de que cada año iban llegando más turistas en la época de verano atraídos por sus paisajes y sus playas. Más de un tercio de Rakuen era paraje natural. Lo tenía todo, una combinación de playa y montaña perfecta con bosques frondosos y riachuelos de agua limpia. La zona habitable era un pequeño pueblo de unos seis mil habitantes que se fundó en 1952. Después de que se firmara el Tratado de Paz de San Francisco entre Japón y los Aliados de la Segunda Guerra Mundial, incluidos los Estados Unidos. El gobierno japonés, como gesto de alianza, ofreció esta isla para que muchos de los extranjeros tuvieran un sitio propio donde sentirse bienvenidos. Desde entonces, la isla se había convertido en el hogar de todo aquel que huía de algo y buscaba tranquilidad. Su gente era una mezcla de diferentes razas, culturas y nacionalidades, en su mayoría japoneses y americanos, por lo que se hablaban las dos lenguas casi por igual. Se podría decir que los únicos habitantes autóctonos de la isla éramos mis tres hermanos y yo.

La casa a donde me dirigía era una edificación de piedra de estilo europeo que llevaba diez años vacía, pero que se encontraba bien conservada, en parte gracias a mí, que me había encargado de cuidarla como si fuera mía; en cierta medida, porque así lo sentía.

Caminé durante la hora y poco de distancia que había entre la cabaña y mi hospedaje particular mientras recogía algunas setas por el camino... Para cenar, no seáis mal pensados. Cuando estaba a apenas a diez minutos de mi destino, me encontré a Calabaza, que se frotó contra mis piernas en cuanto me vio y maulló mientras me miraba.

—Hola, amiguito, ¿me has echado de menos? —Acaricié la cabeza de aquel gato anaranjado y este volvió a maullar.

No me gustó lo que me dijo, así que, hice desaparecer mis astas, adopté mi apariencia humana y aceleré el paso hasta la vivienda. Nada más llegar, me percaté de que algo pasaba. Estaba distinta. Habían arreglado el exterior y habían instalado una rampa de hormigón que tapaba los dos escalones de la entrada. Además, también había una furgoneta negra allí aparcada.

—Mierda —mascullé. Debería haberme pasado por allí algún maldito día del otoño, pero aquel año estaba especialmente vago, o desanimado más bien, y no me apeteció pegarme la

caminata innecesaria. Mal hecho.

Me dirigí al porche trasero, el que daba al río, en busca de más cambios, y entonces fue cuando lo vi. Estaba de espaldas a mí, sentado en una de esas sillas de ruedas modernas motorizadas, y contemplaba el agua sobre una especie de embarcadero de madera que habían construido en él. Me quedé observándolo sin que se diera cuenta de mi presencia, parecía estar metido en sus pensamientos y hubiera apostado lo que fuera a que no eran nada buenos.

—¡Ey! —llamé su atención.

Se giró con su silla y me miró sorprendido. Me acerqué al muelle sin pensarlo mucho y él, a su vez, se acercó a mí.

—¿Quién eres? —me preguntó con aire soberbio.



El tipo tenía el cabello rubio, ondulado y le llegaba un poco por debajo de las orejas. Su ceño fruncido le hacía parecer mayor, pero, al mismo tiempo, las pecas que se repartían por su cara le daban un toque juvenil. Calculé que debía de tener unos veinticinco o veintiséis años. Vestía ropa cómoda y moderna, pero cara.

—¿Cómo que quién soy? ¿Quién eres tú?

Levantó una ceja como si estuviera molesto, pero, a la vez, tuviera curiosidad.

—Eres tú el que has entrado en mi propiedad sin permiso. —Gesticulaba con movimientos de sus brazos.

—¿Tu propiedad? ¿Dónde pone eso?

—En los papeles que tuve que firmar para adquirirla.

Abrí la boca para protestar, pero la volví a cerrar sin emitir palabra. Mierda... El rubito ese con cara de amargado había comprado MI casa... Bueno, siendo realistas, no era legalmente mía, pero como si lo fuera. Joder..., y yo que creía que las cosas no podían irme peor...

Me apoyé en la valla de madera que había al inicio de aquel muelle y me crucé de brazos mientras pensaba en la situación. Tengo fama entre mis hermanos de saber tomarme los contratiempos con calma, por eso vienen a mí siempre en busca de ayuda, y esto era sin duda un contratiempo en mis planes a corto plazo. El pecos me miraba incrédulo. Decidí que no me iba a estropear las vacaciones de invierno, su presencia no sería un impedimento para mí. Que se fuera él si le molestaba que me quedara allí.

—¿Y bien? —dijo en tono impertinente.

—Soy Aki —me presenté—. ¿Tú eres...?

Me miró como si estuviera pensando si decirme o no su nombre, pero terminó por hacerlo... O eso pensaba yo por aquel entonces.

—LaFleur. Soy James LaFleur —contestó clavando su mirada celeste en la mía.

—Encantado, LaFleur. —Lo de *encantado* fue por quedar bien. Obviamente, no me alegraba de conocerlo.

Le tendí la mano para formalizar el saludo y él se quedó mirándola durante unos segundos. No sé lo que pensé, pero apostarí a que nada bueno. Suspiró levemente y dijo otro *encantado* más falso que el mío, pero no se molestó en responder a mi saludo. Me quedé ahí con la mano colgando unos segundos antes de metérmela en el bolsillo.

—¿Y qué te trae por aquí, Aki?

—Verás, amigo, estoy aquí porque en esta casa es donde vivo.



CAPÍTULO 3

Habitaciones de sobra

LaFleur me miró con cara de no entender lo que pasaba. Normal, seguro que, cuando compró la casa, no venía en el contrato que un pelirrojo *hippie* estuviera incluido.

—No entiendo lo que quieres decir, Aki. —Pestañeó confuso. Tenía unos ojos bonitos y expresivos—. ¿Cómo dices?

—Te lo explicaré. Es tan fácil como que llevo viviendo en esta propiedad desde hace unos años. Estaba vacía y no tenía pinta de que nadie la quisiera, así que me instalé.

—O sea, que eras el okupa de mi nueva casa. —Levantó la ceja y a mí me dieron ganas de bajársela de un capirotazo.

—Yo no lo llamaría así.

—Ya... Así que era tuya toda esa ropa que había en el armario principal...

—¿Qué has hecho con ella? —Mierda, la ropa, no había caído en eso.

—La mandé tirar..., obviamente.

—¿Cómo que «obviamente»?

—Pensé en donarla a la beneficencia, pero no era mucho más que unos trapos muy usados.

Chasqueé la lengua indignado.

—¿Tropos usados? ¿De dónde has salido?

—¡Ah! Estás aquí, señor... ¿Aki?

Mat, el hijo mayor de los Thomson, salió por la puerta del porche y nos interrumpió. La última vez que lo había visto no era más que un chaval que abandonó la isla para estudiar enfermería. Ya quedaba poco de aquel chiquillo, ahora era todo un hombretón, fuerte y grande, aunque con la misma cara de bonachón de siempre.

—Mattie, has vuelto. ¿Qué tal te va, chico? —saludé.

—Sí, llegué hace dos meses, cuando terminé mis estudios. —Se acercó a mí y me dio un apretón de manos—. Ahora trabajo para el señor...

—James —lo interrumpió LaFleur—. Llámame James, Mat, nada de «señor LaFleur».

Mattie lo miró durante un par de segundos, mientras aún sujetaba mi mano, y luego retomó la conversación.

—Para... James, ahora trabajo para James. Me encargo de ayudarlo en su día a día junto a Jiro, nos vamos turnando para hacerle compañía.

—¿Jiro, el de los Nakamura?

—El mismo.

Asentí al darme por enterado.

—¿Os conocéis desde hace mucho? —preguntó LaFleur mirando a Mat.

—En el pueblo todos nos conocemos. Aki es uno de los guardabosques de la isla, lleva aquí

toda la vida.

James fijó la vista en mí y sonrió de lado.

—Y, sin embargo, no tiene casa propia.

—¿Ah, no? —Mattie ladeó la cabeza confundido, pues, seguramente, pensaba que la cabaña del bosque era mi verdadera casa; y no se equivocaba. Pero a mí me gustaba más esa.

—Bueno, eso no importa, pensaba instalarme unos días aquí de todas formas. No creo que vayas a usar ninguna de las habitaciones de la planta alta, ¿no? —Le devolví la sonrisa de suficiencia al pecoso impertinente.

—Pues no sé, estaba pensando en mandar instalar un sistema de poleas para que Mattie me suba... Las vistas son mejores.

¿Estaba bromeando? Lo había dicho en un tono tan neutro que hasta pensé por un momento que hablaba en serio. Solté una carcajada con el humor tan cínico del pecoso. Se me quedó mirando con un amago muy sutil de sonrisa.

—Ha sido un placer, Aki, siento lo de tu situación. —Se alejó hacia la entrada de la casa.

Mattie se me quedó mirando un segundo.

—Mat, no te quedes ahí —dijo LaFleur en tono dominante.

—¡Voy! —le contestó—. Nos vemos, Aki. —Aligeró el paso y fue tras él.

Y yo... Yo lo imité. No tenía nada mejor que hacer. De repente, se habían truncado mis planes de cogerme una cogerza en la soledad de la noche y me habían puesto un reto por delante. En ese momento, la prioridad era instalarme en una de las habitaciones de arriba y dejar la cogerza para más tarde, en compañía del pecoso y el bueno de Mattie. No era mal plan y pasaba de volver a la cabaña de la montaña a esas alturas.

Me adentré en la casa también, como si todavía viviera allí. El interior había sido remodelado. Había muebles nuevos y estaba adaptada a las necesidades de LaFleur. No se dieron cuenta de que estaba detrás de ellos hasta que hablé.

—Dejaré esto en la nevera. —Los dos me miraron con sorpresa y les mostré la botella de ron antes de guardarla—. También he traído setas, las podemos usar para cenar. —Abrí la bolsa, se las mostré, y luego la guardé en la nevera.

Cuando levanté la mirada, lo vi con cara de pasmado sin saber qué decir.

—No hace falta que me lo agradezcas, hombre, considéralo un regalo de bienvenida.

—¿Pero qué...?

—Me iré mañana, palabrita. —Pura mentira. Levanté las manos en son de paz para tener más credibilidad—. Soy buena gente, ¿verdad, Mattie? —Eso era cierto, por lo general, solía caer bien a los demás.

Mattie me miraba intentando aguantar la risa

—A mí siempre me has caído bien. —Se encogió de hombros.

LaFleur nos miraba a uno y a otro sin dar crédito.

—¿En serio me vas a dejar dormir en la calle? Te sobran habitaciones.

—No se trata de...

Lo miré con ojos suplicantes, esa mirada que me iba muy bien con las mujeres.

Resopló y se dio por vencido.

—Está bien, quédate. —Rodó los ojos e hizo un gesto con el brazo—. Pero mañana, te largas. No se trata de que me sobren o no habitaciones, se trata de MI intimidad. Es MI casa y, si quiero estar solo, estaré solo. Fin.

Se fue por el pasillo en plan dramático.

—Vale —asentí, aunque no pensaba hacerle caso en absoluto. Si quería estar solo, que se fuera a allí de donde diablos había venido.

—Voy a instalarme y a darme una ducha. ¿Hay toallas en el baño de arriba? —pregunté a Mattie.

—Sí, en el mueble del lavabo.

—Estupendo. Y... ¿hace mucho que se instaló?

—Hace un mes.

Mierda, uno abandonaba el nido tres meses por trabajo y, cuando volvía, nada era como antes. Aunque precisamente de eso era de lo que me quejaba, ¿no? De que nada cambiase y, por aquel entonces, no lo sabía, pero el pecoso era ese soplo de aire fresco que tanto me hacía falta.



CAPÍTULO 4

Vegetariano

Tenía muchas ganas de darme una larga ducha con agua caliente que me relajara los músculos; pero, antes de entrar en el baño, me puse a cotillear la planta de arriba.

Aquella zona había sido remodelada. Dos de las cuatro habitaciones habían sido convertidas en una sala de estar con una pequeña cocina con nevera y microondas, y un salón con tele de plasma y todo. Estaba decorado de forma sencilla pero acogedora, con un sofá que parecía cómodo y un rincón de lectura. Los dos cuartos sobrantes eran dormitorios totalmente funcionales con una cama individual cada uno, un armario y un escritorio. Deduje que serían las habitaciones dispuestas para Mat y Jiro. En un principio, pensé que dormirían en la misma y se turnarían según les tocara, pero, al parecer, LaFleur había preparado toda la planta alta para ellos. Esto me hizo pensar tres cosas: la primera era que James no había escatimado en gastos. Debía de tener pasta. La segunda, que, a pesar de ser una persona dependiente, no le gustaría estar las veinticuatro horas del día acompañado. Y La tercera era que, a pesar de ser un borde, pensaba en los demás.

Abrí uno de los armarios en busca de algo de ropa interior. No había traído nada, pues pensaba que mi ropa aún seguiría allí. Podía usar la misma, por eso no había problema, pero reutilizar los gayumbos... Preferí coger unos prestados, que, por el estampado de superhéroes, supuse que serían de Jiro.

«Gracias, Jiro, que Spiderman te lo pague».

Me di esa placentera ducha y, antes de bajar de nuevo, cogí el móvil, aquel que nos había regalado Haru a todos por igual, y le escribí un mensaje.

Florezilla, ¿estás por ahí?

Haru

Estoy.

¿Te pasa algo?

¿Te apuntas al final a lo de Jacquie?

No me pasa nada y no, no me apunto a lo de Jacquie.

Necesito que me hagas un favor.

Haru

Dime

¿Puedes traerme mañana algo de ropa a la casa del río?

Haru

¿Y eso?

¿Qué ha pasado con la tuya?

Empecé a escribirle para contarle el panorama que me había encontrado, pero acabé borrándolo y decidí mandarle un audio para ponerle al corriente. Tres segundos después, me llamó al móvil. Le encantaba hablar por teléfono, decía que para algo estaba pagando la tarifa plana de los cuatro. Suspiré y descolgué.

—¡Que fuerte! —Fue su saludo.

—Ya...

—Bueno, era de esperar. Tarde o temprano se te tenía que acabar el chollo. Es una pena, porque me gustaba esa casa. Cuando hace bueno, es mejor ir allí que a la playa, por mucho que Natsu diga. En fin, tendremos que despedirnos de nuestras tardes de hamaca y barbacoas en el porche. ¿Qué piensas hacer? ¿Te vas a volver a la cabaña? También te puedes venir aquí conmigo, solo tengo una habitación, pero la cama es grande, no me importa dormir acompañado. Es más, ahora que entra el frío, me darás calorcito y todo. Son todo ventajas, aunque..., cuando quiera subir a alguien, va a ser un problema.

Interrumpió su soliloquio dos segundos para pensar, pero antes de que me diera tiempo a decir nada ya estaba él de vuelta con su cháchara

—Bueno, esos días te puedes quedar en el sofá o irte a la cabaña si te molestan los gemidos.

—Se rio—. Tampoco es que me suba a un tío distinto cada noche. No suelo tener tanta suerte, y menos en invierno, cuando la isla está más vacía que la lista de ligues de Fuyu —bromeó—. Quizás un par de noches al mes, tres si tengo suerte. ¿Qué dices? ¿Te vienes? Yo creo que puede estar guay, te va a gustar vivir aquí, en el centro del pueblo.

—Si te callaras, me dejarías explicarme.

—Vale, perdón. Cuenta, cuenta.

—No me voy a ir a ningún lado. Me voy a quedar aquí a hacerle compañía a LaFleur.

—Uuh... LaFleur —dijo en tono francés—. Me gusta cómo suena. ¿Es guapo?

—Te he dicho ya que va en silla de ruedas, ¿no? A este no te lo puedes subir a casa.

—¿Y? Hay muy pocos gais en la isla, no hay que descartar tan rápido y, quién sabe, lo mismo le van los chicos. Y si no puede subir a casa, pues bajo yo a la suya —rio.

Suspiré con desesperación. Y quería que me fuera a vivir con él... Llevábamos diez minutos de conversación y ya me estaba exasperando. Quiero mucho a mis hermanos, de verdad que sí, pero ya se sabe lo que pasa con la familia... A veces se necesita tomar distancia para no pegarte (o pegarlos) un tiro.

—Supongo que sí, es guapo. Pero ese no es el *quid* de la cuestión. Voy a intentar acoplarme aquí por todos los medios y, si le molesta mi presencia, que se vaya él. Ya sabes que las personas

que vienen a esta isla son gente de paso. Pocos se quedan mucho tiempo.

—No sé, no termino de verlo, pero tu sabrás.

—Sí, yo sabré. Tú tráeme la ropa, ¿vale? Es más fácil así. Si me voy y luego vuelvo con una maleta, será más cantoso.

—Vale, mañana te la llevo, y así cotilleo, que me has dejado con la intriga.

Rodé los ojos.

—Vaaale. Nos vemos

—Hasta mañana.

Cuando volví a la planta baja, Mattie estaba metido en la cocina y LaFleur estaba allí con él. Se callaron de forma sospechosa al verme aparecer, lo que me hizo pensar que estarían hablando de mí o de algo que no querían que supiera.

—Perdón, ¿os he interrumpido?

—No, no, estábamos hablando sobre qué iba a hacer para cenar —se apresuró a decir Mat de una forma muy mal disimulada.

«Ya, seguro».

—¿Qué prefieres, carne o pescado?

—Eso, Aki, ¿qué prefieres? —LaFleur me miró con interés y yo ladeé la cabeza en respuesta.

¿Era una pregunta con segundas?

—Pues prefiero las hortalizas. Soy más de calabacines, berenjenas, pepinos, zanahorias, setas...

Os juro que no lo hice a propósito, me salió sin pensar. Existen miles de verduras y yo tuve que nombrar en un momento todas las que tenían forma de polla, ¿por qué? Vete tú a saber. Quizás por culpa de Haru y la conversación de los gemidos de antes, yo qué sabía. Solo sabía que el pecoso me miraba y sus ojos se abrían cada vez más mientras apretaba los labios, probablemente aguantándose la risa. Cosa que no le vendría mal, la verdad, sonreír un poquito. Creo que me puse hasta un poco rojo y todo con la gilipollez.

—O sea, que soy vegetariano —aclaré.

—Seguimos hablando de comida, ¿verdad? ¿O nos estás intentando decir que eres gay? —preguntó Mat mientras me miraba con los ojos achinados.

James soltó una carcajada y no sé si fue el sonido de su risa, la situación tan absurda o que aún me duraba la fumada, pero terminé descojonándome con él. Cuando acabé, sentí extrañas mis mejillas y caí en la cuenta de que hacía al menos tres meses que no me reía con ganas. Me pareció mucho tiempo en aquel entonces. Más tarde, LaFleur me confesaría que para él habían transcurrido dos años y, en comparación, tres meses no me parecieron nada.

—Vosotros seguid riendo, pero a mí sigue sin quedarme claro qué diablos hacer de cenar.

—No soy gay, Mattie, solo vegetariano. Y no te preocupes, ya me encargo yo de la comida. —Abrí el frigorífico todavía con la sonrisa divertida en los labios y después inspeccioné en las alacenas mirando qué es lo que había.

—¿Seguro? —Mat me observó y luego buscó la aprobación de James, que se encogió de hombros en respuesta.

—Sí, yo me apaño. ¿Alguna intolerancia?

—Ninguna, solo me faltaba eso —respondió James.

—Bien, pues prepárate. Cuando pruebes lo que voy a hacerte, no querrás que me vaya de esta casa.

—Seguimos hablando de comida, ¿verdad? —bromeó Mat.

James me apartó la vista para clavar los ojos en él.

—Mat, estás muy mal... Quizás deberías plantearte ver algo de porno y desfogarte un poco. Tienes una tele con internet arriba. Úsala.



CAPÍTULO 5

Cena al aire libre

Mientras la cena estaba en el horno, salí al patio trasero, aquel que daba al río, e hice una hoguera con algo de leña que recogí de los alrededores. Cuando volví a entrar en la casa, Mattie me preguntó qué estaba haciendo.

—Vamos a cenar fuera, ayúdame a mover la mesa del porche. —Le hice una seña con la cabeza y él me siguió con cara de curiosidad.

La movimos y la pusimos cerca de la hoguera. Esa noche había una luna enorme y se reflejaba en el río de una forma preciosa. Sería una pena quedarse dentro. Además, había que aprovechar que Fuyu nos estaba dando una tregua y no hacía mucho frío. En unos días, no se podría salir de casa sin maldecirlo.

Mat se encargó de poner la mesa y, para cuando serví los platos, ambos estaban sentados a ella, alumbrados por la luna y el calor de la hoguera.

—¿Quién ha tenido la genial idea de comer a oscuras? —protestó LaFleur.

—Se te acostumbrará la vista en dos minutos —contesté—. Además, te estoy enseñando a disfrutar de «tu» casa. Ya verás. Cuando terminemos de cenar, no querrás volver adentro.

No sé si masculló algo por lo bajo o simplemente gruñó mientras le tendía las manos a Mattie. Este le colocó una especie de cintas en ellas y enganchó los cubiertos ahí. En ese momento, entendí por qué no quiso estrecharme la mano: porque no podía. Me sentí gilipollas, pero en mi defensa diré que no se le notaba. Podía mover el cuello, los hombros, los brazos... Pero no las manos. Tenía los dedos flexionados y, ahora que me fijaba, sin movilidad.

Frunció el ceño y suspiró cuando se dio cuenta de que lo estaba mirando, así que desvié la vista hacia mi plato, pinché un trozo de zanahoria y me lo metí en la boca.

—Está muy bueno. —Me sorprendió el alago de parte de LaFleur, aunque lo hizo en un tono neutro.

—Sí que lo está —asintió Mattie.

—Gracias. Ya os dije que haría un plato para chuparse los dedos —presumí. Se me daba bien la cocina, eso era un hecho. Mis verduras al horno le gustaban hasta a Natsu, que era un carnívoro nato.

—¿Por qué eres vegetariano? —preguntó el pecoso con curiosidad—. ¿Es por respeto a la naturaleza?

—No, qué va. Es que no me gusta la carne y tampoco me sienta bien.

No era del todo mentira lo que le había dicho, pero lo de no comer carne era algo que me venía de serie. Mi animal espiritual era un ciervo y no era muy normal ver a uno comiendo carne.

Cenamos envueltos en una agradable conversación. En un principio, éramos Mat y yo los que manteníamos el peso de esta, pero, poco a poco, LaFleur se fue volviendo más participativo y

alargamos la sobremesa. El ambiente propiciaba a ello. El calor de la hoguera, los sonidos del río y la naturaleza, el viento que soplaba suave, la luz natural... Todo aquello relajaba al más histórico. Se estaba muy a gusto.

En un momento, el móvil de Mattie sonó y este se fue adentro de la casa para hablar con quien quiera que le estuviera llamando. Parecía que se trataba de alguna chica. Aproveché para ir a por la botella de ron y un par de vasos. Le serví uno a LaFleur sin preguntar, y le puse la misma cañita que había usado para el agua de la cena.

—¿Y esto? —me preguntó.

—De postre. Vamos, Pruébalo. Está bueno.

—Pues tiene toda la pinta de ser garrafón.

—Tú mismo. —Coloqué mi silla en dirección al río y di un trago a la bebida.

—Tengo que reconocer que tenías razón. Tiene su encanto cenar aquí.

Lo miré y vi un amago de sonrisa en sus labios.

—Pues claro que la tengo. Llevo muchos años en esta isla, sé cuáles son sus puntos fuertes y, en invierno, tu «choza» es donde se está mejor.

—¿Siempre has vivido en Paradise Island? —me preguntó devolviéndome la mirada.

—Sí, toda mi larga vida. —Suspiré, di otro trago y fijé mi vista en el horizonte.

—¿Larga? Hablas como si fueras un viejo. ¿Cuántos años tienes, veintiocho, veintinueve?

Muchos más, tenía como sesenta años más que eso. Demasiados, pero, si se lo decía, me miraría como a un colgado.

—Algunos más. —Hice un gesto con la mano para restarle importancia y desvié la conversación—. ¿Y tú? ¿Qué te trajo a esta isla perdida de la mano de Dios?

Se acercó el vaso y tomó un sorbo de ron. Si le pareció o no garrafón, no dijo nada.

—Supongo que estaba buscando un cambio.

—¿Buscando un cambio o huyendo de algo?

—¿Por qué iba a estar huyendo? —Su tono sonó molesto.

Yo hablaba con calma mientras preparaba mi pipa.

—Porque todo el que acaba aquí huye de algo. ¿De qué huías tú? —Di una calada y lo miré mientras soltaba el humo.

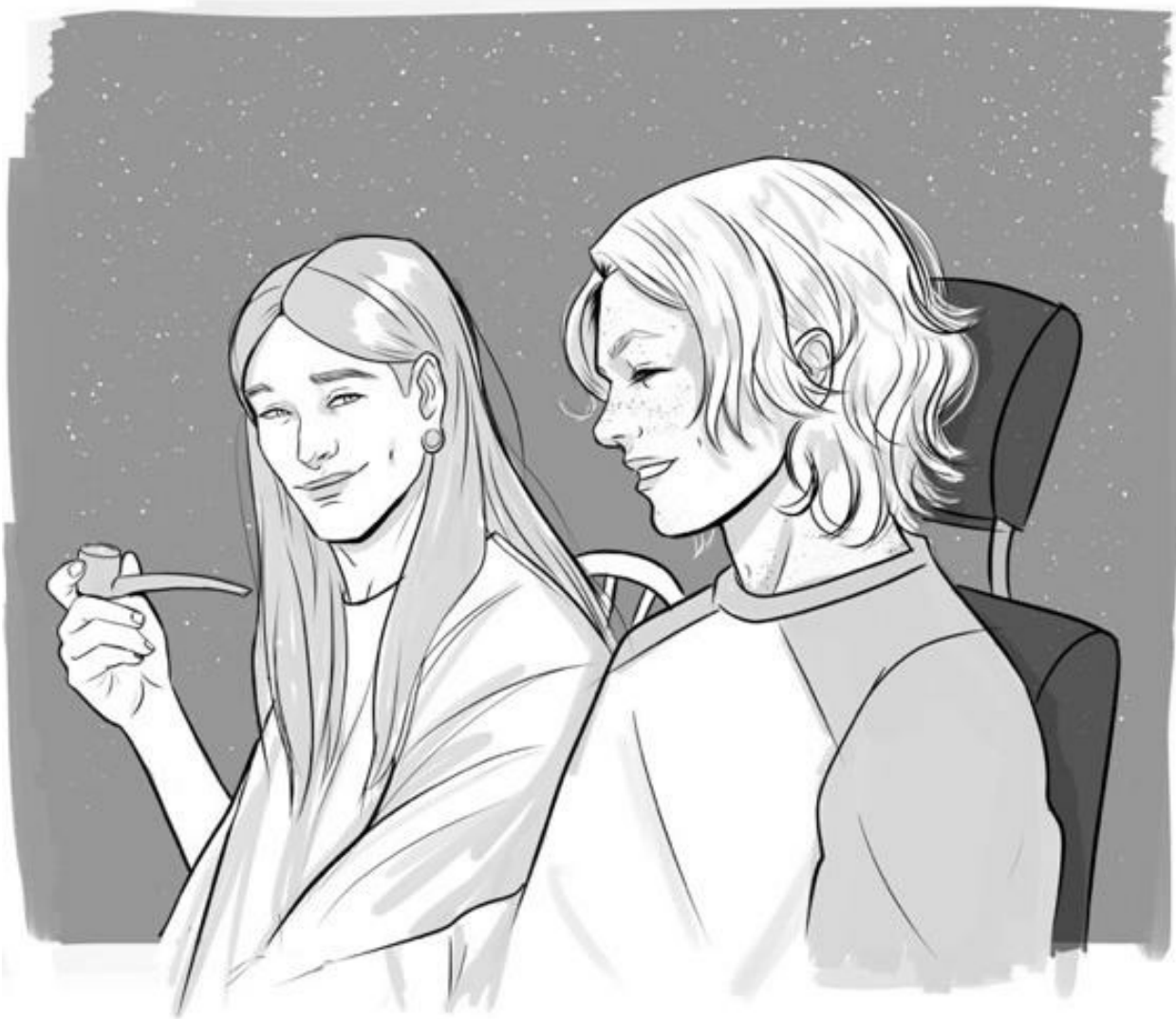
Su cara estaba seria y su mirada perdida en los reflejos de la luna sobre el río, como si estuviera recordando algo no muy agradable. Dudó antes de contestar, pero finalmente lo hizo.

—Supongo que de mi hermano y de mi antigua vida.

—¿Qué pasaba con tu hermano? —Di otra calada y le ofrecí cuando se me quedó mirando. Se lo pensó, pero finalmente asintió. Se la acerqué, la tomó entre sus labios y aspiró. Luego tosió.

—¡Joder! ¿Qué lleva eso?

—Mi aliño especial. —Le guiñé un ojo y él sonrió enseñando los dientes por primera vez. No sé si fue la luz tenue de la hoguera o que ya me estaba pegando fuerte el «aliño especial», pero recuerdo que pensé que tenía una boca muy bonita, de esas que están hechas para sonreír sin parar. Era una pena que no lo hiciera más a menudo—. Entonces, ¿qué pasó con tu hermano?



—Que estaba todo el tiempo pendiente de mí. Desde que tuve el accidente, se autoimpuso el tener que cuidarme y me trataba como a un maldito crío. —La sonrisa desapareció y volvió otra vez esa expresión de hastío y mala leche.

Asentí, imaginando a qué se refería.

—¿Hace mucho que estás así?

—¿Tetrapléjico?

Asentí de nuevo e hice un gesto ofreciéndole más hierba. La aceptó y dio otra calada. Esa vez no tosió.

—Depende de quién lo mire. Llevo dos años, tres meses y diecisiete días postrado en esta silla. Desde fuera no es mucho tiempo, pero para mí es una eternidad. —Sonrió con ironía y dio otro sorbo al ron.

No dije nada. ¿Qué iba decir? Tenía que ser un palo muy grande verte así de un día para otro. Podía entender su mal humor.

—Vine aquí buscando algo de independencia. Necesitaba alejarme de mi antigua vida para afrontar esta nueva que me ha tocado.

—Tiene que ser jodido.

—Lo es, no lo voy a negar... e intento adaptarme, de verdad..., pero hay días que solo quiero enfilar el muelle ese y tirarme al puto río. Luego me niego a pensar en que eso sea todo. Tiene que haber algo más. Me cuesta creer que vine a este mundo solo para tener esa mierda de final... Necesitaba alejarme porque me era imposible concentrarme en esta nueva etapa cuando estaban todo el tiempo recordándome cómo era antes. Por eso estoy aquí, Aki, y no sé qué diablos me has dado de fumar, pero debe de ser fuerte cuando me ha hecho soltar así la lengua. —Se rio con una risa aguda y graciosa, estaba colocado, no había duda. Me contagió y me uní a él—. Ni se te ocurra decirle nada a Mat o no me dejará volver al muelle solo. —Me amenazó con la mirada.

—Tranquilo, no diré nada, secreto de fumado. —Le puse el puño para que me lo chocara. Por un momento, me temí que fuera a pasar de mí de nuevo y dejarme con el saludo colgado, pero está vez levantó su mano y la chocó con la mía.

Sonrió y volvió a mirar al río.

Recordé cómo me lo había encontrado aquella tarde y supe que, para él, había sido uno de esos días de mierda. Tuve ganas de apoyarlo en su misión de encontrar aquello por lo que no rendirse ante la vida, yo también lo estaba buscando. Pensé que, quizás, si nos ayudábamos mutuamente, lo encontraríamos antes.

Me dije que al día siguiente me iría de la casa y respetaría su espacio. Se merecía vivir tranquilo donde y como le diera la gana.



CAPÍTULO 6

Cambio de opinión

Al día siguiente, me levanté tarde. Me iba a ir, pero tampoco tenía intención de darme prisa. Me vestí con la ropa del día anterior que había dejado en la silla de Jiro (suponía) y bajé a la cocina. No vi a nadie, pero escuché el murmullo de una conversación que provenía de uno de los cuartos de la planta baja que a saber lo que era ahora. Pensé en entrar, pero, finalmente, deseché la idea y me centré en desayunar algo. Encontré en un frutero unos plátanos y me quedé mirándolos. Pensé que ese se me había olvidado cuando el día anterior me dio por nombrar todos los alimentos con forma de falo que comía. Me reí solo, como un idiota, y sonreí de lado antes de llevarme la fruta a la boca y darle un mordisco. Me serví también un poco de leche fresca para acompañarlo. Salí al porche y me senté en la antigua mecedora que había allí. Degusté mi desayuno mientras mi vista se perdía en el río sin contemplar nada.

Me sentía raro y no sabía por qué, pero toda aquella situación me estaba trastocando. Era verdad que el otoño me había pasado factura y ya venía con una sensación de cansancio intrínseca corriendo por mis venas. Y no era cansancio físico, que también, era más a nivel anímico. Pero no era solo eso. Era extraño, como que algo se me había removido por dentro después de la conversación de la noche anterior con LaFleur. La situación de los dos era muy diferente, pero ambos estábamos buscando lo mismo: una ilusión por la que seguir viviendo.

Calabaza se me subió al regazo de un salto. Interrumpió así el flujo de mis pensamientos y maulló. El minino era un gato salvaje que vivía por los alrededores de aquella casa y se alimentaba de pequeños animalillos. No era para nada doméstico, pero, al parecer, yo le caía bien.

—Es verdad, lo había olvidado —dije al notar la presencia de Haru.

Se me había pasado avisarlo de que no hacía falta que me trajera la ropa y ya era tarde, notaba su presencia cerca, en unos minutos se asomaría por allí. Me encogí de hombros y no me moví del sitio. Mientras esperaba, saqué el estuche de cuero donde guardaba el tabaco y me preparé la pipa.

—Tan temprano y ¿ya estás fumando?

—Buenos días, florecilla —saludé a mi hermano con una sonrisa.

Él me miró e hizo un amago de enfadarse, pero solo se quedó en eso. Acabó sonriendo con resignación. Terminó de acercarse y dejó una bolsa de tela sobre la mesa.

—Guarda las orejas, no estamos solos —le advertí y señalé a la casa con un movimiento de barbilla.

Ya os había comentado que mi animal espiritual era un ciervo y que en mi «verdadera forma» tenía una bonita cornamenta en la cabeza, ¿no? Pues el animalillo de Haru era un conejo y, en ese momento, tenía un par de graciosas orejas largas y peludas sobresaliendo de su pelo. No

tardó en esconderlas y adoptar su apariencia humana.

—Te he traído poca cosa, algo mío que creo que te puede valer. Pasaba de ir hasta la cabaña a por tu ropa; además, te he comprado unas cuantas cosas por internet y se me ha ido un poco la mano. —Sonrió—. No te preocupes, será mi regalo de Navidad para ti. —Hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

«Mierda, es verdad, tengo que comprar los regalos».

—Haru, no...

—Piénsalo de esta forma —me interrumpió—. Te hacía falta renovar el vestuario y esto solo ha sido un empujoncito para que lo hicieras. LaFleur hizo bien en tirar todas tus cosas. —Se acercó a mí y se puso a trenzar mi pelo sin dejar de hablar en ningún momento. Lo dejé, ya estaba acostumbrado—. Pero no te preocupes, que no te he comprado nada raro, me sé tus gustos y me he limitado a ellos, solo que modernizándolos un poco.

—Miedo me das.

—Pues de miedo nada, eres muy guapo, sácate un poco de partido y las tendrás a todas detrás de ti.

—No me hace falta, no tengo problemas para ligar, nunca los he tenido. Mi ropa nunca ha sido un inconveniente.

—No, ya, pero quizás sea ese el asunto, que todo es demasiado efímero, nunca te comprometes de verdad. Te limitas a tontear, acostarte con ellas sin compromiso y a otra cosa, mariposa.

—¿Y tú? —lo acusé.

Me tiró de la trenza que me estaba haciendo y me miró con cara de indignación.

—Yo busco el amor, lo que pasa es que no lo encuentro. Pero, mientras tanto, no voy a rechazar un buen revolcón, no soy idiota.

Me reí.

—No, eso desde luego, eres demasiado listo, florecilla.

—Calla. —Me volvió a tirar del pelo—. Lo que quiero decir es que quizás eso sea lo que te haga falta para alegrarte un poquito la vida. Estás muy apagado últimamente.

—No me vengas con estupideces, ya pasé por eso hace muchos años y no acabó bien. Nunca acaba bien. ¡Míranos! Somos... —Me callé al ver a LaFleur salir al porche.

Haru se lo quedó mirando sin soltar todavía mi pelo y sonrió. No lo vi, pero sé que lo hizo.

—Hola —lo saludó mi hermano.

LaFleur nos contempló con el ceño fruncido, ese que se le iba a quedar tatuado en el rostro.

—¿Quién es? —me preguntó directamente a mí.

—Es mi hermano. Haru, este es LaFleur. LaFleur, este es Haru.

—Un placer —respondió Haru con la boca pequeña.

—¿Hermano? —La cara del pecoso reflejaba su confusión.

No lo culpaba. A simple vista, lo último que pensarías al vernos es que Haru y yo somos familia. Él tiene rasgos asiáticos a pesar de su pelo claro y yo... Bueno, no sé lo que tenía en mente la madre naturaleza cuando me creó, pero te aseguro que asiático, no. Según Haru, tenía los pómulos de un nativo americano. El caso es que cada uno de nosotros es físicamente diferente con rasgos muy particulares. Natsu parece un surfista australiano y Fuyu un europeo blanquito. Por lo tanto, era más que normal que el pecoso se hubiera quedado pillado tras la presentación.

—Así es. —Pasé de darle explicaciones. Si las quería, que las pidiera.

—Ya veo... —No se atrevió a pedir las, como supuse. Miró la cáscara de plátano, el vaso vacío y la bolsa de ropa sobre la mesa—. ¿No dijiste que te ibas a ir? —A pesar de la pregunta, su tono no sonó altivo ni molesto, como otras veces.

—Sí, ya me iba.

Me pareció ver un poco de desilusión en su mirada. Me levanté y Calabaza, que aún estaba sobre mis piernas, salió corriendo. Me colgué la bolsa de Haru al hombro, hice amago de recoger el desayuno, pero LaFleur me detuvo.

—Tranquilo, ya le digo a Mat que se ocupe.

Asentí aceptando su ofrecimiento y me fui con un confundido Haru.

—¿No me dijiste que te ibas a quedar? —preguntó nada más perder de vista al pecoso.

—Pues ya ves, he cambiado de opinión.

—Es comprensible...

—¿Qué pasa? ¿No te parece guapo? —bromeé recordando la conversación de la noche anterior.

—No, si guapo sí que es. Mucho, pero es un gilipollas.

Me reí abiertamente y Haru me miró con una sonrisa cómplice.

—Dime que no tengo razón —rio.

Y yo me encogí de hombros como toda respuesta.



CAPÍTULO 7

No tardé mucho en despedirme de Haru con la excusa de que tenía cosas que organizar ahora que mis planes habían cambiado. Para lo insistente que solía ser él, me dejó tranquilo sin protestar mucho. Por lo visto, le tocaba hacer turno en el *pub* ese día.

La florecilla era el que mejor se lo había montado de todos nosotros. Tenía un café-bar en propiedad, en el que se servían tanto copas como aperitivos y que, incluso, en alguna ocasión, hacía las veces de pequeña sala de conciertos. Haru era extremadamente sociable y lo tuvo claro cuando encontró aquel local vacío.

Otro que se lo había montado a las mil maravillas era Natsu. Se había hecho con una de las casas bungalós que se construyeron en los noventa a pie de playa. Y se encargaba de llevar el tema de los alquileres para turismo de muchas de las demás. Era como una especie de conserje/agente inmobiliario de la zona. Y para allá me dirigía yo.

No tardé mucho en llegar. La casa de mi veraniego hermano estaba a unos treinta minutos a pie de la casa del río. Lo vi desde lejos, sentado en el porche, con un gorro de lana calado hasta las orejas, una manta gruesa echada sobre los hombros y una taza de algo caliente en las manos. Soplaba el contenido mientras miraba hacia el mar que llenaba todo con la melodía de sus olas.

—Me cago en el puto Fuyu. —Ese fue su saludo. Ni siquiera me miró antes de hablar.

Me reí.

—Eres un exagerado, tampoco hace tanto frío.

—¿Que no hace frío? Tú que vas a decir si también eres del clan de «prefiero el fresco». Yo estoy helado. —Se llevó la taza a la punta de la nariz y la pegó a la cerámica.

—Entonces, ¿por qué estás aquí fuera? Entra en casa, que se está más calentito.

—He salido porque hay buenas olas. Estaba pensando si ponerme el neopreno y coger algunas; pero, cuanto más tiempo paso aquí, menos ganas me entran. Puto Fuyu.

—¿Qué estás tomando?

—Café.

—¿Tienes más?

—En la cafetera hay un poco. Sírvete.

Entré en la casa y me preparé uno. Luego salí al porche y me senté a su lado.

—¿Y tú qué haces aquí? —Me miró extrañado y arrugó la nariz al mismo tiempo que enseñaba uno de sus colmillos—. ¿No ibas a cogerte una cogorza gorda y a quedarte en la casa del río?

—Ya, esa era la idea. —Di un sorbo al café mientras contemplaba el agua.

—¿Y qué ha pasado?

—Que tengo un tetrapléjico de okupa en mi casa y dice que es suya porque la ha pagado. —

Sonreí con ironía.

—¿Cómo que un tetrapléjico? —Miró aún más confuso.

Me reí al verle la cara y me encogí de hombros.

—Pues eso. Que un tipo rico en silla de ruedas ha comprado la casa del río.

Levantó las cejas con sorpresa.

—Putadón. Eso te pasa por querer vivir de *hippie* toda la vida. Podrías haberla comprado tú.

—Sí, con un cuarto del sueldo de guardabosques no me llega para esa casa ni de coña. Además, ni siquiera sabía que estaba en venta, pensaba que estaba abandonada.

—Pues búscate otro curro, como hemos hecho Haru y yo. Quizás por eso estés tan aburrido, porque vives como un maldito jubilado.

—¿Quién era el antiguo dueño? ¿Te acuerdas? —Cambié de tema, no tenía ganas de que me diera la murga con lo mismo.

—Un sueco que venía de higos a brevas a escribir novelas de terror o algo así. —Se encogió de hombros y dio un sorbo al café.

Yo hice lo mismo y nos quedamos unos minutos en silencio, mirando las olas romper con violencia.

—¿Por qué no lo echas? Si te lo propones, seguro que lo consigues. Ya sabes que la gente que viene a esta isla es solo para estancias cortas. Solo tienes que acelerar un poco el proceso.

—Ya, eso pensé, pero he cambiado de idea... Creo que él lo necesita más que yo en estos momentos.

—¿Es porque es tetrapléjico? Te da pena, ¿no?

Me quedé pensando. ¿Era por eso? No, no lo era, porque mi primera intención al verlo era sacarlo de allí. Era porque, en aquel descuido de fumado, me había abierto la puerta de su corazón y me había dejado asomarme por una rendija. Y joder, había empatizado con él, que uno no es de piedra.

—No, no es por eso.

—Ya... —dijo como si no me creyera—. Bueno, y ¿qué vas a hacer? ¿Vas a volver a la cabaña?

—Pensaba quedarme aquí. —Me encogí de hombros y Natsu soltó una carcajada. Se calló en cuanto vio que yo no lo acompañaba en las risas.

—¿Ah, que lo dices de verdad?

—Solo unos días. Iré rotando de un sitio a otro, pero no me hagas volver tan pronto a la cabaña o voy a terminar por ahorcarme de un árbol.

—Está bien, pero trae tus hierbas y cuando te diga que te vayas, te vas —amenazó con un dedo.

—Palabrita. —Levanté la mano y me llevé otra al pecho en señal de juramento.

—Ya... Me conoceré yo tus *palabrita*.

Nos quedamos callados durante unos minutos en un silencio cómodo adornado por la sinfonía de la naturaleza. Me encendí la pipa, di una calada y se la pasé. Natsu aceptó el ofrecimiento.

—¿No te hartas? —pregunté poniendo en palabras mis pensamientos.

—¿De qué?

—De la isla, de no poder salir de aquí. De que siempre sea todo igual.

—Pues claro que me harto, joder. Si pudiera, recorrería el mundo pillando las mejores olas, pero eso solo es un sueño. La realidad es que estamos anclados a esta puta isla y eso no es

posible. —Se movió en la silla de mimbre en la que estaba sentado, subió las piernas y se resguardó aún más en la manta antes de mirarme con una de sus sonrisas despreocupadas en la cara—. Pero, tío, al menos nos ha tocado vivir en un sitio cojonudo. Es una cárcel, pero una cárcel de lujo donde somos los reyes del mambo. Podemos hacer lo que queremos. Los habitantes más antiguos conocen lo que somos, nos respetan y confían en nosotros. Y los más jóvenes, sabemos que no durarán tanto tiempo en Rakuen como para que se enteren de que no envejecemos. —Hizo una pausa para dar otra calada—. Vivimos del carajo, esto es la puta Paradise Island. —Hizo un gesto amplio con la mano señalando la playa de arena blanca y aguas cristalinas que tenía en frente, me dio una palmada en la espalda y me devolvió la pipa—. Deja de ser tan agonías. Deja de pensar a largo plazo y disfruta de los pequeños momentos, joder.

—¿Pequeños momentos, eh? —Ojalá yo tuviera esa energía y optimismo que tenía él.

—¡Claro, joder! Busca algo que hacer, algo con lo que disfrutes. Se supone que tú eres el más sabio de todos nosotros, deberías saber toda esta mierda ya. —Rio.

Que fácil era decirlo y que difícil hacerlo, pero intentaría ponerlo en práctica, tenían que bastarme los pequeños momentos. Empezaría por la cena de Navidad que hacíamos todos los años... Mierda, los regalos...

—Nats.

—¿Uhm? —Me miró de reojo.

—¿Tienes ya los regalos de Navidad?

—Sí, los tengo.

—¿Qué les has comprado?

—Para Haru he pillado unos cuantos libros de esos de gais que le gustan a él. Y para Fuyu unas sábanas efecto frío, para que no se me queje tanto en verano.

—¿Sábanas efecto frío, eso existe? —No lo había escuchado en mi vida.

Natsu se encogió de hombros.

—Pues, por lo visto, sí.

—Primera noticia que tengo.

—Ya... Las encontré por internet.

Me quedé pensando. Los regalos de Natsu eran buenos. Yo no tenía ni idea de qué iba a comprarles a ninguno de mis hermanos. En el pueblo no había gran cosa y no se me daba muy bien eso de pillar algo por internet.

—¿Vamos a medias?

Natsu me miró con cara de indignación.

—Qué cara más dura tienes. No has comprado una mierda, ¿no?

Me encogí de hombros en respuesta.

—No, aunque todavía es pronto. Pensaba pasarme por el centro a ver qué encuentro, pero no sé si habrá algo que merezca la pena. Haru tiene de todo y a Fuyu parece que no le haga ilusión nada.

Resopló.

—Vaale, pero dame pasta y le compro algún libro más a la florecilla. A mí cómprame un buen filete de Kobe y me lo cocinas al punto como tú sabes. —Me señaló con una advertencia implícita.

—Hecho. Le pillaré otro a Fuyu, lo de las sábanas esas no me termina de convencer.

—Serás cabrón —se rio—. Por cierto, ahora que está la casa del río ocupada, ¿dónde lo vamos a celebrar?

—Pues supongo que en la cabaña. Aunque, conociendo a Haru, seguro que se le ocurre algo. Asintió conforme.

—¿Haru también sabe lo del *tetra*? ¿Cómo se llama el pavo?

—LaFleur, James LaFleur; y sí, sí lo sabe.

Natsu me miró y sus ojos se abrieron con sorpresa al escuchar el nombre del huésped que estaba ocupando mi futura casa. Sí, acababa de decidir en ese momento que, cuando se fuera, se la compraría para que no me volviera a pasar lo mismo.

—Tío, ¿estás seguro?

—¿De qué?

—Pues de que se llama así.

—Sí, eso me ha dicho. Es un nombre raro, no sé si es francés o qué. Tiene acento yanki.

Natsu empezó a reírse y yo no supe qué tenía tanta gracia.

—¿De qué te ríes?

—De que se ha quedado contigo. Ese no es su nombre. Te ha dicho un nombre más falso que un yen con la cara de Naruto.

—¿Por qué iba a mentirme? —Me extrañé, eso no tenía sentido—. ¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque lo sé. Es un nombre falso. Tu tetrapléjico esconde algo gordo. —Se levantó como un resorte haciendo chirriar la silla contra el suelo—. Ven, te lo mostraré.



CAPÍTULO 8

El misterio de LaFleur

Si algo le gustaba a Natsu, aparte de surfear, la playa y las barbacoas nocturnas al aire libre, eran las series. Mi veraniego hermano era un verdadero apasionado de las series de televisión. Estaba suscrito a todas las plataformas y no había día que se acostara sin haber visto, al menos, un capítulo nuevo de algo. Por eso, no me sorprendió que, cuando entramos en su casa, me pusiera un episodio de uno de esos *shows* televisivos que había desencadenado aquella afición y con el cual nos estuvo dando el coñazo mucho tiempo: *Perdidos*.

Lo que no me esperaba era que Sawyer, uno de los personajes protagonistas, usara el mismo nombre falso que me había dado el inquilino de la casa del río: LaFleur, James LaFleur.

—Qué cabrón —mascullé. Apostaría a que mi cara de sorpresa debía de ser un poema por cómo resonaba la risa de Natsu en el salón.

—Te lo dije. —Me dio un golpe en el hombro con el dorso de la mano mientras se sentaba a mi lado en el sofá—. No se me escapa una.

—¿Y por qué me daría un nombre falso? ¿Y si es casualidad?

La ceja alzada de Natsu insinuó un *¿En serio?*

—Vale, sí, me ha dado un nombre falso. No hay duda de eso —admití. Me había engañado y yo no me había dado cuenta. Si te toman por tonto, se reconoce y punto. No había que darle más vueltas. Y yo pensando que me había abierto su corazoncito—. ¿Por qué crees que no me quiso dar su nombre real?

—Pues no sé, tío. Estará escondiéndose de algo... ¿Y si es un asesino?

Ahora fue mi ceja la que se elevó en un *¿en serio?* silencioso.

—Sí, claro, atropelló a alguien con su silla y se dio a la fuga, no te jode —dije con sarcasmo.

—Yo que tú no subestimaría esos cacharros, se pueden tunear para que corran como uno de esos coches de carrera. —Natsu apretó los labios aguantando la risa, pero los hoyuelos que se le marcaban en la cara lo decían todo.

Me reí, era el efecto que tenía esa expresión gamberra.

—Vale, puede que no sea un asesino, pero, a lo mejor, es un fugitivo. Quizás... No sé, eh, pero puede que atracara un banco y que se diera a la fuga con toda la pasta, pero que mientras escapaba tuviera un accidente de tráfico o de, qué sé yo, ¡paracaídas! y ya quedara chungo de por vida. Entonces el pavo se vino aquí porque es el mejor sitio para esconderse... Me has dicho que tiene pasta, ¿no? Podría cuadrar.

—Sí, claro, seguro que es eso. No sé cómo no se me había ocurrido —dije con ironía—. ¿No te han dicho nunca que ves demasiado la tele?

—Al menos soy creativo e invento una historia original para tu tetrapléjico —bromeó—. No me puedes negar que lo del paracaídas ha molado.

—No, si original sí que es —le di la razón—. Y deja de llamarlo *mi tetraplético*, no es «mi» nada.

—Claro que sí es tu algo, *bro*. Es TU problema. —Y se empezó a descojonar de mí, el muy cabrón.

Le pegué un puñetazo en el hombro, se rio aún más y luego me lo devolvió el doble de fuerte.

—¡Ah, joder! —Me toqué el brazo dolorido. Por esa razón, nunca entraba en los jueguitos de Natsu. Era un maldito bruto—. Jodido minino —protesté. Le molestaba que le dijéramos eso y por eso precisamente se lo decíamos cuando queríamos meternos con él.

Natsu afirmaba que su animal espiritual era un león, pero ¿quién ha visto un león en Japón? Haru, Fuyu y yo lo picábamos diciéndole que solo era un gato montés.

—¿Tú no querías quedarte en mi casa, ciervo de los cojones?

—Vale, ya me callo, Simba.

Me amenazó con el dedo al oír el apodo y yo levanté las manos en son de paz para dejarlo estar. Me puse en pie, le cogí prestada una de las bufandas que tenía en el perchero de la entrada y salí de la casa.

—¿Y ahora a dónde vas? —Escuché antes de cerrar la puerta.

—A averiguar el misterio de «LaFleur».

La carcajada de Natsu fue todo lo que escuché como despedida. Le di una vuelta más a la bufanda, metí las manos en los bolsillos y me dirigí de nuevo a la casa del río. Tenía que descubrir el secreto del pecoso.



CAPÍTULO 9

Vale, quizás me estaba obsesionando un poquito con el tema de «LaFleur». No había pasado ni medio día y ya estaba otra vez allí por segunda vez, en aquella casa del río de la que me dije que me iría no hacía ni veinticuatro horas.

Contemplé la fachada principal mientras decidía qué hacer. ¿Le preguntaba directamente por qué me había engañado o le daba a entender que sabía su secreto? Bueno, en realidad no sabía una mierda, lo único que sabía era que no se llamaba como me había dicho. Lo medité un par de segundos más y, finalmente, decidí que ya lo resolvería sobre la marcha. Me acerqué a la puerta y toqué el timbre. Tardó un poco, pero terminó abriendo Jiro. Jiro era el hijo de una familia tradicional japonesa, la cual tenían una carnicería en el pueblo, aunque el chico no tenía nada de tradicional. Llevaba el pelo decolorado y de punta. Tenía tatuajes, piercings y vestía como un punki. Se sorprendió al verme allí.

—¡Ey, Aki! ¿Qué tal todo? ¿Se te ha olvidado algo? Ya me han puesto al día, Mat y el jefe. Dormiste en mi cama, ¿no?

«Ajá, y te pillé unos gayumbos».

—Me alegro de verte, Jiro. Bien, no y sí —contesté respondiendo a todas sus preguntas—. ¿Puedo pasar?

—Puedes, pero, si vienes buscando al jefe, está en el porche trasero. —Hizo un gesto con la cabeza señalando el lugar.

—Vale, daré la vuelta entonces. —Me dispuse a girar, pero, antes de que Jiro cerrara la puerta, lo volví a llamar—. Oye, Jiro.

—¿Sí?

—¿Sabes si tu padre podía conseguirme carne de Kobe para Navidad?

—¿Carne de Kobe? Sí, creo que sí... Pero eso es muy caro, ¿te ha tocado la lotería o algo?

—¿Lotería? ¿Tan cara es?

—Nah, es un decir, pero para que te hagas una idea, con lo que te cuesta un kilo puedes comprar unos cuarenta kilos de ternera normal.

—¿¡Cuarenta!? ¡Joder! Pues sí que es cara, sí... Bueno, ya hablaré yo con tu padre en otro momento. —Descarté el tema con la mano y me fui en dirección al porche trasero.

Natsu no se había quedado corto a la hora de pedir su regalo... Bueno, ya vería qué hacía con ese tema. En ese momento, estaba centrado en otros asuntos, como el porqué el tipo que tenía delante me había dado un nombre falso. LaFleur, o como quiera que se llamase, estaba en el porche, con una manta abrigándole las piernas mientras leía en uno de esos libros electrónicos. Lo tenía sujeto a la silla con uno de esos soportes raros que se usaba para las tabletas. Me miró en cuanto asomé mi cabeza pelirroja por allí. Su expresión era neutra. Si tuvo alguna emoción al

verme, no se la noté, pero me contenté pensando que había un brillo de curiosidad en sus ojos.

—Vaya, y yo que pensaba que me había librado de ti. —Hizo rodar los ojos y fingió una expresión de desesperación.

—¿Te molesto, James? —dije con retintín.

—Eso depende, ¿qué te trae por aquí? —preguntó mientras observaba cómo cogía una de las sillas que había allí y me sentaba a su lado sin pedir permiso.

Puso una expresión que decía algo así como «me exaspera, pero a la vez me divierte la poca vergüenza que tienes».

—¿Qué lees, pecas? —Usé ese mismo apodo que utilizaba el personaje de la serie al que él había usurpado el nombre.

No sé si pilló la indirecta o no, lo único que hizo fue levantar las cejas.

—¿Qué quieres?

—Nada, solo sentarme aquí a contemplar las vistas del río.

—Pues el río se puede contemplar desde muchas partes, no solo desde aquí.

—Ya, pero no es lo mismo. Aquí también disfruto de tu agradable compañía y aprovecho para conocerte un poco mejor, pecas.

—¿Y a qué viene tanto interés en conocerme? Se que soy irresistible —ironizó—, pero algo me da que estás más interesado en mis bienes inmuebles que en mi persona. Y siento decirte que, aunque me veas con este aspecto —hizo una pausa señalándose de arriba abajo con ambas manos—, mi esperanza de vida es más larga de la que crees... A no ser que tu propósito sea motivarme a que finalmente me tire por el muelle. En cuyo caso, tengo que admitir que estás cerca de conseguirlo, la verdad. —Una sonrisa contenida amenazó con conquistar su boca.

—Qué mal pensado eres, pecoso. Mírame. ¿Tengo pinta de ser materialista? Solo venía a hacerte un poco de compañía. Primero tengo que hacerme tu amigo para que me pongas en el testamento, ¿no?

—Materialista, no sé, pero caradura eres un rato. Y no creo que podamos llegar a ser siquiera amigos si sigues mencionando mis pecas. Menos aún ponerte en mi testamento.

—¿No te gustan tus pecas? A mí me gustan. —Aunque estaba de broma, eso último lo había dicho de verdad. Me parecía que aquella constelación de pequeños lunarcitos que cubrían su cara le sentaban de puta madre. Le otorgaban personalidad y carácter.

Lo miré con una sonrisa divertida y acerqué mi mano para quitarle una pequeña hoja que se le había quedado agarrada al pelo.

Se quedó un poco confundido con el gesto, pero lo terminó comprendiendo cuando le enseñé la hoja entre mis dedos.

—Ah, ahora estás intentando seducirme. Ya veo, ya veo, como el truco del amigo no te ha servido... —bromeó.

Me reí. Apoyé el codo en el reposabrazos de mi silla y la barbilla en mi mano y lo miré con un pestañeo exagerado para seguirle el juego.

—¿Y lo estoy consiguiendo?

Miró hacia arriba y suspiró con desesperación. Cogió el mando de su silla y empezó a dirigirse en dirección al muelle.

—¿A dónde vas? —vociferé a su espalda.

—A tirarme al río. Te felicito, lo conseguiste.

Su humor me sacó una carcajada... porque estaba de broma, ¿no? De repente me entró el miedo en el cuerpo y salí corriendo tras él. Me quedé más tranquilo cuando vi que bajaba el

ritmo al llegar al embarcadero.

—¿Ya está, lo conseguí? ¿Así de fácil?

—La verdad es que antes que hacerlo preferiría patearte el culo y echarte de mi casa, pero no tengo piernas funcionales, ya sabes...

—Ya... Eso es un gran inconveniente, me temo.

—Lo es.

Nos quedamos los dos en un silencio cómodo mientras contemplábamos el fluir del agua. Quizás parezca una chorrada, pero sentí que la atmósfera cambió y se volvió más profunda, más melancólica, más... otoñal.

—¿Cómo te llamas de verdad, pecoso? —Mi voz salió suave y un poco rasgada, supongo que porque me daba un poco de miedo romper esa energía que se había creado entre nosotros.

Él estiró los labios en una resignada sonrisa que no llegó a sus ojos y me contestó sin apartar su mirada del río.

—¿Qué más da como me llame, Aki? Si ya no soy ese hombre.

Desvié la vista al río que había frente a nosotros y contemplé sus aguas fluyendo a pesar de los obstáculos que la naturaleza le ponía por delante. Pensé que eso mismo era lo que hacía el pecoso. Fluía. Estaba intentando fluir a pesar de que la vida lo estuviera puteando. Y yo tenía dos opciones: ser esa roca que le dificultara el camino o ser el viento que le ayudara a seguir su cauce. Decidí que sería el viento y que, si el pecoso quería ser James LaFleur, ¿quién era yo para impedirselo?

—Pues si alguna vez necesitas unas buenas piernas funcionales para patear culos, cuenta con las mías.

Me miró y me regaló una sonrisa. Y digo regaló porque así sentía cada una de ellas, ya que costaba mucho sacárselas.

—Lo tendré en cuenta, Aki.



CAPÍTULO 10

Carpe Diem

—Entonces, ¿cómo se llama? —preguntó Natsu.

Aquella mañana nos encontrábamos en el Carpe Diem, el *pub* de Haru. Natsu y yo estábamos sentados en la barra mientras Haru, tras ella, iba de un lado a otro preparando los desayunos para nosotros. Había un par de clientes más al fondo, pero ya estaban servidos, así que estábamos bastante tranquilos.

—Aki, ayúdame a cortar la fruta, se me van a quemar las tortitas —pidió Haru.

Entré tras la barra con la familiaridad que ya tenía con el sitio y me puse a cortar manzanas y caquis.

—Tío, te he preguntado, contesta —insistió Natsu.

—¿De qué estáis hablando? —se interesó Haru.

—Del problema de Aki —respondió Natsu.

—¿Qué problema? ¿Estás bien, Aki?

—No me pasa nada, no le hagas caso al minino. Buenos días, doctora Sparks —saludé en cuanto vi entrar a Jacquie por la puerta del establecimiento.

Mis dos hermanos la miraron y la saludaron con camaradería. Qué bien me venía, así dejaban de atosigarme y centraban su atención en la doctora. O eso pensé yo.

—Buenos días, chicos. Vaya, hacía tiempo que no os veía a los tres juntos. —Se sentó en la banqueta que le ofreció Natsu, esa en la que antes estaba sentado yo (gracias, hermano)—. ¿Qué os contáis, todo bien?

—Perfectamente, pecas. —Natsu le sonrió y le preguntó algo sobre su hijo Derek, de lo que no me enteré porque me había quedado colgado con el saludo.

¿Jacquie tenía pecas? Achiné mis ojos y me fijé en su cara aprovechando que hablaba con Natsu. Ah, pues sí, la doctora tenía pecas. Mira que la había visto veces, era una buena amiga, y hasta ese momento no me había fijado. Y Natsu había utilizado ese apodo a modo de ligoteo con la mujer. Me planteé que quizás sí que debería dejar de usarlo con LaFleur. Visto desde fuera, quedaba un poco raro.

—¡Ah, joder! —Me llevé el dedo a la boca en cuanto sentí el cuchillo clavarse en mi piel.

—¿Qué ha pasado? ¿Te has cortado? —se alarmó Haru mientras me quitaba la tabla con la fruta cortada.

—Sí, pero no es nada. —Me miré el dedo y vi cómo salía la sangre. Era un corte pequeño, pero de esos puñeteros que dolían.

—A ver, déjame echarle un vistazo —se preocupó la doctora y yo le tendí la mano por encima de la barra—. Tienes razón, no es nada. Límpialo con agua y ponte una servilleta, dejará de sangrar en breve.

—Gracias, doctora. —Le guiñé un ojo y fui a hacer lo que me dijo.

—Si es que no estás en lo que estás. Todavía no me has contado cuál es su nombre real —insistió el pesado de Natsu. Al parecer, la doctora no había sido suficiente distracción como para que olvidara el tema.

—Pues porque no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? Si estuviste ayer toda la tarde en su casa... ¿No fuiste para eso?

—¿Me vais a contar ya de qué estáis hablando? —insistió Haru mientras nos servía el desayuno a todos.

Cogí el mío y me senté al lado de Jacquie.

—Del tío que se ha instalado en la casa del río.

—Ah, del idiota de LaFleur. —Haru hizo una mueca de desagrado ante la mención de Natsu.

—No se llama LaFleur, le ha mentado.

—¿Cómo que le ha mentado? ¿Por qué?

—Pues eso mismo quiero saber yo. Tenemos la teoría de que es un delincuente que se está escondiendo de la ley.

—¿Un delincuente?

—No es un delincuente —me reí e interrumpí la estúpida conversación de mis hermanos.

—¿Habláis del chico guapo y rubio que está en silla de ruedas? —Todos pusimos nuestros ojos en Jacquie.

—Sí, ese —dijo Haru.

—Es mi paciente.

—¿Y cómo se llama? —preguntaron los dos al unísono.

Jacquie se hizo la interesante con una de sus sonrisas de sabionda.

—No os voy a decir nada, me lo impide la confidencialidad médico-paciente. —Cogió la taza de café con ambas manos y dio un sorbo.

—¡Venga ya! A nosotros nos lo puedes contar, hay confianza. No vamos a decir nada, somos amigos— argumentó Haru.

—Sí, doctora, déjate de rollos y desembucha.

—¿Qué más os da como se llame? Si él no ha querido revelar su verdadera identidad, tenéis que respetarlo. Lo contará cuando esté preparado, como hice yo.

Y tanto que sí. Jacquie sí que tenía un pasado turbio. Había llegado a la isla haría unos cinco años, cuando su hijo Derek era apenas un bebé. Jacquie se tomó su tiempo, pero acabó contándonos que había estado trabajando en una cárcel de alguna parte de Estados Unidos. Allí se acabó enamorando de uno de los presos y se quedó embarazada de él. No sé exactamente la razón por la que se marchó, pero acabó en Rakuen. Para entonces, ya era una más. Cuidábamos de ella y ella cuidaba de nosotros.

—Exacto, al fin una persona madura. Gracias, Jacquie —le agradecí—. Yo pensé lo mismo; por eso, cuando ayer le pregunté y no me lo quiso decir, no le insistí. —Me encogí de hombros y me llevé un trozo de manzana a la boca.

—Sí, ahora hazte el interesante, pero ayer estabas que te morías de curiosidad. —Natsu, como siempre, aprovechó para ponerme en ridículo.

—Y sigo teniendo curiosidad, no me escondo —admití—. Pero esperaré a que me lo cuente, si es que algún día me lo quiere contar.

—Pero ¿cómo es eso? ¿Ahora sois amigos? Si es un tipo superantipático. —Haru me miró con incredulidad antes de darle un sorbo a su zumo de zanahorias.

—Tampoco es que seamos amigos —expliqué—. Lo conozco de dos días, pero no es antipático, es divertido.

Los ojos marrones de Haru se me clavaron como dos puñales de escepticismo en respuesta a mi contestación.

—¿Qué? Es verdad, no es para tanto. Lo que pasa es que eso es lo que él quiere que creas. Es como uno de esos gatos callejeros que bufan cuando intentas acercarte. Solo hay que insistir un poquito, demostrarle que no eres peligroso y dejará de bufar. ¿O no, doctora? ¿Contigo también es desagradable?

—No, qué va, conmigo ha sido cordial simple y llanamente.

—Pues a mí me parece un gilipollas. Paso mucho de esforzarme en conocer a una persona que *a priori* no quiere que se le conozca. No digo que me cuente sus más oscuros secretos nada más verme, pero podría, no sé..., ¿saludar?

Natsu se rio con la indignación de Haru.

—Pues sí que tiene que ser borde cuando don sonrisas está cabreado.

—Lo es —corroboró Haru—. No sé qué le habrás visto, Aki, pero bueno, tú sabrás. Como al final sea cierto que es un delincuente y te acabe, no sé..., robando algo, no me vengas con lamentaciones.

La carcajada de Natsu resonó por el Carpe Diem haciendo honor a su nombre.

—Pero ¿qué coño le va a robar a este, Haru? Si está más tieso que una mojama. No es más que un perroflauta que no tiene dónde caerse muerto.

Lejos de enfadarme, me reí con el comentario de Natsu. Haru a veces tenía unas ocurrencias de crío.

—Sí, reíros, pero no todo lo que se roba es material, ahí lo dejo. Aki no tendrá dinero, pero tiene muchas otras cosas.

—Sí, la hierba.

Me reí.

—Gracias, hermano, tú sí que sabes encontrar mis puntos fuertes.



CAPÍTULO 11

La pesadilla

«LaFleur»

Me despierto exaltado con la respiración acelerada y un sudor frío que empapa mi frente. He vuelto a tener ese sueño. Esa maldita pesadilla.

Siempre es lo mismo. El bullicio del teatro llega hasta mí mientras espero entre bastidores a que me den la señal para salir al escenario. Compruebo mis zapatillas de *ballet*. Soy el bailarín principal, como de costumbre. Salgo al escenario al oír mi señal. La música pronto invade mi cuerpo. Me dejo llevar por ella y adopto esos movimientos que me sé de memoria y que tengo grabados en mis músculos a base de horas de entrenamiento. Los sonidos de admiración y los aplausos del público llegan hasta mí y me recargan desde dentro. Me preparo y ejecuto uno de mis saltos más espectaculares. Y, de repente..., caigo.

No puedo moverme.

La música suena, mis compañeros siguen con la representación. Bailan, se mueven por el escenario y me esquivan como si yo fuera parte del decorado. El público aplaude, la gente grita emocionada...

La función sigue.

Y yo no puedo moverme.

Espero unos minutos e intento calmar la ansiedad que me ha provocado el sueño con la vista clavada en el techo de mi habitación. Cojo aire despacio y lo vuelvo a soltar hasta que consigo tranquilizarme. Lo peor de ese sueño es que, cuando despierto, no tengo la sensación de haberlo hecho del todo. Es como si la maldita pesadilla siguiera y tengo que volver a acostumbrarme a mi nueva situación. Me digo a mí mismo que tengo que asumirlo de una vez y reúno fuerzas para afrontar otro día de mierda.

Saco los brazos de debajo de la manta y pulso un botón en la pulsera que llevo siempre conmigo y que avisa a mis ayudantes para que vengan si los necesito. En esta ocasión, es Jiro el que aparece en mi habitación al cabo de dos minutos. Va todavía en pijama, con ese pelo de pollo despeinado y la cara hinchada por el sueño. Parece que lo he pillado durmiendo. ¿Qué hora será? Mierda, no lo he mirado. Quizás sea demasiado temprano.

—Buenos días, tío. ¿Qué tal? ¿Has dormido bien? —me saluda.

—Como siempre. ¿Y tú? ¿Te he despertado? ¿Es muy temprano? No he mirado la hora.

Se acerca a mí y sigue conversando conmigo mientras me ayuda a levantarme.

—Nah, qué va. Bueno, sí, con esta cara no engaño a nadie, pero fue porque ayer me quedé despierto hasta tarde estudiando. El viernes tengo un examen y es de los chungos.

Se pone a contarme detalles de sus estudios que no me interesan demasiado al mismo tiempo que me ayuda a ir al baño y a ponerme la ropa deportiva. Jiro es fisioterapeuta ortopédico. Y está

haciendo un curso semipresencial de acupuntura para ampliar sus conocimientos... o algo así.

—¿Me dejarías luego practicar contigo?

—¿Practicar el qué?

—La acupuntura. Iré con cuidado. Puede venirme bien, hoy te veo muy tenso.

Lo medito unos segundos y lo visualizo clavándome agujas, que a saber de dónde habrá sacado, y me da mal rollo.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no me siento cómodo con eso de que me claven agujas por el cuerpo.

—Occidentales... —murmura.

Vamos a la sala de entrenamiento y, como todos los días, nos pasamos allí las siguientes dos horas. Hago mi tabla de ejercicios diario, paso unos treinta minutos con electroestimuladores y, por último, unos cincuenta minutos de masajes. Jiro es muy bueno en su trabajo, a pesar de que haya estado estas dos horas dándome la murga con la acupuntura para intentar convencerme. La verdad es que fue una suerte encontrarlo. Al principio, lo juzgué y me dejé llevar por sus pintas, pero cuando hablé con él por videollamada me di cuenta de que sabía de lo que hablaba y fue una de las cosas que hicieron que me decidiera finalmente por esta isla. Además, su actitud es muy positiva y me anima a esforzarme en la rehabilitación. Él fue quien me puso en contacto con Mat e hizo que todo fuera más fácil. Los dos se complementan bien y se encargan de compartir sus conocimientos con el otro. Mat también es genial, pero tiene otro carácter. Me trata más como a un paciente, cosa que no me gusta demasiado, pero lo compensa con su paciencia, su buen carácter y sus habilidades médicas. Jiro, en cambio, me trata como a un colega y da mejores masajes; aunque, cuando no se calla, como hoy, es un auténtico incordio. De cualquier modo, estoy aprendiendo mucho de los dos y cada vez soy capaz de hacer más cosas por mí mismo.

—Me da igual lo que me digas, no voy a dejar que me claves agujas, no seas pesado —bufo.

—¿Y si es solo en las piernas? Ahí no te va a doler.

Lo miro intentando aniquilarlo con los ojos y parece que surte efecto porque levanta las manos en son de paz.

—Vale, vale, ya no hablo más. —Se queda callado unos minutos y me ayuda a subir de nuevo a la silla—. ¿Y si...?

Ya decía yo... Llevo la vista al cielo y me pienso si rezar una plegaria a pesar de ser ateo. Hasta ese punto de desesperado estoy.

—No te pongas así, que no te voy a insistir más, tío. Vale, ya lo he captado. Nada de medicina china por hoy —bromea—. Pero me preguntaba... ¿Has quedado hoy con Aki?

Lo miro con interés sin poder evitar que la imagen del pelirrojo me venga a la mente.

—¿Por qué iba a quedar yo con Aki? —pregunto confundido.

—Pues no sé, tío, sois amigos, ¿no? Ayer estuvisteis como dos horas charlando en el porche.

Mi mente viaja a la tarde anterior, a su sonrisa burlona y a esos ojos verdes llenos de matices complejos. Aki es un tipo raro que me tiene completamente desconcertado.

—Vale, no me digas tu verdadero nombre. Ese ya no eres tú. Sí, sí, ya lo he captado, pero al menos déjame conocer quién eres ahora, ¿no? —Eso me había dicho y yo me había quedado descolocado.

¿Para qué diablos quiere conocerme? ¿Qué quiere de mí?

Aki me provoca sentimientos encontrados. Por un lado, me genera desconfianza; pero, por otro, mucha curiosidad. Me da esperanzas que alguien como él esté interesado en alguien como

yo, sin saber quién era antes. Porque eso está clarísimo, al pelirrojo no le suena de nada. Y no me gusta esa esperanza. Bueno, sí, sí me gusta, la esperanza es un sentimiento bonito. A todo el puto mundo le gusta sentirse esperanzado, pero no a mí, a mí me da miedo ese maldito sentimiento.

La mañana se esfuma antes de que me dé cuenta y ahora me encuentro en el porche, tomando los últimos rayos de sol de la tarde mientras leo un rato, o, mejor dicho, intentando leer, pero mi mente no quiere concentrarse en nada que no sea el maldito pelirrojo.

—Aki. —Se me escapa su nombre con un susurro como si fuera un jodido trastornado.

—Hola.

Por primera vez, doy gracias al cielo o al universo por ser tetrapléjico, porque el salto que hubiera pegado al oír esa voz rasgada me hubiera delatado. ¡Joder, que susto! ¿Me habrá oído? ¿Qué hace aquí? ¿Es que piensa venir todos los días o qué?

—Ah, Aki... Qué sorpresa, no te esperaba —digo con ironía a la vez que intento aparentar todo el aplomo del mundo.

Hoy viene vestido con una especie de kimono abierto con estampados de grullas encima de una camiseta blanca y pantalón ancho color camel que han visto años mejores, pero que le queda extremadamente bien, como todo lo que se pone. No es difícil, porque el muy cabrón es demasiado guapo para ser un simple mortal. Hasta un saco de patatas le quedaría bien, y hablo con conocimiento de causa, porque eso es lo que parecía el poncho de pordiosero que traía puesto el otro día. Lo sigo con la mirada hasta que se sienta a mi lado, como hizo ayer.

—¿Qué te trae hoy por aquí, pelirrojo?

—Nada, comprobar si estas cuidando bien mi casa —me dice el muy caradura—. Cuéntame, ¿la estás cuidando bien, pecoso?

Otra vez el dichoso mote.

—De momento, sí; pero me estoy pensando muy seriamente el mandarla a destruir cuando me vaya de aquí.

Por la cara que pone, sé que eso le jodería mucho y no puedo evitar sonreír de forma triunfal.

—¿Ya te vas a ir? ¿Tan pronto te has hartado de la isla? —Se saca la pipa y el tabaco de uno de los bolsillos internos del kimono y empieza a preparársela como si la conversación no le interesara.

—No, aún no, pero, según tú, nadie se queda en Paradise Island mucho tiempo, ¿no?

Da una calada y el humo llega a mí impregnando la atmosfera de un aroma avainillado. Sé por el olor que hoy no está fumando de su alijo especial.

—Eso es cierto, pero, cuando decidas irte, véndemela, así recuperas la inversión.

—Tengo mucho dinero, puedo afrontar la pérdida —bromeo. Él sonríe achinando los ojos y yo maldigo su sonrisa porque, cada vez que la veo, me ablanda.

Hace un gesto con su pipa en una invitación silenciosa y yo asiento porque me tengo que conformar con saborear sus labios a través de la madera. Doy una calada, siento el sabor dulzón y especiado, y me imagino cómo sabría directamente de su boca.

—Está bueno, ¿qué es? —le pregunto. Mejor conversar que dejar a mi mente divagar libre por terrenos pantanosos.

—Otra de mis mezclas. Si te gusta, puedo traerte un poco. Según Natsu, mis hierbas son mi mejor cualidad —se ríe.

—No sé quién es Natsu, pero no te tiene en muy alta estima.

—Cosas de hermanos. —Se encoge de hombros para restarle importancia—. ¿Por qué tienes tanto dinero? —pregunta con interés y debe de ver en mi cara que no es algo de lo que me

apetezca hablar, porque él mismo se responde—. Vale, vale, cosas del pasado, no pregunto. — Levanta las manos para hacerse el inocente—. Pero, si no quieres que me interese, no presumas de ello. Y yo intentando comprarle la casa a un millonario. ¿A quién quiero engañar? Si Natsu me ha pedido carne de Kobe para Navidad y yo estaba pensando en engañarlo con ternera de la buena. Pero oye, no me mires así, recordemos que es el mismo hermano que dice que lo mejor de mí son las hierbas —bromea—. Cero culpable me siento.

—Ni siquiera se merece que te esfuerces en eso. Dale ternera de la más barata que encuentres y que se apañe —sigo con la broma y me recreo un poco más en su sonrisa mientras me planteo que quizás no es mala idea que le cuente un poquito más de mí.

—Aki, qué bien que estás aquí. —Jiro se asoma al porche con la mirada fija en el pelirrojo.

—¿Y ese interés?

—Quiere clavarte agujas —le informo—. Huye, tú que puedes.

Me mira con una interrogación en sus ojos.

—¿Agujas?

—No es eso... Bueno, sí. Es acupuntura, necesito practicar con alguien para el examen.

Aki lo mira mientras da un par de caladas pensativo.

—Me dejo a cambio de un par de filetes de Kobe.

Me río. Suelto una carcajada que atrae la mirada de mis dos acompañantes.

—No me jodas, tío. Que aquí el jefe me paga bien, pero no tanto.

Es mentira, le pago muy bien, pero me callo y observo en qué acaba esta situación.

—Pues entonces, por un par de chuletones de los buenos. Dile a tu padre que me guarde los mejores y que los quiero para Navidad. —Lo señala con la pipa.

—Hecho. —Jiro sonríe triunfal—. Vamos, acompáñame. —Hace un gesto con la cabeza y Aki pasa adentro de la casa.

Yo los sigo, esto no me lo pierdo. Aparte tengo un poco de curiosidad por eso de la acupuntura, no voy a negarlo.

Pasamos a la sala donde hago rehabilitación y Jiro prepara la camilla donde me da masajes.

—Voy a por las agujas, ve quitándote la ropa —dice Jiro.

—¿Toda? —pregunta el pelirrojo.

—Sí, menos los calzoncillos, claro.

Jiro sale por la puerta a paso ligero y Aki se encoge de hombros y empieza a desnudarse.

—¿Te vas a quedar ahí? —Me mira. Se ha quitado el kimono y tiene el filo de la camiseta agarrado en las manos dispuesto a deshacerse de ella.

—Si no te importa. Lleva toda la mañana dándome el coñazo con la acupuntura y ahora tengo curiosidad por saber qué es.

—Ya, tú lo que quieres es ver cómo me tortura —se ríe y, a continuación, se quita la camiseta.

Me quedo embobado mirando la imagen frente a mí. Tiene un cuerpo perfecto, delgado, fibroso y sin ningún maldito pelo. Tiene una especie de tatuajes geométricos hechos con henna o algo así, que le cubre parte del pecho, hombros y brazos. Mierda, nunca me han gustado los tatuajes, pero en él... Aquí, si están torturando a alguien, es a mí.

Se da la vuelta para apoyarse en la camilla y se baja los pantalones a cámara lenta, o a mí me lo parece, y se queda con uno de esos slips blancos y ajustados. Por suerte, llega Jiro y me saca de mi trance antes de quedar en evidencia. Le dice que se tumbe en la camilla y empieza con la sesión.

Trago saliva y bajo la vista con el fin de no parecer un puto acosador. Me sorprende al ver un familiar bulto que hacía demasiado que no veía en mis pantalones.

Vaya, al parecer, aún puedo empalmarme. Gracias, Aki.



CAPÍTULO 12

¿Electro qué?

Me tumbé en la camilla y observé la sala mientras Jiro se distraía clavándome agujas. Había alguna maquinaria que no sabía qué era: pesas y material deportivo, como colchonetas, barras de madera y cosas así.

—¿Duele? —El pecoso me sacó de mis pensamientos.

—Es molesto pero soportable. Siento decepcionarte —bromeé.

—Ah, qué lástima.

—Eres un sádico.

No lo vi, pero escuché como reía entre dientes.

—Oye, ¿qué es esta sala? —pregunté

—Es donde hago mis ejercicios.

—¿Ejercicios? ¿Ejercicios de qué?

—Pues de musculatura y rehabilitación. Sé que parece raro, pero sigo teniendo músculos y tengo que darle movilidad y estimularlos para que no se atrofien. Ejercito aquellos que todavía puedo mover y de los otros se ocupa Jiro y los electroestimuladores.

—Está obsesionado con eso —masculló Jiro.

—No es verdad —se defendió LaFleur.

—Sí que lo es, te encanta esa mierda. Siempre quieres estar más tiempo del aconsejable.

—¿Qué son los electro...?

—Electroestimuladores —me corrigió el pecoso.

—Son unos dispositivos electrónicos que se usan para estimular los músculos mediante impulsos eléctricos. Son buenos para muchas cosas, entre ellas, para definir la musculatura y aliviar los dolores.

—Ah, vale, ya entiendo. Las cosas esas te ponen buenorro sin hacer nada, ¿no? El deporte ideal para la gente como yo —bromeé

—Tampoco hace magia, no te flipes —rio Jiro.

—¿No haces deporte? —interrumpió LaFleur.

—No mucho, caminar y poco... ¡Ah, joder! Esa ha dolido —me quejé al notar el pinchazo en la oreja—. Ten cuidado, tengo las orejas sensibles.

—Perdón.

—¿Caminar y poco más? Vamos, no seas mentiroso. —Rio irónico LaFleur.

—No miento.

—Ya, y ese cuerpo es por arte de magia, ¿no?

«Lo más probable».

—Tengo buena genética y como saludable. Ya sabes, pepinos, calabacines y esas cosas —

bromeé e hice alusión a aquella vez que me dio por mencionar todas las verduras con forma de falo que comía. El pecoso lo capto porque su voz sonó como si la enmarcara una sonrisa.

—Ya, pero no creo que los pepinos y calabacines sean suficiente.

—¿Tú también eres fan de los calabacines, pecoso?

—Sí, muy fan. —Lo miré de soslayo y lo vi con esa expresión que ponía cuando aguantaba la risa—. Por eso hablo con conocimiento de causa y afirmo que lo tuyo es suerte.

—¿Es envidia eso que noto en tu voz? —Seguramente ese habría sido el motivo por el que se me había quedado mirando cuando me quité la ropa. No me había pasado desapercibido ese detalle.

—*Seh*, das puto asco —bufó y yo solté una carcajada.

—¡Quedate quieto, joder! —me riñó Jiro—. Se supone que la acupuntura debe hacerse en un ambiente relajado y vosotros no paráis con la cháchara. Sal afuera, que me lo distraes y le voy a terminar pinchando un ojo —le dijo a LaFleur.

—¿Me estás echando de mi propia casa? —Levantó una ceja arrogante.

—Te estoy echando de la habitación.

—¿De mi propia habitación?

—Sí. —Jiro hizo un gesto con la mano señalando la puerta.

—Lo que tengo que aguantar. —LaFleur chasqueo la lengua haciéndose el ofendido—. Aki, ¿te vas a quedar a cenar hoy también?

Me sorprendió su invitación, pero seguí con la broma para hacerme un poco el interesante.

—No sé, depende... ¿Tienes calabacines?

—Frescos.

—Vale, entonces sí. No me puedo negar a eso.

Se rio por lo bajo y se despidió de mí.

—Te veo luego entonces.

—Eso, huye tú que puedes —citó a conciencia lo que él me había dicho con anterioridad y me quedé mirando el techo con una sonrisa divertida en los labios.

—Estáis de un tonto —dijo Jiro cuando el pecoso se fue, abriendo y cerrando la puerta con la ayuda de Siri—. Pero, si le vas a seguir haciendo reír de esa manera, sigue con lo que quiera que estés haciendo, le viene bien. Llevo mes y medio con él y no lo había visto de tan buen humor.

—Es un cascarrabias, ¿no?

—Un poco, aunque es comprensible. Es un tío muy autoexigente. No se conforma con lo que puede hacer, siempre quiere hacer más por él mismo y se frustra si no lo consigue. La verdad es que, cada vez, va consiguiendo más cosas y va siendo más autosuficiente.

—La autoexigencia no es mala. Al menos tiene motivación y eso es fundamental en la vida.

«Te lo digo yo, que hace tiempo que no tengo».

—Sí, pero en exceso tampoco es bueno.

—Nada lo es.

—Aunque es lógico que se comporte así después de la vida que ha tenido.

Abrí uno de los ojos y lo miré con interés.

—No me vas a contar nada más, ¿no es así?

—El acuerdo de confidencialidad me lo impide.

—Pues a callar y a clavar agujas.

Cuando terminó la sesión de acupuntura, me vestí y salí al salón. El pecoso estaba allí trasteando con una *tablet* que estaba apoyada sobre sus piernas. Se manejaba bastante bien a pesar de sus dificultades.

—Ah, ya has salido. ¿Qué tal, notas algo diferente? —Me miró con interés.

—Pues de momento tengo muchas ganas de mear y creo que me siento un poco más... —Hice una pausa buscando la palabra que definiera mi estado—. ¿Relajado? No sé, es una sensación rara. Perdona, voy al baño, ahora te cuento.

—Puedes usar el de mi cuarto, no hace falta que subas. La última puerta.

Acepté el ofrecimiento y me encaminé al servicio. Al parecer, eso también había cambiado, el baño que antes era para toda la planta baja, ahora se había convertido en uno particular para la habitación principal.

Como la necesidad me apremiaba, no fue hasta después de vaciar la vejiga que me fijé en la habitación del pecoso. Me detuve a curiosear un poco, ya que estaba.

Tenía una cama grande en medio de la habitación y un escritorio con una amplia pantalla de ordenador. Estaba todo muy ordenado y la decoración era minimalista, en colores claros y armónicos. Nada demasiado personal a excepción de una tarjeta de felicitación con la foto de una mujer joven con una niña de unos tres años en brazos. Las dos sonreían a la cámara. Sabía que estaba mal, pero me dejé llevar por la curiosidad y eché un vistazo a su interior. Dentro había un mensaje.

Felicidades por tu nuevo hogar. Tómate el tiempo que necesites para encontrar lo que buscas, pero no te olvides de nosotras. Te queremos mucho,

Laura y Linda.

El mensaje iba acompañado de unos rayones de colores, supuse que sería un dibujo de la más pequeña. Plegué la tarjeta y volví a fijarme en la fotografía en busca de algún tipo de parecido con el pecoso. No encontré ninguno más allá del pelo rubio de la niña. ¿Quiénes serían? Otro enigma más del tipo que me esperaba en el salón. Otra incógnita más de la que no iba a hacer preguntas, pero que me moría por conocer.

Dejé la tarjeta tal y como estaba y volví al salón. LaFleur me miró.

—Hoy cocino yo, o lo que es lo mismo, he pedido sushi —bromeó—. ¿Te gusta? Solo con vegetales para ti.

—Sí, me gusta.

—Perfecto entonces, el repartidor estará al llegar. Jiro está arriba. Me ha dicho que cenemos nosotros, que él lo hará más tarde, así la noche de estudio no se le hace tan larga.

—Vale, ¿prefieres cenar fuera o dentro? Voy a poner la mesa.



CAPÍTULO 13

Maldito sushi

«LaFleur»

Al final decidimos que es mejor cenar dentro, en la cocina. Aki pone la mesa y deja ante mí un despliegue colorido de comida asiática mientras Jiro me ayuda a ponerme los adaptadores en las manos para que pueda comer «sin problemas». Luego se va a su habitación a seguir estudiando y me dice que lo llame si necesito su ayuda nuevamente.

Aki usa los palillos con soltura mientras yo hincó con torpeza el tenedor a las piezas de sushi que más me gustan. No sé realmente por qué lo he invitado a comer, ha sido un pronto que me ha entrado llevado por una chispa de optimismo y mis ganas de sentirme normal por unos minutos. Pero ahora empiezo a creer que ha sido una mala idea. Aki me habla sobre algo de que le diera de comer calabaza a un gato o yo que sé. La verdad, no estoy prestando demasiada atención. Mi concentración está puesta en pinchar el puñetero sushi sin que se desmorone. Maldita sea la hora en la que me pareció buena idea esta mierda. Respiro hondo y me doy una pausa. Necesito tranquilizarme y no darle más importancia de la que tiene. Bebo un poco de agua para disimular mi frustración y pongo mi atención en el pelirrojo que tengo delante.

—Así que, si no te importa, antes de tirar las sobras, pónselas a él.

—¿A quién? —me descubro con esa pregunta estúpida, pero es que no sé de qué está hablando.

—A Calabaza.

—Ah, sí, no solemos cocinar calabaza, pero, cuando eso ocurra, te la daré para tu gato.

Aki suelta una carcajada y se cubre rápidamente la boca con la mano para no terminar poniéndolo todo perdido de arroz.

—Pecoso, no te estás enterando de nada. —Se limpia con la servilleta y me mira aún con la sonrisa en los labios y los ojos achinados por la diversión. Creo que me estoy haciendo adicto a ese gesto.

—Perdona, me has pillado distraído, repítemelo.

—Te decía que por aquí ronda un gato callejero que «se llama» Calabaza y que cuando os sobre comida, tipo pescado o carne, algo que le guste a los gatos, que no lo tiréis, que se lo pongáis en algún recipiente en el patio.

—Ah, era eso... Vale, se lo diré a los chicos. Mira que ponerle Calabaza al pobre gato...

—Es naranja, le venía perfecto.

—Tú también eres naranja, ¿te gustaría que te llamara Calabaza? ¿O Zanahorio? No, no, espera mejor Cheeto o Dorito. —Lo miro con una de mis mejores sonrisas maliciosas.

—Ja, ja, qué gracioso —dice sin gracia ninguna—. Es tu venganza por lo de *pecoso*, ¿no?

—Ajá, no haberme puesto un mote.

—Si me dijeras cómo te llamas de verdad, quizás dejaría de usarlo.

—¿Quizás? —Levanto una ceja, no sé si se habrá dado cuenta de que con eso pierde toda la credibilidad.

—Quizás. —Me reta con la mirada y yo me muerdo el labio en un intento de mantenerme serio—. Además, para tu información, mi nombre ya es demasiado obvio de por sí, no hace falta que me pongas otro; y mi pelo no es naranja dorito, es más bien terracota.

—Ah, ¿sí? ¿Qué significa tu nombre?

—Se escribe con el *kanji* japonés de *otoño* así que eso es lo que significa.

—¿Y por qué es un nombre obvio?

Me sostiene la mirada unos segundos y luego la baja hacia el plato y se mete una pieza de sushi en la boca. Me contesta antes de tragar.

—Porque nací en otoño. ¿Por qué va a ser?

—Pues me parece bonito. Tus padres tuvieron buen gusto. Yo también nací a las puertas del otoño, el veintidós de septiembre. —Sonríe y me dispongo a intentar comer algo de nuevo. Me noto más relajado y me veo capaz de lograr tal hazaña. Pincho un *maki* de salmón, lo mojo en la salsa de soja y me lo meto en la boca con éxito.

—Pues es una casualidad, sí.

—¿Qué día naciste tú?

—¿Yo?

—Sí, tú.

«Obviamente».

—Pues en noviembre. —Vuelve a dirigir la mirada a su plato al contestarme como si me estuviera rehuendo.

—¿Qué día?

—¿Para qué quieres saberlo?

—No sé, tengo curiosidad. —En realidad en un principio me daba igual, pero se está comportando un poco raro y ahora quiero saber el porqué.

—El uno. Ya lo sabes, ahora no tienes excusas para no regalarme nada si sigues aquí para el año que viene —bromea.

—Siempre se me puede olvidar. —Me encojo de hombros y tomo otra pieza de sushi.

Esta vez no tengo tanta suerte. Al mojarlo en la salsa de soja, se desmorona y se parte en dos pedazos. Mierda. Intento volver a pinchar uno de los trozos restantes, pero es inútil.

—Espera, que te ayudo. —Aki se limpia en la servilleta y, a continuación, mete los dedos en la salsa de soja y atrapa uno de los trozos que había dejado yo allí con mi torpeza—. A veces pasa.

Entonces me acerca el pedazo de comida, usando solo las manos, nada de cubiertos, y yo hago lo impensable. Separo los labios y atrapo la comida con mis dientes. Cuando digo *lo impensable* es porque así es. Soy bastante escrupuloso, me da asco comer sin usar cubiertos; y aquí estoy ahora, dejando que el maldito y sensual pelirrojo me dé de comer. Y me sorprendo a mí mismo cuando pienso que no me importaría lamerle un poco los dedos. No lo hago, obviamente. Me limito a masticar; pero lo he pensado, joder. Estoy muy mal de lo mío. Este hombre raro me ha despertado deseos que desde el accidente no experimentaba y que deberían estar guardados en un cajón. Lo que me faltaba, joder, que se me volviera a despertar la libido. Encima es hetero y medio *hippie*, nunca me habían gustado los *hippies*. ¿Qué me está pasando? No puedo dejar de observarlo, a saber la cara que estoy poniendo. Me está mirando la boca. ¿Por

qué me mira la boca?

—Espera, tienes...

Vuelve a acercar su mano a mí, me quita un grano de arroz que se me había quedado pegado en la barbilla y se lo come. ¡Se lo come! Y se queda tan pancho.

—Ya está.

Y me sonrío para terminar de rematarme. ¿De qué va este tío? Tengo que echarlo de aquí. Desde luego, ha sido una mala idea invitarlo; pero ¿qué le digo?

—Se ha hecho un poco tarde, será mejor que te marches. —Miro el reloj de la cocina para dotar de credibilidad mis palabras.

Él levanta las cejas, apoya la barbilla en su mano y me mira mientras se lleva otro trozo de sushi a la boca con parsimonia.

—Ya...

No ha colado. Pasa de mí y sigue comiendo a un ritmo mucho más lento que antes.

—¿Qué te pasa? —me pregunta con toda la naturalidad del mundo.

—Nada, solo estoy un poco cansado.

—Ya... —Otra vez la misma palabra en el mismo tono de incredulidad.

—En serio, Aki, no estoy para juegos, lárgate. —Soy gilipollas.

—No me lo vas a contar, ¿eh? Ya veo.

—No tengo nada que contarte.

—Pues quizás deberías. Creo que te haría bien. En fin, no sé qué ha pasado por tu mente para que vuelvas a bufar como un gato; pero, si es lo que quieres, me iré. —Se levanta y empieza a recoger la mesa. Tira los envases a la basura y friega su vaso.

—Deja eso, no te molestes.

—No me molesto, pero vale, vale, ya me voy. —Levanta las manos al darse por vencido. Pasa por mi lado en dirección a la puerta y me alborota el pelo en un gesto amistoso—. Hasta otra, pecosito. Gracias por la cena.

Mantengo el tipo hasta que escucho el portón cerrarse y luego gruño. Las emociones que estaba conteniendo me invaden y termino golpeando la comida con el brazo y tirándolo todo al suelo en un estúpido arrebato. Respiro para intentar calmarme cuando escucho a Jiro bajar las escaleras. Miro la cena en el suelo y me siento el ser más miserable del mundo. Tengo ganas de llorar y gritar.

—Joder, ¿qué ha pasado? —pregunta con cara de preocupación.

—Nada. Lo siento mucho, Jiro.

—*Nah*, no te preocupes. —Le quita importancia y se agacha a recoger mi estropicio.

Y yo huyo a mi habitación como el maldito cobarde que soy.



CAPÍTULO 14

No hice nada

Cuando entré por la puerta del Carpe Diem, Haru vino corriendo hacia mí y me abrazó fuerte.

—Gracias, gracias. No sé qué haría sin ti —exageró y me apretó más.

—Vale, vale, no seas pesado. —Me revolví para que me soltara, me estaban empezando a doler las costillas—. Dime qué tengo que hacer y pongámonos manos a la obra.

Era noche de conciertos en el *pub* de Haru y uno de los camareros se había puesto enfermo y no podía hacer su turno esa noche. Así que, ahí estaba yo dispuesto a echarle una mano a mi histérico hermano. El bar estaba cerrado, no abría hasta más tarde; pero, mientras tanto, aprovechamos para cambiar la ubicación de las mesas y dejarlo todo preparado para cuando vinieran los músicos y llegaran los clientes.

—Qué bien está quedando —dijo mientras observaba todo con los brazos en jarra—. Gracias de nuevo, Aki. Te pagaré las horas que echas.

—No hace falta, florecilla. Tómatelo como pago por los días que me apalanco en tu casa. Que, por cierto, esta noche también me quedaré allí, es la que me pillará más cerca.

Me miró y puso su cara de no estar conforme por lo del sueldo; pero, antes de que se pusiera a protestar, di una palmada y le pregunté qué era lo siguiente que teníamos que hacer. Eso lo distrajo por el momento y nos fuimos a la cocina a cortar verduras para la tempura.

—¿Qué tal te va con el borde de «LaFleur»?

—Bien, supongo. Ayer me invitó a cenar a su casa... Claro que también me echó de ella unos treinta minutos después. —Me reí entre dientes al recordar su cambio tan brusco de actitud.

—¿Que te echó? ¿Y por qué? ¿Qué hiciste? —Haru me miró con las cejas tan altas en la frente que le desaparecieron tras el pelo.

—Nada.

—Sí, ya, nada. Algo harías para que te echara así, ¿no? Aunque no sé por qué me sorprende con lo borde que es ese tío. Lo raro es que sigas yendo allí. Sé que estás aburrido, Aki, pero no sé, no te entiendo.

—Te digo que no hice nada. Estábamos pasando el rato en plan guay, riéndonos mientras conversábamos y cenábamos el sushi que había pedido y, de repente, le cambió la cara, miró el reloj y me dijo: «se ha hecho tarde, es mejor que te vayas».

—¿En serio? No sé qué me impresiona más, que puedas mantener una conversación divertida con ese tipo o que te echara así sin más...

—El pecoso es divertido. Tiene un humor un poco cínico, pero a mí me hace gracia.

—Sí tú lo dices... Quizás le sentó mal la cena y tuviera que ir al baño o algo. El pescado crudo no le sienta bien a todo el mundo. Una vez comí un poco del plato de Natsu por probar y fue una mala idea. Encima de que no me gustó, luego me estuve cagando en plan mal toda la

noche.

Me reí y Haru se rio conmigo.

—No te rías, que lo pasé fatal —Me pegó con el trapo de cocina que tenía colgado al hombro.

—Joder, florecilla. Te sentó mal porque eres vegetariano como yo. El espíritu de la liebre no te deja comer carne ni pescado. No te puedes comparar con el resto de la gente.

—Ya, pero, aun así, te digo que la proteína del pescado crudo es muy fuerte y algunos organismos humanos no lo toleran bien. A Jacquie le pasa.

—Ah, ¿sí? Jacquie también se caga cuando come sushi, ¿eh? —Me volví a reír.

—Sí, me lo dijo ella. Si no, pregúntale.

—Paso, te creo, te creo. —Le di las verduras a Haru y me puse a exprimir limones para preparar limonada—. Pues quizás fuera eso. Le prepararé unas hierbas para que se las tome como infusión cuando eso le suceda, a ver si así no me vuelve a echar de su casa.

Sonreí negando con la cabeza, aunque a mí me daba que no era eso lo que le había ocurrido. Tenía la sensación de que, por la cabeza del pecoso, corrían pensamientos que no podía comprender a no ser que él me lo explicase. Aquella persona era un enigma con patas (patas no funcionales como diría él) y yo tenía todo el tiempo del mundo para descubrirlo.

—¿Volverás a ir a su casa? —Me preguntó Haru con un tono de incredulidad.

Yo me encogí de hombros en respuesta.

—Pues sí que te ha dado fuerte por el «pecoso». —Puso su sonrisita de sabiondo y siguió con lo que estaba haciendo.

—¿Qué?

—Nada.

—Sí, ya, nada... A saber qué estás pensando.

—¡Ah, por cierto! —dijo en tono jovial y yo ya supe que me iba a cambiar de tema—. He pensado que, ahora que el tipo borde está ocupando la casa del río, podríamos celebrar la Navidad aquí. Cenamos los cuatro, bueno, y Jacquie y Derek también se suman. Estaremos con el *pub* cerrado y luego pondré música y lo abriré para todo aquel que quiera venir a pasárselo bien.

—¿Aquí? No es mala idea, pero ¿qué pasa con Fuyu?

Mi pregunta se debía a que, cada vez que uno de nosotros estaba en su estación correspondiente, en este caso el invierno, que era la de Fuyu, nos costaba más mantener la apariencia humana. Era cuando teníamos que estar más conectados a la isla y liberar toda nuestra esencia para que las estaciones fluyeran con normalidad. Teníamos que dejar expandir toda nuestra «magia», de ahí que nos costara mantener nuestra apariencia humana. Por eso solíamos permanecer en la cabaña de la montaña casi los tres meses completos. Haru y Natsu eran los que menos dificultades tenían para cambiar de forma en su estación, pero a Fuyu y a mí nos costaba más, sobre todo a mi invernal hermano, que no era capaz de esconder las orejas de lobo más de cinco minutos en su estación. Mucho peor que yo, que solía aguantar una hora sin problemas.

Tenía la teoría que a Haru y Natsu les costaba menos porque ambos eran más sociables. Para ellos siempre había sido difícil permanecer tres meses «escondidos» en la cabaña, así que habían desarrollado esa habilidad por pura necesidad. Los envidiaba un poco por eso.

—Nada, que se venga también. Le ponemos un gorro de Santa que le tape las orejas y ya está. Además, Jacquie sabe nuestro secreto, no se va a asustar por verle las orejas al lobo.

Pues también era verdad.

—¿Y se lo has dicho ya a los demás?

—A Fuyu, sí; y está de acuerdo. A Natsu se lo diré esta noche, pero no va a poner pegas.

Asentí.

—Vale, me parece bien entonces.

—Te podemos poner una diadema roja y cascabeles en los cuernos, así puedes pasar desapercibido también —se rio.

—Ni de coña.

—¿Por qué no? A Derek seguro que le hace gracia.

Lo pensé por un momento.

—Bueno, si es por el niño, me dejo; pero solo en la cena —le advertí con el dedo en alto.

—¡Bien! Voy a comprar jerséis navideños y complementos para todos. Pienso decorar el Carpe Diem superbonito. He visto unas cosas por internet que...

Haru siguió hablando de todo lo que le iba hacer al bar hasta que este abrió las puertas. El concierto estuvo bien, el *pub* se llenó, y al final acabé cerrando solo porque mi hermano tuvo suerte y se acabó llevando al guitarrista a su casa.

Terminé durmiendo en el sofá de la trastienda. Total, al día siguiente también iba a ayudar a Haru a abrir el bar.

Me encendí la pipa y me tapé con el poncho. El clima había cambiado y ya se notaba más el frío, Fuyu estaba a tope. Al día siguiente iría a verlo y así aprovecharía para coger mis hierbas y prepararlas para las infusiones del pecoso. ¿Se enfadaría mucho Haru si lo invitaba a la fiesta de Navidad?



CAPÍTULO 15

La teoría de Jiro

«LaFleur»

Hace un frío que pela y yo estoy aquí en el porche haciendo como el que lee mientras, lo que en realidad hago es esperar a que un *hippie* pelirrojo venga a hacerme una de sus inoportunas visitas.

Ya ha pasado más de una semana desde la última vez que lo vi, que resulta que fue cuando lo eché de mi casa sin esperar siquiera a que terminara de cenar.

Se supone que debería estar contento, ¿no? ¿No era eso lo que quería? ¿Que me dejara tranquilo y que no se inmiscuyera en mi vida? Pues parece que no, que habérmelo quitado de encima tampoco me hace feliz en absoluto, sino una persona miserable, un capullo y un amargado.

Mierda, lo echo de menos. Lo reconozco, era agradable tenerlo por aquí. Me alegraba la vista y me gustaba hablar con él de todo y nada.

Bufo, me doy por vencido y me meto para dentro de la casa. El hecho de estar ahí fuera muriéndome de frío no va a hacer que Aki venga a verme.

—Hola, jefe. —Jiro me saluda cuando me ve aparecer, creo que acaba de llegar. Está sentado con Mat en el sofá mientras se ponen al día en sus horarios.

—Hola, Jiro —respondo en tono seco.

—Uh, ¿qué pasa? ¿Un mal día? —pregunta en cuanto nota mi tono desprovisto de ilusión alguna. Lo he intentado disimular, pero ya no engaño a ninguno de estos dos.

Me encojo de hombros en respuesta.

—No especialmente, como todos.

Mat murmura algo en japonés mientras finge que mira el móvil. Normalmente no entiendo nada de lo que dicen. A veces lo hacen, hablan en japonés cuando están solos, pero esta vez no lo están y mis oídos consiguen captar una palabra: *Aki*. Jiro le contesta con otra en el mismo idioma y en el mismo volumen.

—¿Qué pasa? ¿Habláis de Aki?

—No, bueno... Decía que te veo más desanimado desde que discutiste con Aki —se sinceró Mat.

—No es que discutiéramos. Me pilló en un mal momento, solo eso. —Hago un gesto con la mano para descartar el tema—. Pero entiendo que no quiera venir más.

—No creo que se haya enfadado —dice Jiro.

—Eso no lo sabes.

—Es cierto, no lo sé; pero lo conozco desde hace tiempo y nunca lo he visto enfadado.

—Es verdad, yo tampoco lo he visto enfadado nunca —le da la razón Mat.

—¿Ambos lo conocéis desde que erais pequeños?

—Bueno, digamos que siempre ha sido alguien que ha vivido en la isla, un habitante un poco peculiar pero inofensivo —dice Jiro.

—Es como una constante en este sitio —se ríe Mat y luego se queda pensativo—. Lo extraño es que no lo recuerdo de pequeño, es como que siempre está igual... ¿Cuántos años debe de tener?

—Pues no mucho más que vosotros —contesto dejándome llevar por la lógica—. ¿Treinta?, ¿treinta y uno?

—Tío. —Jiro le da un codazo a Mat y empieza a hablar con él en japonés como si estuvieran discutiendo alguna cuestión.

—¿Hola? ¿Podéis dejar de hacer eso, por favor? —les interrumpo.

—Perdón, solo le contaba mi teoría a Mat.

—Yo también quiero oír esa teoría y, a ser posible, en mi idioma, gracias.

—Vale, te la puedo contar, pero no me vas a creer. Eres demasiado occidental para comprenderlo, ya le cuesta a este. —Le da otro codazo al pobre Mat, que lo mira con una mueca molesta.

—Inténtalo.

—Está bien. Mi teoría es que es un *yosei* —dice Jiro, como si eso aclarara algo, y Mat suelta un *ja* con ironía.

—No es un *yosei*, eso son leyendas —interrumpe Mat.

—¿Sí? No sé, piénsalo. ¿Por qué no lo recuerdas de pequeño?

—Joder, pues será mayor, pero será de esas personas que se conservan bien. Como Jared Leto. ¿Crees que Jared Leto sea también un *yosei*? —se mofa.

—¿Qué mierdas es un *yosei*? —los corto antes de que se olviden de nuevo de que estoy aquí. Jiro me mira y sonríe con cara de sabiondo.

—Es algo de la mitología japonesa, se supone que un *yosei* es un espíritu del bosque. Son como seres mágicos que habitan en la naturaleza.

Me quedo en silencio por unos segundos, esperando a que me diga que es una broma, pero no lo hace. No sé cómo piensa que me crea tal tontería.

—Muy gracioso. Si pudiera, te aplaudiría —digo en tono irónico—. Te lo has montado bien, Jiro, casi me lo creo y todo.

—¿Ves? Ya te avisé de que no me creerías; pero tú sabrás, tío. —Se encoge de hombros.

—Que te den —me río por lo absurdo de todo y me marcho a mi habitación.

... Un *yosei*... Maldito Jiro.

Me acerco a mi ordenador y lo enciendo.

—Ey, Siri, busca información sobre los *yosei*.



CAPÍTULO 16

La invitación

Aquella tarde, me dirigía a la casa del río. Al final, había tenido que ayudar a Haru toda la semana. Luego tuve que echarle una mano a Natsu con unas cuantas reparaciones de su casa y, por último, había estado haciendo limpieza general con Fuyu en la cabaña. Con lo cual, llevaba tiempo sin pasarme por casa del pecoso. Aproveché que era el día de descanso en el que el Carpe Diem cerraba, para hacerle una visita al señor misterioso. No sé si estaría de humor para recibirme, pero esperaba que sí porque le llevaba un montón de hierbas que le había preparado para infusiones y cosas de esas, aparte de algunas setas y castañas. Hacía días que pensaba llevárselas, pero con el jaleo de mis hermanos no había podido ir a la cabaña a recogerlas. No sabía si me recibiría, pero si no quería verme, siempre me quedaba la opción de dejárselas en la puerta o dárselas a Mattie o Jiro.

Me ajusté bien la bufanda y me bajé un poco más el gorro de lana que había pillado de la cabaña. Hacía un frío de mil demonios y calculaba que pronto empezaría a nevar. Siempre nevaba cuando Fuyu estaba contento; y Haru le había preparado aperitivos y se había quedado con él a ver una película, con lo cual, todo apuntaba a que esa tarde el paisaje iba a teñirse de blanco. Si me preguntaran cuál era mi hermano favorito, no sabría responder. Había etapas con los que me llevaba mejor con uno y otras en las que me llevaba mejor con otro, pero no había ningún preferido. En cambio, Fuyu... Nunca lo había dicho abiertamente, pero estaba claro que su ojito derecho era la florecilla. Y el primer copo de nieve cayendo sobre mi nariz me dio la razón.

Me apresuré para no acabar calado y no tardé en llegar a la casa del pecoso. Calabaza, acurrucado en el porche, me saludó con un maullido tembloroso.



—Estoy totalmente de acuerdo contigo, amigo. Culpa de Fuyu, ya sabes.

Me agaché, cogí al minino con el brazo que me quedaba libre, lo abrigué con mi poncho y llamé a la puerta. Mattie abrió.

—Hola, Aki, hacía días que no te veía, ¿todo bien? —Se apartó de la entrada y me dejó pasar.

—Hola, Mattie. Sí, liado en el Carpe Diem. He estado ayudando a mis hermanos con unos asuntos. ¿Y el pecoso?

—Está en su habitación, ¿quieres que lo llame?

—No, déjalo, ya voy yo. Joder, ¿por qué no tenéis encendida la chimenea?

—Ah, pues no sé. No se me había ocurrido, pero quizás sea lo mejor, sí.

—Claro que es lo mejor. Esta casa es muy húmeda por estar al lado del río. En invierno hay que encender la chimenea, calentará todo el interior y evitará que salgan humedades en las paredes y que tu jefe coja una pulmonía.

—Ah, no lo sabía.

—Pues ya lo sabes. —Le guiñé un ojo, solté a Calabaza, que corrió a subirse en uno de los sillones, y dejé la bolsa de papel, donde llevaba las hierbas, en la mesa del salón.

Encendí la chimenea usando los troncos que yo mismo había dejado allí hacía unos días. Al día siguiente le traería más para que no se quedaran sin leña.

Cuando el fuego estaba ardiendo y estable, cogí la bolsa y fui a la cocina. Mat me seguía con la vista mientras se debatía si decirme o no algo.

—Voy a preparar té. ¿Quieres, Mattie?

—Ah, ¿té?, vale.

Rebusqué en los muebles de la cocina hasta que encontré lo que buscaba y preparé tres tazas. Le dejé una a Mattie en el salón y las otras dos las llevé con una bandeja hacia el dormitorio del pecoso. Toqué a la puerta con los nudillos y esperé una respuesta.

—¿Sí?

—Soy yo, ¿puedo pasar?

Silencio.

—Sí, pasa.

Abrí la puerta y entré en la habitación. Él estaba frente al ordenador, pero se giró hacia mí en cuando me oyó llegar.

—Hola —lo saludé.

—Hola. —Su voz sonó un poco temblorosa, tenía los ojos brillantes, como si estuviera conteniendo mil emociones, y en sus labios una tímida sonrisa.

—¿Qué tal te va la vida, pecoso? —Dejé la bandeja en el escritorio y me senté en el filo de la cama con una taza en las manos.

—Pues ya ves, no me puedo quejar ¿Cómo tú por aquí? Yo pensaba que había ganado esta batalla y te había sacado de mi vista para siempre —bromeó.

—Pues siento decepcionarte. ¿Quieres té? Es una mezcla de té blanco de peras y cardamomo.

—Cardamomo, ¿qué narices es cardamomo? —Lo dijo en un tono que me hizo reír.

—Está rico, pruébalo. —Le di un sorbo a mi taza—. Aunque mejor espera un poco, aún quema.

Miró la taza y luego me miró a mí.

—¿Este es para mí?

—Sí. —Me encogí de hombros—. Viene bien para calentar el cuerpo en el invierno. De hecho, te he traído un montón de infusiones de mi propia cosecha. Algunas hierbas tienen propiedades curativas y van bien para un sinfín de cosas. Les he puesto etiquetas para que sepas cuál es cuál.

Vi cómo tragaba saliva y desviaba la mirada hasta su taza.

—Muchas gracias, Aki. Pensé que te habrías enfadado. Yo... —Su voz sonó ronca y llena de vulnerabilidad a pesar de que lo estaba intentando disimular.

—¿Enfadarme? Pff, te hace falta mucho más que eso para enfadarme. —Me reí y él me miró con las cejas alzadas por la sorpresa—. Además, no me conviene enfadarme contigo en invierno,

tu casa es la más calentita. Tiene chimenea, que, por cierto, la he encendido.

—Ah, así que era por eso... Y lo del té también es para camelarme, ¿no?

—¿Camelarte? No, qué va. —Alargué las palabras como si me hubiera pillado en una estratagema que los dos sabíamos que no existía.

Me reí. Y él se rio. Y a mí ese gesto me calentó por dentro más que la infusión.

—¿Lo he conseguido?

—Te va a hacer falta más, no soy tan facilón —bromeó con esa expresión de arrogancia tan suya.

—Cambiarás de opinión en cuanto pruebes el mejunje. —Señalé su taza con la barbilla.

Me miró achinando los ojos.

—No querrás envenenarme, ¿no? Sería más rápido que camelarme y nadie sospecharía.

—Gracias por darme ideas, pero no es el caso; aunque, si te quedas más tranquilo, podemos cambiar las tazas. —Hice un amago para intercambiarlas, aunque sin intención de ello.

—Te creeré esta vez. —Se acercó a la mesa, se metió la pajita en la boca y dio un sorbo.

Gimió de placer y a mí ese sonido me recorrió el cuerpo como una pequeña descarga. Algo que no me había pasado antes y que no iba a pararme en analizar.

—¿Esta rico? —pregunté solo para quitarme esa sensación de encima.

—Mucho. Deberías montar una tienda de tés o algo así, creo que podrías ganar mucho dinero.

—¿Tanto como para comprarte la casa? —bromeé.

Se rio.

—Sigue intentándolo.

—Pues, ahora que lo dices, podría llevarlas al Carpe Diem y probar con eso.

—¿Qué es el Carpe Diem?

—El bar de Haru, le he estado echando una mano esta semana. Bueno, bar, *pub*, sala de conciertos improvisada... Lo que le echen. Deberías pasarte algún día o salir más por el pueblo. No puedes vivir en Paradise Island y no conocer el Carpe Diem. Es más, ven a la fiesta de Navidad. Abriremos el bar, podremos música, serviremos copas, habrá chicas guapas... —Ya estaba hecho, lo había invitado, lo sentía si Haru se enfadaba.

—Bueno..., lo de la música no es que me tienta, ya sabes..., no se me da muy bien eso de bailar. Y lo de las chicas guapas tampoco me motiva mucho. —Se encogió de hombros en un gesto divertido—. Soy vegetariano.

Me quedé unos segundos callado procesando lo que me estaba diciendo, mi cara debía de ser un poema.

—¿Eres gay?

—Bravo. Pensé que te habías dado cuenta después de la conversación de los calabacines, pero ya veo que no. —Se rio de mí el muy cabrón.

—Yo que sé, joder. Bueno, lo que sea, Haru también es gay y seguramente invite a más vegetarianos al evento. —Me reí con la tontería.

—No me interesa ligar ahora mismo.

—Pues no ligués, no bailes, pero ven. —Lo señalé con el dedo para que no pusiera más excusas.

—Vale, puede que me lo piense.

—Argh, eres exasperante.

—Y tú, un pesado.

—Un pesado que mira por tu bien.

—¿Y por qué lo haces? Nadie te lo ha pedido.

—Yo qué sé. Porque me nace, joder. Déjate ya de tonterías.

Me estaba empezando a hartar de tanta broma y pedertería con la que le sacaba brillo a la inquebrantable armadura con que se protegía. Me gustaba más cuando se relajaba y mostraba esos resquicios de sus entrañas. No estaba seguro de por qué, pero algo me llamaba a seguir rascando para descubrir lo que ocultaba. De algún modo, me sentía bien cuando depositaba pedacitos de su confianza en mí.

—No sé qué tiene de malo, me caes bien y te he invitado a la fiesta de Navidad en la que estará mi familia y amigos cercanos, punto.

Se quedó callado supongo que al oír mi tono serio y bajó la mirada.

Me levanté y me puse en cuclillas delante de él para que me mirase.

—No sé qué es lo que pasa por tu mente porque te niegas a decírmelo, pero no le des más vueltas, ¿vale? Dijiste que querías empezar una vida nueva, ¿no? Pues estando todo el día aquí encerrado no lo vas a conseguir.

Me esquivó la mirada, pero no tardó en fijar su vista de nuevo en mis ojos. Le cubrí la mano con una de las mías y le di un apretón. Él contempló esa unión un momento para luego clavar sus iris celestes en los míos.

—Está bien, me pasaré un rato, pero no esperes mucho de mí.

Sonreí, me gustó su respuesta. En realidad, no esperaba gran cosa, simplemente que lo intentara.

—Tranquilo, si lo que te preocupa son los buitres que te puedan rondar, sabes que puedes contar con mis piernas funcionales para patear culos, ¿no?

—Idiota. —Se rio.



CAPÍTULO 17

Castañas

Para cuando me dispuse a irme de la casa del río, la nieve teñía el bosque de blanco y, el cielo (o, mejor dicho, Fuyu) no parecía querer dar una tregua.

El pecoso me había acompañado hasta la puerta y los dos observábamos el paisaje, nuestras caras reflejaban lo inesperado del momento.

—Pues casi que mejor me espero a que amaine, ¿no? —Lo miré como quien no quiere la cosa. No me apetecía nada irme y calarme de frío hasta los huesos.

—Sí, quédate a pasar la noche.

Sonreí sin poder evitarlo y el levantó las cejas con diversión.

—Casi parece que lo hubieras planeado.

—Claro, ahora soy en culpable de que nieve. Hago nevar para quedarme en esta casa calentita mientras veo una película junto a la chimenea y como castañas asadas —dije en tono irónico mientras le seguía adentro de la casa y cerraba la puerta tras de mí.

—¿Has traído también castañas? —Giró la cabeza y me miró de soslayo.

Me reí.

—Te he dejado unas pocas en el frutero de la cocina.

—¿Otro punto de tu plan para camelarme?

—Me has pillado —bromeé—. ¿Funciona?

—Depende, ¿me pelarías algunas?

—Te pelaría lo que hiciera falta.

Apretó los labios conteniendo la risa y se le iluminaron los ojos con diversión.

—Seguimos hablando de castañas, ¿verdad?

—Yo no he mencionado otra cosa.

—Claro. Está bien, dejaré que me peles... las castañas.

Me reí y le revolví el pelo en un gesto amistoso antes de ir hasta la cocina. Lo tenía muy suave y desprendió un sutil olor a cítricos que me resultó muy agradable. Él chasqueó la lengua molesto e intentó peinarse con las manos.

—No hagas eso —protestó viniendo tras de mí— ¿Sabes lo que le cuesta peinarse a una persona como yo?

—Venga, no seas exagerado. —Le miré el pelo un poco alborotado. Aun así, le quedaba bien.

—Bueno, me gusta ir peinado y que no parezca que me acabo de levantar de la cama. Ya me cuesta verme bien con esta silla pegada al culo como para que además venga un *hippie* y me despeine.

—Bah, eres un remilgado. Estás bien. —Sonreí y me puse a preparar las castañas—. No has

dejado de ser guapo. Además, el aspecto de recién salido de la cama a veces resulta sexi. — Pasaron unos segundos y no obtuve respuesta, así que lo miré buscando una contestación—. ¿Qué? —pregunté al ver su cara de suficiencia.

—Nada, simplemente me sorprende hasta dónde llega tu esfuerzo por tenerme en el bote.

Solté una carcajada.

—Pensaba que este halago te iba a gustar —bromeé. Ni siquiera lo había pensado, lo había dicho tal como me había salido; pero, al parecer, mi nuevo amigo no se llevaba bien con los piropos.

—Claro, estoy en éxtasis —dijo con un tono carente de expresión y una cara que lo acompañaba.

Me volvió a sacar otra carcajada y, mientras me reía, me acerqué y lo peiné con las manos.

—¿Mejor? —pregunté.

—Siempre que no me hayas dejado trozos de cáscaras en el pelo...

—Eres un tocapelotas —lo acusé y seguí con la preparación.

—Antes lo era más, créeme... —bromeó.

—Te creo. —Me reí, cogí la olla donde había dejado los frutos, la llevé al salón y la metí en la chimenea.

El pecoso me miró sorprendido, pero no dijo nada, me dejó hacer.

—Oye, ¿quiénes son la mujer y la niña de la foto de tu habitación? La vi antes y por un momento he pensado que tenías novia e hija en otro país, pero luego me has dicho que eres gay y me has roto los esquemas.

—Si tuviera mujer e hija, no las habría dejado solas, ¿no crees?

Me encogí de hombros como toda respuesta. En realidad, no me encajaba que las hubiese dejado así, pero tampoco es que supiera mucho de su vida anterior.

—Laura es mi mejor amiga y Linda es su hija. Nos conocemos desde pequeños. Aunque también se puede decir que éramos compañeros de curro, pero ella tuvo que dejarlo cuando se quedó embarazada.

Me senté en el sofá y lo escuché con atención. ¿Qué trabajo sería ese? No le pregunté, sabía que no me iba a contar más allá.

—Se ve que te quieren mucho —dije al recordar lo que ponía en la tarjeta, luego, al ver sus ojos entornados, me di cuenta de que había metido la pata, ya que, para el pecoso, solo había visto la foto y no el interior.

—Sí, somos como familia. Cuando se quedó embarazada, el gilipollas de su novio se largó y se desentendió del tema. Y para colmo, su padre, la única familia que tenía, le dio la espalda porque el muy neandertal no apoyaba la decisión de ella de ser madre soltera y tan joven. Le ayudé con todo lo que pude y cuando meses después tuve mi accidente, fue ella quien estuvo allí para mí. Es como una hermana.

Desvió la mirada hacia algún punto por encima de mi hombro y sonrió con cariño. Esa era una sonrisa que aún no le había visto y me gustó ser testigo de ella.

—Entonces, ¿no tenías pareja? —pregunté. Tenía curiosidad ahora que habíamos sacado el tema.

—Tenía y también se desentendió de mí cuando me pasó lo de la lesión. —Usó un tono neutral como si aquello no le afectara en absoluto.

—Joder, que cabrón. Lo siento mucho.

—No te preocupes, tampoco es que fuera algo demasiado serio. No al menos como para

cambiar toda su vida por mí.

—Entiendo. Aun así, es una putada. Laura me cae mejor, parece muy buena persona. Si alguna vez viene a hacerte una visita, tienes que presentármela.

—¿Para qué? ¿Para que también te la cameles? Porque no voy a permitir que le peles las castañas —me amenazó.

Me reí y levanté las manos mientras me hacía el inocente.

—Tranquilo, solo te pelaré las castañas a ti, palabrita —bromeé.

Se rio y meneó la cabeza.

—Lo que tengo que aguantar —murmuró.

—Y ahora, ¿qué he hecho?

—Ese es el problema, que no te das cuenta de lo que estás haciendo.

No sé qué quiso decir con aquella frase.

—Pues explícamelo. Te escucho.

—¿No íbamos a ver una película?

Señaló con el brazo el sillón y entonces fue cuando se percató de que Calabaza estaba durmiendo en él, camuflado entre los cojines color melocotón.

—¿Qué hace ese gato ahí? —dijo crispando la voz.

—Ah, es Calabaza, lo he dejado entrar.

—No quiero tenerlo en mis sofás. Es un gato callejero, puede tener pulgas.

—No tiene pulgas.

—¿Cómo lo sabes? —increpó.

—Porque me lo ha dicho. —Usé un tono de broma, pero era puramente verdad.

—Sí, ya —se rio.

—¿No te lo crees? Ahora verás. Calabaza, ¿tienes pulgas? —El gato levantó la cabecita, me miró y maulló—. ¿Ves? No tiene.

El pecoso se empezó a reír.

—Si con ese truco esperas que me quede tranquilo, vas listo. Quítalo del sillón.

—Déjalo, no le hace daño a nadie y, si tuviera pulgas, cosa que no porque me lo ha dicho claramente, y las dejara en el sillón, serías el último en pillarlas. ¿O acaso te vas a sentar ahí?

Bufó y yo me reí.

—Eres un cabrón. Los puntos que habías ganado hoy acabas de perderlos. —Me señaló con la mano—. Vale que no me vaya a sentar ahí, pero no quiero un maldito sillón infectado de pulgas dentro de mi casa.

—Me da igual perder puntos porque, en cuanto pruebes mis castañas, los volveré a recuperar. Y, una vez más, te repito que no tiene pulgas. —Cogí al maldito gato y se lo puse sobre las piernas—. Compruébalo tú mismo.

El pecoso levantó los brazos como si el pobre minino tuviera la peste y, para mi sorpresa, Calabaza, en vez de salir corriendo, se acomodó en las piernas de él y empezó a frotar la cabecita por su vientre. Mi gruñón compañero bajó los brazos poco a poco y acarició al gato. Aunque su ceño seguía fruncido.

—¿De verdad que no tiene pulgas? —Me miró con escepticismo.

—Palabrita. —Parece que se relajó con eso—. Es raro que se quede así contigo, lo normal es que salga huyendo al ver un humano.

—¿Sí? Le habré caído bien —dijo un poco ilusionado.

—O eso, o tus malas vibraciones son un plato de buen gusto para él, que es lo más probable.

Los gatos adoran las malas energías, te la está limpiando.

Me miró frunciendo el ceño.

—Vete a la mierda —me gruñó y yo me reí.

—¿Por qué ibas a caerle bien si has sido un borde con él?

—Pues como contigo, y aquí estás. —Me sonrió con esa cara de suficiencia tan suya.

—Pero yo tengo un interés mayor. —Señalé a mi alrededor para hacer referencia a la casa.

—Pues estás perdiendo puntos a una velocidad desmesurada.

Me reí. Iba a devolvérsela, pero entonces un olor a quemado me llegó hasta la nariz y me levanté como un resorte.

—¡Mierda, las castañas!

—Y ahí se fueron todas tus posibilidades de recuperar los puntos.



CAPÍTULO 18

El regalo

—¿Con quién hablas? —La voz de Natsu me hizo levantar la cabeza del móvil.

Cerré la aplicación de mensajes y lo miré antes de contestar. Estaba desayunando en su casa, la noche anterior me había quedado allí a dormir.

—Con el pecoso.

—¿El pecoso? —Arrugó la nariz en un interrogante.

—LaFleur —le aclaré—. Es que, ahora que sé que no se llama así, me cuesta llamarle James o LaFleur.

—¿Y qué te dice que es tan divertido? Tienes una sonrisita en la cara.

¿La tenía? Pues no me había dado cuenta. Automáticamente me puse serio, más como acto reflejo que otra cosa.

—Nada, me estaba preguntando si iba a pasarme hoy por su casa que tiene algo que darme.

—Me encogí de hombros aparentando indiferencia, la verdad era que me había dejado intrigado.

—Vaya, parece que os estáis llevando bien, ¿No?

—Se hace el duro, pero me adora —bromeé—. Ya me falta poco para ganármelo del todo.

—¿Es una estrategia para quedarte con la casa cuando se vaya? —Le iba a contestar, pero ya se respondió el solo—. No, no, te conozco bien, no eres un tío interesado. Te cae bien de verdad, ¿no?

—Así es, me cae bien. Es divertido, aunque Haru diga que es un gilipollas. Lo invité a la fiesta de Navidad, así que allí lo conocerás y podrás juzgar por ti mismo.

Se rio.

—Haru va a poner el grito en el cielo cuando se entere.

—Ya, pero confío en que se le pase pronto. A la florecilla no le suelen durar mucho los enfados, ya lo sabes. Y cuando le diga que es gay como él, seguro que hacen comunidad.

—¿Es gay? Pues se lo acabará ligando —se rio—. Ya sabes cómo es. Por algo le decimos la florecilla, porque va de flor en flor.

El comentario de Natsu vino acompañado por una oleada de nervios en mi estómago, una sensación que no me gustó, pero solo duró un instante, lo justo para dejarlo pasar y no darle importancia.

—No es por eso. Todos vamos de flor en flor..., menos Fuyu que, si ha tenido pareja alguna vez, no me he enterado.

—Ya, pero Haru es el peor.

—Pues tú no te quedas atrás. —Lo señalé.

—Pero él es más intenso, todo lo que hace cuenta por dos... o por tres. —Sonrió enseñando los colmillos y luego entornó los ojos, pensativo—. ¿Y qué pasa contigo?

—¿Qué pasa conmigo? —me extrañé.

—Que también eres un picaflor y hace tiempo que no te veo con nadie. Normalmente después del otoño estás que te subes por las paredes.

—Qué exagerado eres —me reí.

—Exagerado mis huevos. A mí no me engañas, te pasa algo.

—Pues no sé, no me apetece, siempre es lo mismo. Me estoy dando un descanso de relaciones esporádicas... Además, es invierno. Nadie viene a la isla en invierno y sabes que paso de enrollarme con la gente del pueblo, todo son problemas.

Asintió levemente como si comprendiera lo que le estaba diciendo.

—Ya, tío, es una movida. Por eso me gusta tanto el verano. Rakuen se llena de chicas en bikini buscando la aventura de sus vidas y luego se van. No preguntan nada, solo quieren tener una buena experiencia y no tengo que preocuparme por explicarles que en realidad tengo más años que su abuelo, ni que a veces me salen orejas de león. —Se rascó una de ellas.

—De gato montés —lo corregí.

—Calla, puto ciervo.

Solté una carcajada. Era tan predecible.

—Volviendo al asunto, ¿qué te apetece entonces? ¿Una relación estable?

Me encogí de hombros intentando aparentar indiferencia y me bebí de un sorbo lo que quedaba de mi zumo. Siendo sincero, era justo eso lo que me apetecía, pero sabía por la experiencia que eso era más que imposible.

—Relación estable... Como no me líe con uno de vosotros, no sé cómo podría tener una —bromeé.

—¿Eso no es incesto? —preguntó Natsu confundido.

—Eso es cuando se es hermano de sangre..., creo... Ninguno de los cuatro lo somos.

—Pues a mí no me mires. Eres mi favorito, pero no me van los rabos... ni los cuernos.

Me reí mientras me levantaba dispuesto a irme.

—¿Ya te vas? —preguntó Natsu.

—Sí, Haru quiere que le ayude a preparar el Carpe Diem para esta noche y quiero pasarme por casa del pecosito antes.

—Ya, qué pesado es. A mí también me lo ha pedido, pero no pienso ir. Ya está suficientemente adornado, no hace falta más parafernalia. Se obsesiona mucho con estas cosas.

—Hizo rodar los ojos y yo me reí porque tenía razón, pero así era Haru, el alma de la fiesta. Era bonito que mantuviera esa ilusión como si fuera un chiquillo.

Me abrigué y salí al exterior. La playa estaba en calma y el paisaje cubierto de blanco. Me metí las manos en los bolsillos, escondí mi nariz en la bufanda y emprendí la caminata que me quedaba hasta la casa del río.

Por el camino, me encontré al culpable de que se me estuviera congelando el culo en ese momento. Fuyu caminaba a unos cinco metros de mí. No me hizo falta llamarlo, se giró en cuanto notó mi presencia. Esa era otra de las habilidades que teníamos. Entre los hermanos, notábamos la energía de los otros y, si nos concentrábamos, éramos capaces de saber incluso dónde estaba cada uno.

Lo saludé con la mano y me acerqué a él, que me esperó paciente. Llevaba una capucha que

escondía sus orejas, pues ya estábamos bastante cerca del pueblo como para no ser cuidadosos.

—Hola —dijo en tono monótono cuando me tuvo enfrente.

—Estás a tope, ¿eh? Joder, hace un frío que pela. —Me eché el vaho en las manos y me las froté.

—No te quejes, sabes que podría ser peor. Estoy siendo bueno —bromeó con su cara seria de siempre. Esa era una de las peculiaridades de Fuyu, había que conocerlo muy bien para saber cuándo estaba bromeando.

—¿Vas a lo de Haru?

Asintió.

—Me ha pedido que lo ayude con la decoración.

—A mí también. Este año, con eso de que lo celebramos en el bar, está dando más la lata que de costumbre.

Mi invernal hermano sonrió. Pocas cosas le sacaban la sonrisa, pero hablar de Haru siempre funcionaba.

—El espíritu de la primavera se ha convertido en el espíritu navideño. Está bien que alguien lo tenga, es gracioso.

Sonreí. En realidad, tenía razón. Todos nos quejábamos de Haru, pero era quien traía la alegría al grupo. Si fuera por mí o por Fuyu, no celebraríamos nada.

—Vale, pues yo voy a la casa del río. Dile que tardaré en llegar, pero que iré.

Asintió, le di una palmada en la espalda y continué por mi camino. Ahora que sabía que Fuyu iba a estar con Haru, podría entretenerme un poco más en casa del pecoso.

Llamé a la puerta cuando estuve allí y esta vez fue el propio pecoso el que me abrió ayudándose de Siri.

—Hola, Aki. —Intentó contener la sonrisa, pero acabó asomando en su cara—. Pasa.

Me quedé parado e hice un poco el imbécil llevándome la mano al corazón como si estuviese sorprendido.

—¿Qué haces? —Levantó una ceja.

—Perdona, es que no estoy acostumbrado a tal recibimiento. Por lo general, me tengo que colar en la casa de extranjos —bromeé.

Rodó los ojos con fingida desesperación.

—¿Vas a pasar o no? —Su tono borde volvió a aparecer.

—Vale, ahora sí, ahora sé que no te han abducido los extraterrestres y te han cambiado por otro.

Entré en la casa y sonreí cuando vi la chimenea encendida y a Calabaza acurrucado en uno de los sillones. Me acerqué al fuego y froté mis manos para entrar en calor.

—Bueno, cuéntame. ¿A qué viene tanta amabilidad? ¿Te estás portando bien para que venga Santa? —bromeé y lo miré de soslayo.

Su sonrisa divertida me recibió.

—Tú sigue tentando a la suerte que, como sigas así, te quedas sin regalo.

—¿Tengo regalo? —Esta vez mi sorpresa fue de verdad. ¿El pecoso me había comprado algo? No me lo esperaba y debió de ser por eso que me hizo especial ilusión.

—Pues ahora me estoy pensando si dártelo o no —bromeó.

—Ah, no, ahora no puedes echarte atrás. Tienes que dármelo; si no, corres el riesgo de que no me vaya de aquí hasta que lo encuentre.

Se rio abiertamente.

—Creo que no lo encontrarías en la vida, no es un regalo al uso.

Mi curiosidad creció a la velocidad de la luz. No recordaba la última vez que me había ilusionado por un regalo navideño. Lo debí reflejar en mi cara porque el pecoso cambió la expresión y se puso más serio.

—Tampoco te emociones, que no es para tanto. Es más, en realidad, no es ni siquiera para ti, pero era lo único que sabía que querías con seguridad. —Noté nerviosismo en su voz.

Pasó un instante en el que nos miramos en silencio. Yo expectante y él probablemente inseguro.

—En la nevera, está en la nevera —me indicó al fin.

Me dirigí hacia la cocina y él me siguió.

—Es la fiambreira que está en la segunda balda, la roja.

Cogí la susodicha fiambreira. Tenía un estampado navideño. Miré en su interior y mi confusión aumentó cuando vi la carne roja que había dentro. No dije nada, simplemente lo miré esperando una explicación.

—Es carne de Kobe, no me mires así. Sé que eres vegetariano, pero, por esa carne, te dejaste pinchar con mil agujas. Pensé que, si así era, debías de quererla de verdad.

Carne de Kobe, claro. Ahora todo tenía sentido, y era un regalo la hostia de bueno. Una carcajada brotó de mi garganta y resonó por toda la cocina. Dejé la carne en la encimera y le di un abrazo. Ni siquiera lo pensé, me salió de forma espontánea. Noté cómo se le tensó el cuerpo con mi contacto, pero, haciendo caso omiso, lo apreté aún más contra mí. Estaba calentito y olía muy bien, a cítricos y *after shave*. Era muy agradable. Hundí la cara en su cuello, me hubiese quedado ahí todo el día.

—Gracias, es el mejor regalo del mundo.

—No entiendo cómo un par de filetes de ternera pueden hacer feliz a un vegetariano, pero me alegro —bromeó—. Tampoco es para tanto. —Me dio un par de golpes en la espalda y me separé de él.

Me hizo gracia ver su rostro cubierto por una pátina de rubor.

Se notaba que no estaba acostumbrado al contacto físico. ¿Quizás me había pasado? No, qué va, que se fuera acostumbrando. Un abrazo no le hace daño a nadie, ¿no?

—Gracias, pecoso. Yo no te he comprado nada —me disculpé, porque, joder, ahora me sentía un poco mal de que él hubiera tenido ese detalle conmigo y yo no hubiese traído nada.

La carne esa era realmente cara y, gracias a él, iba a poder hacerles a Natsu y a Fuyu el regalo que quise hacerles en un principio.

—Bueno, ya me regalaste las infusiones y las castañas. Aunque, al final, me quedé con ganas de probarlas.

—Eso se soluciona rápido. Te prometo que acabarás probando mis castañas.

La calidez de su risa invadió la sala, y el frío que aún conservaba mi cuerpo desapareció con ella.



CAPÍTULO 19

«LaFleur»

—Por enésima vez, estás guapísimo, deja de preocuparte ya por tu ropa. —La voz de Laura suena con un tono divertido desde el otro lado de la pantalla.

Llevamos unos veinte minutos de videollamada en el que nos hemos felicitado las fiestas, nos hemos contado lo que vamos a hacer esta noche y le he preguntado como unas treinta veces si estoy bien con lo que llevo puesto.

—¿Seguro? ¿No es demasiado rojo? —le pregunto alisándome el jersey con las manos.

—No, el rojo siempre ha sido tu color, resalta tu pelo y saca tu atractivo.

—Ya te quiero, no hace falta que me hagas la pelota.

—¡Argh!, paso de ti. —Rueda los ojos—. ¿Y a qué se debe tanta preocupación? ¿Has conocido a alguien? —Mueve las cejas arriba y abajo con cara de pilla. Le brillan los ojos con interés.

—No, no te montes una película. Solo quiero estar bien para la fiesta, eso es todo.

—A mí no me la cuelas, te conozco y... —El llanto de Linda interrumpe la conversación y yo doy gracias al cielo por ello—. ¡Mierda! —masculla—. Tengo que dejarte, Linda se ha tropezado, pero no te vas a escapar de esta. Ya hablaremos.

—Sí, sí. Ve a atender a tu hija y dale un beso de mi parte.

Me señala amenazante con el dedo y luego corta la comunicación. Sonrío y suspiro. La echo de menos, me vendría bien un abrazo de ella. Abrazo... Eso me recuerda EL ABRAZO, ese que me ha dado hoy Aki sin venir a cuento. Bueno, sí que venía a cuento porque, al parecer, le ha gustado el regalo, pero desde luego no me lo esperaba. Joder, hacía mucho que no me abrazaba nadie, desde que me despedí de Laura, y me he sentido raro. Nunca he sido mucho de contacto físico, siempre he sido una persona arisca, pero lo cierto es que, cuando no se tiene, se echa en falta. Y este en concreto me ha gustado mucho. Demasiado diría yo. Pero cómo no me iba a gustar viniendo de ese idiota. Joder, Aki huele naturaleza y a hogar al mismo tiempo. Huele a flores secas y a castañas asadas, a día de lluvia y manta calentita. Huele a estabilidad y a aventura... Ese maldito abrazo me ha dejado tocado, tanto que me he esmerado en arreglarme para... Para nada, porque no tengo ninguna posibilidad con él ni con nadie y no debería pensar en estas mierdas.

Ese es otro de los aspectos en los que la vida me ha cambiado por completo. Antes iba saltando de un tipo a otro y no me tomaba en serio ninguna relación. Todo era pasajero, nadie era lo suficiente para mí. En cuanto la relación me causaba dolor de cabeza, me deshacía de él. Total, ya vendría otro; y ahora... Ahora echo de menos que alguien me quiera... Echo de menos quererme a mí mismo, joder... Estoy experimentando en mis carnes eso que dicen de que las

cosas no se valoran realmente hasta que se pierden. A partir de ahora, quiero valorar lo que tengo, porque hacerlo cuando ya no está es una mierda.

—¿Nos vamos, jefe? —Jiro me habla a través de la puerta de mi habitación e interrumpe mis pensamientos.

Esta noche voy a cenar con él y su familia en casa de sus padres. Ha sido muy amable invitándome. En un principio, iba a decirle que no porque no quería molestar, pero luego me di cuenta de que molestaba más haciéndole pasar la noche solo conmigo y alejándolo de su familia. Así que, ese es el plan: cena en casa de los padres de Jiro y fiesta en el Carpe Diem con Aki.

—Sí, ya estoy —le contesto.

Suspiro, estoy nervioso.



CAPÍTULO 20

La Fiesta de Navidad

La cena de Navidad había sido un éxito. Tanto Natsu como Fuyu habían apreciado la carne de Kobe. Incluso Jacquie y Derek, que también habían comido. Me sentí un poco mal por Haru porque con él no había triunfado tanto con el regalo. La novela que le regalé resultó que ya la tenía, pero yo cómo lo iba a saber, tiene toda una estantería repleta de ellas. En fin, ya le prepararía una comida más especial para él otro día para compensar.

Fuyu y yo estábamos recogiendo los restos de la cena mientras Haru y Natsu se distraían en poner la música que iba a sonar esa noche. Estaban también con Jacquie y Derek y se escuchaban los gritos y las risas hasta en la cocina.

—Chicos, ¿os falta mucho? —Haru asomó la cabeza por la puerta captando nuestra atención.

—No, solo fregar esto, que no cabía en el lavaplatos —contestó Fuyu.

—Pues déjalo ya, mañana se hace. Voy a abrir el bar para que empiece a llegar la gente. —Agarró a mi invidual hermano del brazo y se lo llevó a la pista.

Yo seguí con lo que estaba haciendo, dejarlo para mañana, como había propuesto la florecilla, sería aún peor y, ya que estaba, prefería terminarlo.

Cuando acabé, salí de la cocina y me reuní con mis hermanos, que ya estaban con una copa en la mano, mientras charlaban, bailaban y reían. Ya habían llegado algunos vecinos y se habían unido a la fiesta. Sonreí al observar cómo Natsu brincaba con el hijo de Jacquie en brazos de una forma un tanto cómica. La risa del niño se oía incluso por encima de la música navideña que había puesto Haru.

Me sequé las manos en un trapo mientras mis ojos hacían un recorrido por el local buscando al pecos, pero no estaba por ninguna parte. Miré el reloj, aún era temprano, había esperanzas de que apareciera. Me planteé mandarle un mensaje al móvil, pero tampoco quería ser pesado. Yo ya lo había invitado, ahora la decisión era suya.

Me preparé una copa y me apoyé en la barra junto a Jacquie, que miraba con una sonrisa en los labios cómo su hijo jugaba con Natsu.

—Y decías que te irías temprano por el niño —señalé—. Apuesto a que te duermes tú antes que él.

—Es por Natsu, que me lo revoluciona —rio—. Además, va hasta arriba de azúcar, no sé cuántos caramelos ha comido.

—Bueno, un día es un día, ¿no?

—Eso es lo que me digo; y luego un día se convierte en dos, y dos en tres... Me estoy volviendo una blanda. —Sonrió y luego desvió la mirada por encima de mi hombro—. ¡Anda, está nevando! —dijo en tono jovial.

¿Qué? ¿Nevando? Giré la cabeza y miré hacia el ventanal que daba a la calle. Y sí, estaba nevando. Joder, qué oportuno este Fuyu, no se podría esperar un poco a que la gente viniera.

Lo busqué con los ojos entornados y lo encontré bailando con Haru... Bueno, el que lo daba todo era la florecilla, a lo que hacía él no sé si se le podría llamar *bailar* precisamente. Solo movía la cabeza y los pies, pero sonreía enseñando los dientes mientras bebía sake caliente. Ahora ya sí que no vendría el pecoso. Le había dado la excusa perfecta para quedarse en casa y faltar a la fiesta. Bufé molesto y Jacquie me trajo de vuelta a la realidad acariciándome el jersey.

—Tengo que decir que os quedan muy bien los jerséis navideños de Haru. Sobre todo a ti con el dibujo de reno —se rio la muy cabrona.

—Eso, tú búrlate; pero con cuernos y todo soy el más guapo de los cuatro —bromeé.

—Digamos que eres el más... llamativo. Podrías habértelos dejado, total, en estas fechas, se camuflan perfectamente.

—Ya, pero mejor no tentar a la suerte... Aunque, con la nevada, dudo que llegue más gente, la verdad.

—Tampoco es para tanto. ¿Esperabas a alguien en concreto?

—No y sí. Bueno, había invitado a tu paciente, pero ya dudo que venga.

—¿Al rubio mono de la silla de ruedas? —preguntó y luego dio un sorbo a su bebida mientras levantaba las cejas con interés.

—Sí, al rubio mono de la silla de ruedas —la imité—. Si me dijeras el nombre, no tendría que llamarlo así.

Se rio.

—No me corresponde a mí decírtelo.

—Ya lo sé. Y en verdad no quiero que me lo digas. Bueno, no y sí, ya sabes. Respeto su privacidad; pero, por otro lado, tengo curiosidad por lo que hay detrás de tanto misterio.

—Pues ahí tienes a tu amigo misterioso. —Hizo una señal con la cabeza y yo me giré a mirarlo.

Al final había venido. Sonreí porque, por alguna razón, me alegró mucho verlo allí. Venía con Jiro y su cara era de estar arrepintiéndose de haber venido al Carpe Diem. Me hizo gracia y se me escapó una carcajada más alta de la cuenta. Sus ojos enseguida me encontraron, no sé si por la risa o porque el jersey navideño que llevaba llamaba demasiado la atención. Me acerqué a él.

—Hola, bienvenidos —saludé.

Ambos me devolvieron el saludo y pronto Jiro se retiró para felicitar la navidad al resto de la gente.

—Me gusta tu jersey —comentó el pecoso con una sonrisa divertida en los labios.

—Pues, si tanto te gusta, te lo cambio. Creo que tenemos la misma talla.

—Eres muy amable, Aki; pero estoy bien con este, gracias.

—Pues sí, la verdad es que te queda bien el rojo. Ha sido un acierto, cualquiera diría que no te interesaba ligar... —bromeé.

Las mejillas del pecoso se colorearon de un tono rosado, seguramente porque le dio vergüenza mi comentario, pero pronto la camufló con esa expresión de prepotencia que tenía tan ensayada.

—Y no me interesa, pero el que es guapo es guapo.

Me reí con su salida.

—¿Quieres beber algo?

—Pues no sé, vale.

—Espérame un momento, voy a prepararte uno de mis cócteles.



CAPÍTULO 21

La fiesta de Navidad parte 2

«LaFleur»

Veo como Aki se pierde tras la barra y yo me quedo allí observando todo. No hay mucha gente y suena música. El «*Candy Cane Lane*» de Sia, para ser más concreto, sale por los altavoces y llena la estancia, aunque no está muy alto, con lo que se puede hablar a gusto.

—Hola, tú debes de ser el famoso James Lafleur, ¿no? —Un rubio impresionante, con pintas de chulo de playa, me saluda. ¿Se supone que lo tengo que conocer?

—Eh, sí, ¿tú eres...?

—Soy Natsu, el hermano de Aki. Venía a darte las gracias por la carne de Kobe. Tío, esa carne ha sido la mejor que he comido en mi vida. Así que gracias por regalársela al tío de mi hermano. —Sonríe todo dientes y chulería y me da una palmada en el hombro como saludo, o yo qué sé.

—De nada —le contesto porque ¿qué otra cosa voy a decir?

Por suerte, aparece un niño con el pelo rubio casi blanco y se lo lleva tirando de su brazo. No tarda mucho en aparecer el otro hermano, el de rasgos japoneses, del cual no recuerdo el nombre ahora mismo. Qué familia más rara, ninguno se parece entre sí.

—Hola —me saluda, lleva algo en las manos.

—Hola. El *pub* es tuyo, ¿no?

—Así es. —Asiente.

—Es muy bonito. Gracias por invitarme.

—¿Quieres tomar algo?

—Ya ha ido Aki a servirme algo, aunque no me ha quedado claro el qué, si te soy sincero.

—Ya, típico de Aki, siempre nos está cebando a todos —bromea y después hace una pequeña pausa como si estuviera pensando algo—. ¿Sabes? Quien te invitó a la fiesta fue él; y tengo que admitir que, cuando me enteré, me molestó. No me malinterpretes, es que cuando te conocí fuiste un borde conmigo, ni siquiera me saludaste.

Es verdad, lo fui.

—Lo siento por eso, no tenía un buen día.

Hace un gesto con la mano para restarle importancia.

—Bueno, lo pasado pasado está. Y con el regalo que les has hecho a mis hermanos, te has ganado mi perdón y agradecimiento —dice en un tono jovial.

—En realidad, yo le regalé la carne a Aki, tendríais que agradecerle a él.

—Ya, pero estaba muy contento; y hacía tiempo que no lo veía tan ilusionado. —Sonríe. Tiene una sonrisa graciosa, con los dos incisivos un poco más largos que los demás. También es guapo, pero de una forma más dulce.

Creo que Aki me comentó que tenía un hermano gay, ¿será él?

—Solo ha sido un detalle, él también se portó bien conmigo. No tiene más importancia.

—Bueno, pues yo te lo quiero agradecer y quiero darte este regalo. —Me tiende lo que tenía en las manos, un libro, y yo lo cojo como puedo usando las dos.

En cuanto veo la portada, me confirma que este es el hermano gay. Salen dos chicos de espaldas dándose la mano.

—En realidad, me lo ha regalado Aki esta noche, pero ya lo tengo y, como él me comentó que también eres gay, he pensado que podría gustarte.

—Ah, pues muchas gracias.

Agradezco, aunque no lo voy a poder leer. Al menos, no este. Me tendré que comprar el libro electrónico. No puedo mover los dedos, no se me nota mucho porque los tengo flexionados, pero están paralizados. Me manejo bastante bien con mis manos, dadas las circunstancias. He aprendido a usar el móvil e incluso puedo escribir mensajes en él, pero pasar las hojas de un libro en papel se me hace imposible. No le digo nada, simplemente sonrío, no quiero parecerle un borde nuevamente. No por él... Por Aki, es su hermano, al fin y al cabo, y, por alguna razón, quiero agradarle a su familia.

—¿Qué hacéis? —Aki llega con un par de copas.

Me tiende una a mí. Dejo el libro sobre mis piernas y agarro el vaso usando de nuevo mis dos manos. Le ha puesto pajita y un montón de fruta adornándolo.

—Gracias.

—Nada, solo estábamos conociéndonos —dice su hermano.

—Bueno, pues ya lo has conocido y, por lo que veo, le has regalado mi libro; así que, piérdete un ratito, Haru.

Es verdad, se llamaba Haru.

—Oye, pero ¿por qué eres tan borde? ¿Te lo ha pegado él? —bromea señalándome a mí.

—No soy borde; es que te conozco y seguro que ya le estás dando la brasa con las novelas. —Lo empuja para que se vaya y yo me río porque me hace gracia la cara de indignación de Haru.

—Pues no le estoy dando la tabarra, no me ha dado tiempo.

De repente empieza a sonar la típica «*All I want for christmas is you*» y al chico se le cambia la expresión por una de felicidad.

—¡Oh, me encanta esta canción! —Se va hacia la pista de baile, pero antes se despide—. Encantado de conocerte, chico sin nombre.

Oigo a Aki mascullar algo en japonés y, aunque no lo entiendo, diría que es un taco.

—¿A cuánta gente se lo has dicho? —le pregunto a él nada más quedarnos solos.

—¿El que? ¿Qué me diste un nombre falso? Pues a todos mis hermanos. Ah, y la doctora Sparks también lo sabe. Y tranquilo, que no ha soltado ni media. ¿Te molesta?

—En realidad, no. —Me encojo de hombros. Aún conservo mi anonimato, que es lo importante.

—¿Puedes leer en papel? —me pregunta mirando el libro en mi regazo.

—Nop.

—Ya decía yo... ¿Se lo has dicho?

—Nop.

—Ya veo.

—No se lo digas. Me lo compraré en digital y lo leeré de ahí.

—Vale, tu secreto está a salvo conmigo. Porque soy una persona muy confiable, ¿sabes? No sé, te lo comento por si decides revelarme algo, lo que se te ocurra... Tu nombre, por ponerte un ejemplo... —Sonríe y, como siempre que lo hace, achina los ojos.

Quizás no pueda tenerlo a él como me gustaría, pero tengo sus sonrisas y es algo que he aprendido a valorar. Y de eso se trata, de valorar lo que ya tengo y no quejarme por lo que no puedo tener.

—Aki.

—¿Sí? —Me mira con las cejas levantada por la expectación. Seguramente esté esperando que le diga mi nombre de una vez, y quiero decírselo, pero aún no estoy preparado.

—Gracias por invitarme.

Se ríe y niega con la cabeza.

—Vete a la mierda.



CAPÍTULO 22

Aquella mañana me dirigía a la casa del río. No iba allí desde el día de la fiesta de Navidad; entre otras cosas, porque no había parado de nevar hasta ese día. Y de eso hacía ya una semana. Cómo Haru se había ido a la cabaña a hacerle compañía a Fuyu, me había instalado en su casa. Aproveché que estaba en el centro del pueblo para comprar leña y castañas y llevárselas al pecoso.

Así que allí estaba yo, cargado hasta las trancas y esperando a que alguien me abriera la puerta.

—Entra, está abierto. —Oí su voz a través de la madera y obedecí empujándola con el pie.

—Hola, pecoso.

Me miró simulando una cara de hastío por el apodo, pero yo sabía que, en el fondo, no le molestaba; y diría que hasta le estaba empezando a gustar.

—Hola, Aki. —Tenía el libro electrónico colocado en el soporte que enganchaba a su silla y a Calabaza durmiendo en sus piernas.

—¿Qué lees? —le pregunté mientras me desprendía de la bolsa de leña y dejaba la de las castañas en la mesa auxiliar del salón.

—El libro de Haru.

—¿Y qué tal? —pregunté mientras colocaba los troncos en su sitio.

—Es una mierda, está todo mal.

Mi carcajada le sacó una sonrisa.

—No te rías, es malísimo. Los personajes no tienen coherencia, la trama es predecible y las escenas de sexo son confusas y aburridas. Ahora entiendo por qué me lo regaló tu hermano, le sigo cayendo mal, era su venganza.

Me reí de nuevo. No creía que Haru lo hubiera hecho con esa intención... O puede que sí, ¿quién sabe? La florecilla era buena persona, pero le gustaba hacer travesuras como al que más.

—Pues no te lo leas.

—¿Cómo no me lo voy a leer? Me lo ha regalado. —En realidad, no se lo había regalado, le había regalado el de papel—. Además, si me pregunta, quiero comentar con él lo malo que es.

—No seas exagerado, no puede ser tan terrible.

—Compruébalo por ti mismo: lee. —Me invitó a coger el *e-reader* con un gesto de su cabeza.

Y eso hice, agarré el libro electrónico y empecé a leer. Era una escena de un par de hombres practicando sexo en una ducha. Levanté los ojos cuando acabé la página y, antes de dar mi opinión, el pecoso me interrumpió.

—Sigue, termina la escena, por favor.

Seguí leyendo tal como me dijo, hasta que los dos quedaron satisfechos. La verdad es que nunca había leído una escena de ese tipo, así que no era la persona más correcta para opinar, pero a mí me dio como grima.

—Vale..., no es mi tipo de lectura. —Apagué el libro y se lo pasé—. Pero es que nunca he leído homoerótica, así que no sé. Creo que no puedo dar una opinión válida.

—Claro que puedes. Adelante, no te cortes. —Me hizo un gesto con la mano invitándome a hablar, pero yo no sabía cómo decir que me había dado repelús sin ofender. Lo debió de ver en mi cara, porque él mismo se contestó—. Da grima, ¿no?

—¿A ti también te la da? —Me sorprendió.

—Claro.

—Vale, pensaba que era cosa mía... Solo he estado con mujeres, ya sabes... Aunque, en realidad, nunca me ha causado rechazo el imaginarme a dos tíos juntos... Creo que es igual de natural, pero, yo qué sé, es tan grafico... —Me encogí de hombros para intentar explicarme.

—Y yo con hombres, pero he leído escenas eróticas hetero y no me han desagradado. Eso quiere decir que el autor la supo escribir, en cambio en esta...

—Comprendo. —Asentí. Claro, visto así, tenía lógica—. Aun así, creo que escribir una escena de sexo tiene que ser la hostia de difícil, yo no lo haría mejor.

—Pues yo sí, no tiene que ser muy complicado mejorar esto —contestó con esa expresión de asco que le había visto otras veces y que me hacía tanta gracia. Apreté los labios para que no pensara que me estaba burlando de él.

—Pues adelante, escribela.

—¿Qué? ¿Cómo que la escriba?

—Pues eso, que no te quejes tanto y hazlo tú mejor.

Se quedó pensativo por unos segundos sin dejar de mirarme.

—¿Me estás diciendo que escriba una novela de romance erótico?

—Exacto, ¿tienes algo mejor que hacer? —lo reté—. Y no pongas la excusa de que no puedes, te he visto escribir con el móvil y además existe el dictado de voz.

No me contestó. De nuevo, se quedó en silencio sopesando mi propuesta.

—No me veo escribiendo; y menos ese género, soy más de thrillers.

—Cagado. Mucho criticar a la autora de este libro, pero luego no haces más que poner excusas para no escribir tú algo mejor.

Pude notar el fuego en su mirada y la determinación en su barbilla alta; y eso me llevó a picarlo todavía más.

—Cobarde.

—Está bien —aceptó—. Voy a escribir una maldita novela romántica, gay —puntualizó—, y la vas a leer. Y vas a ver que eso es una mierda. —Señaló el *e-reader*—. Te vas a poner hasta palote, ya verás.

Solté una carcajada y él sonrió conmigo.

—Lo esperaré entonces con expectación, aunque te confieso que llevo muchos meses a pan y agua, lo tienes fácil.

—No empieces ya a inventarte excusas.

—No son excusas, es la pura verdad. Desde verano que no...

—Oh, desde verano. Míralo, pobrecito —ironizó—. Yo ya ni me acuerdo de lo que es el placer —bromeó.

—No te preocupes, que eso lo arreglo yo hoy. Te voy a hacer algo que vas a tocar el cielo. —

Levantó las cejas con intriga y yo le guiñé un ojo—. He traído castañas.

Su risa resonó libre por todo el salón y yo lo acompañé con la mía, porque, cuando lo escuchaba reír así, siempre acababa contagiándome.

—Maldito Aki —masculló—. Eres un cabrón, ¿lo sabes?

PARTE DOS

Primavera





CAPÍTULO 23

Estaba en el Carpe Diem haciendo el turno de los desayunos cuando sonó mi teléfono móvil con una llamada entrante. Por el tono de *El rey León* que le había asignado, supe enseguida que era Natsu, pero no se lo iba a coger. Estaba sirviendo el té de la señora Yoshida y todavía tenía que atender un par de mesas más, no era el mejor momento.

Acababa de empezar la primavera y Haru me había dejado cómo encargado del bar, ya que él tendría que pasar más tiempo en la cabaña para ocuparse libremente de su estación. Normalmente, cada año se hacía cargo otro empleado y yo solo iba a echar una mano cuando era necesario. Pero aquella vez, para sorpresa de nadie, el chico en cuestión se había ido de la isla para emprender su carrera profesional. Así que, «para variar», me había caído el marrón a mí. Aunque tengo que decir que le estaba cogiendo el gusto. Había incluido algunas cosas de mi cosecha al menú y había añadido toda una carta de infusiones y té que parecían estar triunfando entre la clientela.

Sonó de nuevo el «*Hakuna Matata*» y esa vez empecé a preocuparme. Natsu no era mucho de llamadas, él era más de mensajes de texto y audios, por eso me hizo pensar que quizás le hubiese pasado algo.

Me apresuré en dejar a los clientes atendidos. Cogí el móvil y me metí en la cocina para llamar a mi hermano. Me atendió al primer tono.

—Tío, tío, tío. Tienes que venir a mi casa ya. —Ese fue su saludo y yo, como era obvio, me alarmé por su urgencia.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—¿Qué? Sí, sí, estoy perfectamente, pero, en serio, tienes que venir a ver esto.

—¿A ver qué? Natsu, joder, que me estás asustando.

—Pues no te asustes, que no van por ahí los tiros.

—Entonces, ¿qué es?

—Tú ven.

—Ahora mismo no puedo, estoy en el Carpe Diem.

—Ya lo sé, pero te pueden cubrir, ¿no?

—Qué va —dije mientras miraba el horario con los turnos de los otros dos empleados—.

Hasta que no llegue Martina en una hora, no me puedo ir a ningún lado.

—¿Martina? Esa es nueva, ¿no? ¿Es guapa?

Resoplé un poco desesperado.

—¿Te vas a centrar? Dime qué pasa de una vez.

—Ya lo verás. Adiós, hermanito.

Y colgó el muy puñetero y me dejó ahí, atrapado en el Carpe Diem mientras me devoraba la

intriga y la curiosidad.

—¡Maldito Natsu!

La hora de las narices se me hizo eterna y el camino hasta casa de Natsu otro tanto de lo mismo, pero finalmente llegué. Y antes de que llamar a la puerta, él me abrió con los ojos brillantes de la emoción y con una sonrisa traviesa en la cara. Como la de un crío que ha encontrado dónde esconden sus padres los regalos de Navidad.

—Entra —dijo.

Le hice caso y pasé tras él.

—Siéntate, ya verás. —Me señaló el sofá con la mano y yo obedecí mientras me quitaba un par de capas de ropa. En casa de Natsu, la calefacción siempre estaba hasta los topes.

Cogió el mando a distancia, encendió la tele y, entonces, lo vi. Era el pecoso, su rostro en un primer plano en la imagen que estaba congelada en el televisor.

—Pero, ¿qué...?

—Shh. —Natsu se llevó el dedo a la boca mientras me mandaba callar y le dio a *play*.

La escena empezó a reproducirse. Era una sucesión de varias imágenes con una música de fondo. Una melodía clásica pero moderna al mismo tiempo. Y él bailando. ¡Joder, estaba bailando! Y no en plan cutre, no, lo hacía de forma profesional. Era una mezcla de *ballet* y danza moderna o algo así. Qué se yo, no sabía mucho de baile ni de música, pero no me hacía falta entender de nada para saber que aquello era precioso. Iba vestido solo con unos shorts negros, ajustados al cuerpo y unas medias del mismo color que le llegaban casi a las rodillas. Se le marcaban todos los músculos del cuerpo de una manera elegante y exquisita, tanto como sus movimientos, que se sincronizaban perfectamente con la música que sonaba. Bailaba con una pasión y expresión desbordante que hacía que no pudiera dejar de contemplarlo. Ardía con la fuerza del fuego y al mismo tiempo fluía con la delicadeza del agua. Era lo más bonito que había visto en mucho tiempo. Y antes de que a mi cabeza le diera tiempo a organizar mis pensamientos, mi cuerpo ya lo había entendido. Un torbellino de emociones se me alojó en el pecho, me subió hasta la garganta y salió por mis ojos en forma de lágrimas. Me las sequé con las manos en cuanto noté las mejillas mojadas. Pero salían más y más y no podía evitarlo. Joder, qué injusta era la vida.



—Eh, tío... —Natsu apagó la televisión y vino a sentarse a mi lado. Puso su mano en mi hombro para darme consuelo mientras yo escondía la cara entre las mías—. ¿Estas bien? Joder, si llego a saber que te iba a afectar tanto, no te lo enseño.

Le hice unos gestos con la mano para indicarle que no se preocupase porque no podía hablar todavía.

—Eh, tío, venga... Que no te había visto llorar desde que se murió Mufasa y no sé qué hacer en estas situaciones.

—Ese fuiste tú —contesté como pude entre el llanto y la risa. Aquella escena de Natsu haciendo pucheros con *El Rey León* siempre me hacía gracia.

—Ah, ¿sí? ¿Fui yo? No me suena, ¿eh?... Aunque, ahora que lo dices, creo que me he confundido con la muerte de la madre de Bambi. Sí, eso te pega más —bromeó y me sacó la risa porque con Natsu siempre era así; pero seguí llorando, se había abierto el grifo y no podía parar a pesar de que lo estuviera intentando.

—Vale, no me has dejado otra opción. —Me abrazó con fuerza y, cuando estaba a punto de rendirme a su consuelo, noté un intenso mordisco en el hombro.

—¡Ah! ¡¿Qué haces?! —Me separé de él con un empujón y me llevé la mano a la zona dolorida.

—Ea, ya está. Si la risa no servía, tenía que probar con el enfado, pero ¿ves?, ha funcionado, ya no estas llorando. —Me señaló y sonrió enseñando los colmillos.

Tenía un hilillo de mi jersey colgando de uno de ellos y eso me volvió a sacar la risa. Meneé la cabeza y respiré para intentar tranquilizarme, demasiadas emociones diferente en un intervalo muy corto de tiempo.

—¿Te preparo una tila o algo...? O mejor, podemos fumar un poco de hierba para relajarnos.

—No, no, estoy bien, es solo que no me lo esperaba... ¿Qué es eso que me has puesto? —Señalé la tele, que seguía apagada.

—Es la cabecera de una serie que estoy viendo.

—¿Una serie?

—Sí, sí, no es actual, ya está acabada. Va de un bailarín, un señor mayor, una vieja gloria. Ya no puede bailar igual que cuando era joven, así que se dedica a la enseñanza. Tu chico misterioso es el que hace el papel del viejo en los *flashbacks* cuando aún era una estrella. Solo me he visto dos capítulos y por ahora solo sale bailando. Joder, pensé que te iba a gustar resolver el misterio... Hasta sé cómo se llama, su nombre es E...

—¡No! —lo corté—. No me lo digas..., prefiero que me lo diga él.

—Vale, vale. —Levantó las manos y se cerró la boca con una cremallera imaginaria—. Seré una tumba.

Se levantó, fue a la cocina que se comunicaba con el salón y se puso a hervir agua.

—Tío, me has dejado muy rayado, no sabía qué te iba a afectar tanto. Tengo un poco de tila de la que me trajiste, te voy a preparar una.

Ni yo, pero es que jamás me lo hubiera imaginado.

Me había pasado todo el invierno yendo a su casa. Habíamos hablado de mil cosas, visto decenas de películas, cenado juntos en multitud de ocasiones y no se había atrevido a contarme nada de su pasado. Ahora entendía a qué se refería con eso de «mi antiguo yo». Seguramente tenía miedo de que lo mirara con lástima o de que le preguntara acerca de su trabajo. Tenía que ser duro para él recordar eso. Pero todo aquello me sirvió para entenderlo un poco más.

El pecoso era todo emoción y, al mismo tiempo, pura contención.



CAPÍTULO 24

El despiste

—Hola, Aki —me saludó una de las camareras al entrar en el Carpe Diem.

La saludé de vuelta, entré tras la barra y me puse el delantal. Ese día me tocaba hacer el turno de tarde.

—Esta mañana ha estado aquí el chico de la silla de ruedas y ha preguntado por ti.

Un remolino de remordimientos se me atascó en la garganta cuando escuché esa frase, y no era para menos. Llevaba tres días evitando al pecoso. Durante ese tiempo, me dediqué a asimilar la noticia que me dio Natsu; contesté sus mensajes con monosílabos y evité ir a la casa del río. Necesitaba interiorizarlo antes de plantarme allí y decirle que conocía su secreto, porque no sabía cómo iba a reaccionar. Pero no podía posponerlo más, hasta había ido a verme a la cafetería, con lo poco que le gustaba a él salir... Debía de sentirse solo en aquella casa y yo ignorándolo como un maldito crío por no querer afrontar las cosas.

Me dieron muchas ganas de quitarme el delantal y salir de allí a toda hostia a solucionarlo cuanto antes, pero no podía... ¿o sí? Me acerqué al horario y eché un ojo a los turnos.

—¿Aki, has escuchado lo que te he dicho? —insistió Martina.

—Sí, sí. Qué el pecoso ha estado aquí esta mañana. ¿Te ha dicho algo?

—No, solo ha preguntado por ti.

—¿Y qué le has dicho?

—Pues que tenías la mañana libre. ¿Qué le iba a decir?

—Vale, bien.

—Pues eso... He dejado todo listo para la noche y he limpiado los baños. Me voy ya.

—¿Ya? —pregunté. No quería quedarme solo tan pronto, tenía la esperanza de poder escaparme en algún momento.

—Sí, mi turno ha terminado.

—¿Y no te interesa cubrirme unas horas? —Le lancé mi mejor sonrisa suplicante.

—No puedo, tengo examen mañana y tengo que estudiar.

Suspiré. Malditos estudiantes.

—¿Puedo irme ya? —preguntó impaciente.

—Sí, sí. Vete ya. Gracias, Martina. Te veo mañana.

La chica se despojó de su delantal y se despidió con un movimiento de la mano. Y allí me quedé yo, en aquella cafetería desierta dejando que la impaciencia y la culpabilidad me consumieran.

Al día siguiente, iría a hablar con él, ya no lo pospondría más. Cogí el móvil y le escribí un mensaje.

Ey, pecoso, me han dicho que has estado esta mañana en el Carpe Diem. ¿Me echas de menos?

Pecoso

Te han mentido, seguro que era otro. Ya sabes que tengo una cara muy común.

Me reí en voz alta, menos mal que estaba solo en el bar. Se lo hice saber con un emoji.

Será eso.

¿Te viene bien que me pase mañana?

Pecoso

Ah, pues no sé, deja que consulte mi apretada agenda.

Me lo tomé como un sí.

Hasta mañana 🕒

Al día siguiente, me acerqué temprano a la cabaña. Tenía que hablar con Haru para la planificación de la semana en la cafetería y, de paso, pillar unas cuantas hierbas.

La llamábamos *cabaña*, pero en realidad era una casa de puta madre, lo único malo era que estaba en la quinta puñeta, a hora y media de camino del pueblo, en plena naturaleza. No había mucha cobertura y llegaba el internet de milagro. Haru no descansó hasta que el ayuntamiento nos hizo la instalación. A insistente no lo ganaba nadie y, para muestra, la escena que tenía delante. Nada más entrar, me encontré a Haru midiéndole los brazos a Fuyu con un metro en medio del salón.

—¿Qué hacéis?

—Ah, hola Aki. —Ese fue la florecilla con su voz cantarina de siempre.

—Haru, que se ha empeñado en que quiere aprender a coser y me quiere hacer un kimono nuevo —aclaró Fuyu con voz de estar hasta las narices de tener los brazos extendidos.

—Es que me aburro y he pensado que, mientras estoy aquí, puedo practicar con Fuyu.

—El año pasado fue teatro; el anterior, baile de salón; y no me hagas recordar la primavera que le dio por ser maquillador —se quejó Fuyu.

—No te quejes, hago que tu vida sea más divertida. Gracias a mí, ahora sabes hacer un montón de cosas superútiles.

—Sí, como saberme de memoria los diálogos de *Sueño de una noche de verano*, superútil.

Haru se rio y Fuyu hizo rodar los ojos. No engañaba a nadie. En el fondo, se divertía con la florecilla; si no, no le seguiría el juego en absoluto.

—Bueno, florecilla, deja a Fuyu un momento y planifiquemos la semana.

Por suerte, me hizo caso y nos pusimos al lío. No tardé en irme de la cabaña, con mis hierbas

bajo el brazo y una bolsa de ciruelas que recogí de un árbol que había cerca.

Aproveché la caminata para conectar con la naturaleza y relajarme. Aunque una pareja de ruiseñores se apoyó en mis astas y me contaron todos los chismes de la isla. La gente suele decir que el canto de los ruiseñores es precioso, eso es porque no entienden lo que dicen. Menudos son.

Ya estaba cerca de la casa del río, andaba por uno de los caminos del bosque, cuando lo vi a lo lejos. Era el pecoso. ¿Qué hacía él solo por aquí? ¿Su silla podía andar en estos terrenos? ¡Joder, que se caía!

Dejé caer las bolsas y corrí todo lo que pude para llegar hasta él antes de que besara el suelo, pero no me dio tiempo y, para cuando llegué, ya estaba tirado bocabajo sobre la tierra.

—Joder, pecoso, ¿estás bien? —Lo ayudé y le di la vuelta buscando su cara mientras le sacudía la arena del rostro con la mano.

—Mierda. —Escupió tierra—. Sí, sí, estoy bien. No te preocu... —Dejó la frase a medias y se quedó mirándome con la boca abierta y los ojos como platos—. Aki... ¿Qué diablos es lo que te sale de la cabeza?

Mierda..., las astas.







CAPÍTULO 25

«LaFleur»

No era la primera vez que me caía de la silla, pero esta vez me lo había buscado yo solo.

Se notaba que había entrado la primavera. Aún hacía frío, pero empezaba a templarse el ambiente y aquella mañana brillaba un sol radiante en el cielo. Estaba especialmente inquieto, quizás porque tenía la sensación de que Aki me estaba esquivando o tal vez no fuera así y solo se tratase de una de mis paranoias, esas que aparecían en los días malos. El caso es que se me ha ocurrido la genial idea de salir a dar una vuelta por los alrededores. Yo solo, obviamente, ya que esa mañana me estorbaba todo el mundo. Al principio, parecía que mi silla soportaba el terreno, pero todo se ha complicado con un bache en medio del camino. Me he hecho el valiente, animado en parte por mi enfado y frustración, he cogido impulso hacia atrás y he atacado ese montículo de tierra con toda la potencia de mi silla (que no era poca). Y, por culpa de eso, ahora me encuentro bocabajo sobre la tierra y me parece escuchar la voz de Aki de fondo, qué mal estoy.

—Joder, pecoso, ¿estás bien? —Noto como me levanta del suelo, me sienta en la arena y sujeta mi cuerpo con su brazo mientras que con el otro busca mi cara.

Ah pues no, no me lo había imaginado, está aquí de verdad.

—Mierda. —Escupo la tierra que se me ha colado en la boca y busco su rostro con la mirada.

No sé qué está pasando, pero este Aki que veo es diferente. Sus facciones están más definidas, sus orejas son picudas como las de un elfo, su piel más reluciente y fina, como si emanara vida por todos sus poros... Y de su cabeza le salen lo que parecen dos enormes astas de ciervo.

—Aki..., ¿qué diablos es lo que te sale de la cabeza?

Veo que su expresión cambia, ahora no hay preocupación es sus ojos sino pánico. Un instante después, esos cuernos extraños desaparecen y vuelve a ser mi Aki de siempre... «Mi», como si fuera algo mío.

—¿Qué? ¿Tengo algo? —Se toca la cabeza como si yo estuviera loco.

—Ya no, pero hace un momento tenías la cornamenta de un jodido ciervo saliendo del pelo.

Se ríe y suena más apurado que divertido.

—¿Cómo voy a tener una cornamenta? Debes de haberte golpeado en la cabeza, ¿seguro que estás bien?

Se pone a revisarme por si tengo alguna herida en la frente y me hace dudar. ¿Me lo he imaginado? Pero si ni siquiera me he golpeado la cabeza, he amortiguado el golpe con los brazos. De hecho, me miro las manos y las veo sangrar, genial.

—Joder, tienes sangre en las manos. —Se pone a revisarlas y, de paso, las observo yo

también. Parece que solo son heridas superficiales—. Vamos, hay que llevarte de vuelta. Espera aquí, que voy a colocar bien tu silla.

Me deja apoyado en el tronco de un árbol mientras lo observo en silencio, todavía pensando en qué coño era eso que he visto. Estoy tan metido en mis pensamientos, que no le aviso de que no podrá levantar la silla él solo, pesa unos ciento cincuenta kilos. Lo veo acercarse a ella, la agarra como puede y hace fuerza. Le cuesta, pero consigue ponerla de pie... Lo consigue... Levanta una maquinaria de ciento cincuenta putos kilogramos del suelo y se pone a sacudirle la tierra como si tal cosa. Y Entonces se me viene a la cabeza la voz de Jiro y una palabra: *yosei*.

Me cuesta pronunciar la siguiente pregunta porque una parte de mí sigue pensando que son cuentos de niños; pero, a la vez, la otra no puede estar más convencida.

—Aki... ¿Eres un *yosei*?

Se vuelve hacia mí y me mira como si hubiera visto un fantasma; y eso me lo confirma.

—¿Y tú como sabes de los *yosei*? —La voz le sale un poco estrangulada.

—Por Jiro —le aclaro—. Lo eres, ¿no?

Se muerde el labio pensativo y veo la duda en sus preciosos ojos verdes, pero termina por acercarse a mí y se pone en cuclillas a mi lado. Y entonces vuelve a cambiar. Aparecen de nuevo esos rasgos cincelados, esa piel perfecta, las orejas picudas y ese pedazo de cornamenta en la cabeza.

Es... mágico... Y precioso, jodidamente precioso. Me regala la sonrisa de quien se sabe descubierto. Alargo mi mano y acaricio su cara con el pulgar. Es el único dedo donde aún puedo sentir el tacto. Su piel es tan suave como parece y él, lejos de rechazarme, me sonríe todavía más. De esa forma que hace que se le achinen los ojos; y mi corazón da un triple salto mortal con esa sonrisa.

—Me pillaste. —Se encoge de hombros y se lleva una mano a la nuca.

—Te pillé —susurro porque me da la sensación de que si hablo más alto se va a romper la magia.

—¿Estás asustado?

—¿Asustado? No, joder, estoy... sorprendido. Nunca he creído en este tipo de cosas. ¿En serio esto es real o me estoy volviendo loco?

—Es real, pero es por eso por lo que no solemos contarle. Lo entiendes, ¿no?

—¿Solemos? —pregunto confuso.

—Mis tres hermanos y yo.

—¿Tus hermanos también?

Asiente y se levanta. Va hacia el río y moja un pañuelo en él. Se acerca de nuevo y empieza a limpiarme la sangre de las manos. Solo son rasguños, tal y como suponía.

—Sí, somos algo así como espíritus estacionales. Cada uno lleva a cabo una estación. Primavera, verano, otoño e invierno.

Flipo con lo que me está contando.

—¿Y tú eres el otoño?

—El mismo. Me tocó la estación peor. —Se ríe mientras continúa limpiándose los nudillos.

—Pues es mi favorita.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

—Porque es la calma después del agobiante verano. Los árboles cambian de color y está todo más bonito. Además, hace frío, pero no demasiado, es la mejor época para disfrutar del hogar. Puedes quedarte en casa con un buen libro mientras escuchas llover sin tener que morirte

congelado. También se celebran mis dos fiestas preferidas: Halloween y mi cumpleaños. Y, lo más importante de todo, hay castañas asadas.

Suelta una carcajada que me saca la sonrisa.

—Pues, visto así, no está tan mal —bromea—. Al final me va a venir hasta bien que me hayas descubierto, me estás subiendo la moral y todo. Además, así estamos empatados.

—¿Empatados? —No entiendo qué quiere decir con eso.

Deja de mirar mis manos y clava sus ojos en los míos.

—Yo también te he descubierto a ti. Te he visto bailando.



CAPÍTULO 26

¿Con k o con c?

El pecoso se me quedó mirando sorprendido por mi revelación. Creía que le iba a molestar; pero, al parecer, lo asimiló rápido.

—¿Me has visto bailando? —Asentí—. ¿Dónde?

—He visto la *intro* de la serie esa, *The Dancer*. Me la enseñó Natsu, es un friki de las series. Él fue también el que me dijo que LaFleur era un nombre falso.

—Ya veo. —Se quedó pensativo por un momento.

—Perdona, voy a colocarte en la silla, vas a coger frío.

—La verdad es que me gusta estar aquí sentado, casi parece que estoy descansando tras una caminata —bromeó—. Y no siento frío en las piernas, así que...

—Ya, pero eso no quiere decir que no lo tengas. Aunque se me ocurre algo.

Me levanté y me puse a mirar a mi alrededor hasta que encontré lo que estaba buscando. Un pequeño claro en el bosque donde daba el sol. Me quité el poncho y lo extendí en el suelo para usarlo como una especie de alfombra.

—¿Qué haces? —me preguntó él, que me observaba como podía desde su sitio.

—Ahora verás.

Me acerqué al pecoso y lo cargué en mis brazos mientras él se aferraba con los suyos a mi cuello. Pesaba más de lo que parecía, pero no me costó mucho llegar hasta el poncho. Lo dejé allí tumbado de espaldas. Me tiré a su lado y solté un suspiro exagerando un poco el esfuerzo que había hecho.

—Entre cargarme a mí y levantar la silla, te vas a herniar. —Me miró de soslayo.

Me reí.

—No es para tanto. —Hice un gesto con la mano para restarle importancia—. Aunque, por favor, no te caigas más. Como tenga que levantar de nuevo esa máquina, no sé si lo conseguiría.

—Es que pesa lo suyo, sí. Cuando te he visto, he pensado que tenías superfuerza o algo.

—¿Superfuerza? —Me reí—. No, qué va. Quizás tenga un poco más de fuerza que un humano normal, pero tampoco demasiado. Así que no tientes a la suerte.

—Vale, tendré que aguantarme mis arrebatos suicidas cuando estés cerca —bromeó.

Me giré y apoyé la cabeza en mi mano mientras lo miraba. La piel y el pelo le resplandecían con el sol y sus pecas se notaban más que nunca. No pude reprimir el impulso y acabé acariciándole el puente de la nariz con el dedo índice.

Su sonrisa le cedió el turno a una mirada interrogante.

—Tenías un poco de tierra, pecoso —mentí.

—Y dale con «pecoso». Ya no tienes excusa para llamarme así, sabes mi nombre.

Cerró los ojos como si le molestara el sol, así que me incorporé, me senté con las piernas

cruzadas y le coloqué la cabeza en mi muslo, de manera que mi torso le daba sombra en la cara.

—Mejor, gracias.

Saqué la pipa y me puse a prepararla.

—Pues no, pecoso, no sé tu nombre. Lo podría haber buscado en internet. De hecho, Natsu quiso decírmelo, pero no lo permití. Después de tanto tiempo, prefiero que me lo digas tú.

Me miró con cara de no estar creyéndose lo que le estaba diciendo.

—¿En serio?

—Sí, no te miento, lo único que sé es que antes bailabas; y muy bien. —Di una calada a mi pipa mientras lo observaba. Luego le ofrecí.

—¿Le has puesto algo de tu aliño especial? —me preguntó—. Porque solo me faltaba alucinar todavía más.

Reí.

—No lleva nada, palabrita... También tengo ciruelas; estarán por ahí, por el camino. Solté la bolsa cuando te vi besar el suelo. —Me reí. Ahora que sabía que estaba bien, me hacía gracia la situación.

—Ja, ja, me parto contigo —dijo en un tono carente de gracia lo que me dio aún más risa—. Eso, sigue riendo, pensaba contarte quién soy, pero se me están pasando las ganas. —Usó el mismo tono, pero yo sabía que bromeaba, ya lo iba conociendo.

—Vale, vale, ya me porto bien. —Le acerqué la pipa a la boca y lo incorporé para que diera una calada.

Suspiró y soltó el humo despacio con la mirada perdida en el azul del cielo.

—Me llamo Erik Anderson.

Así que ese era su verdadero nombre. Mucho mejor que LaFleur, la verdad. Me gustaba cómo sonaba y le pegaba bastante.

—Así que Anderson, ¿eh? ¿Se supone que me tiene que decir algo ese nombre?

—A ti no; pero, en mi país, soy bastante conocido. No quería que se filtrara la información de mi escondite. Por eso no te lo dije. Se lio mucho con la prensa después de mi accidente.

—¿Quieres contármelo ahora? Tranquilo, no voy a decir nada. —Le acaricié el pelo, se lo eché hacia atrás para quitárselo de la frente y él cerró los ojos con expresión placentera.

Me gustó verlo así, relajado, por eso continué con mis caricias.

—Ya, sé que puedo confiar en ti. Además, ahora puedo amenazarte con contar tu secreto si cuentas el mío —bromeó.

—Eres un cabrón.

—Ese eres tú con esos cuernos. —Sacó a relucir su sonrisa prepotente.

—No son cuernos, son astas. No son de cabra sino de ciervo.

Se rio el muy condenado. Ya estaba desviando la conversación para no revelarme nada de su vida.

—¿Me lo vas a contar o no?

Se quedó pensativo, con la vista perdida en el cielo nuevamente mientras en sus labios aún quedaban pequeños esbozos de su diversión.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Que me da pereza.

—¿No quieres remover el pasado? —pregunté confundido.

—No es eso. Es solo que, joder, estoy hablando con un maldito elfo raro del bosque, prefiero

ser yo el que haga las preguntas.

Solté una carcajada.

—No soy un elfo... Aunque si así lo entiendes mejor...—Me encogí de hombros, en realidad daba igual.

—Hagamos una cosa —propuso—. *Stalkéame*.

—¿Que te *stalkee*?

—Sí, búscame en internet. Ahí está toda la información básica de mi pasado; y si te queda alguna pregunta o duda, te la aclararé.

Asentí y di otra calada mientras pensaba en su propuesta.

—Erik Anderson, ¿eh?

—Ajá.

—Pero ¿Erik con *k* o con *c*?

—¿Qué más da? Te va a salir igual.

—Es que no es lo mismo.

Soltó una carcajada y yo me alegré de que no se sintiera incómodo con la situación.

—Es con *k*. Tengo familia noruega.

—Pues encantado de conocerte, Erik Anderson.

—Lo mismo digo, Aki el *yosei*.



CAPÍTULO 27

Erik Anderson

La red estaba llena de información suya y yo, tal como él me había pedido, me empapé de toda ella.

Al parecer, el pecoso, o Erik Anderson, como lo conocía el resto del mundo, había sido un bailarín especializado en *ballet* y danza contemporánea muy conocido en Estados Unidos y Europa. Sobre todo, se dedicaba a bailar en teatros representando obras clásicas; pero, como consecuencia de participar en la serie de televisión que me enseñó Natsu, su popularidad había crecido. A raíz de ahí, había hecho colaboraciones con artistas de pop internacional. Aparecía en algunos videoclips e hizo alguna *performance* actuando con ellos en conciertos.

Por supuesto, vi todos esos videos en Youtube y me enamoré aún más de su forma de bailar. Cada vez que lo veía en el escenario, me embargaban un montón de emociones mezcladas y terminaba lloriqueando como un sensibilero. No me había pasado antes con ningún otro artista, quizás fuera porque a él lo conocía y, por eso, lo que transmitía con su arte me calaba más hondo.

Descubrir cómo tuvo su accidente fue fácil. Internet estaba repleto de artículos sobre la noticia. Fue durante un espectáculo televisivo en el que él y sus compañeros representaban una obra de *ballet* clásico con fines benéficos. En medio de la función, parte del decorado se soltó de los cables que lo sujetaban y les cayó encima a él y a la bailarina que lo acompañaba. Erik se llevó la peor parte, lesión medular alta, ella solo se fracturó una clavícula. Lo peor es que todo estaba grabado porque el programa fue en directo, así que había multitud de videos de fragmentos de esa noche.

Esos no lo quise ver. Ya bastante mal lo pasé al leer la noticia como para martirizarme más viendo el accidente. Soy muy empático, qué le voy a hacer.

Siguiendo con mi investigación, descubrí que Erik era hermano del CEO de una de las más grandes empresas farmacéuticas, empresa que heredó de sus padres fallecidos. Eso, junto con la indemnización que recibió del programa de televisión en el que tuvo la lesión, explicaba el porqué de su fortuna.

Me llamaron la atención la multitud de fotos que había de él antes del accidente con diferentes parejas. Casi todas estaban pilladas infraganti, lo que indicaba que la prensa lo perseguía allá donde iba. Se me hacía raro verlo en esas imágenes, no sabía decir el porqué, pero parecía otro, como si tuviese un aura diferente o qué sé yo. Comprendí mejor que nunca eso que decía él de que ahora era otra persona. No había duda de que el accidente le había cambiado la vida en todos los aspectos y entendí mejor de qué huía cuando vino a la isla.

Después de todo, me alegraba que ambos hubiéramos descubierto el secreto del otro. El día anterior, tras la «gran revelación», habíamos estado hablando durante horas, tomando el sol en mi poncho tirado sobre la hierba, hasta que empezó a hacer frío. Me sentía más cómodo y libre con él, como si hubiera tirado esa barrera de secretos que me separaba de la gente que no conocía mi verdadera naturaleza. Erik, en lugar de asustarse o rechazarme por lo que yo era, me estuvo preguntando curioso y yo intenté aclarar todas sus dudas de la forma más sencilla posible.

Ambos acordamos guardar nuestros secretos con algunas excepciones. Yo podría contarle lo suyo a mis hermanos, y él podría contarle lo mío a Jiro y a Mattie... Total, ya se lo medio olían; y así no tendría que esconderme más delante de ellos. Todos ganábamos.

Cogí el móvil y entré en el grupo de chat que tenía con mis hermanos para ponerlos al día.

Chicos, tengo algo que deciros.

Natsu

¿Te has dado cuenta de que eres un pringado? No te preocupes, ya lo sabíamos. 😏

Haru

¡¡Hola!! ¿El qué? 🙄

Ja, ja, muy gracioso, Simba.

El pecoso lo sabe.

Natsu

¿Cómo que lo sabe? ¿También se ha dado cuenta de que eres un pringado? Es que se nota, tío.

Haru

😏 Cállate, Natsu ¿Qué es lo que sabe, Aki?

Pues que somos yosei.

Natsu

Cero sorprendido.

Haru

Ya, era cuestión de tiempo, te pasas la vida allí.

Natsu

Te pilló, ¿no?

Sí, lo encontré en el camino del bosque. Se estaba cayendo y, por culpa del susto, se me olvidó guardar las astas.

Natsu

¿Ves? Pringado.

Fuyu

¿Quién es el pecoso?

Natsu

😂😂😂😂😂😂 Fuyu, tío, no te enteras de nada.

Fuyu

¿Será porque no me contáis las cosas?

Haru

Pero si te lo conté, heladito de nata. El chico de la casa del río.

Natsu

Sí, el nuevo best friend de nuestro hermano el carca.

Fuyu

Ah, habláis de Erik Anderson.

Pero, ¿cómo sabes tú el nombre?

Haru

Lo sabemos por Natsu.

Natsu

Tío, que todos lo sabemos, eres el único que no quiere enterarse.

Genial... Bueno, pues ahora ya lo sé, él me lo contó.

Haru

¿Y cómo se ha tomado nuestro secreto?

Bien, es un aliado, no hay de qué preocuparse.

Haru

Guay.

Natsu

Pues mola, así nos podemos pasar por allí y apalancarnos en su casa.
Molaba cuando quedábamos para hacer barbacoas en el porche.

Haru

¿y qué pasa con Jiro y Mattie?

Le he dicho que se lo cuente. El maldito Jiro ya casi lo había adivinado.

Natsu

Me cae bien ese chaval.

Fuyu

Mientras no den problemas, por mi bien. Pero, en serio, dejad de contarle nuestro secreto a la gente. Como sigáis así, lo acabará sabiendo toda la isla. Yo nunca se lo he contado a nadie.

Natsu

😏😏😏 ¿Y a quién se lo ibas a contar con tu fobia social?

Fuyu

Vete a la mierda, Natsu.

Natsu

Viti i li miirdi, Nitsi.

Fuyu

Eres tonto.

Natsu

Iris tinti.

Fuyu

No voy a caer en tu juego.

Natsu

Ni vii a quiir in ti jiigui.

Haru

Ya están otra vez... Hasta mañana, Aki.

Nos vemos, florecilla.



CAPÍTULO 28

Cásate conmigo

Esa tarde estaba trabajando en el Carpe Diem. El ambiente era tranquilo, sonaba música suave por el hilo musical y solo había un par de mesas ocupadas con clientes que ya estaban atendidos. Aproveché y me puse a colocar en la estantería la colección de tazas nuevas que había comprado Haru. Ese chico era un adicto a las compras. Hasta estando en la cabaña, se dedicaba a pedir cosas por internet para el bar. Me hice un poco de lío porque todas eran de diferentes colores y formas, y resultaba superdifícil adivinar con qué platillo iba cada una. Escuché las campanillas de la entrada que indicaban cuándo entraba un cliente. Así que levanté la cabeza de mi labor y saludé por inercia.

—*Irasshaimase*¹. —Cambié de idioma en cuanto vi quién había entrado—. Hola, pecoso, hola, Mattie.

Erik rodó los ojos al escuchar de nuevo el apodo que siempre usaba para dirigirme a él, y Mat saludó de vuelta haciendo una reverencia con la cabeza.

—Buenas tardes, Aki-sama².

—¿*Sama*? ¿Cómo que *sama*? —me extrañé, pero entonces caí y miré al pecoso con cara de resignación—. Ya se lo has contado, ¿eh?

—Quedamos en eso, ¿no? —Se encogió de hombros.

—Sí, sí. —Hice un gesto con la mano para restarle importancia—. Mattie, nada de *sama*, no soy un dios ni nada parecido, así que trátame como siempre, ¿vale?

Asintió, aunque seguía estando un poco nervioso, como si hubiese cambiado algo en mí. Esperaba que se fuera acostumbrando poco a poco y se dejara de tonterías. Preferí no darle más vueltas al tema.

—Bueno, y ¿qué os trae por aquí? —Me apoyé en la barra y crucé las piernas a la altura de los tobillos mientras me colocaba el paño con el que estaba secando las tazas al hombro.

—Pues nada, Mattie, que había quedado con la novia. Decidí acompañarlo y de paso te saludaba —contestó el pecoso.

—¿No será al revés? —interrumpió Mat—. Eras tú el que quería venir, así que he aprovechado para quedar con Mary.

—Ay, Mattie, Mattie, no pillas una broma, ¿eh? —Chasqueó la lengua Erik y me reí porque yo sí que lo había pillado a la primera.

Volvieron a sonar las campanillas y los tres nos giramos a ver quién era esa vez. Una chica de pelo rizado, piel morena y sonrisa amable entró por la puerta y a Mattie se le iluminó la cara. No hizo falta que dijera nada para que supiera que esa era la famosa Mary con la que llevaba unos meses de tonto a saco.

Nos miró, primero a Erik y luego a mí, y, antes de que se excusase, le di un pequeño

empujón en el hombro y lo animé a que se acercara a ella.

—Anda, ve. Sentaos en la mesa del fondo, ahora voy a atenderos.

Mattie miró a Erik y, una vez obtuvo su aprobación con un gesto de cabeza, se fue.

—Y tú ¿qué? ¿Te quedas en la barra y me haces compañía? —propuse mientras retiraba un par de taburetes y le hacía hueco.

—Qué remedio —bromeó. Se acercó a la barra y luego activó un botón y su asiento empezó a elevarse. Lo paró cuando estuvo a una altura cómoda para él.

No me sorprendió, ya lo había visto hacer eso en otras ocasiones. No por nada pesaba tanto esa máquina.

—¿Qué te apetece tomar? —le pregunté.

—Sorpréndeme, confío en ti.

—Has tardado, pero haces bien. Estás en buenas manos. —Le guiñé un ojo—. Voy a ver qué quieren los tortolitos y enseguida te preparo algo.

—Vale.

Salí de la barra y tomé la comanda de Mattie y su chica. Les serví el par de cafés que pidieron y luego me esmeré en prepararle al pecoso un batido de fresas naturales y arándanos.

—Aquí tienes, guapetón —bromeé, aunque realmente ese día tenía el guapo subido, estaba diferente... ¿Qué era?

—Tú y esa manía tuya de adularme —sonrió y luego dio un sorbo al batido.

Hizo un ruidito de placer que me erizó la piel de la nuca. Luego me miró con los ojos brillantes y expresión seria.

—Cásate conmigo.

Solté una carcajada y sentí las miradas de los clientes clavándose en mi persona durante unos segundos.

—Pues, si me pones en el testamento, lo mismo me lo pienso —bromeé y él chasqueó la lengua fingiendo pesar.

—Ah, que decepción, solo me quieres por interés —dijo en un tono insípido y dio otro sorbo a su bebida.

—Pues como tú a mí, que solo me quieres por la comida. Yo creo que es un trueque justo.

Un mechón de pelo rebelde le cayó sobre la frente y le tapó uno de los ojos. Se lo aparté por inercia... Eso era, se había cortado el pelo. Sonreí porque últimamente había estado observando que se cuidaba más que antes y salía más a menudo de casa. Eso era buena señal.

—Te queda bien el corte de pelo.

—No sigas, ya me has rechazado una vez. Ahora no te servirán de nada los piropos.

Me reí.

—No recuerdo haberte rechazado. —Me encogí de hombros y él suspiró como si estuviera harto de mis bromas.

Quizás pudiera engañar a otro, pero a mí no. En realidad, se estaba divirtiendo.

—Te he traído una cosa —cambió de tema.

—Ah, ¿sí? ¿El qué? —pregunté curioso.

—La novela. —Sonrió con un ápice de nerviosismo y juraría que también ilusión. Le vi un brillo especial en los ojos.

—¿La has terminado? —Me sorprendí porque, joder, ¿cuánto tiempo había pasado? ¿Dos meses y medio?

—Sí..., bueno, es solo un manuscrito, no ha pasado por un corrector profesional ni nada.

—¿La tienes ahí?

—Sí.

—¿Dónde?

—En el móvil, en la mochila. Si me lo acercas y me das tu correo electrónico, te la paso.

Salí de la barra y rebusqué en un pequeño bolso que tenía colgado en la silla. Saqué el teléfono, se lo di y le facilité mi dirección de *email*. Al instante, me llegó una notificación avisándome de que ya la había recibido. Tenía mucha intriga y muchas ganas de saber qué había escrito. Pero me tendría que esperar a llegar a casa.

—El *hype* me está matando ahora mismo. Lo sabes, ¿no?

—No seas exagerado. No es para tanto, solo es una tontería para demostrarte que lo puedo hacer mejor que el autor ese del libro de Haru.

—Ya, lo que tú digas, Erik.



CAPÍTULO 29

«LaFleur»

Erik

Escucharlo llamarme por mi nombre provoca otro de esos saltos mortales que tanto le gusta dar a mi corazón últimamente. Cualquiera diría que el órgano principal de mi cuerpo se está preparando para actuar en El Circo del Sol. Maldito Aki.

Doy otro sorbo al batido para disimular mi estado de turbación y dejo que sea él quien hable.

—La has escrito muy rápido, pensé que se tardaba más en escribir una novela. Aunque, claro, yo de esto no tengo ni idea.

—Bueno, tengo mucho tiempo libre.

Y ha sido fácil, solo he tenido que ponerle voz a todas esas cosas que me encantaría hacerle a él si pudiera. Qué mal estoy, pero oye, cada uno vive la vida como puede, ¿no?

—La verdad es que ha sido divertido —reconozco.

Aki sonríe, con ojos achinados incluidos, al escuchar eso de mi boca.

—Pues entonces me alegro de haberte casi obligado a hacerlo —dice mientras se prepara un té para él—. ¿Vas a escribir más?

—Pues no lo sé. De momento, prefiero saber vuestras opiniones. También se lo he pasado a Laura, no paraba de darme el coñazo.

—Lo leeré lo antes posible.

—Mi terapeuta dice que puede ser bueno para mí porque es una forma de expresión. Y como ya no puedo expresarme a través de la danza, es bueno que experimente otras maneras de hacerlo.

Aki asiente mientras me escucha atento. Es la primera vez que hablo con él del baile y mi antiguo yo y me gusta hacerlo. Es... liberador.

—Pues sí, tiene todo el sentido del mundo. ¿Hace mucho que vas a terapia? —Da un sorbo al té y me mira interesado. No veo que tenga interés por juzgarme y eso me tranquiliza.

—Desde el accidente. Al principio tenía sesiones más seguidas, porque el *shock* fue muy fuerte. Ahora solo un par de veces al mes de manera *online*. Aunque siempre puedo llamar a Janice si en algún momento tengo una crisis.

—Si te ayuda, no lo dejes. —Sonríe—. La verdad es que te noto más animado que cuando te conocí.

Sé que es así, yo también me lo noto y una de las razones es porque él está en mi vida. Lo tengo clarísimo. Aun así, pregunto:

—¿Tú crees?

—Sí, ya no tienes esa cara de amargado perenne. Ahora sonríes más, y eso está bien. Tienes

una sonrisa bonita como para no sacarla a relucir.

Siento como la sangre me sube a la cara, debo de haberme puesto colorado como un maldito crío. A mí estas cosas no me pasaban antes. Sabía que era atractivo e iba por ahí creyéndomelo de más. Era un poco gilipollas, las cosas como son. Por eso pienso a veces que lo que me ha pasado no ha sido más que una lección de vida. Una lección más dura de la cuenta.

—¿Has ido alguna vez a terapia? —pregunto porque nunca sé cómo reaccionar cuando suelta uno de sus halagos con la naturalidad de quién comenta el clima.

—¿Yo? No, qué va. Imagínate cómo se me quedaría mirando el psicólogo si le dijera que soy un espíritu estacional del bosque y que me deprime el hecho de ser «inmortal».

—¿Te deprime ser inmortal? Pues creo que es lo que todo humano busca.

—Porque no saben lo que están pidiendo. La inmortalidad está sobrevalorada. Vuestra vida es una continua evolución. Tenéis un avance y vivís diferentes experiencias según os toque. La mía es siempre igual. No he tenido prácticamente infancia, no sé lo que es ser un adolescente, ni ir al instituto y enamorarse de la persona más popular de la clase. No puedo tener una relación estable. Nunca sabré qué se siente al ser padre o abuelo. Y, por supuesto, no puedo conocer el mundo más allá de esta isla. Hoy mismo, si me pudiera cambiar por un humano normal y corriente, lo haría.

Me sorprendo con todo lo que me está desvelando. Aun así, él lo cuenta con una sonrisa resignada en los labios, como si estuviera más que acostumbrado a esa vida tan diferente a la que tenemos los humanos.

—¿No puedes? —logro decir. Mi cerebro ha colapsado, quiero hacerle demasiadas preguntas a la vez y no sé por dónde empezar.

—No —se ríe, supongo que al ver mi expresión de estar flipando.

—¿No has tenido infancia? ¿Cómo es eso?

—Nos creó la diosa de la naturaleza. Tiene muchos nombres, pero en Japón se la conoce como Yamanba. Se dice que tiene el poder de sanar, de hacer brotar vida y de cuidar a los animales. Ella nos acogió a mis hermanos y a mí cuando éramos unos bebés enfermos y nuestras familias nos daban por muertos, o eso tenemos entendido. Por eso no nos parecemos entre nosotros, porque cada uno proviene de una familia de a saber dónde. Yamanba hizo su magia, nos sanó, nos dotó del espíritu de un animal y nos dio un propósito. No tuvimos niñez. De ser unos bebés pasamos literalmente a ser unos chicos de unos doce años o así. Vivíamos en un pequeño templo que hay oculto en la cima de la montaña. Cada vez que necesitábamos algo o nos surgía alguna duda, recurriamos al árbol sagrado que se encuentra en el patio del templo. Y la voz de la Diosa nos guiaba. Con el paso del tiempo, nos fuimos volviendo más autosuficientes y cada vez recurriamos menos a ella. Dejamos de vivir en el templo y preferimos instalarnos más cerca de los habitantes de la isla e integrarnos con los humanos. Si te digo la verdad, a día de hoy, no recuerdo cuándo fue la última vez que fui. Hace muchos años que no visito el templo y creo que mis hermanos tampoco. —Desvía la mirada pensativo y se encoge de hombros—. Esa es prácticamente mi historia.

Cualquiera diría que se está inventando un cuento, pero lo he visto en su verdadera forma y he palpado esa aura mágica que lo rodea. No puedo hacer más que creerlo y agradecerle que se esté sincerando conmigo de esta manera.

—Pero entonces sí que envejecéis, ¿no?

—Sí, pero más lentamente que los humanos.

—Entiendo. —Asiento—. Perdona que tarde en contestar, pero es que me está costando

asimilar todo esto.

Se ríe.

—Lo estás llevando muy bien, créeme. Si quieres, puedes usarlo para tu próxima novela —bromea.

Ruedo los ojos porque ya está dando por hecho que voy a volver a escribir, pero me hace gracia al mismo tiempo porque sé que solo intenta animarme.

—¿Os encargáis de las estaciones a nivel mundial o solo en esta isla? ¿Hay más como vosotros por el resto del mundo o cómo va la cosa?

—Solo en la isla y, como nunca hemos salido de aquí, no sabemos qué hay ahí fuera. Puede ser que existan más como nosotros, puede que no... —Se encoge de hombros—. La Diosa nunca nos ha revelado nada de eso.

—Y ¿qué pasa con lo de enamorarse? ¿No podéis?

—Sí, claro que podemos. De hecho, me he enamorado en un par de ocasiones.

—¿Y qué pasó?

—Pues que terminaron dejando la isla y, por tanto, dejándome a mí.

Su sonrisa es triste y desvía la mirada hacia la taza de té que sostiene en las manos. Me dan ganas de abrazarlo. No entiendo quién en su sano juicio dejaría a este ser tan maravilloso.

—¿Sabían lo que eras?

—Yoko, sí y no le importaba, pero a su padre sí. Se fue de Rakuen y la obligó a irse con él. Corrían los años setenta, eran otros tiempos. En los noventa conocí a Anne. A ella nunca se lo dije, pero porque siempre supe que lo nuestro tenía fecha de caducidad. Ella quería estudiar ciencias y tenía grandes planes de futuro, así que, cuando llegó el momento, la dejé marchar. Era lo justo. No pongas esa cara, pecoso. Te lo dije, casi todos los habitantes de Rakuen están de paso. Al menos para mí, que viviré muchos más años que ellos.

—Pues vaya putada. La diosa esa era una cabrona, en menudo marrón os metió. No volveré a decir que la inmortalidad es un don porque, tal como lo pintas, parece una condena.

Suelta una carcajada alegre y a mí se me alivia un poco la angustia que empezaba a sentir por él.

—Eso es porque estás hablando conmigo, que soy un *dramas*, mis hermanos lo llevan mejor. Tampoco te pienses que soy un amargado, me gusta disfrutar de la vida, es solo que me siento estancado. Pero qué se le va a hacer, cada uno tiene que vivir con lo que le toca. Y, desde que estas aquí, me has dado un nuevo propósito de vida.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál? —me sorprende.

Entonces se acerca a mí. Su cara está apenas a unos centímetros de la mía como si fuera a contarme un secreto. Me llega su aroma y siento como me late el corazón a mil por hora.

—Quedarme con tu casa. —Se vuelve a separar y me regala una sonrisa canalla que no engaña a nadie.

Le sonrío de vuelta con mi mejor mueca vacilona.

—Idiota.

Este hombre va a acabar conmigo.



CAPÍTULO 30

Joder con la novelita

Nada más llegar a casa, me quité las botas y me tumbé en el sofá cuan largo era. Seguía quedándome en casa de Haru mientras él estaba en la cabaña, así que aproveché mi momento de soledad para ponerme a leer la novela del pecoso. La verdad era que estaba deseando ver qué había escrito. Tenía mucha intriga y no me imaginaba de qué iría siquiera la historia. No sabía nada, puesto que, cada vez que le había preguntado, él no me lo había querido contar.

Cogí el móvil y abrí el correo que me había mandado y, ahí mismo, me puse a leer. Enseguida me enganchó. Su narración era fresca, ligera y estaba llena de ese humor tan suyo que tanto me gustaba. La historia trataba de un florista que se veía inmerso en lo que parecía un posible asesinato. Pero no era nada serio, sino más bien gracioso. Tenía toques de humor negro, pero lo mezclaba con momentos dulces que te hacían empatizar con los personajes.

Estaba tan entretenido que, antes de darme cuenta, habían pasado un par de horas. Se me estaba haciendo tarde, tenía que cenar y ducharme porque, al día siguiente, me tocaba abrir el Carpe Diem. Maldije y me levanté a prepararme algo rápido. Me hice una ensalada que engullí mientras seguía devorando letras de aquella novela. Pero es que estaba en la parte más interesante. Había llegado al momento en el que los protagonistas se estaban enamorando y, simplemente, no lo podía dejar ahí. Qué le voy a hacer; en el fondo, siempre he sido un poco moñas. Por esa razón, decidí prepararme un baño. Era la excusa perfecta para continuar leyendo. Dejé el móvil aparcado por un segundo y preparé el agua con todas esas cosas raras que tenía Haru de colores y olían tan bien. Me recogí el pelo en un moño alto y me metí en la bañera. Se me escapó un ruido de satisfacción que casi pareció un gemido, pero es que se estaba de lujo allí. Debería hacerlo más a menudo o, al menos, aprovechar cuando la florecilla no estaba y la casa se quedaba en silencio. Me puse cómodo, me sequé las manos en una toalla que había dejado a mi alcance y cogí de nuevo el móvil para continuar con mi lectura. Un par de páginas más y la cosa empezó a ponerse picante.

—Madre mía.

Aquello era explícito, pero sin dejar de ser elegante. Confieso que no había leído gran cosa de romance y mucho menos de erótica, pero no me hacía falta ser un experto en la materia para saber que eso estaba bien escrito. Todo fluía con la delicadeza del agua y ardía con la fuerza del fuego... Cómo cuando bailaba... Aquellas páginas inéditas tenían impregnado su estilo en todas y cada una de sus letras y a mí, al darme cuenta de ello, se me escapó la alegría por la boca en forma de risa.

—Lo has vuelto a hacer, Erik Anderson.

Sonreí y seguí leyendo con esa sonrisa de tonto ocupando mis labios. Pero es que estaba alegre y me puse aún más «contento» cuando llegué a la parte más caliente de la escena. Eso se

estaba yendo de madre y no sabía si era por las cosquillas en el culo que me provocaban las bombas de baño de Haru, la escena en cuestión o una mezcla de ambas, pero hacía tiempo que no estaba tan excitado.

—Maldito florista, maldito asesino y maldito pecoso.

Intenté ignorar mi erección porque quería seguir leyendo y, seamos sinceros, me parecía un poco mal desfogarme con su libro... Aunque, dos minutos después, dejó de parecerme incorrecto y mi mano hizo su trabajo.

Esa vez, el sonido que salió de mi boca fue un claro gemido de satisfacción que rebotó contra los azulejos del baño y llenó la estancia. Era la primera vez que me masturbaba con la imagen mental de dos hombres y ni siquiera me paré a meditarlo, porque me pareció lo más natural del mundo. Tampoco me paré a pensar por qué, en mi mente, el supuesto asesino tenía un parecido preocupante con el pecoso. Quizás estaba demasiado distraído con aquella historia y me primaban las ganas de seguir leyendo, o esa es la excusa que me puse.

Igualmente, no soy de plantearme mucho este tipo de cosas, soy más de fluir y de dejarme llevar por lo que estoy sintiendo en el momento.

Me volví a secar las manos y cogí de nuevo el aparato, el teléfono móvil quiero decir, y seguí leyendo.

Aquel día no me dormí hasta que terminé de leer el manuscrito. A las cinco de la mañana, le escribí un mensaje al pecoso, aun sabiendo que no lo vería hasta horas más tarde.

Me lo acabo de terminar. Por tu culpa no he dormido nada, pero ha merecido la pena.

Me ha encantado. En todos los aspectos.



CAPÍTULO 31

Sol primaveral

El sol primaveral empezaba a desbancar al invierno. Ese día brillaba en el cielo radiante y me calentaba el cuerpo mientras caminaba hacia la casa del río. Las flores de cerezo estaban empezando a abrirse y la brisa traía su olor dulce hasta mí. La gente estaba más cariñosa y los animalillos habían empezado a fornicar por todas partes. El espíritu de Haru se podía palpar en toda la isla, la primavera estaba en todo su esplendor.

—¡Aki! —La voz de quien en ese momento ocupaba mis pensamientos se materializó y me hizo girarme.

Allí estaba él, trotaba hacia mí con alegría mientras un montón de florecillas brotaban a su paso... De ahí venía el apodo, no porque fuera de flor en flor como decía Natsu.

Lo esperé a mi lado de la acera hasta que llegó a mí.

—Justo estaba pensando en ti, florecilla. Estás dándolo todo hoy, ¿eh?

—Yo también te quiero, Aki. ¿Me has traído eso? —dijo mientras me abrazaba con todas sus fuerzas.

—Sí, interesado. Te lo he traído, no hace falta que me hagas carantoñas.

Le enseñé la bolsa de tela que llevaba en la mano y que contenía el paquete que había llegado al Carpe Diem para él y se la tendí. Dio un par de palmadas de alegría antes de quitármela de las manos.

—¿Qué es? —le pregunté mientras seguíamos caminando hacia la casa del río que ya se podía vislumbrar en el horizonte.

—Es un set para hacer manicura semipermanente. Quiero aprender a hacerlas. —Hizo un gesto con su mano libre mostrando las uñas.

—¿No te había dado este año por la costura? ¿Ya te has cansado?

—No, no me he cansado, pero quiero probar otra cosa.

O sea, que sí, se había cansado, pero no dije nada. Pasaba de discutir.

—¿Vas a ver a Erik? —Asentí—. Voy contigo —sonrió.

—¿Dónde has dejado a Fuyu?

—Se ha quedado con Natsu en la cabaña, jugando a un videojuego nuevo que ha traído Natsu. Estaban muy picados, ya sabes cómo son.

Hice un gesto con la mano indicando que sabía a qué se refería. Natsu y Fuyu eran muy competitivos y siempre estaban discutiendo o peleando entre ellos. Estaba bien que se desfogaran con el videojuego y no a manotazos.

Seguimos hablando hasta que llegamos a la casa del pecoso. No entramos, rodeamos directamente el jardín hasta el porche trasero.

—Ayúdame a poner la mesa al sol —le pedí a mi hermano.

Haru dejó la bolsa en una de las sillas y me ayudó a mover la mesa del porche al medio del patio, en el mismo sitio que la primera vez que les preparé la cena a Mattie y a Erik.

—¿No entras a llamarlo? —me preguntó Haru.

—No, todavía no habrá terminado su sección de entrenamientos y hoy está con Jiro, aún le queda un rato.

Haru me miró confuso.

—No sé qué me sorprende más, que te sepas sus rutinas o que te sepas los horarios de Jiro y Mattie.

Me encogí de hombros. Tampoco era tan complicado, tenía una rutina muy marcada por las mañanas. Y lo de Jiro lo sabía también porque casi siempre solían mantener los mismos horarios. Los jueves por la mañana, como ese día, le solía tocar a él, y los viernes a Mattie.

—No es para tanto. Paso mucho tiempo aquí.

—Ya... Oye, ¿me vas a dejar que te haga la manicura?

—Pero ¿no tienes que aprender primero?

—Ya he visto un montón de tutoriales, sé cómo va. —Hablabla mientras abría el paquete y revisaba todos los cachivaches.

Hice como el que lo meditaba, pero, en realidad, estaba pensando algo para escaquearme.

—Píntame los tatuajes primero y luego vemos.

—¿Ahora? —Hizo un puchero.

—Sí. ¿Te apetece? Ya se me están borrando.

—¿Has traído la henna?

—Está todo en la bolsa. —Señalé.

Haru resopló porque claramente le apetecía más pintarme las uñas que el cuerpo, pero accedió. Era como una especie de ritual que teníamos todos los meses. Él me trazaba líneas en la piel mientras nos poníamos al día un poco de todo.

Para cuando salió el pecoso, Haru ya había terminado y yo estaba sin camiseta, sentado en la mesa, al sol, esperando que la henna tiñera mi piel. Haru leía las instrucciones de las cosas de manicura que se había comprado y ambos estábamos en nuestra forma original. Erik se acercó y si se sorprendió, no lo mostró con su cara, en ella había más diversión contenida que otra cosa.

—Vaya, me descuido un momento y un par de seres del bosque invaden mi jardín.

—Hola, pecoso —saludé sonriendo de lado por su bienvenida.

Haru levantó la cabeza de las instrucciones y miró a Erik con un brillo en sus ojos.

—Ah, hola, Erik. ¿Qué tal estás? Te veo muy bien hoy, tienes buena cara.

Me crispó un poco tanto interés por parte de la florecilla. O estaba tramando algo o se había marcado como objetivo ligarse a Erik. Ese pensamiento no me gustó. No quería que Haru acaparara a mi nuevo amigo. El pecoso era mío.

—Estoy bien, gracias, Haru —contestó mientras daba marcha atrás con su silla para mirarle descaradamente el culo a mi hermano.

Eso tampoco me gustó demasiado.

—¿Me estás mirando el culo?

—Solo estaba comprobando si tenías una cola de conejo saliendo de ahí. Casi me he sentido decepcionado al no verla —bromeó.

Y a mí, toda la tensión que me había invadido el cuerpo se me esfumó con su comentario.

—No, gracias a la diosa que no tenemos cola, sería muy molesto —rio mi hermano.

—¿Qué estación es la de él? —me preguntó a mí directamente.

—Adivina —lo reté con mi mejor sonrisa de suficiencia.

—Está chupado, si lo dice mi nombre —dijo Haru.

—Pero él no sabe japonés.

Erik aceptó el reto con un levantamiento de cejas y esa expresión de sabiondo que solía poner y observó a Haru por unos segundos.

Haru iba vestido con un *yukata*¹ en tonos celestes como el cielo, que tenía un estampado de flores de cerezo. Le combinaba muy bien con el pelo claro, beis en la raíz y más rosado en las puntas. Su piel era muy blanca, sus mejillas y nariz siempre destacaban por su rubor. Haru era el más bonito de todos nosotros, estaba clarísima su estación.

—Primavera. —Me miró Erik.

Asentí.

—Era fácil. A ver si aciertas también con Natsu y Fuyu.

—Pues fácil, Natsu tiene pinta de surfista californiano, seguro que es el verano.

—Ay, se me ocurre una cosa —interrumpió Haru—. ¿Por qué no los llamamos y almorzamos todos aquí como en los viejos tiempos? Se está de lujo en el sol y así puedes conocernos mejor y juzgar por ti mismo, Erik.

La verdad era que cuando pensé aquella mañana en hacerle una visita al pecoso, tenía intención de comentar con él la novela que había escrito, pero estando allí mis hermanos, no sabía si se sentiría cómodo hablando de ello. Igualmente, me apetecía el plan de Haru, podía dejar lo de la novela para otro momento.

—Ah, pues es buena idea, ¿Te apetece? —le pregunté a Erik.

El me miró, lo meditó por un momento y luego se encogió de hombros.

—Está bien.



CAPÍTULO 32

Erik

Sin saber muy bien cómo ha ocurrido, he acabado con las uñas mal pintadas de azul marino, almorzando al sol acompañado de Jiro, Aki y los hermanos de este y riendo de las anécdotas que me estaban contando.

—¿Sabes por qué a Aki le gusta tanto esta casa? —me pregunta Natsu mientras me señalaba con los palillos.

—Sorpréndeme.

—Porque tiene los techos altos, no se tiene que preocupar de no arañarlos con los cuernos.

Miré a Aki con la diversión estirando de la comisura de mis labios.

—¿Es por eso? —Mi tono suena con toda la sorpresa que siento.

—No solo por eso, pero sí, es una de las razones. Las casas tradicionales japonesas tienen los techos muy bajos. —Se encoge de hombros—. Pero también me gusta porque la ubicación es perfecta. Está cerca de las casas de todos ellos. —Recorre con un vistazo a sus tres hermanos—. La cabaña donde vive Fuyu...

—Y supuestamente tú —lo interrumpe Natsu.

—Y supuestamente yo —repite con un tono de broma—. Sigue siendo la más lejana, pero, aun así, esta casa está en medio de las tres.

—Es cierto —añade Haru—. Por eso celebrábamos aquí todas las reuniones.

—*Seh*, tío, pero nos jodiste la fiesta —bromea Natsu y Aki le da un par de palmadas en el hombro llamando su atención.

—No te preocupes por eso, estoy trabajando para que me la deje en herencia.

—*Ganbatte Kudasai* ¹ —Responde Natsu y, por cómo Jiro se ríe, creo que ha hecho un chiste.

Estoy a punto de preguntar qué ha querido decir, pero Fuyu interrumpe y me sorprende hasta a mí. No me hace falta conocerlo de mucho para darme cuenta de que habla más bien poco.

—En realidad, veníamos aquí porque Aki es el mejor anfitrión. Vosotros sois un desastre.

Haru pone cara de indignado y no tarda en replicarle a Fuyu. Se embarcan en una conversación a cuatro voces de la que no tardo en evadirme. Mi mente está más ocupada comprendiendo lo que significa esta casa para Aki. Por fin, logro entender por qué es tan importante para él. Joder, era su maldita casa. El lugar donde se sentía cómodo, y recibía y atendía a sus hermanos. Porque no me hace falta escuchar más anécdotas para saber que Aki cumple a la perfección el rol de hermano mayor. Es el soporte de esta familia tan peculiar, el que cuida de ellos sin que se lo pidan, como hace conmigo. Me digo a mí mismo que sí, que da igual cuánto bromeemos acerca del tema, si algún día me voy de Paradise Island, esta casa será para él.

Un apretón en el brazo me saca de mis pensamientos. Aki me mira con cara de preocupación.

—¿Estás bien? —me susurra.

Sonrío porque que me mire con esos ojos tiernos hace que se me llene el pecho de dicha.

—Sí, estoy bien.

—¿Seguro? Mira que, si te están agobiando, dímelo y los echo de aquí. Pueden llegar a ser muy pesados —me habla en tono bajo, mientras los demás componentes de la mesa siguen a lo suyo.

—No, de verdad, estoy bien, tus hermanos son divertidos.

Es verdad, me gusta cómo me han incluido en el grupo de esa forma tan cercana, me han hecho sentir uno más. Y no se han incomodado por mi tetraplejía como les ocurre a otras personas que no saben cómo actuar y no paran de preguntar cosas.

—Vale —me responde más relajado—, pero, si te cansas, me avisas.

Me río.

—Qué sí, pesado. ¿Ahora te preocupas por no molestarme? Cuando nos conocimos, te dio igual quedarte a dormir en mi casa por la cara.

—Y suerte que lo hice. Si no, no nos hubiésemos conocido. —Me guiña el ojo con ese gesto tan suyo y yo niego con la cabeza y sonrío en vez de atraerlo hacia mí y besarlo en los labios, que es lo que de verdad me gustaría.

De repente, algo llama nuestra atención. Los hermanos de Aki se levantan como un resorte y se van corriendo hacia el río. Les agradezco internamente la interrupción porque unos segundos más con él tan cerca y no sé si lo hubiera soportado.

—Pero ¿dónde van? —le pregunta Aki a Jiro, que se ha quedado sentado a la mesa con nosotros.

—Pues no sé muy bien cómo ha pasado, pero han acabado retándose para ver quién aguanta más tiempo bañándose en las frías aguas del río. —Jiro se ríe sin quitar la vista esos tres locos.

—Natsu es tonto, tiene todas las de perder —dice Aki mientras se prepara la pipa y observa la escena.

Fuyu y Natsu se empiezan a quitar la ropa hasta que se quedan en pelota picada. Confirmando mis sospechas de que, en esta familia, todos tienen cuerpazo, y me río cuando oigo los gritos de Natsu al entrar en el agua.



Haru los anima desde el muelle, bueno, más bien anima a Fuyu que está como quien se baña en una bañera de agua caliente. Tiene razón Aki, Natsu tiene todas las de perder y ahora no solo está picado con Fuyu sino también con Haru.

—Haru está jugando con fuego —comenta Aki soltando el humo de la pipa e impregnando mi nariz de ese olor dulzón tan característico de él.

Voy a preguntar por qué, pero, antes de que me dé tiempo, veo como Natsu salta, agarra a Haru de la ropa y lo tira al agua con él. Y entonces Fuyu, que estaba la mar de tranquilo le grita un *baka* ²a Natsu y sale corriendo tras él, mientras Haru le da toda clase de ideas de lo que debería hacerle.

Estamos los tres riendo y comentando la jugada cuando llega Mat.

—Hola, chicos. ¡Vaya, veo que os estáis divirtiendo!

—Hola, Mat —saludo.

—Hola, Mattie. ¿Has comido? Pilla algo. —Ese es Aki, quién si no.

—¿Ya estás aquí? —dice Jiro mirando la hora en el móvil—. Pues sí que se me ha pasado rápido el tiempo.

Mat clava los ojos en Jiro, rodea la mesa y se sienta en frente con expresión de cordero degollado.

—Jiro, tío, necesito que me hagas un favor.

—¿Qué favor? ¿Qué te pasa?

—Necesito que me cambies el turno del sábado de la semana que viene, por favor. Mary se va a pasar una temporada a casa de su tía en Francia y el sábado es el último día que podré estar con ella. —Los ojos le brillan como si estuviera a punto de ponerse a llorar. De hecho, por lo enrojecidos que los tiene, apuesto lo que sea que ya lo ha hecho.

—Joder, que putada, Mattie. Claro, yo te lo cambio... Espera un momento, no, tío, no puedo. Lo siento.

La cara de Mat pasa del alivio al pánico en un segundo.

—Pero, ¿por qué? Por favor, pídemelo lo que quieras a cambio. —Junta las manos y agacha la cabeza en una súplica.

—Es que ese fin de semana es cuando tengo la convención de acupuntura en Kioto. No puedo faltar.

—Mierda. —Mattie deja caer la cabeza sobre la mesa y sus ojos se vuelven aún más brillantes.

—¿Y si se queda Aki? —propone Jiro y yo siento que empieza a faltarme el aire con esa horrible idea—. ¿No? ¿Qué opinas, Aki? ¿Te importaría quedarte la noche del sábado con Erik? Total, siempre estás aquí.

—Claro, yo me quedo, sin problemas. Mattie, ve a despedirte de tu novia como Dios manda.

—Ni hablar —interrumpo y tres pares de ojos me miran como si fuera la persona más horrible del mundo o esa es la sensación que me da.

Pero es que no quiero que Aki se quede sustituyendo a Jiro o a Mattie y no es porque no confíe en él, sino porque no quiero que desempeñe esa tarea conmigo.

—¿Por qué no? Si solo será por la noche, ¿no, Mattie? —Ese es el estúpido de Jiro insistiendo.

—Sí, sí, solo por la noche, lo prometo. Estaré aquí a primera hora de la mañana.

—Claro. Además, por la noche es cuando menos nos necesitas. —Otra vez el maldito Jiro—. Mattie te ayudará a ducharte y lo preparará todo para que Aki solo tenga que meterte en la cama y encargarse de cambiarte de posición cada tres horas. ¿Puedes hacer eso, Aki?

—Pff chupado. ¿No te fías de mí, pecoso? —Me da un codazo.

—No es por eso —gruño.

—Por favor, Erik. Dejaré el teléfono activo todo el tiempo y si ocurre algo estaré aquí en menos que canta un gallo, lo prometo —me ruega Mat con las lágrimas desbordándose de sus ojos y yo odio la idea, pero no le puedo decir que no.

—Está bien —sentencio, suspiro enojado y me voy de allí.

Huyo hasta el porche delantero de la casa, antes de que me arrepienta de la estúpida decisión que he tomado. Calabaza, que estaba allí echándose la siesta en una silla, no tarda en subirse a mis piernas y empieza a frotarse contra mi cuerpo.

Le acaricio mientras veo por el rabillo del ojo como Aki, que al parecer me ha seguido, coge la silla donde estaba el gato y se sienta a mi lado.

—Eh, ¿qué es lo que te preocupa? Nos lo pasaremos bien, ya verás.

—Si no es eso, joder. Es solo que me siento impotente. Tú eres mi amigo, no mi asistente. No quiero que te ocupes de mí de esa forma. Ah, esto de ser una persona dependiente es una puta

mierda.

Aki me regala el silencio que me hace falta mientras acaricia a Calabaza aún acurrucado en mis piernas. Luego pasa un brazo alrededor de mis hombros y me atrae hasta él.

—No hagas eso, joder, no me compadezcas, lo odio.

—No te estoy compadeciendo, es solo que me ha llegado eso de que soy tu amigo y me apetece abrazarte —lo dice tan pancho y luego me da un beso en la sien antes de retirarse o, más bien, de hacer el amago de retirarse, porque, lejos de irse, se pega aún más y empieza a olisquearme.

—Me gusta cómo hueles. ¿Qué es? ¿Champú? ¿After Shave? —Sigue olisqueándome, ahora el cuello, joder, que tortura.

—No sé, pero quita, joder, que solo te falta ponerte a olerme el culo como los perros. —Lo empujo y lo alejo de mí por el bien de los dos y él se parte de la risa—. ¿Seguro que tu animal espiritual es un ciervo? —bromeo porque me ha devuelto las ganas de reír de nuevo.

—Vale, vale, ya te dejo —Levanta las manos y se hace el inocente.

Pasan unos segundos de silencio en el que las risas menguan y vuelve de nuevo la seriedad porque la situación me sigue jodiendo.

—Entiendo que te sientas así, pero para eso estamos los amigos, para ayudarnos unos a otros.

—Ya, joder, pero siempre soy yo el que necesita ayuda y no puedo ofrecer nada a cambio.

—En eso te equivocas, Erik, ya me estás dando mucho. Te lo aseguro.

No sé a qué se refiere, pero antes de que pregunte, lleva la mano a mi nuca, enreda los dedos en mi pelo y juguetea con él. Y esta vez, lo dejo hacer, cierro los ojos y disfruto de su compañía.



CAPÍTULO 33

Pitos y flautas

—Vale, Mattie, entonces, ¿tengo que hacer algo más? —le pregunté al chico mientras guardaba en la nevera las fresas y aráندانos que le había traído a Erik.

—No, lo que ya te he dicho. Lo único diferente será ayudarlo a ponerse el pijama, meterlo en la cama. Cada tres horas tiene que cambiarse de posición; y cada seis, ir a hacer pis. Por lo demás, será todo igual que cuando te quedas a pasar la noche aquí. No hace falta que lo acompañes al baño, él se apaña solo y...

—¿Queréis dejar de hablar como si yo no estuviera presente, por favor? —Erik nos interrumpió en un tono quejumbroso y cruzó los brazos sobre el pecho—. Aki, si necesito algo, te lo diré y punto. No soy un maldito bebé.

—No tengo ninguna duda de eso, solo quería saber si tenía que aprender a hacer algo antes de que Mattie se vaya a su cita.

—No, no tienes que aprender nada, ya lo sabes todo —refunfuñó cual gato molesto.

—Vale. Pues ya has oído, Mattie, tienes vía libre para irte con Mary.

El chico sonrió y nos miró nervioso mientras se alisaba la ropa con las manos.

—¿Estoy bien así? —nos preguntó mientras nos miraba consecutivamente.

—Sí, estás muy guapo, vete ya de una vez a despedirte de tu novia... Ojalá se te escalde el pito —masculló el pecosito y yo solté una carcajada.

Mattie puso una expresión de apuro y se rascó la nuca con timidez.

—No le hagas caso, no lo dice en serio —le aclaré—. Vete ya.

—Vale, que lo paséis bien.

Nos despedimos al unísono mientras él se ponía la chaqueta y se iba.

Miré a Erik, tenía esa expresión molesta cubriéndole el rostro, con el ceño fruncido y los labios apretados.

—¿Aún estás mosqueado? —le pregunté atrayendo su atención hacia mí. Su mirada se suavizó.

—No, ahora tengo más envidia que otra cosa —bromeó.

—¿Tú también quieres fornicar hasta que se te escalde el pito? —Apreté los labios conteniendo la risa al citar la expresión tan graciosa que había usado él antes.

Sus labios se destensaron y adoptaron una mueca divertida.

—Pues mira, no estaría mal, por cambiar... Así le daría un poco de uso, aunque si se me escaldase el pito o no, tampoco lo notaría mucho. —Se encogió de hombros.

—Ya, pero lo que sea por usar el pito, ¿eh? ¿A quién no le gusta usar el pito?

—Vale, ya, ¿podemos dejar de usar la palabra pito? Ya te has cachondeado bastante. —Me señaló mientras intentaba ponerse serio.

Solté otra carcajada libremente. Acababa de empezar la noche y ya me dolían las mejillas de tanto sonreír.

—Es que, pecoso... ¿Escaldarse el pito, en serio? —Hizo rodar los ojos y yo volví a reírme —. Vale, vale, ya paro. ¿Te apetece si cenamos fuera? Hace un poco de fresco, pero puedo encender una hoguera.

—Me apetece.

—Estupendo.

Abrí la nevera, saqué los ingredientes para preparar una *pizza* vegetal y una botella de vino que me había traído del Carpe Diem para la ocasión. Cogí un par de vasos, las copas eran más incómodas para Erik, y nos serví un poco.

—¿Y esto?

—Para ir abriendo apetito mientras se hace la cena.

—Dicen que no es aconsejable beber alcohol con el estómago vacío —bromeó.

Lo miré y di un sorbo al vino lentamente. Me relamí los labios disfrutando del sabor afrutado.

—Me importa un «pito». —Le guiñé un ojo.

—Vete a la mierda.

Me volví a reír. Me encantaba picarlo, para qué negarlo.

—Sí, tú ríete. Si pudiera levantarme, seguro que no te atreverías a quemarme tanto la sangre.

Seguí riendo mientras hacía la masa de la *pizza*.

—Vamos, pero si hago tu vida más divertida, no me lo puedes negar. Además, voy a preparar una *pizza* vegetal superrica, ya verás... Te compensa aguantarme.

—¿*Pizza*? No, si al final me vas a hacer engordar. Ese es tu plan, ¿no? Matarme de colesterol.

—Pff, qué exagerado eres. Si te mato de alguna forma, será de placer.

Me quedé esperando la réplica, pero, en lugar de eso, solo se oyó mi cuchillo sobre la tabla mientras cortaba el pimiento. Me giré y le eché un vistazo. Estaba dando un gran trago al vino.

—Estoy convencido de que no te escuchas cuando hablas, si no, no dirías esas cosas —masculló mientras miraba el vaso en sus manos y volvió a dar otro sorbo.

—Al final entre «pitos» y flautas casi te has terminado el vino.

Me quedé observándolo porque no quería perderme su reacción al chiste. Me devolvió la mirada con cara de póker.

—Te odio.

Seguimos charlando y riendo mientras preparaba todo. Y, antes de que nos diéramos cuenta, ya habíamos terminado de cenar y estábamos los dos como aquella primera noche que nos conocimos. Sentados al calor de la hoguera, contemplando el río mientras bebíamos vino y compartíamos la pipa.

—¿Sabes? Laura se terminó la novela ayer —me dijo.

Su mirada estaba perdida en el horizonte y su boca esbozaba una sutil sonrisa, posiblemente causada por lo que estábamos fumando.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué tal, qué le ha parecido? —pregunté. Tenía curiosidad ya que a mí me

pareció muy bueno.

—Le ha gustado mucho. —Su sonrisa se ensanchó como si estuviera recordando algo, quizás alguna conversación con ella.

—¿Ves? Te lo dije, es genial. Yo no pude parar hasta que lo terminé. Ella seguramente piense lo mismo. ¿Qué te dijo? —Di una calada a la pipa y lo miré con atención mientras soltaba el humo.

—Me ha dicho que es divertido, apasionante y bonito al mismo tiempo... También me dijo que es muy yo.

—Es que lo es, tiene tu humor y tu pasión.

Eso captó su atención y me miró de soslayo.

—Ah, y a tus ojos, ¿soy apasionado?

—Pues claro. No te hagas el interesante conmigo, te tengo calado.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo soy según tú? —Me miró con la ceja levantada en un gesto de incredulidad e interés y apoyó la barbilla en su mano.

—Pues eres una persona muy apasionada, con mucho carácter y muy sensible. Por fuera no se nota porque te empeñas en esconderlo, pero por dentro apuesto a que eres un torbellino de emociones.

Se quedó callado mirándome y luego sus ojos bajaron hasta la pipa que sostenía en mis manos.

—Dame más de eso.

Me reí y se la acerqué a los labios para que diera una calada. Luego le seguí yo con otra.

—Salvando las distancias, creo que escribes igual que bailas...

—Bailaba —me corrigió—. Y no entiendo qué quieres decir.

—Pues, que eres elegante, pero a la vez divertido. Fluyes como el agua y ardes como el fuego cuando llega el momento. Sé que la escritura y la danza no tienen nada que ver, pero es lo mismo que pensé cuando te vi bailar.

Obtuve su silencio como toda respuesta.

—En serio, pecoso, si te gusta, deberías seguir con esto. Pero, por lo que más quieras, no firmes con LaFleur, es un nombre ridículo.

Ambos nos reímos y el ambiente se volvió a relajar.

—Ardo como el fuego, ¿eh? —Me miró de soslayo mientras sonreía divertido, posiblemente, cachondeándose de mis palabras.

—Sí, tómalo a broma, pero es verdad. Si hasta terminé pajeándome con una de tus escenitas. —Sus ojos abiertos como platos me miraron con sorpresa. Normal, ¿a quién se le ocurría decir eso? Pues a mí, la hierba y el vino eran mala combinación, pero ya lo había soltado, y ahora ya no había vuelta atrás—. Ea, ya lo he dicho. Cuanto antes lo normalicemos, mejor.

Su risa estalló como fuegos artificiales en una noche calurosa de verano. Cuando reía de esa forma, sentía que brillaba de la misma manera. Y yo me quedé absorto contemplándolo, igual que un niño miraba los colores explotar en el oscuro cielo.

—¿Es verdad? No te creo —dijo cuando vio que yo, en lugar de reírme con él, simplemente sonreía.

—Claro que es verdad. —Esa vez sí que me reí al ver su cara—. ¿Por qué iba a mentirte? ¿Para quedar de pajillero? De hecho, prefiero que lo olvides, ¿Quieres más vino? —Le ofrecí mientras le acercaba la botella.

Al ver que no decía nada, aproveché para vaciar mi vaso en la boca y volver a rellenarlo.

—Pero... eres hetero... ¿No?

—Sí..., o sea..., eso creo.

Lo medité por unos segundos. ¿Lo era? Hasta ese momento no me lo había planteado en serio. Quizás me gustaban un poco también los chicos, para qué negarlo... Él me gustaba. Lo miré y me recreé en sus facciones. Tenía un pelo precioso que brillaba en tonos dorados con el sol y se volvía plateado con la luna. Sus ojos eran expresivos y bonitos, del color del cielo despejado que, si te fijabas bien, te contaban más secretos de los que podías imaginar. Y su boca... En fin, Erik era objetivamente guapo, todos lo decían...

Puede ser que no fuera hetero como creía y tan solo que no había surgido la ocasión de experimentar otra cosa. En esa isla tampoco había mucho donde elegir y, si lo había, ya se encargaba la florecilla de acapararlo.

—Al menos solo he estado con mujeres... —agregué.

—Ya...

—No sé, nunca me he planteado este tipo de cosas, me he dejado llevar por la situación y punto. —Me encogí de hombros para justificar mi respuesta, me estaba explicando genial.

Erik me miraba sin juzgarme intentando comprenderme.

—Bueno, hay personas que tardan más en definirse. Puede que seas bisexual o pansexual y lo estés descubriendo ahora. Partiendo de la base de que no has tenido una vida normal, y de que vives en un país donde, hasta hace poco, las bodas entre personas del mismo género eran ilegales; puede que todo eso haya hecho que te acoples al amor o romance normativo y no te hayas planteado otra cosa. O quizás no. Quizás solo te ha puesto una escena literaria entre dos hombres de forma aislada y luego en la realidad no se te levante— bromeó.

Yo lo escuchaba con atención mientras asentía lentamente como un idiota e intentaba asimilar lo que me estaba diciendo. Tenía la cabeza un tanto turbada por el vino y me sentía un poco torpe. Debí de notármelo en la expresión porque dijo:

—Igualmente, si puedo ayudarte en algo, solo tienes que decírmelo.

—Tú de momento escribe más, así comprobamos si es un hecho aislado o no.

Se rio.

—¿Por qué no lees alguna de las novelas de Haru? Según me dijiste, tiene montones.

—Nah, ya lo he intentado con un par y no me enganchan —descarté con un movimiento de mano—. Tú lo haces mejor.

—Bueno, como sean como la que me regaló...



CAPÍTULO 34

Sin pegar ojo

Erik

Aki me está ayudando a meterme en la cama y yo aprovecho para aferrarme a su cuello y oler su pelo. Una vez más, me reconforta ese aroma que ya se está volviendo tan familiar.

Al final, con tanta cháchara se nos ha hecho bastante tarde y el reloj ya pasa de las dos de la madrugada. Ha sido una noche bonita de risas y confesiones. Ya sabía de antemano que me lo iba a pasar bien, la parte que me preocupaba era esta, en la que tengo que depender de alguien, porque no puedo valerme por mí mismo. Pero Aki hace que todo resulte natural y no me sienta avergonzado ni incómodo. Además, no para de hacer bromas y decir tonterías, creo que esta vez se le ha subido un poco el vino.

—¿Estás bien así? —me pregunta al tumbarme en la cama boca arriba y taparme con el edredón.

—Perfecto, gracias.

—Guay.

Veo como camina hasta rodear la cama y empieza a quitarse la ropa.

—¿Qué haces?

—Pues prepararme para dormir, ¿Que voy a hacer si no? —Suelta una risilla despreocupada—. He pensado que lo mejor será que duerma contigo. Así se me hará más fácil cambiarte de posición cuando suene la alarma. No te importa, ¿no? Es que no me fío de mí mismo, puedo quedarme sopa.

Pues sí, claro que me importa, porque yo sí que no me fío de mí mismo, joder. Pero no le digo nada porque tengo que tener un punto de masoquista o algo. Solo me limito a observar cómo se queda en *slips* y se mete en la cama a mi lado. Apoya el codo en el colchón y a su vez la cabeza en la mano y me mira con los ojos entornados mezcla del cansancio y lo que hemos fumado. Ha adoptado de nuevo su forma humana para que no le molesten las astas, tiene la nariz y orejas coloradas por la bebida y el calor de la hoguera, pero igualmente esta guapísimo, como siempre.

—¿Qué pasa? —pregunto empezando a ponerme nervioso.

—¿Por qué lo de cambiarte de posición cada tres horas?

—Es por la disreflexia.

—Ah.

—No tienes ni idea de lo que significa, ¿No?

—Nop.

—Tranquilo, yo tampoco lo sabía. Es algo que nos pasa a los tetrapléjicos. Es una forma que tiene nuestro cuerpo de decirnos que algo nos está molestando o doliendo en aquella zona que

tenemos insensibilizada. Nos sube la tensión, comenzamos a sudar... Se pasa mal... Y puede pasar por una simple arruga de la sábana que se esté clavando en el culo. Pero tranquilo, no me suele ocurrir mucho.

—Entiendo. Si te pasa, ¿solo tengo que moverte?

—Por lo general, sí. También está el tema de los espasmos. Que no te extrañe si a mitad de la noche te pego una patada, es involuntario.

Se ríe, cree que estoy de broma, pero, al verme la cara, comprende que no es así.

—Espera, ¿lo dices de verdad?

—Y tanto, tampoco me suele ocurrir mucho, aunque va por épocas. Pero quiero que seas consciente de los riesgos a los que te enfrentas al dormir conmigo, no quiero quejas luego —bromeo.

—Vale... ¿Tengo que firmar algún papel como de que no te haces responsable de los daños causados? —sonríe.

—Ah, es que no pensé que me hiciera falta, pero tendré que pedirle a mi abogada que me redacte uno si coges por costumbre meterte en mi cama.

Se ríe y automáticamente me contagia. Después de eso, cuando las risas cesan, se queda mirándome de forma pensativa durante unos segundos.

—¿Te molesta que te pregunte estas cosas?

Sonríe porque me encanta su naturalidad y franqueza.

—No, tranquilo, no me molesta. Entiendo que quieras comprenderme mejor. Puedes preguntar lo que quieras.

Asiente y se le resbala un poco la sábana con ese movimiento. Mi vista viaja hasta sus pectorales desnudos, pero me obligo rápidamente a mirarlo de nuevo a los ojos. Lo que tengo que soportar...

—Vale... Creo que tendríamos que intentar dormir un poco... Mañana me toca ir al Carpe Diem. Pff, qué pereza, qué larga se me está haciendo la primavera —se queja mientras se tumba bocarriba mirando al techo.

—Pensé que le estabas cogiendo el gusto a trabajar allí.

—Y me gusta, pero sin Haru todo recae sobre mí, para bien o para mal. Y mañana preferiría levantarme tarde e ir a mi ritmo.

—Entiendo... Oye, cuando acabe la primavera, ¿seguirás viviendo en la casa de Haru?

—Supongo que iré rotando. Aunque con el verano todo se vuelve más caótico. Vienen más turistas, la isla se llena y Haru y Natsu siempre acaban teniendo líos de verano, lo que implica que no podré quedarme en sus casas, así que me tocará pasar más tiempo en la cabaña o acampar en tu jardín. —Me mira de soslayo y me regala una sonrisa socarrona.

—En cuanto a eso, había pensado una cosa...

Con esa frase capto su atención y se vuelve a colocar de lado con la cabeza apoyada en su mano. Me preparo para soltar eso a lo que llevo dándole vueltas desde que comimos con sus hermanos en el jardín.

—¿Qué cosa?

—¿Sabes de la habitación pequeña que está junto al gimnasio?

—¿La que tienes llena de cajas? Sí, la he cotilleado —reconoce tan campante.

—Había pensado convertirla en una habitación de invitados. —Sus ojos se abren con la noticia, pero no dice nada—. Cuando compré la casa, se me pasó por la cabeza, pero como solo hay un baño en la planta baja y está en mi habitación, pensé que sería incómodo. Además, no

sabía el tiempo que iba a estar aquí y si iba a tener o no visita. Por eso lo dejé pasar y la usé como almacén. Pero ahora que estás tú, creo que estaría bien hacerlo para que te quedes cuanto quieras.

—¿Estás seguro? No hace falta, siempre puedo quedarme en el sofá, o en las habitaciones de Jiro o Mattie si no están

—Sí, estoy seguro —asiento y él sonríe ampliamente.

—Sabes que lo más probable es que no me quede solo unos días, sino que me instale directamente, ¿verdad? ¿Eres consciente de lo que me estás ofreciendo? —Levanta las cejas en señal de advertencia y me saca una risa.

—Sí, soy consciente de dónde me estoy metiendo. Estoy dispuesto a que te conviertas en mi compañero de piso, Aki. Y quiero que te sientas cómodo de invitar a tus hermanos siempre que quieras. Esta casa es más divertida cuando estás tú.

Sonríe aún más, sus ojos se convierten en un par de líneas de felicidad y hace el amago de tirarse sobre mí, pero se detiene.

—¿Puedo abrazarte?

—No —contesto rápidamente porque no me apetece que se me pegue al cuerpo estando medio desnudo. Bueno, eso no es así, me apetece, claro que me apetece, y ese es el problema.

Aki se ríe con mi negativa.

—Lo suponía. —Se vuelve a tirar boca arriba—. Muchas gracias, Erik, me encantará ser tu compañero de casa.

No me acostumbro a escuchar mi nombre en sus labios, cada vez que lo usa, me provoca un micro infarto. Intento reponerme lo más rápido posible.

—No hace falta que me agradezcas.

—Sí, hace falta.

—No, cállate y durmamos ya. —Apago la luz que está en mi lado.

—Vale, buenas noches, Erik. —Aún sonríe, lo noto en su voz y eso me saca una sonrisa a mí también.

—Buenas noches, Aki.

Se acomoda de lado, dándome la espalda. No pasan ni dos minutos y ya escucho su respiración pausada como si estuviera durmiendo. ¿En serio se ha quedado dormido tan pronto? ¡Maldito Aki, qué facilidad!

Esta noche me ha soltado la bomba de que quizás no sea cien por cien heterosexual y luego se me mete en la cama semidesnudo. ¿Y se supone que tengo que dormirme? No voy a poder pegar ojo, joder. Esa habitación de invitados es muy necesaria. Aunque arriba hay un par de camas vacías y aquí está, en la mía. Suerte para él que no pueda moverme porque, si no, ya me tendría pegado a la espalda cual lapa y ahí sí que le iba a ayudar a aclarar todas sus dudas... Cabrón.

Lo observo en silencio en la penumbra de la noche y me recreo en cómo su melena se esparce por toda la almohada. Me siento un acosador. En realidad, da igual su orientación sexual, eso nunca ha importado, mis posibilidades siguen siendo las mismas. El problema no es eso, sino yo, que estoy defectuoso. ¿A quién diablos voy a gustarle así?

Otra vez estoy haciendo lo que mi terapeuta me desaconseja. Lo siento, Janice, no son pensamientos negativos, son realistas. ¿Quién coño va a querer estar conmigo si apenas puedo moverme? Sigo divagando por mi espiral de autodestrucción particular hasta que, mucho rato después, él me saca de mis pensamientos. Se ha girado y se ha abrazado a mí. Tengo su cabeza

apoyada en mi hombro y su mano rodeando mi pecho. Siento su respiración cálida en mi cuello y me hace cosquillas, cosquillas de las que son demasiado agradables. Me estoy poniendo tontorrón. Aunque tonto ya soy por dejarle dormir conmigo. Podría despertarlo y decirle que se eche a un lado, pero, en vez de eso, me quedo lo más quieto posible para no molestarlo. Soy masoquista, ya lo he asumido. Me concentro en acoplar mi respiración a la suya con el propósito de relajarme y quedarme dormido de una vez y, cuando ya lo estoy consiguiendo, se vuelve a mover. Hace unos ruiditos extraños con la boca, y juraría que... Miro hacia abajo y veo como el edredón oscila con el movimiento de sus caderas... ¿se está frotando conmigo? Vale, sí, se está frotando conmigo. Confirmado. ¿Qué cojones estás soñando, Aki? El corazón me da tres piruetas seguidas dentro del pecho mientras pienso si despertarlo o no. Por suerte, la alarma del móvil de Aki empieza a sonar y se para en seco. Levanta la cabeza a cámara lenta y me mira con unos ojos que ruegan por que yo no me haya dado cuenta de nada. Pero ahí estoy, clavando mi mirada en la suya. Se aparta de mí con rapidez y apaga la molesta alarma.

—Lo siento... Normalmente no soy nada sobón, debe de haber sido el vino. Perdona si te he despertado.

Despertado dice... Si ni siquiera he pegado ojo en tres putas horas.

—No, tranquilo, ha sido la alarma.

Suelta un suspiro aliviado que luego intenta disimular mientras me tumba de lado.

—¿Así estás bien?

—Sí, gracias.

Me arropa de nuevo y se vuelve a acostar, juraría que dándome la espalda. Siento su calor contra mi piel y de alguna forma eso me relaja. Mi mente se rinde al cansancio y finalmente me quedo dormido.



CAPÍTULO 35

Cupo de perturbación completo

Me desperté al oír las llaves en el portón. Seguramente había sido Mattie que acababa de llegar. Miré al pecoso, que dormía dándome la espalda, y cogí el móvil de la mesilla para mirar la hora. Eran las seis y media de la mañana, faltaban treinta minutos para que sonara la alarma, pero decidí que sería mejor levantarme ya. Salí de la cama con cuidado y cogí la ropa del día anterior que había dejado semidoblada sobre el escritorio de Erik. La observé y vi un par de manchas rojas en la camiseta y el pantalón. Genial. Tanto vino había sido una mala idea en todos los aspectos. No podría usar algo así para ir al Carpe Diem, así que abrí el armario de Erik y le tomé prestado una muda limpia. Esperaba que no le molestara, los compañeros de piso hacían eso, ¿no?... «Compañeros», me gustaba cómo sonaba eso.

Sonreí mientras recordaba la conversación de la noche anterior, esa en la que el pecoso me había propuesto vivir con él. La verdad era que me había hecho especial ilusión, ya no por vivir en aquella casa que me encantaba, sino, más bien, porque valoraba la confianza que Erik había puesto en mí. Él era muy receloso con su intimidad y que me cediera una habitación de su casa era todo un detalle a tener en cuenta.

Me metí en el baño para darme una ducha rápida y despejarme. Creía que eso tampoco le molestaría, ya que íbamos a vivir juntos dentro de poco, así que me tomé la libertad de coger todo lo que me hacía falta. Me terminé de desnudar, me recogí el pelo y me metí en la ducha.

Me sentía relajado, la cama de Erik era muy cómoda y se dormía bien con él. No hacía ruiditos raros ni hablaba dormido como Haru y, por suerte, tampoco había recibido ninguna patada involuntaria. El que la había liado parda había sido yo con el maldito sueño subido de tono que había tenido esa noche. Noté cómo se me subía toda la sangre a las orejas. Qué vergüenza, joder. ¿Me había frotado contra él? ¿Lo había hecho? Mierda, no estaba seguro, pero creía que sí. Lo peor era que ni siquiera me acordaba de lo que había soñado. Por suerte, no se dio cuenta... o eso dijo... Joder, esperaba con todas mis fuerzas que no se hubiera dado cuenta. Encima, después de haberle confesado que me toqueteé con su novela... Si es que ayer me lucí a lo grande.

Tenía que beber y fumar menos. Ya lo estaba haciendo, mi consumo de alcohol y hierba mágica se había reducido muy considerablemente en los últimos meses, pero la noche anterior estuve especialmente nervioso. No sabía por qué, pero así fue.

Terminé de ducharme entre cavilaciones y me vestí con la ropa de Erik. No era para nada lo que solía llevar yo. Una sudadera negra con capucha con la palabra *New York* escrita en el pecho y unos vaqueros ajustados de esos con agujeros que vienen así de serie. Me miré al espejo y me vi raro, pero a la vez me sentí cómodo. Su ropa era agradable y olía bien, olía a él.

Salí del baño intentando ser lo más silencioso posible y volví a consultar la hora. Quedaban

unos minutos para que le tocara volver a cambiar de posición. Me acerqué a él y le susurré su nombre mientras le acariciaba el pelo. No quería despertarlo de sopetón, se veía muy a gusto durmiendo. Tenía una cara muy mona con la expresión relajada por completo, cosa que era difícil de ver ya que siempre se estaba esforzando en aparentar indiferencia, molestia y orgullo. Caretas todas.

Abrió los ojos un poco al notar mis caricias y me miró aún con el sueño acaparando sus sentidos.

—Voy a darte la vuelta, ¿vale? —susurré mientras seguía acariciándole el pelo.

—Vale —balbuceó.

—¿Boca arriba está bien?

—Sí, está bien —Su boca me contestaba, pero no creía que fuera muy consciente de lo que estaba sucediendo.

Lo cambié de postura y volví a taparlo.

—Sigue durmiendo, aún es temprano. —Le separé el pelo de la cara y me contuve las ganas de besarle la frente... Sería raro y con los rozamientos ya había agotado el cupo de perturbación del día... Bueno, más bien del año... Dioses, qué vergüenza, no quería volver a pensar en ello. Maldito vino.

Cuando salí de la habitación, me encontré a Mattie sentado en el salón. Miraba al techo pensativo con los ojos rojos y expresión triste.

—Buenos días, Mattie.

Se asustó cuando me vio y se secó los restos de lágrimas rápidamente antes de saludarme. Me dio mucha lástima verlo así, porque podía imaginarme lo que estaba sintiendo. Yo mismo había vivido situaciones similares. Sabía cuánto dolía.

—¿Qué tal está Erik? ¿Ha pasado buena noche?

—Sí, no te preocupes, está bien. Está durmiendo, ayer nos acostamos bastante tarde. Déjalo descansar un poco más. Aunque no mucho, en teoría le toca ir al baño. —Mattie asintió— ¿Y tú cómo estás?

Esbozó una sonrisa triste y se encogió de hombros.

—Bien, supongo.

No se lo creía nadie.

—Ya... Voy a preparar un poco de té, te vendrá bien para calentarte el corazón.

Simplemente asintió y se quedó allí sentado mirando la nada, tal como me lo había encontrado. Lo dejé a solas con su duelo y me metí en la cocina a preparar la infusión. Mientras hervía el agua, aproveché para prepararle a Erik ese batido de fresas y arándanos que le había gustado tanto. Un batido que, en honor a él, había incluido en la carta del Carpe Diem y le había puesto de nombre *Cásate conmigo*. Sonreí al recordar aquel momento y decidí escribirle una nota.

*No hay nada mejor que empezar la mañana con un «cásate conmigo».
(Sobre todo para que no te arrepientas de la propuesta que me hiciste
anoche).*

Que tengas un buen día, pecoso.

PD: te he cogido algo de ropa prestada, te la devolveré pronto.



Cogí un poco de cinta adhesiva, se la pegué al vaso y lo metí en la nevera. No podía olvidarme de decírselo a Mattie. Terminé de preparar el té. Usé una mezcla de raíz de ginseng, hipérico, menta y pasiflora. Eran plantas que ayudaban a combatir la depresión y favorecían el buen ánimo. No le iba a quitar el mal de amores, pero, al menos, lo tranquilizaría un poco. Serví un par de tazas, una para él y otra para mí, y las llevé al salón.

—Tómate esto, te vendrá bien.

—Gracias, Aki —dijo mientras cogía la taza en sus manos.

—¿Qué ha pasado? ¿Habéis cortado? —Me senté a su lado y di un sorbo a mi té.

—No. —Negó con la cabeza para dar énfasis a su contestación.

—Entonces, ¿Por qué estás tan triste? Ella va a volver, ¿no?

—Esa es la cosa, que no sabe cuánto tiempo se quedará allí o si va a volver.

—Bueno, siempre tenéis la opción de mantener una relación a distancia o de irte tras ella.

—Ya, pero es que yo no quiero irme a Francia. Tendría que dejar mi trabajo y no quiero. Me gusta estar aquí. Erik nos paga muy bien y me gusta el ambiente de convivencia que hemos creado. Casi prefiero vivir aquí que con mis padres. Si me voy los días de descanso es por no parecer raro —bromeó—. Sé que no es un trabajo que vaya a hacer de por vida, pero estoy aprendiendo mucho y me está ayudando a ahorrar para cuando llegue el momento de irme de la isla. Si me voy con ella ahora y al final la cosa no sale bien, me sentiré un idiota por haber perdido esto.

—Entiendo... ¿Y te sentirías igual de idiota si fuese al revés? —Me miró con ojos confusos—. Quiero decir. Si, por un suponer, Erik se marcha o decide prescindir de ti como asistente, ¿te sentirías igual de idiota por no haberte ido con ella?

Se quedó pensativo por unos segundos mientras miraba la taza en sus manos.

—No lo sé... Creo que no.

—Pues entonces es que no es ahí donde tienes que estar. Por amor se hacen las tonterías más grandes y los actos más arriesgados. Si no te nace ir tras ella, es porque no es vuestro momento. No digo que no la quieras, es obvio que lo haces, solo que vuestros caminos no son compatibles.

—Es que no puedo dejarlo todo por ella, yo tengo mi vida aquí. Y por ahora estoy feliz con ello. ¿Acaso tú lo dejarías todo por amor?

—Por la persona adecuada, sí, sin pensarlo. Pero yo soy viejo, estoy atado a esta isla y nunca tendré esa posibilidad. Si fuera humano, otro gallo cantaría.

Me levanté y le puse la mano en el hombro. Me hubiera quedado más tiempo charlando, pero yo tenía una cafetería que abrir y él mucho en que pensar.

—Ojalá se solucione todo, Mattie. Y si no es así, estoy seguro de que encontrarás a la chica con la que seas feliz. Eres un tío muy majo, atento y de buen corazón. Un partidazo. —Lo último lo dije en tono de broma para quitar hierro al asunto, aunque lo pensaba de verdad—. Tengo que irme, pero, si necesitas hablar en algún momento, ya sabes dónde estoy.

Asintió, aunque estaba seguro de que su mente estaba muy lejos de allí.

—Gracias, Aki.

—No me las des. Ah, por cierto. Le he dejado a Erik un batido en la nevera. Acuérdate de decírselo, por favor.

—Hecho.



CAPÍTULO 36

Me gusta

—¿Te gusta esta cama? —me preguntó Erik mientras mirábamos en su ordenador muebles para la habitación de invitados, o sea, para mi habitación.

—Sí, está bien.

—Pero ¿la prefieres en blanca o en negra? Quizás mejor la de madera. —Movía el cursor por la pantalla con un ratón adaptado a él.

—Ya te he dicho que me da igual. Por mí, puedo traerme un futón e instalarme ya, pero tú estás ahí en plan interiorista y no me dejas. Además, esa tienda es muy cara, ¿no hay otra más barata?

—No vas a dormir en un futón —me gruñó—. Y miro en esta tienda porque es donde compré la mayoría de las cosas de la casa, quiero que vaya acorde. Dormiré más tranquilo sabiendo que todo está en armonía.

—Pero si el que va a dormir ahí soy yo —me desesperé—. ¿Qué más te da? Elije esa y punto.

—Es bonita, pero no pega con los armarios, tendría que buscar otros...

Resoplé agotado y me miró con cara de gato arisco.

—No entiendo por qué te pones así. Solo estamos mirando muebles para tu habitación, no te estoy torturando.

—¿Qué no me estás torturando? ¡Llevamos dos horas mirando la pantalla! —Señalé el ordenador frustrado—. Al principio era divertido, pero dejó de serlo hace setenta y cinco minutos. Necesito un descanso. Es más, te propongo una cosa. Compra lo que quieras, amuéblala como te dé la gana, seguro que me encanta. Tienes buen gusto. Me gusta tu casa, me gusta tu ropa, me gusta tu pelo, me gusta tu forma de escribir, hasta me gusta tu manera de agrupar las carpetas en el ordenador. En resumen, sea lo que sea, si es tuyo, me gusta. Por favor, ¿podemos salir y que nos dé un poco el aire? Hace un día buenísimo. —Junté las palmas en forma de ruego, poniendo de manifiesto mi grado de desesperación.

Él se quedó mirándome en silencio con una expresión seria. Luego sonrió y bajó la cabeza mientras hacía movimientos de negación con ella.

—No te escuchas cuando hablas —murmuré.

—El que no me escuchas eres tú. Te estoy diciendo que vayamos al patio. Hace un día muy bueno, ideal para tirarnos al sol y disfrutar de la brisa fresca. Ya queda poco para que Natsu tome las riendas y hará un calor agobiante.

—Vale, vale, vamos ya, pesado. —Me adelantó y fue en dirección al porche trasero—. Desde luego que estás de un caprichoso hoy... Al final me voy a arrepentir de haberte ofrecido la habitación.

—¡Ja! No te lo crees ni tú. Si me adoras. Al principio me repudiabas, pero ahora no puedes vivir sin mí, te ha pasado conmigo lo mismo que te pasó con Calabaza. —Espanté al gato que dormía sobre una manta limpia que había sobre la mesa del porche, que yo mismo había doblado y colocado allí anteriormente.

—A mi gatito lo dejas, que no le ha hecho daño a nadie.

—¿Ves? Ahora es tu gatito. De aquí a nada, estarás diciendo que soy tu Aki. —Cogí la manta y la estiré en la hierba, debajo de uno de los árboles que había cerca, de manera que en algunas partes diera el sol y, en otras, sombras.

—En serio, no sé de qué te sirven esas orejotas puntiagudas porque para oír seguro que no. ¿Qué haces con esa manta? —preguntó confuso.

—Prepararla para que nos tumbemos en ella. —Le vi la cara de duda y agregué antes de que le diera tiempo a preguntar—. Está limpia, palabrita.

Achinó los ojos.

—¿Seguro? ¿Y cómo sabías que te iba a preguntar eso?

—Porque te conozco y sé que eres un escrupuloso. ¿Crees que no me he dado cuenta?

—Ah, qué pena que no pueda alzar mi dedo corazón porque tengo muchas ganas de mostrarte lo bonito que es.

Me reí.

—Sí, una pena. ¿Te apetece o no? Si no, siempre puedo tomar el sol solo. —Me encogí de hombros como si me diera igual. La verdad era que prefería tener compañía, la suya para ser más exacto.

—Vale, sí, tú ganas. Ayúdame. —Rodó los ojos en un fingido gesto de molestia.

Levantó sutilmente los brazos, invitándome a que me acercara. Lo hice y lo cogí pasándole un brazo por debajo de las rodillas y el otro rodeando su cintura, como ya había hecho en otras ocasiones. Él se aferró a mi cuello como siempre hacía. Lo dejé en la manta y se acomodó poniendo las manos sobre su vientre.

—Gracias.

—No hace falta que me las des —contesté y me tumbé a su lado.

Nuestras voces se pausaron y cedieron el protagonismo a la melodía del río. La brisa acariciaba nuestra piel y traía el olor de las flores. Y el sol templaba nuestro cuerpo de una forma relajante. Ya no había piques ni elecciones de muebles, solo paz.

—Pues sí que se está bien aquí —me dio la razón en voz baja.

—¿Ves? Te lo dije.

En realidad, el nombre Paradise Island le venía de lujo a la isla. Aquel lugar era un paraíso. Me pregunté si en otros lugares se estaría así de bien.

—Oye —susurré para no romper la calma del momento.

—¿Sí?

—Mucha gente dice que Rakuen es especial. ¿Es verdad eso?

—Para mí, lo es. En muchos sentidos. Por mi trabajo viajé mucho y nunca me topé con un sitio como este. Paradise Island es... mágica.

—¿Cómo es el sitio donde vivías? —pregunté curioso.

—Pues todo lo contrario a esto —rio mientras me miraba—. Nueva York: mucha gente, mucho tráfico y mucho gilipollas.

—Aquí también hay gilipollas —me reí—. Esos hay en todas partes..., creo... Tampoco es que lo haya comprobado, pero a mayor aglomeración de gente, mayor cantidad de estúpidos por

metro cuadrado. Eso es así.

—Una gran verdad universal —se rio—. No te hace falta haber visitado otros lugares para saberlo.

—Descubrirlo tampoco sería una gran motivación para viajar, la verdad. Es más, hace el efecto contrario, se me quitan las ganas de salir de la isla —bromeé.

Erik sonrió y clavó la vista en las hojas de los árboles que había sobre nuestras cabezas.

—Imagínate que llega un genio y te concede el deseo de poder salir de la isla como una persona normal. ¿A dónde irías?

Medité su pregunta un par de segundos. En realidad, lo que me molestaba de ser un *yosei* no era tanto el no poder salir de la isla. Era más bien el estar estancado en una vida monótona, sin tener la opción de avanzar, para los restos de mi larguísima existencia. La eternidad se me hacía cuesta arriba solo de pensarlo. Por eso preferí que mi mente no fuera por esos derroteros y me centré en la conversación con Erik.

—¿A cualquier lugar?

—Sí.

—Pues no sé... ¿Tú vendrías conmigo?

Se rio.

—¿Qué más da eso? Pero sí, si me lo pidieras, supongo que sí.

—Pues entonces a donde tú quieras.

—Eso no vale. —Me golpeó el brazo con la mano.

—¿Por qué no? Simplemente me dejaría guiar por ti, que entiendes más. —Me encogí de hombros.

—No esperaba esa respuesta —protestó.

—Es que es difícil. A ver, ¿qué harías tú si ese mismo genio te concediese el deseo de recuperar tu movilidad?

—¿Si pudiera volver a mover las piernas? —Me miró directamente a los ojos con un gesto a caballo entre la diversión y la melancolía.

—Sí. ¿Qué sería lo primero que harías? ¿Bailar?, ¿patearme el culo?... —bromeé.

Él volvió a dirigir la mirada hacia el cielo, sus labios sostenían el esbozo de una sonrisa. Yo lo imité sin darme cuenta y adopté la misma postura.

—No. Nada de eso.

—¿Entonces?

—... Besarte.

Pestañee un par de veces mientras asimilaba lo que me había dicho. Lo miré para contemplar su expresión. ¿Estaba bromeando? No, o al menos, eso decía su cara. Seguía mirando el cielo con esa sonrisa triste en el rostro y sus mejillas se tiñeron de un sutil tono rosado. De repente, aquello me pareció la mejor idea del mundo. Sus labios se volvieron irresistibles, quería probarlos más que nada y, a ser posible, borrar ese gesto melancólico de su cara.

No lo pensé mucho más, solo me dejé llevar. Me incorporé un poco hasta quedar frente a su mirada. Sus ojos, un sinfín de emociones encapsuladas en un par de iris celestes. Acorté la distancia que nos separaba y lo besé. En cuanto mis labios rozaron los suyos, una corriente eléctrica me recorrió desde los dedos de los pies hasta la punta de mis orejas. Las mariposas de mi estómago, que creía muertas, revivieron y revolotearon contentas para indicarme que me quedara allí a vivir. Su boca era tan suave y cálida... Me recibió primero con besos dulces e inseguros para luego tornarse feroces y dominantes. Nuestras lenguas se enredaron en una danza

de reconocimiento pausada y candente. Y nuestros alientos se unieron en una mezcla exquisita.

Otra cosa más que añadir a la lista de las cosas que me gustaban de él: su forma de besar.

Nos separamos a regañadientes con besos pequeños y tiernos. Lo miré a los ojos mientras le acariciaba la cara y admiraba sus pecas.

—Hay una cosa que no entiendo —susurré. Nuestras bocas estaban a unos pocos centímetros la una de la otra.

—¿Qué? —Su voz sonó trémula y rasgada.

—¿Qué tiene que ver mover las piernas con besarme?

—Para salir corriendo después.

Me reí aún con sus labios a unos centímetros de los míos y lo volví a besar cuando noté su sonrisa. Y él volvió a estrecharme entre sus brazos. Me quise quedar allí el resto del día, pero la maldita alarma de mi móvil nos interrumpió.

—Mierda —mascullé.

—¿Qué pasa?

—Carpe Diem.

—Eso es lo que intento, vivir el momento, pero tu móvil... —bromeó mientras yo me retiraba y apagaba la alarma—. Te tienes que ir, ¿no?

—Sí, perdona... Puto Carpe Diem.

—Puto Carpe Diem —recalcó y los dos nos reímos—. Bueno, vete ya, no vaya a ser que llegues tarde.

—Aargh —me lamenté mientras lo abrazaba y escondía la cabeza en su cuello. Aproveché para aspirar su aroma una vez más—. Nos vemos mañana, ¿vale?

El asintió con una sonrisa.

—¿Te pongo de nuevo en la silla?

—No, no te preocupes, me quedaré un rato más.

—Vale, hasta mañana entonces.

—Hasta mañana.

Y me fui caminando hacia la cafetería mientras me alejaba cada vez más del único lugar donde quería estar. Con la cabeza y el corazón tan ebrios de sus besos que no era capaz de pensar en nada más.





CAPÍTULO 37

A vivir que son dos días

Erik

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que se fue Aki. No sé si apenas unos minutos o unas horas, solo sé que sigo aquí, tumbado en la manta, mirando la nada y repasando una y otra vez lo que ha sucedido.

Me ha besado.

Le he dicho que quería besarlo y lo ha hecho.

Nos hemos besado.

Y no ha sido un pico tonto, no, ha sido un señor morreo. Ay, Dios, me va a dar una taquicardia. Me llevo la mano al corazón como acto reflejo. Parezco un maldito adolescente virgen que acaba de tocar su primera polla. Bueno, peor aún porque yo ni siquiera he tocado nada. Se me escapa la risa nerviosa y miro a mi alrededor por si alguien me ha visto. No, de momento no hay rastro de Jiro por ninguna parte, puedo seguir haciendo el tonto sin avergonzarme.

Sé que solo ha sido un beso, pero, mierda... He sentido muchas cosas, cosas que, si he experimentado antes, no me acuerdo... Maldito y sensual Aki. Y maldito yo por decirle que quería besarlo. Me he venido arriba, pero es que no he podido más, se ha pasado todo el día soltando esas cosas tan bonitas como quien habla del tiempo y no, no soy de piedra. Bueno, calmémonos. Quizás solo ha querido experimentar, lo más probable es que sea eso... Yo, por si acaso, lo he besado como si fuera la primera y última vez que lo hacía. Con todas las ganas del mundo.

Me quedo unos minutos más dándole vueltas al tema hasta que decido que tengo que hablarlo con alguien, desahogarme porque voy a acabar loco, que es lo que me falta. Pulso el botón de mi pulsera, ese que le indica a Jiro que lo necesito. Al poco lo veo salir de casa y, cuando me ve tumbado en el suelo, viene hasta mí corriendo.

—¡Mierda! ¡Qué susto me has dado! Pensé que te habías caído, ya luego he visto la manta... ¿Ha sido cosa de Aki?

—Exacto ¿De quién si no? ¿Me sientas en mi silla?

—Claro, ahora mismo.

Acerca la silla todo lo posible y me levanta hasta que me coloca en ella. A Mattie le cuesta menos moverme porque es un chico muy alto y grandote. Jiro es más bajito que yo y, aunque no tiene tanta fuerza como Mattie o Aki, tiene más maña y se las apaña bien.

—Gracias. ¿Te importa recoger la manta? Voy a estar en mi habitación, tengo que hacer una llamada.

—Sí, claro. Ve tranquilo.

Voy para mi cuarto, cierro la puerta al entrar y me coloco frente a la pantalla de mi ordenador. Cojo el móvil que está en el escritorio y le envío un mensaje a Laura preguntando si está libre para hablar. Al minuto me entra una videollamada que contesto desde mi ordenador y la cara de mi amiga aparece en la pantalla.

—¡Hola! ¿A qué vienen esas ansias? —me saluda.

—Me ha besado —contesto.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Quién? —Pestañea confusa.

—Aki. ¿Quién si no?

Da un gritito de emoción que es secundado por uno de su hija, por la dirección en la que mira Laura, debe de estar jugando en la alfombra. Los dos nos reímos y luego escuchamos la risa de la pequeña y volvemos a reír con ella.

—¿Quién es, mami?

—El tío Erik.

Una cabecita de rizos rubios se asoma a la pantalla.

—¡Hola! —Acompaña el saludo con un movimiento efusivo de su mano.

—Hola, princesa. ¿Qué tal estas? —Agito mi mano en el aire imitándola.

Ella sonríe, me enseña algún juguete que no sé identificar y se va corriendo. Laura la sigue con la mirada y luego la vuelve a fijar en la pantalla.

—Vale, quiero detalles, cuéntamelo.

—No hay tiempo para eso. Me estoy volviendo loco.

—Cari, si no me lo cuentas, no voy a saber por qué te estas volviendo loco.

Tiene razón. Suspiro y le cuento lo que ha pasado. Laura ya estaba al día de mis historias con Aki. Menos lo de que es un yosei, se lo he contado todo. Es muy insistente cuando quiere y a mí me hacía falta desahogarme con alguien más que no fuera mi terapeuta.

Ella escucha emocionada toda la historia y se lleva las manos a la boca cuando termino mi relato.

—¡Bien! ¡Ya era hora! ¡Ya te dije que le gustabas!

—Eh, eh, alto ahí. No nos precipitemos. No sabemos si le gusto.

—¿Y qué más pruebas quieres? ¿Por qué te iba a besar entonces?

—Pues para experimentar. Para salir de dudas con respecto a su sexualidad, yo qué sé.

—Y no hay tíos allí que tiene que salir de dudas contigo, ¿no? ¡Déjate de rollos! ¡Le gustas y punto! ¿Por qué te cuesta tanto asimilarlo?

—¿Tú me has visto? —Me señalo con las manos para recordarle mi estado.

—Sí, te he visto y me pareces guapísimo y que estás muy bien.

—No, bien estaba antes, que se me marcaba cada jodido músculo del cuerpo. Ahora solo soy un esbozo de lo que era.

—¡Shh! Esa boca. —Hace un gesto con la cabeza señalando donde calculo que estará Linda y después resopla frustrada por mis mierdas—. Antes eras un bailarín de élite, no puedes compararte con eso. Yo también perdí mi figura cuando me quedé embarazada y sé de lo que me hablas, pero no todo es el físico. De hecho, me gusta más el Erik de ahora que el Erik de antes. —Alza la mano y me manda a callar para que no la interrumpa—. Ahora eres más... humano. Sé que es jodido esto que te estoy diciendo, cari, pero es verdad. Antes eras muy gilipollas. Conmigo siempre te has portado bien. Congeniamos desde pequeños porque ambos éramos dos niños que perdieron a su madre demasiado pronto, y se necesitaban el uno al otro. Pero con tus ligues eras un poco cabrón. Las cosas como son. No te permitías ser, no te soltabas con nadie.

Siempre en guardia, siempre llevando el control de todo con un palo metido en el culo. Siempre con la danza en la cabeza y olvidándote de sentir y de amar. Y no te puedes olvidar de eso, Erik, porque es lo más importante en la vida. Es algo de lo que me di cuenta cuando fui madre. Linda fue mi mayor error y, a la vez, mi mayor regalo. —Mira hacia abajo con una sonrisa bobalicona en el rostro, mientras yo mastico sus palabras.

No le puedo decir nada porque tiene razón en todo lo que me ha dicho. Antes vivía en modo automático. Sin permitirme sentir, sin permitirme equivocarme.

—Te has vuelto más sabia desde que eres madre.

—No me queda otra si quiero que esta mocosa crezca bien. En fin, cielo, permítete ser vulnerable, permítete quererte y permite que te quieran. Y si la cosa no sale bien, pues ya lo superarás, pero no te quedes sin vivirlo por miedo a equivocarte. La vida es corta, tú lo sabes mejor que nadie.

Bajo la mirada porque al final me está emocionando con sus palabras y me están entrando ganas de llorar. Lo que me faltaba ya hoy.

—Vale, supermamá, seguiré tu consejo —digo cuando me aseguro de que puedo hablar sin que se me quiebre la voz.

Ella sonrío con el apodo y Linda vuelve a aparecer con algo enredado en el pelo. Juraría que es un peine de juguete.

—¡Eso, a vivir, que son dos días! —ríe.

—Mami, me duele —dice la pequeña tirando del peine.

—Pero ¿qué has hecho? —Se muerde el labio en una mueca divertida mientras intenta desenredarle el juguete del pelo a su hija—. Bueno, tengo que dejarte, que tengo que bañar a esta niña apestosa —bromea y me lanza un beso.

Me contagian con su ternura y sonrío con cariño.

—Vale, ya hablamos otro día. Gracias por escucharme.

—Hasta otro día, cari, te quiero.

—Y yo a vosotras.



CAPÍTULO 38

Dejarse llevar

—Tierra llamando a Aki. ¿Tío, me escuchas? ¡Aki!

El guantazo que recibí en el hombro me sacó de mi ensimismamiento. Miré al causante de mi dolor y vi a Natsu tras la barra del Carpe Diem, con el ceño fruncido y cara de desesperación.

—¡Ah! —me quejé mientras me tocaba la zona dolorida.

—¿Qué mierdas te pasa? Estas en las nubes, llevas secando esa taza y mirando a la nada desde que he entrado. Como sigas así, terminarás sacándole brillo. ¿Qué te has fumado?

Miré el recipiente en mis manos, eché un vistazo a la cafetería y luego volví a mirar a mi hermano sentado frente a mí y dando un sorbo al refresco que él mismo se había servido.

—No me he fumado nada, estaba pensando en mis cosas —me defendí.

—Y ¿qué cosas son esas que te tienen en la parra? —se rio.

—He besado al pecosito. Creo que me gusta... No, no lo creo, lo confirmo. Me gusta.

Natsu abrió los ojos de par en par mientras alzaba las cejas, para, segundos después, soltar una carcajada que resonó en todo el bar.

—Lo sabía. Fuyu me debe diez mil yenes. —Sonrió orgulloso enseñando su blanca dentadura perfecta.

—¿Habéis apostado a mi costa? Y ¿cómo es que lo sabías si no lo sabía ni yo?

—Tío, nada más hay que verte. Se nota que te gusta. Me di cuenta de que te molaba cuando te pusiste a llorar por él en mi casa.

Me quedé pensativo mientras asimilaba sus palabras. ¿Tan obvio había sido? ¿Cómo es que no me había dado cuenta antes? Quizás la desidia que tenía encima y el hecho de que hubiese perdido toda esperanza de volver a enamorarme había hecho que me lo negase a mí mismo. Sí, eso tenía sentido. No hay más ciego que quien no quiere ver.

—Te gusta mucho, ¿no? La verdad es que me ha sorprendido, no sabía que te iban también los tíos. —Natsu dio un sorbo a su bebida y se quedó esperando mi respuesta sin apartarme la mirada.

—Ya, yo tampoco lo sabía. Pensaba que me conocía bien, que ya lo había vivido todo, pero últimamente estoy descubriendo cosas de mí que me están sorprendiendo. Pero bueno, que sea un chico o una chica da igual. El problema es la misma mierda de siempre. Ya sabes, yo soy inmortal, él no. Llegará el día en el que él se vaya de Rakuen y yo no pueda seguirlo, y ahí acabará todo. —Suspiré mientras cogía la botella de sake y me servía un trago en la misma taza que llevaba horas secando. Aún no había comenzado nada entre nosotros y ya me estaba doliendo su pérdida.

—Ya está *el dramas*. —Resopló Natsu—. ¿No eres tú el que siempre dice que hay que fluir con la vida? Pues joder, aplícate el cuento. Sabemos que se acabará, vale. En eso te doy la razón.

Pero por echarte atrás antes de tiempo te vas a perder lo bueno. Que quién sabe, lo mismo son cortos e intensos meses o unos largos y bonitos años. ¡Disfrútalo, joder! —Me dio una palmada en el hombro para animarme—. Si no lo haces por ti, hazlo por nosotros, que estamos hartos de pasar otoños lluviosos y de verte con cara de amargado.

—Vale, vaale, pasaré de rayarme y seguiré como hasta ahora, fluyendo. Aunque no sé si a él le gusto. Quizás solo se queda en un beso y ya está.

—Lo tienes en el bote. Hazme caso.

—¿Cómo estás tan seguro? —pregunté.

—Tío, mi estación es el verano. Estoy harto de ver gente con sus líos veraniegos, sé reconocer esa mirada a un kilómetro de distancia. El rubito te come con los ojos. Si es amor o no lo que siente, no te lo puedo decir, pero que te la metería si pudiera, sin duda... Por cierto... Qué chungo lo vais a tener para darle al tema... ¿Sabes si se le levanta?

Sentí como la sangre se me subía a las orejas.

—¡Mierda, Natsu, cállate! —mascullé mientras me llevaba la mano a la cara—. ¿Cómo quieres que sepa eso? Yo qué sé.

—No sé, los tíos hablamos de esas cosas. —Se encogió de hombros el muy patán.

—Pues no, no hemos hablado de eso.

—Pues tendréis que hacerlo si queréis seguir intimando. —Hizo un movimiento sugerente con las cejas que me sacó una sonrisa divertida—. Si estas perdido en el rollo tío/tío, puedes preguntarle a la florecilla, seguro que se sabe un montón de trucos.

—Joder, todavía estoy asimilando el beso que nos hemos dado esta tarde y tú ya vas por la tercera fase. Déjame ir a mi ritmo.

—Vale, ya me callo. —Hizo un gesto con la mano para cerrarse una cremallera imaginaria en los labios y luego sonrió—. Erik me cae bien, molaría tenerlo de cuñado.

Esa tarde, me encargué de cuadrar todos los turnos del día siguiente para que no tuviera que aparecer por el Carpe Diem y poder ir a ver a Erik. Teníamos que hablar y, esta vez, no iba a dejar que ninguna alarma me interrumpiera.

A la mañana siguiente, cuando me aseguré de que él ya hubiera terminado su rutina de rehabilitación y entrenamientos, me dirigí a casa del pecoso.

Lo encontré en el patio trasero leyendo en su silla, bajo el mismo árbol donde nos besamos la tarde anterior. Sonreí al verle y sentí el amasijo de nervios de mi estómago moverse en un vago intento de desenredarse. Aproveché que aún no se había percatado de mi presencia para observarlo en secreto. Estaba muy guapo, guapísimo. Llevaba una camiseta roja de manga corta y un vaquero oscuro y tenía el pelo un poco alborotado por la brisa primaveral. Cogí una silla del porche y fui a sentarme a su lado. Lo saludé cuando se percató de mi presencia con un patético *Ey* y me senté junto a él. Sonrió, aunque se encargó de apretar los labios para no hacerlo más de la cuenta. Mi mirada se quedó ahí, en su tierna y apetecible boca. ¿Qué hacía, lo saludaba con un beso? Desde luego era lo que quería, pero no era apropiado, ¿no?

—Hola, Aki. ¿Qué tal estás hoy?

Lo miré a los ojos un segundo y luego volví a fijar la mirada en sus labios. Se los mordió

sutilmente como si estuviera nervioso.

—Bien, ¿y tú? ¿Qué lees? —Genial, no había mejor día para iniciar una conversación de ascensor que ese.

Sonrió y me contestó con el título del libro, título que ni siquiera oí porque estaba demasiado centrado en sus labios. Entonces se rio y elevé mi mirada buscando la explicación de su risa en sus ojos.

—Por Dios, adelante, deja de mirarme la boca y bésame ya —me ordenó.

Y yo solté toda la tensión en un suspiro y me acerqué a sus labios.

—Buf, menos mal —susurré aliviado, coloqué mi mano tras su nuca y lo besé con ganas. Las mariposas de mi estómago, ya más que vivas, revolotearon contentas por aquel encuentro.

Nos separamos despacio y le acaricié la cara mientras me recreaba en su sonrisa.

—Perdona, tenía muchas ganas de besarte, pero no sabía si era correcto —me expliqué.

—Pues no te quedes con las ganas. Es correcto. Puedes besarme siempre que quieras, Aki, no tienes que pedir permiso. Es más, hazlo, por favor.

Pegué la frente a la suya mientras sonreía contento con su respuesta. Él también sonreía y me acarició la punta de la nariz con la suya.

—No sabes lo que me estás pidiendo. Cabe la posibilidad de que no me separe de tu boca —bromeé, o no, todavía no lo sabía.

Erik se rio y yo me separé de él para disfrutar de su sonrisa.

—Tranquilo, sé defenderme. Si me canso, te darás cuenta —bromeó.

—Vale. Entonces, ¿quieres que nos dejemos llevar a ver qué pasa? —pregunté mirándolo a los ojos. Estos se vidriaron de repente.

—Sí, quiero —respondió.

—¡Enhorabuena por el compromiso, chicos! —Nos interrumpió Mattie apareciendo por el porche—. Llevaba días queriendo felicitaros, pero no sabía quién se lo había propuesto a quien y si el otro había aceptado. ¿Cuándo es la boda?

Los dos miramos a Mat como si tuviera una rana saliéndole por la nariz.

—¿De qué hablas, Mat? —Ese fue Erik.

—Pues de la nota del batido esa que decía algo de *cásate conmigo y compromiso*.

Los dos nos miramos y estallamos en carcajadas a la vez.

—Mattie, no hay ninguna boda, relájate.

PARTE TRES

Verano





CAPÍTULO 39

Poco se habla del verano

Los pocos días de primavera que quedaban se fueron casi sin darnos cuenta, y el verano nos sorprendió entre beso y beso. Como un par de adolescentes disfrutando de su primer amor. Erik y yo habíamos decidido dejarnos llevar sin pensar mucho y sin preocuparnos por acontecimientos que aún no habían ocurrido. Aun así, íbamos despacio, sin querer apresurarnos, como siuviésemos una especie de acuerdo tácito o algo parecido. En cuanto a lo de irnos a vivir juntos, seguíamos con el mismo plan. No me mudaría a su casa hasta que la habitación de invitados estuviera lista. Pero los muebles estaban tardando más de la cuenta en llegar. Por mí, me hubiera instalado ya en su habitación, pero no quería presionarlo ni acelerar las cosas, así que me estaba portando bien y esperando paciente que llegara el momento.

Aquel día, estaba en el Carpe Diem con Haru. Preparábamos el bar para la temporada de verano, en la que el local pasaba a ser menos cafetería y más bar de copas. Ese año a mi inquieto hermano se le había ocurrido montar un karaoke, y eso estábamos haciendo. Yo miraba el pequeño escenario de madera con los brazos en jarra mientras Haru, subido a este, se encargaba de probar los micrófonos.

—Nos hace falta una rampa —dije señalando lo obvio.

—¿Una rampa para qué? —La voz de Haru sonó amplificada por el micrófono—. Vale, este funciona perfectamente.

—Pues para que tenga acceso a sillas de ruedas.

La expresión de mi hermano se dulcificó aún más mientras levantaba las cejas y sonreía.

—Cierto, tienes razón —asintió—. Aunque no creo que a tu pecoso le dé por participar. Con lo sosito que es...

En eso no se equivocaba. Seguramente no le entusiasmará la idea, pero yo quería tenerlo todo preparado por si acaso. Y a quién quería engañar, me imaginaba que sería muy divertido cantar juntos alguna canción tonta. Quizás después de un par de copas consiguiera convencerlo. Ese verano, me apetecía disfrutarlo a tope con él y si había que hacer el idiota para echarnos unas risas, pues se hacía.

Las campanillas de la puerta sonaron y el protagonista de mis pensamientos entró a la cafetería.

—¡Hola, Erik! —La voz de Haru se oyó a través del micrófono.

Mi chico puso cara de molestia con tal recibimiento e hizo un gesto con la mano saludando a mi hermano. Yo me reí y esperé a que se acercara a mí para saludarlo con un beso. Él me

correspondió sin dudarle.

—Hola, bombón. —Le guiñé un ojo y él hizo rodar los ojos como si le molestara el apodo, todo fachada—. ¿Qué tal la revisión? ¿Dónde has dejado a Jiro?

—¡Oh, que bonito! —interrumpió la florecilla—. Todavía no me acostumbro a veros juntos, pero me calentáis el corazoncito y a la vez me matáis de envidia.

—¡Haru, ya sabemos que funciona el micro, ya puedes apartártelo de la boca! —le reñí. Suerte que no había nadie en la cafetería aparte de nosotros porque de discreto no tenía nada. Aunque a mí no me molestaba que me vieran besando a Erik, no tenía por qué proclamarlo a los cuatro vientos tampoco.

—Vale, vale, perdón. —Se rio.

Ignoré a mi hermano y miré a Erik esperando su respuesta.

—El chequeo bien, y Jiro se ha pasado a saludar a sus padres a la carnicería. —Asentí conforme—. ¿Qué hacéis?

—Estamos montando un karaoke. ¿No es genial? —explicó Haru emocionado—. Pero Aki me ha recordado que tenemos que poner una rampa. No te preocupes, que la voy a pedir ahorita mismo.

—Si es por mí, no te molestes, Haru, no pienso subir a cantar.

Lo miré con cara de desilusión.

—¡¿Ves? Te lo dije! —Haru de nuevo hablándole al micrófono. Lo hacía a propósito, lo sabía. No había nada que le gustara más a mi hermano que armar escándalo.

—¿Qué te dijo? —preguntó Erik.

—Que no ibas a querer participar por soso.

—No es por soso, es porque en verano es cuando, según tú, más turistas hay en la isla y no tengo ganas de que me reconozcan —refunfuñó.

—Ya, seguro que es por eso... Hasta julio y agosto no se llena esto.

—Pues claro que es por eso... Además, no se me da bien cantar.

—¿Y qué? A la mayoría de la gente que sube no se le da bien cantar. —O eso creía, la verdad es que tampoco era experto en karaokes.

Erik me miró entornando los ojos.

—Me vas a hacer subir ahí sí o sí, ¿verdad?

—Obvio, y vamos a cantar juntos.

Rodó los ojos y suspiró resignado. Yo sonreí triunfal.

—Vale, pero solo una —me advirtió—. Y me lo tendrás que compensar. Aún no sé cómo, pero ya se me ocurrirá algo.

—Uff, pues a mí se me ocurren muchas formas de compensarte. —Lo miré a los ojos y le regalé una sonrisa que hablaba de mis intenciones. Él me mantuvo la mirada haciéndose el duro, pero el tono rosado que adquirieron sus mejillas lo delató.

A continuación, sin quitar los ojos de mí, dijo:

—¡Haru, pide ya la maldita rampa!

Solté una carcajada que me calentó el pecho.

—¡Hecho! —dijo Haru levantando la cabeza de su móvil—. Madre mía, cómo estáis... Después dicen por ahí que la primavera la sangre altera, pero poco se habla del verano...

Me reí con lo que dijo la florecilla porque tenía razón. Observé como se iba al almacén con un propósito absurdo para dejarnos intimidad.

—¿Qué tenías pensado hacer ahora? ¿Preparo algo y te quedas a comer conmigo? —le

pregunté mientras hundía mi mano en su nuca y enredaba los dedos en su pelo. Hizo uno de esos ruiditos de satisfacción que fue directo a mi entrepierna. Confirmadísimo eso de que el verano alteraba más que la primavera.

—¿Tienes que trabajar?

—No. Ya hemos dejado listo lo del karaoke, me puedo escaquear.

—Pues escaquéate. Y ven conmigo a casa, hoy traen los muebles.

A casa... Qué bien sonaba eso.



CAPÍTULO 40

La odiosa habitación de invitados

La habitación que había elegido Erik para mí era bonita y acogedora. Tenía una cama doble en el centro, con un par de mesillas de noche a los lados. También había un pequeño escritorio con una silla y una cómoda amplia para guardar la ropa. Los muebles eran de madera clara y la colcha y los cojines de tonos marfil y beis. Todo tenía una mezcla de texturas orgánicas y naturales que transmitía paz e invitaba al descanso.

—¿Qué te parece? —me preguntó mientras ambos observábamos la habitación después de que se hubiera ido la interiorista.

—Muy bonita.

Y un derroche innecesario, eso me parecía. A mí no me hacía falta todo eso. ¿Una cama doble? ¿Para qué? Si yo solo quería dormir con él y para eso me bastaba con el hueco libre de la suya. Aun así, le agradecía el gesto. Nunca nadie se había tomado tantas molestias conmigo y pensar que Erik hubiera preparado un trozo de su casa para mí me hacía ilusión. Pero, por cosas del destino, ese cuarto de invitados ya no me emocionaba como antes. Ya no me conformaba con compartir casa con él. En ese momento, lo que quería era compartir sueños, arrumacos nocturnos y madrugadas de desvelo. Y para eso hacía falta que compartiéramos habitación. Pero él no me lo proponía y yo no me veía con el valor de sugerírselo. Quizás Erik necesitara más tiempo, más espacio y yo no podía hacer otra cosa que concedérselo. Eso y lo que hiciera falta. Si en esos momentos me hubiese pedido la luna, yo estaría recogiendo madera para construir la escalera más alta del mundo. Hasta ese punto de colado estaba.

—¿Pero? —preguntó Erik sacándome de mis pensamientos.

Lo miré intentando disimular mi descontento. Sus ojos, fijos sobre mi rostro.

—Pero nada, es preciosa. Solo que no me hacía falta tanto. Me siento un poco mal por las molestias que te has tomado y por el dinero que te has gastado. Si quieres, puedo pagarte una parte como alquiler.

Frunció el ceño con mi propuesta.

—No hace falta nada de eso. Lo he hecho porque me apetecía hacerlo y punto. Para mí no ha sido ninguna molestia.

—Bueno, pues si no quieres que te pague con dinero, te pagaré con comidas ricas —bromeé.

—A eso no puedo decirte que no —sonrió—. ¿Vas a quedarte hoy o vas a esperar a traer tus cosas?

—¿Qué cosas? Todo lo importante lo tengo conmigo —sonreí mientras le guiñaba un ojo—. Me quedo, mañana iré a por mi ropa a casa de Haru.

—Me parece perfecto.

Esa noche, después de cenar, decidimos empezar a ver una serie juntos para celebrar nuestra recién estrenada convivencia. Pusimos una de intriga que nos había recomendado Natsu y acabamos los dos sentados en el cheslón, mientras veíamos un capítulo tras otro entre arrumacos y besos. En realidad, la serie no era tan atrapante, lo que de verdad me atrapaba era esa cercanía, no quería decir un *hasta mañana* e irme a dormir solo a una habitación en la que no estuviera él. Pero el inevitable momento llegó y, tras un beso de despedida, Erik llamó a Mattie para que lo ayudara a acostarse, y yo me fui a dormir a mi habitación.

Bueno, lo de dormir era un decir porque yo no podía pegar ojo. Me picaba el cuerpo de las ganas que tenía de él. Pero mi chico no me había propuesto nada y yo no quería cagarla, quería darle su espacio. Acabé en el patio, tirado en una hamaca que había atado a un par de árboles mientras fumaba de mi pipa, miraba las estrellas y me preguntaba cuántas noches más iba a aguantar sin meterme en su cama.

La segunda noche, fue más de lo mismo. Él en su habitación y yo en la mía echando de menos sus besos tiernos y ardientes, su piel cálida llena de pecas y su olor a cítrico y *after shave* mientras me sentía culpable por no bastarme solo los besos que me daba. Pero es que me moría de ganas de ir un paso más... Quizás él no tuviera el mismo deseo sexual y eso tenía que respetarlo. Ni siquiera habíamos hablado de eso... Mierda, Natsu tenía razón..., esas cosas había que hablarlas... Sabía que se excitaba porque lo había notado, pero... Argh, joder... Salí de mi cama, cogí la pipa y fui al patio a tumbarme nuevamente en la hamaca que me esperaba en el mismo sitio que la noche anterior. Aquello tenía que acabar, tenía que hablar con él.

A la noche siguiente, esperé a que Mattie ayudara a Erik a acostarse para colarme en su habitación. Me miró en cuanto me asomé por la puerta.

—Hola —susurré tumbándome a su lado, sobre la colcha.

—Hola —me sonrió de forma amable—. ¿Te pasa algo?

—Sí, me pasa —dije con un mohín exagerado. Apoyé la cabeza en mi mano y con la otra le coloqué un par de mechones revueltos.

—¿Y qué es eso que te pasa? —Me acarició la cara con el pulgar como siempre hacía. Se lo besé.

—Que no me gusta mi habitación.

—¿No te gusta?

—No. —Negué con la cabeza—. Nada.

Se rio con mi dramatismo.

—¿Por qué no te gusta tu habitación?

—Porque no estás tú. —Sus ojos brillaron con una expresión que no supe descifrar—. Quiero dormir contigo, Erik. Hoy, mañana, y el otro, y el otro. Porque estas medias tintas me están volviendo loco. No quiero ser tu vecino de habitación con el que tienes un rollo, quiero ser tu pareja, con el que duermes y haces el amor cuando te apetece. En este punto estoy y necesito saber en cuál estás tú.

Vi como su nuez subía y bajaba al tragar saliva con fuerza. Luego, se mordió el labio

nervioso.

—Yo también quiero eso, Aki; pero, joder, no te puedo pedir que duermas conmigo porque tendrás que estar despertándote cada dos por tres para ayudarme a cambiar de posición, ir al baño, o por cualquier otra cosa que me pase. No puedo simplemente dejarte esa carga. —Sus ojos, cada vez más vidriosos, me miraban con atención y a mí se me rompía un poco el corazón con lo que me estaba diciendo.

—¿Qué carga? Para mí no lo es. Prefiero eso a tenerte tan cerca y lejos a la vez. En esa fría y vacía habitación... —exageré, y él sonrió.

—¿Tanto la odias? —bromeó.

—Ni te lo imaginas. Además, soy de sueño rápido. Me despierto y me duermo fácilmente. Para mí será pan comido.

Se quedó pensativo y desvió la mirada hacia el techo.

—Y en cuanto a lo de tener sexo, claro que quiero... Mierda, me muero de ganas, Aki. —Volvió a mirarme, esta vez sus ojos eran fieros y decididos—. Pero, desde el accidente, no lo he hecho con nadie y no sé cómo será.

—Pues descubrámoslo y aprendamos juntos. ¿Qué es lo peor que puede pasar? ... Si me corro en menos de un minuto, no me lo tengas en cuenta, ¿vale? —bromeé, o puede que no, aún no lo sabía.

Erik soltó una carcajada que me sacó otra a mí también. Me acerqué a él y hundí la cabeza en su cuello mientras sentía vibrar su risa en el pecho. Me rodeó con sus brazos y me acarició el pelo.

—Está bien, probémoslo.



CAPÍTULO 41

Nuevas experiencias

No perdimos más tiempo. Aquella misma noche acabamos desnudos sobre su cama con la respiración agitada y las ganas consumiendo nuestra paciencia.

Bajé por su cuello y comencé a besar aquella constelación de pecas que tenía en el pecho. Su piel era cálida, suave y olía a nuevos sueños. Su cuerpo ya no era el musculado de aquel bailarín experimentado, ahora era más delgado y delicado, pero a mí seguía pareciéndome bonito. Lo escuché gemir mi nombre y noté sus manos presionar mi espalda cuando me metí uno de sus pezones rosados en la boca. Lo mimé con labios y dientes, mientras intentaba transmitir todo lo que me hacía sentir esa voz aterciopelada. Reconocí su erección clavándose en mi vientre y eso me arrancó un jadeo.

—Aki... —La voz de Erik sonó en un susurró roncó. No recordaba haber oído nunca mi nombre pronunciado de una forma tan erótica. Eso me nubló un poco los sentidos y empecé a lamer su piel, a descender por aquel torso en dirección a zonas más erógenas.

—Aki... —El tono cambió completamente, más frustrado que antes e intentó atraerme hacia arriba con sus brazos.

Paré mis caricias y lo miré. Su rostro estaba colorado y su mirada vidriosa enmarcada por un par de cejas fruncidas en una expresión de molestia. Creo que mi cara lo dijo todo porque no me hizo falta preguntar nada.

—Es inútil, no siento nada de pecho para abajo. —Me mantuvo la mirada, sé que le costó horrores, pero ahí estaba, valiente y orgullosa.

—Lo siento, ¿quieres que pare?

Bufó el muy condenado. Como un maldito gato soberbio.

—No, joder, es lo último que quiero que hagas. Ven, bésame.

Puso su mano en mi nuca para que fuera al encuentro de sus labios. No lo hice esperar. Lo besé de nuevo con las ansias que me corrían por las venas, y él me respondió adentrándose en mi boca de una forma salvaje y cadente al extremo. Aquello me derritió y me puso más duro si eso era posible. Me apreté más contra su cuerpo y reprimí un gemido al notar su erección junto a la mía.

—Hazlo —me ordenó, otra vez en aquel tono que me aceleraba el pulso y embriagaba mis sentidos.

—¿Qué? —Lo miré.

—Frótate contra mí como aquella vez.

—Pero... Mierda, ¿estabas despierto?

Se rio de forma canalla y me guiño un ojo como toda respuesta, luego se acercó a mi oído y me susurró:

—Tú hazlo. Déjate llevar.

Y eso hice. Me apreté más contra él mientras movía mis caderas y buscaba ese alivio que tanto necesitaba. Besé su boca, mordí su cuello y lamí sus pezones sin dejar de rozarme contra su cuerpo que me calentaba más y me acercaba al borde del clímax.

Aquellos gemidos colmaban de éxtasis mis oídos y sus latidos retumbaban sobre mi pecho. Se abrazó a mi cuello y noté su orgasmo cálido sobre mi vientre al mismo tiempo que repetía mi nombre de esa forma tan sensual. Estaba muy al límite y no tardé mucho más en seguirlo, al mismo tiempo que besaba sus labios una vez más. Lo miré intentando recuperar el aliento y me sorprendí y asusté cuando vi un par de lágrimas resbalar por sus ojos en dirección a sus sienes.

—Erik... ¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? —Me quité de encima rápidamente, me tumbé a su lado y le acaricié el rostro a la vez que le limpiaba aquel llanto silencioso.

Me sonrió y solté el aire que no sabía que estaba reteniendo en mis pulmones.

—Estoy bien, idiota. Es solo que... —Inspiró como si necesitara coger mucho aire.

—¿Qué?

—Estoy un poco abrumado porque estoy sintiendo muchas cosas ahora mismo, eso es todo.

—¿Qué cosas?

—No te lo voy a decir.

—¿Por qué no? —Me indigné.

—Porque no quiero que te asustes o que me mires con condescendencia.

—No haré ninguna de las dos.

Chasqueó la lengua en respuesta como si no confiara en mi palabra.

—¿No me crees? Prueba —lo reté.

Me miró levantando una ceja con incredulidad.

—¿No te ha gustado? ¿Es eso?

—No, joder, sí me ha gustado, me ha encantado. Es solo que me he sentido frustrado porque estoy habituado a llevar el control en este tipo de situaciones y ha sido todo muy diferente a lo que estaba acostumbrado. Pero a la vez, ha sido una de las experiencias más bonitas de mi vida.

Sonreí como un bobo al escuchar eso y él me sonrió de vuelta. Besé las pecas de su nariz y apoyé la cabeza en su hombro mientras lo abrazaba. Él me rodeó con su brazo y empezó a hacerme caricias suaves con la parte interna de su muñeca.

—Ha sido extraño, pero a la vez muy intenso a nivel emocional... Menos carnal... No sé explicarme... Demasiadas sensaciones juntas, eso es todo.

Lo entendía porque yo había sentido algo similar y una ola de emociones me llenó el pecho de gratitud cuando escuché la explicación de sus lágrimas. Habían sido lágrimas bonitas y saber eso me hizo relajarme. Lo abracé con fuerza y escondí la cara en su cuello.

—Te quiero. —Me salió sin pensar, llevado por todos esos sentimientos que hacía tiempo no sentía. Repartí un par de besos dulces por su cuello al mismo tiempo que Erik me estrechaba más contra él.

Lo miré de nuevo cuando escuché como se sorbía la nariz. Las lágrimas habían vuelto.

—Ehh, ¿qué pasa? —pregunté en tono suave y le sequé la cara con las manos.

—Es que me cuesta comprender cómo puedo gustarte... si estoy roto. —Desvió la vista y se tapó los ojos con el antebrazo.

Me rompió el alma aquella frase. Le aparté el brazo y lo obligué a que me mirara a los ojos.

—¿Cómo podrías no hacerlo, idiota? Eres precioso, por dentro y por fuera. —Le di un beso corto y fijé la mirada de nuevo en aquellos iris celestes—. No sé qué tienes, pero está claro que

algo será cuando me has hecho cruzar de acera —bromeé y el soltó la risa que esperaba.

—Eres idiota. Lo sabes, ¿no?

—Lo que tu digas —le di la razón como a los locos y me volví a acurrucar en su hombro—. Que sepas que quiero repetir esto. Y me he dado cuenta de eso que dices de que te gusta llevar el control. Lo has llevado todo el tiempo, por si no te habías fijado. Eres un poco mandón.

Su carcajada terminó de llevarse la amargura del momento.

—Aki... —dijo cuando su risa cesó.

—¿Qué?

—Yo también te quiero.

—Ya lo suponía. —Me hice en interesante para disimular la felicidad que me embriagó al oír sus palabras.

—Ah, ¿sí?

—Claro, me adoras —bromeé mientras le daba un mordisquito en la mandíbula.

—No te pases —rio—. Te adoraría más si te levantases y limpiases todo este pringue de mi estómago.

Me reí. Era verdad, estábamos los dos hechos un desastre, pero ni me acordaba. Se estaba demasiado bien en aquella cama acurrucado en el calor de su cuerpo.

—¿Te da asco?

—Sí —me gruñó.

Se me escapó una carcajada y quise picarlo un poquito.

—¿Cómo te puede dar asco si ni siquiera lo sientes?

—Pero lo veo y soy escrupuloso, ya lo sabes.

—¿En serio, hasta para esto? —Me senté a su lado, pasé un dedo por aquel líquido pegajoso que empezaba a resbalar por todas partes e hice el amago de llevármelo a la boca.

—¡No! —Me golpeó la mano con la suya—. ¡No seas cochino!

—¿Pero, no se supone que eres tú el que debería estar acostumbrado a esto? Flipo con tu incoherencia —me reí.

—Una toalla, ¡ya!

—Vaale, vaale. —Me levanté y fui hasta la puerta del baño, pero no entré, me paré en el marco y lo miré de nuevo—. Entonces de mamadas ni hablamos, ¿no? —Apreté los labios aguantando la risa. En realidad, era algo que me daba un poco igual. Mi prioridad era estar con él y respetaría todos sus límites.

—Yo no he dicho eso. Mientras la saques antes de dispararme tus fluidos en la garganta, por mí bien.

Solté otra carcajada y él fingió que se molestaba, aunque se veía a leguas que estaba aguantando la risa.

—¿Qué? No es tan raro que no me guste que se me corran en la boca.

—¿Cómo puedes ser tan remilgado y vulgar al mismo tiempo? —Me reí, entré al baño y regresé con papel higiénico y toallitas húmedas. Me senté en la cama y comencé a limpiar ese desastre—. Quiero que sepas que por mí está bien con esto. No te sientas presionado, llegaremos hasta donde tú quieras. —Sonreí y besé sus labios.

—Deja de hacer eso.

—¿De hacer qué?

—De ser tan jodidamente adorable.



CAPÍTULO 42

El gas del amor

Erik

Pues ya está, ha pasado. Me he acostado con Aki. Y ha sido extraño, intenso y maravilloso. Creo que es la primera vez que he «hecho el amor» con una persona. Es irónico, cuando al fin me acuesto con alguien sin tener sensibilidad en más de la mitad de mi cuerpo, es cuando más cosas siento. Aún estoy abrumado, me siento liviano como si me hubiera quitado un peso de encima y feliz como si me hubieran drogado con un maldito gas del amor o algo parecido. Miro como Aki da la vuelta a la cama y se mete en su lado. Este hombre, espíritu del bosque o lo que sea me ha vuelto un blando. Me ha cogido entre sus manos y me ha moldeado con el calor de estas. Como si fuera chocolate derriitiéndose en la calidez de sus dedos. Así me siento. Joder, quién me ha visto y quién me ve...

Aki coge el móvil de su mesilla y escribe algo con una sonrisa divertida.

—¿A quién escribes? —le pregunto.

—A Mattie. Le he dicho que si no quiere ver un par de culos desnudos durmiendo juntos que no venga a cambiarte de posición esta noche.

—¿Eso le has dicho? —Estiro el cuello para intentar ver la pantalla de su teléfono, pero es imposible.

Aki se ríe.

—Tranquilo, no le he dado tanta información. Solo le he dicho que no hace falta que baje, que yo me ocupo. Me ha contestado con un pulgar arriba.

—Bien —contesto. Tampoco puedo decir mucho más. La agilidad de mi cerebro ha desaparecido por el efecto del gas del que hablaba antes.

¿Estar enamorado implica quedarse medio lelo? Pues lo que me faltaba también, perder la actividad cerebral. Y como un estúpido, suelto una risilla con mi propio chiste mental. Aki me mira con una sonrisa en los labios y una pregunta implícita en su mirada.

—¿Qué pasa?

—Nada, es solo que me siento de maravilla ahora mismo, como si hubiera fumado tu alijo especial, aunque mejor —bromeo.

—Pues ten cuidado, que dicen que engancha. —Me guiña un ojo y se acurruca contra mí.

Apoya la cabeza en mi hombro, yo lo rodeo con el brazo y le beso la frente. Creo que su advertencia llega algo tarde. Ya estoy más que enganchado a él.

Oigo como su respiración se vuelve más pausada y sé que está a punto de quedarse dormido. Eso de que tiene el sueño ligero es completamente cierto.

—¿Quieres dormir ya? —susurro.

—Sí, llevo dos noches durmiendo como el culo por tu culpa —murmura.

—¿Porque no te gustaba la habitación de invitados?

—Sí, porque no soportaba la habitación de invitados —repite y yo suelto una risa suave.

—He pensado que ahora que no la vas a usar, quizás debería invitar a Laura y a Linda para que vengan de vacaciones.

—Me parece una idea genial. Así las conozco... y tardas más en irte.

—¿Crees que me voy a ir?

—Sé que te vas a ir —me corrige en un tono que denota resignación—. Por eso quiero aprovechar el tiempo contigo al máximo.

Me encoge el corazón que piense que lo voy a abandonar y, aun así, me dé todo lo que tiene. Porque eso es lo que está haciendo Aki, dármelo todo. Lo estrecho un poco más contra mí y beso su frente nuevamente.

—No voy a irme a ningún lado. No quiero estar en ningún otro lugar. Te va a tocar aguantarme mucho tiempo.

Él levanta la cabeza, no dice nada, solo sonrío como si no se terminara de creer lo que le estoy diciendo y viene al encuentro de mi boca. Me besa y me da un mordisquito en el labio inferior. Creo que sus besos se han convertido en mi cosa preferida en el mundo.

—Vale. —Frota su nariz contra mi mejilla, deja ahí un beso suave y vuelve a su posición sobre mi hombro.

Su respiración vuelve a ser pausada y me contagia, pero, cuando estoy a punto de caer en los brazos de Morfeo, algo me desvela.

—Aki.

—¿Hmm?

—No te saldrán las astas mientras duermes, ¿no? No me apetece nada morir porque uno de tus cuernos me atravesase la garganta.

Se ríe.

—Tranquilo, eso no va a pasar, lo puedo controlar... Pero en otoño será otro cantar, a ver cómo nos las apañamos.

—Bueno, no pasa nada, para eso tenemos una habitación de invitados —lo pico y refunfuña algo que no logro entender.

—Odio el otoño.

—Pues a mí me encanta.

—Ya cambiarás de opinión, ya verás. —Sonríe, no lo veo, pero lo oigo. Y es lo último que escucho salir de sus labios antes de quedarme dormido al fin.

El malestar me despierta. Estoy sudando, tengo el pulso acelerado y me duele la cabeza. Joder, no había mejor momento para sufrir disreflexia que la primera noche que duermo con mi novio. *Mi novio*, qué raro suena eso, pero estoy sintiéndome como el culo ahora mismo como para analizar nada. Maldigo para mis adentros y lo llamo como puedo. El sigue abrazado a mi cuerpo, con la cabeza en mi hombro tal como nos quedamos dormidos.

—Aki... —La voz apenas me sale, pero lo intento de nuevo—. ¡Aki!

Ahora sí, ahora parece que me oye. Levanta la cabeza y me observa valiéndose de la luz del porche que entra por la ventada.

—¿Qué pasa? —Enciende la lámpara de la mesilla y me mira. Yo no puedo enfocar bien —. Oh, mierda, te está pasando la cosa esa de la tensión que me explicaste, ¿no? Vale, vale, que no cunda el pánico, voy a levantarte.

No me hace falta explicarle nada y menos mal, porque me cuesta hablar y pensar en estos momentos. Aki sale de la cama, me pone los brazos sobre sus hombros, me abraza rodeándome el pecho y me saca de esta. Siento el alivio a los pocos segundos y empiezo a encontrarme mejor. Él me susurra palabras tranquilizadoras al oído.

—Tranquilo, estoy aquí. Ya te tengo.

Mi respiración se normaliza y el malestar casi desaparece por completo. Cualquier otro habría salido corriendo o llamado a Mattie, pero él no se ha dejado dominar por el miedo y ha sabido qué hacer.

—Gracias.

—¿Estás mejor ya?

—Sí, estoy mejor.

—Vale, voy a ponerte en la silla y voy a estirar bien las sábanas no vaya a ser que sea lo de la arruga en el culo.

No creo que fuera eso, sino, más bien, tener su pierna encima de las mías por tanto tiempo, pero me callo. Ya demasiada faena le estoy dando. Me coge la cara con ambas manos y me observa con detenimiento antes de besar mis labios.

—Joder, qué susto me has dado. ¿Seguro que estás bien?

—Estaría mejor si no me hubieras sentado desnudo sobre la silla. Es antihigiénico, pero sí, estoy mejor.

Sonríe aliviado.

—Vale, sí, ya estas perfecto, igual de gruñón que siempre —bromea—. ¿Preparo la cama y volvemos a dormir?

Asiento y él se pone a hacer lo que ha dicho.

—Lo siento. Me hubiera gustado despertarte al amanecer entre besos y caricias, pero ya ves... cosas de tetrapléjicos. —Intento aligerar la tensión y normalizarlo todo. Últimamente acepto estas cosas mejor y estoy aprendiendo a llevarlo con humor. Que Aki se lo tome así de bien también ayuda.

—Bueno, no ha amanecido todavía y presiento que aún nos quedan muchos despertares juntos. Ya tendrás ocasión. —Me guiña un ojo en ese gesto pícaro tan suyo y yo siento que, junto a él, lo puedo superar todo. Ya lo estoy haciendo.



CAPÍTULO 43

Despertar juntos

Quedaría más bonito decir que aquella mañana me despertaron los besos de Erik, pero no fue así. En lugar de eso, fue el cacareo de dos gaviotas que se reían de un pobre pescador al que le habían quitado toda la carnaza. Pasé del parloteo de los pajarracos y miré a mi chico que dormía de lado girado hacia mí. Lo contemplé durante un rato recreándome en sus facciones ahora que ya podía hacerlo sin que pareciera raro. Habíamos pasado una noche bonita en la que habíamos aclarado nuestra situación y habíamos dado un paso más en nuestra relación. Y estaba feliz por eso. Recordé lo que me dijo de despertarme a besos y decidí ser yo quien tomara la iniciativa. Me acerqué con cuidado y besé sus pecas, todas las de su cara o, al menos, lo intenté.

Él sonrió aún con los ojos cerrados y murmuró algo:

—Calabaza, no seas pesado. Deja de pasar tu lengua rasposa por mi cara.

Qué cabrón. Sabía de sobra que no era el maldito gato, solo estaba tocándome las pelotas de la forma que más le gustaba, picándome. Me vengué. Se quejaba de lametazos pues tendría lametazos. Saqué la lengua y empecé a chuparle la cara sin contemplación ninguna porque sabía que no lo iba a soportar. Y así fue, en cuanto notó el primer lengüetazo, abrió los ojos de par en par y me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué haces? ¡No seas cochino! —Me empujó con sus brazos mientras intentaba quitarme de encima.

—¿No querías lametazos?, pues tendrás lametazos —me reí y seguí babeando su mejilla.

—¡No, joder! ¡Aki! ¡Guarro! Odio eso.

Fui a repetir el movimiento, pero él fue más rápido, giró la cara, atrapó mi boca con la suya y enredó su lengua en la mía. Cerré los ojos disfrutando del beso y gemí de puro placer. El beso empezó brusco y salvaje, pero fue tornándose cada vez más lento y lánguido hasta que terminamos por separarnos. Nos miramos con la respiración acelerada.

—Eso está mejor —me dijo y yo me reí.

—Lo mismo digo. Mira que compararme con el gato —bufé.

—Eres igual de naranja que él —bromeó.

—Pues líate con él si tan parecidos somos.

—No, gracias. Mi límite de zoofilia está en acostarme con un tío, con una cornamenta de ciervo en la cabeza, que habla con los animales. Y no me creo que te estés poniendo celoso de un gato.

Me reí.

—No me estoy poniendo celoso de un gato Y ¿sabes lo de los animales?

—Claro que lo sé. El otro día te pillé riéndote con un par de ruiñesores.

—Cosas de yosei. —Me encogí de hombros mientras hacía referencia a la frase que soltó él

esa misma noche cuando sufrió el ataque de disreflexia.

—O de princesa Disney. —Se burló, pero al parecer lo pilló porque se rio y me besó nuevamente, esta vez fue de forma escueta y suave—. Cada uno tenemos nuestras movidas. —Se encogió de hombros.

—Así es. ¿Quieres que nos levantemos ya o nos quedamos un rato más en la cama? —le susurré y le coloqué un mechón de su pelo tras la oreja.

—Mmh, lo de la cama me tienta, pero tengo hambre y no me gustaría saltarme mi rutina de entrenamiento.

—Vale —asentí.

—Luego, si te apetece, podemos echar una siesta juntos o lo que surja —habló en el mismo tono bajo que yo, como si estuviésemos contándonos las confidencias más importantes de la vida. Nuestros labios se encontraban a unos centímetros de distancia.

—Me parece bien. ¿Quieres que llame a Mattie para que te ayude a prepararte mientras hago el desayuno?

—Sí, pero ayúdame a ponerme un bóxer al menos. No es plan recibir a Mattie así.

Me reí.

—Mattie no es tonto. Lleva haciendo suposiciones entre nosotros desde el primer día. Desde que dije que era vegetariano. —Reímos al recordar aquella noche—. Seguro que se imagina lo que ha pasado aquí.

—Ya, pero una cosa es que se lo imagine y otra recibirlo en bolas. Solo me falta ponerme un cartel en el pito anunciando que he tenido sexo esta noche.

—¿En el pito? —Me reí.

—Oh, por favor, no empieces.

—Vale, vale. Te ayudo a ponerte los gayumbos y recojo un poco esto.

—Y abre un poco más la ventana, por favor.



CAPÍTULO 44

I wanna love you

Erik

—Te veo contento —sonríe Mattie a la vez que me ayuda a poner la afeitadora eléctrica en el adaptador de mi mano para que pueda cogerla.

—Ya ves, me he levantado de buen humor esta mañana —lo digo en tono de broma a pesar de la realidad.

—Tendré que felicitar a Aki por conseguir sacarte la sonrisa tan temprano. —Se va a la habitación y me deja en el baño mientras termino de afeitarme—. ¿Qué ropa te vas a poner? —Alza la voz para que lo escuche.

—El chándal gris, el de verano. Y para después de la ducha, la camiseta roja y los vaqueros. —El rojo me sienta bien y he notado que Aki me mira más cuando llevo ese color. Hoy me siento guapo. Hacía tiempo que no me sentía así y me apetece exteriorizarlo.

—Oye, ¿quieres que cambie las sábanas? —Me ruborizo un poco con la pregunta de Mattie.

—No, no te molestes. Aki ha dicho que se iba a ocupar él.

—Vale, lo dejo tal cual entonces.

—Sí, sí, tal cual. —Que no toque nada, no sé qué se puede encontrar.

—Que viva Aki contigo es estupendo. Nos quita trabajo, nos cocina cosas riquísimas y estás de mejor humor. Son todo ventajas. —Entra de nuevo en el baño y me ayuda a lavarme la cara y a ponerme *after shave*.

—Ahora que lo dices, es verdad... Os quita bastante trabajo... Quizás deba replantearme bajaros el sueldo —bromeo.

Bajarles el sueldo a Jiro y a Mattie es lo último que haría. Demasiado tienen con aguantarme. Al menos, al pagarles bien no me siento tan culpable por disponer de ellos en todo momento. Pero es cierto que ya no necesito que estén aquí las veinticuatro horas. Tengo que hablar con ellos para que se sientan libres de ausentarse mientras está aquí Aki. Aun así, Mattie no pilla mi humor y se queda un poco serio. Y yo me río porque sigo siendo un poco cabroncete, qué se le va a hacer.

—Es broma, Mattie, no pongas esa cara. No voy a pagaros ni un yen menos.

—Sí ya sabía que era broma —disimula, pero no engaña a nadie. Es demasiado transparente.

Cuando al fin termino de prepararme, salgo de la habitación y llega una melodía a mis oídos. Sigo la música que me lleva hasta la cocina y me veo a Aki frente a los fogones, moviendo las caderas a ritmo de *reggae*. Está sin camiseta, con la melena húmeda cayendo sobre su espalda.

Lleva un pantalón largo de lino, sujeto muy bajo en sus caderas. Tanto que roza lo indecente. Aprovecho que no se ha dado cuenta de mi presencia para recrearme en las vistas. Y de repente empieza a cantar junto a la voz de Bob Marley que sale del altavoz de su móvil. «*Is this love?*».



La canción habla sobre amor y de tratar bien a esa persona especial a diario. Su voz suena alegre y sus caderas siguen con ese contoneo sensual que desafía la ley de la gravedad y pone a prueba el agarre de esos pantalones holgados.

De repente se gira, intuyo que para coger algo de la nevera, pero se para cuando me ve a mí y

sonríe mientras sigue cantando sobre compartir el mismo techo, la misma cama y el mismo refugio. Como si fuera sencillo, como si no importara nada más para ser feliz.

Hace movimientos graciosos con sus manos, representando lo que dice la letra de la canción sin dejar de mirarme. Y a mí se me acelera el pulso al pensar que me está dedicando esas palabras. Entonces llega al estribillo y repite esa pregunta que ninguno de los dos nos hemos atrevido a formular en voz alta. *¿Es amor esto que siento?* En mi caso lo tengo claro. Sí. Lo es. No hay duda de ello.

Se acerca a mí poco a poco y termina besando la sonrisa de tonto que debo de tener.

—Baila conmigo —me anima en un susurro cerca de mis labios.

—No voy a bailar, Aki. Te recuerdo que no puedo moverme.

—Puedes mover la cabeza, los hombros y los brazos, que ya es más de lo que mueve Fuyu al bailar —bromea y me río porque tiene gracia. Es cierto que bailar para muchos tíos solo consiste en mover la cabeza.

—Sí, pero en mí se ve ridículo.

—¿Y qué? Yo también soy ridículo. No sé bailar, pero qué más da. No veo a nadie que le importe.

—Pero tú eres sexi, da igual que no sepas bailar, te queda bien cualquier movimiento que hagas.

—¿Soy sexi? —ronronea y me vuelve a besar.

—Mucho y lo sabes. —Se ríe.

—Tú también eres sexi. Y creo que lo sabías, pero se te ha olvidado.

Se separa de mí y sigue con su canción. Bailando de esa forma absurda que me calienta el corazón.

Y entonces hago lo que llevo casi tres años sin hacer. Cierro los ojos y dejo que la melodía se adueñe de mí. La siento, la huelo, la saboreo, y empiezo a moverme. Muevo los hombros, el cuello, los brazos.

Bailo.

Y es... liberador. No es como cuando era bailarín, obviamente, pero esta sensación tampoco está mal. Hacía tiempo que no me permitía disfrutar de la música y jamás pensé que volvería hacerlo, y menos con una maldita canción de Bob Marley. Entonces me pregunto por qué no he hecho esto antes. ¿No se trata de eso la vida? ¿De disfrutar? La risa de Aki me hace abrir los ojos, veo felicidad en su rostro. Y me contagia, como los aplausos en un teatro lleno de gente emocionada. Sonrío y termino cantando con él.

I wanna love you...



CAPÍTULO 45

Soy Feliz

Erik

El sol brilla radiante en el cielo, las chicharras lo inundan todo con su sonido y hace un calor más húmedo de lo que estoy acostumbrado a soportar. Pero soy feliz.

Observo como Aki y sus hermanos están montando una piscina plegable. Bueno, eso no es del todo cierto. La cosa ha sido así. Esta mañana se han colado aquí los tres en el *Jeep* de Natsu con un par de cajas enormes en el maletero. Una con la piscina y otra con una pérgola plegable. Han saludado montando un jaleo de narices que nos ha sacado de la cama prácticamente. Se han venido al patio trasero y se han puesto a discutir dónde y cómo montaban todo el tinglado, mientras Aki les preparaba y servía el desayuno. Después de llenarse la panza con el exquisito desayuno que les ha preparado mi novio (sí, ya lo he asumido, es mi novio), los cuatro (incluido Aki) han empezado a sacar las cosas de las cajas. Haru se ha puesto a leer las instrucciones de la pérgola, pero se ha aburrido al segundo y se lo ha pasado a Fuyu. Este ha empezado a dar instrucciones a Natsu, pero han terminado discutiendo y no avanzan nada. Mientras tanto, Aki se ha puesto con la piscina y Haru le ayuda en cosas puntuales que le va diciendo.

En resumen, lo que observo en realidad es como Aki monta todo mientras sus hermanos discuten, se escaquean o se dedican a zampar todo lo que encuentran. Pero solo por el detalle que han tenido con la idea del oasis veraniego (para que me remoje el culo sin que me lleve la corriente y tome la sombra, palabras textuales de Natsu), se les perdona.

Cuando ya está la piscina casi lista, cambian de pareja, Aki ayuda a Fuyu con la carpa y deja a Natsu y Haru con el tema del agua. Y entonces sí, la pérgola empieza a tomar forma y yo me relajo, cierro los ojos y disfruto de los rayos del sol de esta mañana de verano. Hasta estoy deseando darme un chapuzón en mi nueva balsa. Hace unas semanas, todo esto me habría parecido una locura. El sol hubiera sido demasiado fuerte, las chicharras demasiado ruidosas y el calor demasiado pegajoso. Pero, repito, soy feliz. Debe de ser porque mi perspectiva del mundo está cambiando. Últimamente me siento más... vivo. Sí, tengo ganas de vivir, joder. Y me da igual quién me mire o lo que piensen. Si estaré haciendo o no el ridículo al bañarme en ese charco de plástico, diseñado en su mayoría para niños pequeños. Voy a disfrutar el verano, porque la vida es maravillosa y pienso empaparme de ella aunque sea mirando desde el palco.

De repente, siento un chorro de agua fría contra mi cuerpo y me saca de mis pensamientos.

—¡Pero serás...! —gruño con la voz congestionada por la sorpresa.

Natsu se descojona de mí y apunta de nuevo con la manguera hacia la piscina.

—Tenías cara de atontolinado, cuñadito, había que espabilarte. ¿En qué estabas pensando, eh? —Mueve las cejas de arriba abajo el maldito.

Pues no, no estaba pensando en eso... para variar, porque últimamente tengo que reconocer

que estoy un poco salido, la verdad. Pero en mi defensa diré que Aki está igual que yo, así que, qué más da. Pero, en fin, que no, no pensaba en sexo.

—En que, si hace este calor en junio, no me quiero imaginar en agosto. ¿Por qué no bajas un poco la intensidad del termostato en vez de mojarme? Si me estropeas la silla, te pasaré la factura —bromeo.

—Como si tuviera un mando y pudiera modelar el calor a mi gusto. No funciona así. Es algo que va con nuestras emociones, no podemos controlarlo. Y con respecto a la factura... Vale, tú pásamela, ya que la pague o no... —Se encoge de hombros. Va vestido con un bañador y un sombrero de paja que le cubre las orejas de felino. Según me ha dicho Aki, es su atuendo de verano.

—Tú querías que te presentara a mi amiga Laura, ¿no? Porque se me están quitando las ganas —miento. Claro que se lo voy a presentar. Natsu es del tipo que le gusta a Laura y si mi amiga quiere tener un escarceo veraniego, no seré yo quien se lo impida. Al revés, ofreceré todo tipo de facilidades.

—Que cabrón —se ríe—. Aki, ¿no había un tío más buena gente por ahí? ¿Te tuviste que liar con el tetrapléjico chungo?

Aki lo mira, luego me mira a mí y se encoge de hombros.

—Ahí donde lo ves, tiene su encanto... Pero no lo mojes mucho o puede que se convierta en un gremlin.

Nos reímos todos con la broma, pero, al poco tiempo, el tonto de Aki se siente culpable, se acerca a mí, me da un beso y me dice:

—Perdón, bombón, era broma. —Como si no lo supiera.

—Qué idiota eres —me río porque no me sale otra cosa.

—¡Uuh, idos a un hotel! —Nos interrumpe Natsu.

—¡Vete a la mierda, Natsu! —Levanto la voz para que me escuche bien y él suelta una carcajada. Vuelvo a poner mi atención en el pelirrojo precioso que tengo frente a mí—. ¿Recuerdas cuando me dijiste que patearías culos por mí?

Asiente con una sonrisa traviesa en los labios.

—Ajá.

—Pues es el momento, bombón. —Me apropio de su ridículo apelativo cariñoso y lo imito guiñándole un ojo como él siempre hace.

Aki sonrío aún más, de esa forma en la que se le achinan los ojos que me gusta tanto. Se aleja de mí disimuladamente y, cuando pasa por detrás de Natsu, lo empuja y lo echa a la piscina que está a medio llenar.

Después de eso, todo pasa muy rápido. Nos reímos a carcajadas, Natsu protesta, forcejea con Aki para tirarlo al agua, Haru se une a la pelea y acaba en la piscina. Fuyu intenta ayudarlo a salir, pero este tira de él y acaba también en remojo. Estampo mi silla contra Natsu en un vago intento de defender a mi chico. Natsu me mira y luego a Aki con complicidad, ambos se sonríen, me agarran entre los dos y acabamos todos en la piscina.

Apenas hay dos palmos de agua, la ropa se me pega al cuerpo de forma incómoda, Aki me apoya contra su pecho para que no acabe ahogándome en los dos ridículos palmos de agua, y me duelen las mejillas de tanto reírme...

Joder, soy feliz.



CAPÍTULO 46

Laura y Linda

Esa tarde llegaba Laura, la mejor amiga de Erik, con su hija Linda. Y yo estaba nervioso, para qué negarlo, quería causar buena impresión.

—¿Estás listo ya? —le pregunté a Erik después de entrar en la habitación. Me miró y sonrió de forma burlona.

—¿Tú qué crees? ¿Estoy listo ya? —Hizo un movimiento con los brazos y se señaló con las manos rebosante de seguridad.

—Para mí estás listo siempre —sonreí de forma pícara.

—Ya está el zalamero. —Se rio.

No era zalamería, era verdad. Para mí estaba bien en pijama, bañador, ropa de deporte o lo que fuera. Aunque era verdad que últimamente el pecoso estaba con el guapo subido. Se le veía radiante, con un brillo en la mirada que antes no tenía. Y había dejado lo de mantener el perfil bajo atrás. Ahora se arreglaba más y se ponía ropa más llamativa que le sentaba superbién. Incluso iba a que le hicieran la manicura y siempre llevaba las uñas de colores. Lo dicho, mi chico estaba guapísimo y yo me alegraba de verlo así. No por mí, sino por él, porque en general se le veía más feliz y eso me gustaba.

Me acerqué a él, que no dejaba de mirarme, y lo besé.

—Piensa lo que quieras, me da igual. ¿Nos vamos ya?

—¿Ya? Pero si aún falta más de una hora para que llegue el ferri. No sé por qué has querido prepararte tan pronto.

—Porque estoy nervioso.

—¿Nervioso por qué? —rio.

—Pues porque voy a conocer a dos personas muy importantes para ti y quiero caerles bien.

Volvió a reír como si mis nervios fueran lo más divertido del mundo.

—Ya les caes bien, Aki, relájate un poco.

—Vale, me relajo... Ya estoy relajado. ¿Nos vamos ya?

Volvió a reír y suspiró resignado.

—Está bien, pero me invitas a un helado mientras esperamos.

—Hecho.

Llevábamos más de media hora en el puerto de Rakuen, compartiendo un helado de matcha, cuando vimos llegar el ferri en el que irían las amigas de mi chico.

—Mira, creo que es ese. —Señaló Erik.

—Sí, yo también lo creo.

—Espero que no se hayan mareado. Es un viaje de una hora y media en barco, Laura estaba un poco preocupada por Linda.

—¿El ferri marea? —pregunté como el ignorante que era.

—A veces, depende mucho de la persona en cuestión. Hay algunas que lo toleran más que otras.

—Ah...

—Oye... —Me miró con interés—. ¿Cómo sabéis que no podéis salir de la isla? ¿Lo habéis intentado?

—Claro que lo hemos intentado, tenemos hasta pasaporte. —Me reí—. Pero siempre ocurre lo mismo, cuando estamos a cierta distancia de la isla, nuestro cuerpo se desvanece y aparecemos en tierra firme como por arte de magia. —Me encogí de hombros.

Erik me miraba con sorpresa, le costaba creerse lo que le estaba diciendo y, la verdad, no lo culpaba. Si es que parecía que me lo estaba inventando... Ojalá fuera así.

—¿En serio? ¿Así sin más?

—Así sin más —Asentí.

—¿Y lo de los pasaportes? ¿Para qué los queráis?

Me reí recordando la anécdota. Le ofrecí el último bocado del cucurucho a Erik, que lo aceptó con gusto, y procedí a contarle la historia.

—Eso fue cosa de Haru.

—¿Por qué no me sorprende? —dijo en un tono irónico que me divirtió.

—Porque ya lo vas conociendo. En fin, a mi hermano se le ocurrió que quizás no podíamos salir de la isla porque solo lo habíamos intentado en barco. Así que se las apañó, no preguntes cómo, para buscar un piloto privado que viniera a por nosotros en su helicóptero. Piloto con el que tuvo un lío, ya de paso. —Hice un gesto con la mano para descartar el tema—. Pues, como te contaba, la florecilla se ilusionó muchísimo porque realmente creía que por aire podríamos salir de la isla. Nos hizo hacernos hasta los pasaportes por lo que pudiera ocurrir, y porque tenía la esperanza de viajar a otros países, ya de paso. Pero adivina qué pasó.

—Desaparecisteis a mitad del vuelo.

—¡Bingo! Todavía me río de imaginarme la cara que pondría el piloto al verse solo de repente.

Erik se rio, aunque, al poco, su expresión se volvió seria.

—Es una putada. —Suspiró.

Yo me limité a asentir. Si profundizaba más en ese tema, terminaría poniéndome triste al pensar en el gran hándicap que eso conllevaba para nuestra relación. No era momento de eso, no cuando el ferri de Laura acababa de llegar.

—Mira, ahí están. —Me levanté del banco donde estaba sentado y me acerqué con Erik al muelle.

La reconocí rápido, estaba prácticamente igual que en la foto. Laura esquivaba a la gente mientras cargaba en uno de sus brazos a la niña y con el otro arrastraba una maleta enorme. No lo pensé, me acerqué a ayudarla y dejé a Erik atrás.

—Hola, ¿Laura? Déjame que te eche una mano con eso, vas muy cargada.

Ella se paró de repente y me miró con unos ojos castaños muy abiertos.

—¿Aki? ¿Tú eres Aki? ¡Oh, Dios mío! ¡Hola! —Soltó el asa de la maleta y se abrazó a mí con una sonrisa en los labios.

Yo les correspondí y abracé a ambas con cariño, aunque la niña seguía agarrada al cuello de su madre. Me dieron muy buen rollo, desprendían una energía muy bonita. Eran todo calidez y buenas vibraciones. Olían un poco raro, pero no todo iba a ser perfecto. Cuando nos separamos,

nos quedamos unos segundos sonriéndonos como dos idiotas.

—Eres guapísimo, veo que Erik no exageraba.

—¿Quién es, mami? —interrumpió Linda con vocecilla cantarina.

—¿Te acuerdas del tío Erik? —le preguntó. La cría sonrió y asintió con entusiasmo—. Pues este chico tan guapo de aquí es su novio, el tío Aki.

Vale, lo reconozco, lo del tío Aki me llegó al corazoncito y me emocionó un poco de más, pero es que nunca había sido el tío de nadie.

—¿Y tú, te acuerdas del tío Erik? —interrumpió el susodicho con una sonrisa burlona—. Porque cualquiera diría que te has olvidado de mí al ver a mi novio.

—¡Ay, amor! —Laura emitió un gritito agudo, me pasó a la niña y abrazó a Erik con fuerzas—. Erik, ¡Qué guapo estás, joder, cómo te he echado de menos! A ver... —Se separó de él y se tomó un segundo para observarlo antes de volverlo a achuchar entre sus brazos—. Estas divino, cari, qué alegría verte.

Erik sonreía feliz mientras le devolvía a su amiga todos y cada uno de los abrazos.

—Tú también estás fantástica, aunque hueles un poco a rancio... ¿Qué es ese olor? —dijo con cara de extrañado cuando al fin se separaron.

—¿Huelo a rancio? —preguntó al mismo tiempo que se olisqueaba la ropa.

—Sí.

—Ah, lo siento, es que Linda se ha mareado en el ferri y me ha vomitado encima. Lo he intentado limpiar, pero ya se sabe lo que pasa con estas cosas. Pero mi niña ya está bien, ¿verdad, cielo? —le preguntó a la cría que asintió, al parecer era un poco tímida—. Ven, saluda al tío Erik, que está deseando abrazarte. —La volvió a coger de mis brazos y se la puso a Erik en el regazo.

—¡Hola, tío Erik! —Linda sonrió y se abrazó al cuello de mi chico.

—¡Hola, princesa!, ¿ha ido bien el viaje? —La estrechó entre sus brazos, le besó el pelo y yo morí un poco de ternura, para qué negarlo.

—Sí, me he portado muy bien. Mami dice que tienes un regalo para mí por ser tan buena. —Ah, pues no, no era tan tímida.

—Ah, ¿sí? —Erik miró a Laura y esta se encogió de hombros.

—Tuve que sobornarla de alguna manera.

Los tres nos reímos y la cría, al vernos, se unió a nosotros, aunque dudo que entendiera que era un soborno.

—Pues sí, Aki te va a comprar un helado. —Erik me miró y yo asentí con complicidad—. ¿Quieres un helado?

—¡Sí! —celebró Linda y levantó las manitas hacia mí para que la cogiera.

No la hice esperar, la cargué en mis brazos con gusto.

—¿Me das mi helado? —Me miró con los ojos castaños llenos de ilusión.

—Tenemos que ir a esa tienda de ahí. —Le señalé la heladería con el dedo—. ¿Vienes conmigo mientras el tío Erik y la mami se quedan aquí a esperarnos? —Asintió conforme—. ¿Tú quieres algo, Laura?

—Una botella de agua, por favor.

—Hecho.

Le guiñé un ojo y me alejé de ellos, con aquella niña en mis brazos que olía a rancio, jugueteaba con mi pelo y me ablandaba el corazón.



CAPÍTULO 47

Nueva Perspectiva

Erik

Laura no deja de parlotear mientras guarda las cosas de su maleta en la cómoda de la habitación de invitados. Estoy muy contento de escucharla y verla tan emocionada por estas vacaciones. La verdad es que me hace mucha ilusión que vea el lugar tan maravilloso donde vivo y conozca a Aki, entre otras cosas.

Después de hacerle un pequeño *tour* por la casa, hemos acabado los dos aquí, en la que será su habitación estas dos semanas, mientras Aki se ha llevado a la niña a la piscina para darnos un poco de intimidad. Eso es otra de las cosas que me encantan de él, es muy intuitivo y sabe cuándo tiene que darme espacio, cosa que agradezco enormemente.

—Esto es una pasada, cari. Me encanta todo. Ahora entiendo por qué no quieres volver.

—De momento, estoy bien aquí, no tengo intención de regresar, al menos a corto plazo.

—Lo entiendo. —Se sienta en la cama y me mira aún con la maleta medio deshecha y un trajecito de Linda en las manos—. Te veo más feliz. No sé si todo se debe a Aki o qué, pero me gusta.

—No, no es solo por él, aunque tiene gran parte de la culpa, no lo voy a negar. Tomar distancia me ha servido para reflexionar, aprender y cambiar mi perspectiva. Tener a la prensa y a mi hermano encima todo el día no ayudaba nada. Estaba muy enfadado con el mundo.

—Normal, lo que te pasó fue una putada, era para estar cabreado. —Me aprieta el brazo con cariño—. ¿Ya no estás enfadado?

Me tomo unos segundos para pensarlo, es una pregunta muy difícil.

—Creo que no o, al menos, no a ese nivel. A veces me frustro, claro que sí, pero no como antes. Ya no pienso *¿Por qué a mí?* Lo he cambiado por *¿Y por qué no a mí?* —Me encojo de hombros, no sé si me estoy explicando bien—. En mi cabeza, tiene sentido. Estar en silla de ruedas me ha hecho apreciar cosas de la vida en las que antes no reparaba. Me ha obligado a echar el freno para que le preste atención a todos esos detalles importantes que me estaba perdiendo. Es como si algo en mi cabeza hubiese hecho clic y lo estuviera entendiendo. ¿Me comprendes? No quiero ser más ese muerto viviente. Si estoy vivo, toca vivir, ¿no?

Laura se limpia un par de lágrimas antes de que se desborden de sus ojos con disimulo.

—¿Estás llorando? —le pregunto.

—Es que me emocionas. Creo que entiendo lo que quieres decir y me alegro mucho de oírlo.

—Aki ha sido un acelerador de todo. Me ha recordado que detrás de mi tetraplejia sigo siendo yo. Me ha hecho sentir que soy talentoso, útil e interesante. Joder, me ha subido la autoestima del suelo al techo con un chasquido de dedos el muy cabrón. —Sonrío de forma inevitable como cada vez que pienso en él—. Con Aki estoy comprendiendo lo que es

enamorarse, y eso es algo por lo que siempre le estaré agradecido.

Laura se lleva las manos al pecho con emoción.

—Y no tendrá un hermano gemelo por ahí, ¿no? Necesito uno así para mí, me estás dando mucha envidia —bromea.

—Tiene tres hermanos que ya te presentaré, todos guapísimos a su manera, pero no se parecen en nada a él. Haru es gay, Fuyu es muy parado; Aki dice que no ha tenido una relación en su vida, y luego está Natsu que para echar un polvo está bien, pero dudo que busque algo más que eso.

—Mierda, te quedaste con el mejor. —Me golpea en el hombro mientras chasquea la lengua—. ¿Y en la cama qué tal? ¿Cómo va el tema?

—Bueno, tener más de medio cuerpo paralizado tiene sus inconvenientes, como comprenderás. Pero lo disfruto de otra manera.

—Cambio de perspectiva —me cita.

—Cambio de perspectiva —le confirmo—. Aki tampoco es que sea un experto, nunca había estado con un chico y menos con uno como yo. —Me señalo con las manos—. Así que estamos aprendiendo a la vez.

—¿Aprendiendo a follar con la nueva perspectiva? —bromea y me saca una carcajada.

—Búrlate todo lo que quieras, envidiosa.

Se ríe y me da un abrazo.

—Ay, cuánto he echado de menos esa risa, cari.

—Y yo tus tonterías. Termina ya de guardar la ropa, que me estás poniendo nervioso con todo tirado. Te conozco y, como lo dejes para más tarde, esto se quedará así todo el mes.

Rueda los ojos en una mueca divertida y se levanta de la cama.

—Vaaale, qué coñazo eres. En eso no has cambiado nada.

—Es por tu bien.

—Vale, mamá, ya recojo —bromea y continúa guardando la ropa en el cajón.

—Había pensado que esta noche podríamos ir a cenar por ahí y, después, pasarnos por el bar de Haru para que conozcas a los hermanos de Aki. O cenar directamente allí. Haru ha puesto un karaoke y le debo una canción a Aki.

—¿Tú, cantando en un karaoke? Eso no me lo pierdo. Pero te recuerdo que tengo una hija de cuatro años ¿Qué hacemos con ella?

—Nos la llevamos también, la doctora Sparks tiene un hijo de cinco, pueden jugar juntos. Además, nos recogeremos temprano, tienes que estar cansada.

—Lo estoy, pero me apetece el plan.

—Genial, pues les pregunto a los chicos. Me han incluido en un grupo de WhatsApp donde están todos.

Laura sonríe y me mira divertida.

—¿Qué pasa?

—Nada, que me sorprende lo rápido que te has metido en la familia. Esto va en serio, ¿No?

—Esta familia es muy peculiar, ya te darás cuenta. Te dejo que acabes esto, voy a por mi móvil.

Laura asiente y yo me voy a mi habitación y cojo el móvil del escritorio donde lo había dejado. Sigo siendo lento en esto porque tengo que encargarme de que el teléfono se quede sujeto en una de mis manos mientras escribo con un dedo de la otra. Abro el chat ese que se llama «4 estaciones y un ingrediente extra» y escribo en él.

Ey, chicos. Ya están aquí Laura y Linda, ¿nos vemos para cenar en el Carpe Diem?

Natsu

¿El ingrediente extra proponiendo un plan? ¿Quién se ha muerto?

Fuyu

Natsu, ¿te has fijado que siempre eres el primero en contestar? ¿Estás todo el día mirando la pantalla o qué?

Natsu

Creo que lo del ingrediente extra no me termina de convencer. ¿Y si echamos a Fuyu y Erik se queda con el invierno? 😏

Fuyu

😏 Yo creo que le pega más el verano. Además es rubio, hasta os dais un aire.

Aki

Mi pecoso no se parece a Natsu 😏. Qué grima me acabas de dar.

Natsu

Claro que no, yo soy más guapo. 😏😏

Claro que no, yo soy más guapo.

Fuyu

¿Veis? Hasta contestan lo mismo.



Natsu



Aki

Más quisieras, Nat.

Natsu

Aki, tú no eres objetivo, el enamoramiento te nubla los sentidos. Tu opinión no cuenta.

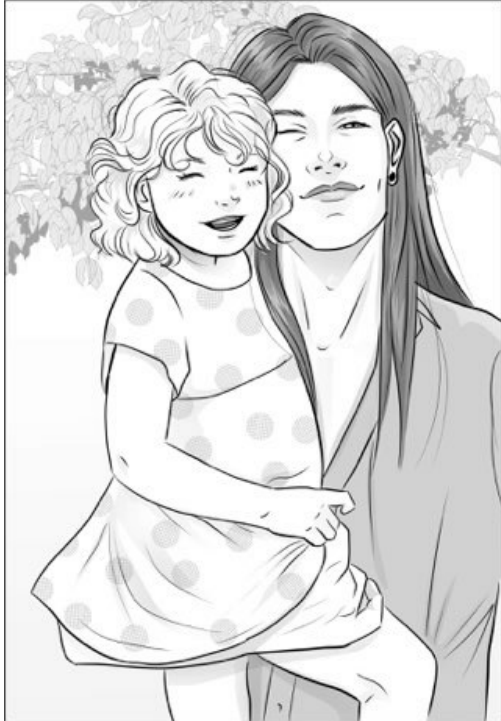
Aki

Claro que cuenta.

Aki, ¿tú no estabas vigilando a la niña?

Aki

Y en eso estoy



Haru

¡Oooh, qué mona! ¿Quién es esa niña? Esperad que os leo.

¡Oh, es Linda! Le viene genial el nombre.

Y, Natsu, no intentes echar a Fuyu, es el que mejor representa el invierno y estoy de acuerdo con Aki en que Fuyu es más guapo que tú.



Aki

Yo no he dicho eso, florecilla.

Natsu

Estábamos hablando de Erik y de mí. Pero la opinión de Aki no cuenta.

Haru

Ah..., es verdad. No, no cuenta.

Dejad de discutir sobre quién es más guapo y contestadme de una puñetera vez. ¿Cenamos juntos en el Carpe Diem o no?

Aki

Me apunto, obvio.

Haru

Aquí os espero.

Fuyu

Contad conmigo.

Natsu

Está bien, iré. Así, de paso, le pregunto a Laura quién es más guapo y salimos de dudas. 😏



CAPÍTULO 48

El karaoke

Aquella noche, Haru terminó cerrando el Carpe Diem al público y nos juntamos todos allí para cenar y para darles la bienvenida a Laura y Linda. Aparte de nosotros cinco y las dos chicas, se nos habían unido Jiro, Mattie, Jacquie y el pequeño Derek. Los críos corrían y jugueteaban por ahí mientras los adultos terminábamos de comer lo que nos había preparado Haru, que consistía en sándwiches, *onigiris*¹ y patatas fritas.

—Está todo buenísimo, Haru. Muchas gracias —dijo Laura con una sonrisa.

—No es nada. De hecho, los *onigiris* los he comprado en el súper de al lado —sonrió la florecilla e hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Ya sabía yo que eran de súper —bromeé.

—¿Por qué, están malos? —Me miró preocupado.

—Al revés... No te suelen salir tan bien.

Haru me sacó la lengua y nos acabamos riendo todos.

—Hablando de cosas buenas y perfectas —interrumpió Natsu—. Laura, voy a hacerte una pregunta importante y quiero que me contestes de forma sincera, ¿vale? —La aludida lo miró y asintió—. ¿Quién te parece más guapo, Erik o yo?

—Oh, ya estamos. —Jacquie, que estaba sentada a su lado, rodó los ojos de forma cómica—. Se nota que no tienes abuela.

—Shh, cálese, doctora Sparks. Esto es importante. —La miró Natsu llevándose un dedo a la boca y luego dirigió la vista a Laura de nuevo.

Jacquie meneó la cabeza divertida y se quedó pendiente de la respuesta de la chica.

—Vaya, es una pregunta muy «importante» —ironizó Laura y luego miró a Erik—. Este era el de *dudo que busque algo serio*, ¿no?

—Ajá, este es —confirmó mi chico.

—Oye, ¿qué vas diciendo tú por ahí de mí? —protestó Natsu.

—La pura verdad. —Erik se encogió de hombros.

—Pues volviendo a tu importante pregunta diré que Erik es más guapo. —Lo miró Laura con una sonrisa burlona.

—¿Lo ves?, si ya lo dije yo —intervine porque era verdad. No era que yo estuviera enamorado, que también, lo estaba, para qué negarlo a estas alturas. Pero mi pecoso era objetivamente más bonito.

—¡Bah! Tú tampoco eres imparcial, no cuentas. Estás a favor de tu amigo, claramente. Doctora, ¿tú qué opinas?

—Opino que si quieres que vote por ti deberías sobornarme con un cóctel o algo. No soy una mujer fácil.

—Estáis todos compinchados.

Se embarcaron en una discusión entre risas y voces y yo me quedé en silencio, observando con una sonrisa en la boca. Me gustaba aquello. Era nuevo, pero a la vez tremendamente familiar. Y me encantaba formar parte de ello. Me calentaba el cuerpo desde dentro y me hacía sentir más en casa que nunca. Los chicos y Erik se llevaban bien. Mis hermanos lo habían integrado rápidamente en nuestro pequeño círculo y lo trataban como a uno más de la familia. Por otra parte, Laura era un encanto, habíamos congeniado bien. Me contaba cosas de Erik que no sabía y que me hacían conocerlo más. Tenían una relación de amistad bonita y me gustaba verlo así de feliz... Ojalá se quedase para siempre, así Erik tendría un motivo más para no irse de Rakuen... Pero no, no lo haría. Llegaría el día en que Erik tendría que marcharse de la isla y yo no podría seguirlo. Eso me estaba carcomiendo desde dentro. No quería pensar en ello, lo tenía enterrado en lo más profundo de mi mente, pero, aun así, a veces me traicionaba a mí mismo y ese pensamiento volvía a la superficie de mi cerebro, como una pelota flotando en el mar. Noté como mi sonrisa desaparecía y las reconfortantes imágenes que sucedían frente a mí se desdibujaban mientras me sumergía en mi espiral de drama particular. Me quejaba de no poder salir de Rakuen, pero, en ese momento, estaba a miles de años luz, en una galaxia lejana, sufriendo por un futuro incierto y amargándome como el buen dramático que era en vez de disfrutar del presente que tenía ante mí.

—¿Estás bien? —La voz de Erik me trajo de vuelta. Se había inclinado hacia mí y me hablaba en un tono confidencial.

Lo miré a los ojos. Su ceño fruncido me indicó que estaba preocupado. Mierda.

—Sí, estoy bien.

—¿Seguro, bombón? No lo pareces.

Esa palabra, como cada vez que la usaba, me hizo sonreír. Pero sonreír de verdad, no como hacía un instante. Sabía que le costaban los apelativos cariñosos; es más, los consideraba ridículos y, por eso, que lo utilizara, era todavía más especial. No sé cómo lo hacía para cambiar mi humor con una sola frase y traerme de vuelta a la tierra, allí a su lado.

—Segurísimo —confirmé besando sus labios suaves y salados por las patatas.

—Bien, porque los chicos están encendiendo el karaoke y te debo una canción.

—¿Vas a cantar? —pregunté mientras sonreía divertido. Mi drama se había quedado en la galaxia lejana y allí lo pensaba dejar olvidado. En esa sala no había hueco para él.

—«Vamos» a cantar —recalcó—. Dijiste que ibas a compensarme y estoy deseando ver qué se te ocurre.

Una risa suave brotó de mi pecho.

—Joder, que presión —bromeé—. No soy tan imaginativo como tú. Ahora temo decepcionarte.

Me hizo un gesto para que me acercara y yo acorté los pocos centímetros que nos separaban. Él me susurró al oído:

—Dudo que tengas la capacidad de decepcionarme, Aki. —Su aliento me rozó la oreja, me acarició el cuello y me puso la piel de gallina.

Sus palabras me llegaron primero al corazón y luego unos tantos centímetros más abajo. No, no me refiero al estómago, baja más. Sí, justo ahí. Pero no era momento de pensar con la polla, estábamos reunidos y pasándolo bien, tocaba guardarse las ganas para más tarde.

La voz de Natsu a través del micrófono me hizo apartar los ojos de mi chico y mirar al escenario. Allí estaba mi hermano con su camisa hawaiana, unos vaqueros rotos y su inseparable

sombrero de paja, que siempre usaba en verano por si a sus orejas de felino le daban por aparecer. Cualquiera se vería ridículo con esas pintas, pero a Natsu le quedaba bien, porque era todo seguridad en sí mismo, como un león presumido.

—Esta canción, se la dedico a la única mujer que no me ha defraudado esta noche... Linda, va por ti.

Todos nos reímos al ver cómo la niña paraba de jugar y miraba al escenario extrañada al escuchar su nombre. Los acordes empezaron a sonar y la primera frase de la canción provocó el gritito de Haru.

—¡Ay, me encanta esta! —Se levantó y se apresuró a subir al escenario y coger el otro micrófono.

Cantaban «Linda Linda» de The Blue Hearts, un grupo de punk japonés que tuvo mucho éxito en los noventa y cuyo estribillo era el nombre de Linda repetido hasta la saciedad. Erik soltó una carcajada a mi lado.

—Y así es como tu hermano se acaba de ganar a mis chicas —bromeó—. No sé lo que dice, pero me gusta.

Acabamos todos cantando el pegadizo estribillo mientras Laura y Linda bailaban en medio del bar. La noche siguió así, más canciones, más bromas, más risas y, cuando ya habían cantado todos, entonces se animó el pecoso.

—Vamos, nos toca.

Vi cómo se acercaba a Haru y le decía algo al oído antes de subir al escenario. Subí tras él.

—¿Qué canción vamos a cantar? No me has dejado elegir.

—Ya lo verás.

—Lo mismo no me la sé.

Me sonrió con picardía.

—Te la sabes.

La música empezó a sonar y el ritmo de *reggae* llegó a mis orejas. Me reí en cuanto reconocí la canción y el micro amplificó mi risa. Pues nada, ya teníamos oficialmente canción, éramos unos moñas, pero lo aceptaba a mucha honra. Fijé la vista en Erik, quien me miraba con ojos divertidos, y, a continuación, cantamos la primera frase sin tener que mirar la letra.

I wanna love you...



CAPÍTULO 49

Lechuga poca

El resto de los días que Laura y Linda estuvieron en Paradise Island transcurrieron de una forma muy similar. No es que nos pasásemos todo el mes en el Carpe Diem cantando y comiendo sin hacer nada más. Hicimos muchas cosas diferentes: recorrimos la isla, disfrutamos del río, la piscina, la playa... Fuimos a la feria de verano vestidos con *yukatas*, vimos películas y tomamos vino, mientras contábamos anécdotas... Hicimos de canguros de Linda cuando Laura tuvo su noche de chicas con Jacquie (lo de Natsu no cuajó, para mi desgracia, ese verano estaba especialmente disperso). Jugamos al Monopoly, nos peleamos y le tuve que dar la razón a Erik en que ese juego era un destroza familias. Pero luego nos reconciliamos y eso también estuvo bien.

En resumen, lo habíamos pasado genial, tanto que me costaba recordar un verano en el que me hubiera reído así. Pero había llegado la hora de despedirnos y ambos estábamos en el mismo sitio donde recogimos a Laura y a su hija, en el puerto de Rakuen. Esta vez, despidiéndonos de las dos. Laura me abrazaba con fuerza mientras Erik acogía a Linda en su regazo y la hacía reír con cualquier tontería.

—Ha sido un placer conocerte, Aki. —Laura me apretó más fuerte y yo le correspondí de la misma forma.

—Lo mismo digo. Tienes que volver pronto.

Nos separamos, pero ella no rompió el contacto del todo. Dejó sus manos en mis hombros sin dejar de mirarme a los ojos.

—Le has venido de maravilla a Erik, nunca lo había visto así de bien. Y no hablo solo de después de la lesión, sino desde que somos amigos.

—Es todo mérito suyo, es un chico muy fuerte. A mí también me ha venido muy bien conocerlo —sonreí.

—Sí que es fuerte. —Lo miró un momento y luego volvió la vista a mí—. ¿Me prometes que cuidarás de él?

—Lo haré. Al menos, hasta que se harte de mí —bromeé.

—Si lo hace, avísame y le cantaré las cuarenta.

—Eh, vosotros, ¿qué cuchicheáis? —Nos interrumpió mi chico.

—Nada, le decía a Aki que lo he pasado genial y que la próxima vez tenéis que venir vosotros. Esto me encanta, pero viajar tantas horas con una niña de cuatro años se hace un poco pesado.

—Pues múdate, así no tienes que pasar por el viaje —dije en tono de broma por si colaba.

Laura se rio, y yo maldecí por que no hubiera colado.

—Ya... No creo que aquí pudiera ganarme la vida con mis clases de danza.

—¿Que no? ¿Qué necesitas?

—¿Alumnos?

—Pues cuenta conmigo, soy un desastre, pero al menos hago bulto.

Se volvió a reír, a pesar de que yo hablaba en serio. Si hacía falta, estaba dispuesto a ponerme unas mallas de esas ajustadísimas, unas zapatillas de *ballet* y aprender todos esos pasos en los que se ponen de puntillas. Pero dejé que pensara que seguía bromeando para que no me tomara por un loco.

—Qué mono eres. —Me acarició el brazo con cariño—. Pero no te vas a librar de ir a verme. —Me señaló con el dedo a modo de advertencia—. La próxima vez, vendréis vosotros, prometedlo.

—Que sí, pesada, iremos nosotros —intervino Erik—. Mirad, ahí está Jiro. —Señaló con un gesto de la barbilla.

Jiro se acercó, había ido a comprarse un pasaje para el ferri, ya que iba a acompañar a Laura y a Linda hasta el aeropuerto.

—¿Estáis listas, chicas?

—No, pero aun así tenemos que irnos —bromeó Laura.

—Sí, me temo que hay que embarcar ya —confirmó Jiro.

—Ah, Jiro, eres un aguafiestas —Ese fue Erik—. ¿A que sí, Linda? ¿A que Jiro es un aguafiestas?

—¡Eres un aguafiestas, Jiro! —rio la niña.

—Sí, sí, pero tenemos que irnos. —Se encogió de hombros el aludido.

Laura cogió a su hija y Jiro la ayudaba con la maleta. Nos volvimos a dar más abrazos y besos de despedida hasta que finalmente subieron al ferri. Observé cómo se alejaban por el mar mientras que en mi cabeza resonaba esa promesa que no iba a poder cumplir. «La próxima vez, vendréis vosotros, prometedlo».

—Aki, quita esa cara. —La voz de Erik me sacó de mis pensamientos.

—¿Qué cara? —Lo miré.

—Esa cara de lechuga pocha que pones. ¿Qué te pasa?

—Nada, no me pasa nada.

—Ya, ve a otro con ese cuento. A mí no me engañas. Te pasa algo, has estado poniendo esa cara desde que vino Laura. ¿Me lo quieres contar?

—Ah, ¿sí? ¿He estado todo el tiempo con cara de lechuga pocha? Pues menuda impresión se han tenido que llevar de mí —bromeé.

—No hagas eso —señaló.

—¿El qué?

—Eso de intentar esquivar el tema con una broma. Dime de una maldita vez qué te pasa. Es por lo que ha dicho de que vayamos a verla. ¿Es por eso?

Suspiré al saberme descubierto. Erik, para bien y para mal, me estaba empezando a conocer mucho.

—Vale, sí, es por eso. Me ha encantado conocer a Laura y que me cuente todas esas cosas de ti y de esa faceta tuya que no conozco, pero a la vez ha sido como un recordatorio constante de que tienes una vida más allá de esto. —Hice un gesto con mis manos abarcando la isla—. Una vida a la que querrás volver, aunque sea de visita, y yo no podré acompañarte.

Erik suspiró como si estuviera harto de escuchar eso.

—Aki, no tengo intención de volver a Nueva York, porque quiero estar aquí, contigo. Joder.

—Chasqueó la lengua, pero no en plan broma como otras veces, se estaba enfadando—. Te quiero y, ahora, este es mi hogar. ¡Tú eres mi hogar! Y, vale, tendré que viajar en algún momento, sé a lo que te refieres, pero estaré de vuelta antes de que te des cuenta.

Sonreí de forma escueta. Sabía aquello y yo también sentía lo mismo por él, pero eso no arreglaba el problema que teníamos.

—Vale —le di la razón aun así, no quería discutir más, no cuando no iba a solucionar nada.

Erik bufó como un gato molesto, se dio la vuelta y se alejó de mí tan rápido como su silla de rueda le permitía, o sea, mucho. Yo me apresuré y empecé a correr detrás de él.

—Espera, Erik, no te enfades.

—¿Qué no me enfade?! —Paró en seco y se giró a mirarme—. Te estás rayando por algo que no ha sucedido y no sabes si sucederá. Te he dicho que te quiero, que quiero estar aquí, contigo, pero parece que no te lo crees.

—Sí que me lo creo.

—No. ¡Cállate, déjame hablar! Entiendo tu postura, entiendo que estés alerta porque en el pasado cada vez que tuviste pareja esta terminó yéndose, y sé que tienes miedo de que eso vuelva a pasar. Pero no te has parado a pensar en lo que siento yo. —Se tocó el pecho con énfasis—. ¿Crees que yo no tengo miedo? ¿Crees que a mí no me da por pensar en que algún día envejeceré y dejarás de verme atractivo? ¿Que te cansarás de mí y empezaré a ser una carga más que otra cosa?

—Eso no va a pasar —afirmé con una seguridad que sentía desde lo más profundo de mi ser.

—¿Eso no lo sabes, Aki! No tienes manera de saberlo. ¿Y sabes qué? Está bien así. Está bien que no lo sepas porque así es la vida. La vida es impredecible y da igual que intentes anticiparte a lo que va a pasar, te va a seguir cogiendo por sorpresa. Yo tenía planes, ¿sabes? Desde pequeño, quería ser uno de los mejores bailarines del mundo. Y, joder, casi lo consigo. Pero mírame ahora, ¿de qué sirven todos esos planes que hice? Un día estaba llenando teatros y al otro postrado en una cama, hasta arriba de morfina, y respirando a través de un tubo enchufado a la garganta. ¿Y sabes qué he aprendido de todo eso? A no rendirme, a seguir intentándolo, porque si estás vivo es por algo. Hay que disfrutar el momento porque el presente es lo único que tenemos. Y me niego a amargarme la existencia pensando que llegará el día en que te hartes de mí, ya no más. Porque sé que, si ese día llega, lo terminaré superando como he superado un sinfín de baches del camino. Cuando se cierra una puerta, hay que buscar otra, pero siempre hay salida, Aki.

Me quedé mirándolo mientras sentía muchas cosas. Él seguía con el ceño fruncido y las mejillas sonrosadas por el berrinche. Yo tenía los ojos húmedos, pero la mente despejada. Como cuando alguien te da una bofetada para que reacciones de una vez. Eso había hecho Erik conmigo, pero en vez de sus manos había usado sus palabras cargadas de madurez y sabiduría. Sentí que lo admiraba aún más, que lo quería aún más... Él era una lección de vida presente ante mis ojos. Daba igual los años que le sacara, en ese momento, me sentí un niño tonto a su lado. Me acerqué y me puse en cuclillas junto a él mientras pegaba la frente en su hombro.

—Tienes razón.

—Así es como yo lo veo, Aki, pero, si no estás conforme, podemos dejarlo aquí.

Levanté la cabeza y busqué su mirada. Sus ojos estaban vidriosos, pero fijos en los míos.

—No quiero dejarlo aquí. —Negué con la cabeza para dar énfasis a mis palabras—. Quiero seguir con esto. Quiero seguir caminando a tu lado el tiempo que se me permita, y ayudarte con esos baches que estén por venir. Quiero ser tu apoyo y que tú seas el mío. Quiero seguir

aprendiendo de ti porque estoy seguro de que aún tienes mucho que enseñarme. Y, sobre todo, quiero crear recuerdos contigo para atesorarlos en mi alma si llega ese día en el que tengamos que separarnos. ¿Te parece bien? —le pregunté mientras secaba una lágrima furtiva que resbalaba por su rostro.

—Me parece estupendo. —Sonrió.

—Pues no habrá más caras de lechuga pocha, te lo prometo.



CAPÍTULO 50

The dancer

—¿Seguro que estás listo? —le pregunté a Erik antes de pulsar el *play*.

—Segurísimo. Creo que ha llegado el momento de reconciliarme con el pasado.

Lo abracé fuerte contra mí y besé su pelo. Ambos estábamos sentados en el sofá como muchas otras noches en las que nos poníamos a ver cualquier cosa en la tele.

—Vale, pero, si ves que es mucho para ti, avísame y lo paro.

—Que sí, venga, ponla ya.

No me hice de rogar más tiempo. Apunté con el mando a distancia y pulsé el botón para que iniciara el capítulo de la serie. La melodía de la cabecera pronto se apoderó del salón y las imágenes se sucedieron ante nosotros. Y ahí estaba mi chico, bailando al ritmo de la *intro* de *The dancer*. Obviamente no era ni la primera ni la segunda vez que veía aquella cabecera, pero todavía me emocionaba verlo sentir la música de aquella manera.

—Joder, los de maquillaje y vestuario hicieron un buen trabajo, me dejaron guapísimo —comentó. No lo vi, pero noté la sonrisa en su voz.

—Pero te taparon las pecas, mal hecho —observé.

—Me las taparon porque el actor que hacía del bailarín de mayor no tenía.

—Pues ya se la hubieran puesto a él.

—Tienes un fetiche raro con mis pecas.

—Es que te quedan muy bien.

—Shh, calla, que ya empieza.

Obedecí y ambos nos quedamos en silencio mientras veíamos por primera vez el capítulo de la serie en la que él había participado como bailarín. En ese episodio, Erik solo salía en un par de escenas de *flash back*, pero, para mí, fue lo mejor. Más aún porque Erik me pidió que lo parase y me contó cómo fue rodarlas, que hicieron un montón de tomas y que al principio el sudor era simulado, pero que al final terminó sudando de verdad y resultó ser una faena para los de maquillaje. Me gustó que hablara con total naturalidad de aquella experiencia y que no se refiriera a él como el *yo del pasado*. El pecosito había evolucionado mucho desde aquella noche en que lo conocí. Había resurgido de sus cenizas y se había vuelto más sabio, más fuerte y más bello.

Cuarenta y cinco minutos después, terminó el capítulo y lo pausé antes de que la plataforma reprodujera el siguiente de forma automática.

—¿Qué tal? ¿Cómo te sientes? —Le pregunté.

—Bien, no ha sido para tanto. Ya no me produce esa sensación que me producía antes el simple hecho de hablar del tema. Mentiría si dijera que no me dan ganas de ponerme a bailar en medio del salón, pero lo tengo asumido. Esa etapa pasó y aún me quedan muchas otras cosas por

experimentar.

—Bueno, lo de bailar en medio del salón lo podemos hacer, no a ese nivel. —Señalé la televisión—. Pero sí al mío, en plan ridículo —bromeé.

—Al menos tienes ritmo, algo es algo.

—Algo es algo. —Me encogí de hombros—. ¿Te has planteado volver a escribir?

—Ajá, de hecho, tengo algo en mente.

—¿Otra novela guarrilla? —Hice un gesto sugerente moviendo las cejas que le sacó la sonrisa.

—¿Para qué? ¿Para que termines pajeándote? —me picó.

—La culpa es tuya por escribir esas escenas. Eres muy creativo cuando quieres.

—Fue fácil, solo tuve que poner en palabras lo que quería hacerte y se escribió solo.

—¿En serio? No te creo. —Me reí, tenía que estar de guasa.

—Y tan en serio. ¿En quién te crees que me inspiré para el florista? En un principio, iba a poner que era el propietario de una tienda de té, pero pensé que sería una declaración de intenciones demasiado obvia. Así que, cambié las plantas secas por las plantas vivas y ya está. —Asintió con cara de suficiencia.

—Pero no nos parecemos... ¿o sí?... Mierda, ahora quiero leerlo de nuevo.

Erik soltó una carcajada que me dejó aún más confundido.

—Bueno, y si no es una novela romántica, ¿qué será?

Su sonrisa se dulcificó y sus ojos buscaron los míos.

—Quiero escribir algo más autobiográfico. Quiero contarle al mundo cómo ha sido mi experiencia de quedarme tetrapléjico y como ha cambiado mi perspectiva de la vida. Y si con ello llego a otras personas que están en mi situación y puedo ayudarlas, mucho mejor.

—Me parece una idea preciosa, Erik. Tienes todo mi apoyo... Mientras no cuentes la vez esa que nos pilló Jiro con las manos en la masa... O cuando Mattie nos interrumpió mientras... Ya sabes... Los chicos tienen mucha paciencia con nosotros —bromeé y él se rio—. ¡Qué vergüenza!

—O peor aún, la vez esa que te frotaste conmigo estando dormido —se burló el muy cabrón.

—Dios, cállate, todavía me pesa.

Guardé en mi mente el sonido de su risa llenando el salón, que terminó convirtiéndose en la banda sonora de aquel verano.

PARTE CUATRO

Otoño





CAPÍTULO 51

Esperanza

El otoño finalmente había llegado y, como en cada cambio de estación, estaba reunido con mis hermanos en la cabaña.

—Bueno, Aki, te paso el muerto —comentó Natsu—. ¿Qué vas a hacer este año? ¿Te vas a mudar aquí estos tres meses?

—No, ni de coña, prefiero quedarme en casa con Erik.

—Lo suponía —dijo Fuyu y rodó los ojos.

—Está claro, es que la mierda esta de la cabaña... Vale que tenemos que dar el pego de guardabosques, pero estamos conectados a la naturaleza, si pasa algo malo, lo sabremos. Aparte, el alcalde es un aliado y sabe de sobra lo que somos. La putada es que vosotros dos —Natsu nos señaló a Fuyu y a mí— no sabéis aguantar en forma humana mucho tiempo en vuestra estación.

—Ya, quiero ir mejorando eso —dije con un suspiro—. Lo que he pensado es pasar las mañanas aquí, darme una vuelta por el bosque, controlar los alrededores...

—Sí, así le haces compañía a Fuyu —interrumpió Haru mientras se agarraba al brazo de nuestro hermano.

—Tampoco es que me haga falta compañía —protestó el aludido.

—Sí, sí, te hace falta —lo calló la florecilla.

—En fin, lo que decía —volví a retomar la conversación—. Que me pasará por aquí por las mañanas y, por las tardes, volveré a la casa del río y dormiré allí.

—¿Y te vas a pegar el pateo diario? Tío, estás fatal, hay más de una hora de camino. Y en pendiente.

—Se te van a poner las piernas más duras que las de Madonna —rio Haru.

Me encogí de hombros en respuesta a la pregunta de Natsu. ¿Qué otra cosa iba a hacer? ¿Tendría que caminar? Pues caminaría, pero pasaba de estar los tres meses de otoño allí encerrado. Ahora tenía algo por lo que salir de la cabaña, algo que me animaba a levantar el culo de la silla y ponerme en marcha. La cabaña no estaba preparada para Erik, así que me tocaba pegarme el pateo, como decía Natsu. Pero ya se sabe lo que dicen, sarna con gusto no pica.

—Tío, ¿lo has pensado bien? Con lo dado que eres a la lluvia... Ya me imagino el panorama. El *dramas* este echando de menos al rubiales, en consecuencia, habrá lluvia y, después, se calará hasta los huesos de camino a casa.

—No seas exagerado. Este año tengo la sensación de que va a llover menos —protesté—. Y si llueve, será de esa lluvia agradable, de la que se disfruta.

Tampoco es que fuera a ponerme triste por no estar con Erik por las mañanas, a Natsu le gustaba mucho magnificar las cosas.

—¿Lluvia agradable? Tío, eso no existe. ¿Sabes qué? Quédate con mi todoterreno estos

meses. —Se sacó la llave del bolsillo y me la puso en la mano.

Las observé y luego miré a mí hermano de nuevo. Tenía una media sonrisa en la boca, como si lo que estaba haciendo no tuviera importancia, cuando claramente estaba ayudándome. Así era Natsu.

—¿Me lo dejas? ¿No lo vas a necesitar?

—No, no creo, este año pasaré de buscar olas por otra zona, me quedaré en la playa que tengo frente a mi choza. —Se encogió de hombros.

—Vale, muchas gracias, te debo una. —Le di un apretón en el hombro—. Sabes que tengo el carné caducado, ¿verdad?

—Pff. ¿Y quién te va a parar? Sabes conducir, con eso basta.

—¡Que bien! Pues todo solucionado. —Haru dio un par de saltitos de celebración y luego se me tiró encima para abrazarme.

—Bueno, pues ya está todo dicho. ¿Echamos una partida? —propuso Natsu.

—Vamos —Fuyu hizo un gesto con la cabeza hacia la tele del salón en la que tenía conectada la consola.

—Yo tengo que volver al Carpe Diem, hoy entra un empleado nuevo —anunció la florecilla.

—Voy a hacer té. Tómate uno y luego te vas —le propuse.

—Está bien. —Sonrió.

Fui a la cocina y empecé a hervir agua con el sonido de las voces de mis hermanos de fondo. Aquel año, no tenía esa sensación deprimente que me entraba al principio de mi estación, como los niños cuando tienen que volver al colegio después de las vacaciones. Para mí, ese septiembre era como si aún fuese verano. El verano, con Erik a mi lado, había sido fantástico y tenía la esperanza de que estos tres meses junto a él serían igual.

Pero no había que olvidar que el otoño es el otoño, es la estación en la que todo termina, la melancolía corriendo a raudales por las venas y echando raíces en lo más profundo de tu ser. La pérdida, la nostalgia, la tristeza...



CAPÍTULO 52

Aquella mañana, me despedí de Erik después de desayunar juntos, como se había vuelto costumbre. Era la segunda semana que ponía en práctica mi plan de estar por las mañanas en la cabaña y por las tardes en casa y, de momento, lo llevaba bien.

Subí al todoterreno de Natsu y conduje hasta mi destino por el camino de tierra que llevaba hasta allí. Todavía hacía calor, pero la temperatura estaba empezando a descender adaptándose más a mí, cosa que agradecía. Nada más bajar del coche, me encontré a Fuyu saliendo de la casa, vestido con ropa de verano. Iba con un petate al hombro y una sonrisa en los labios.

—¡Ey! ¿Dónde vas? —lo saludé.

—He quedado con Haru, hoy es su día libre. Vamos a ir de compras por el pueblo y me quedaré en su apartamento.

—¿Solo esta noche? —Levanté una ceja observando la gran bolsa que llevaba al hombro.

—No, también le echaré una mano en el Carpe Diem. Como tú no irás allí en esta estación, necesita a alguien que lo ayude. Al menos hasta que el chico nuevo se habitúe.

—Entiendo. Pues nada, pasadlo bien. —Le di un par de palmadas en la espalda.

—Tú también.

—Sí, de maravilla —bromeé.

—Bueno, te dejo. Si necesitas algo, avisa.

—Vale.

Entré en la casa una vez que Fuyu se hubo ido y aproveché para ponerme a preparar las hierbas para las infusiones. En primavera, recogía algunas plantas aromáticas y las dejaba secar durante el verano. Comprobé que estaban en el punto de secado adecuado y me puse a prepararlas para su almacenaje. La verdad era que me gustaba hacer combinaciones diferentes y descubrir nuevos sabores.

Estaba distraído, tanto que pasaron unas cuantas horas sin darme cuenta hasta que terminé de prepararlas. Las metí todas en saquitos de papel y las dividí en tres partes: las que me llevaría a casa, las del Carpe Diem y las que dejaría allí en la cabaña. Luego decidí dar una vuelta por los alrededores para recoger setas y mandarinas y llevárselas a Erik para cenar. Tenía los brazos cargados con la anaranjada fruta cuando sentí un mal presentimiento. Como una especie de energía rara que me recorrió la columna y me estremeció el cuerpo. Metí los frutos en una bolsa y me senté en el suelo con las piernas cruzadas. Cerré los ojos, respiré hondo y expandí todos mis sentidos. Tenía que asegurarme de a qué venía ese mal rollo. Quizás un par de animales peleando en el bosque, un incendio o vete tú a saber. Pero no, por más que buscaba y buscaba no sentía nada extraño. Lo dejé pasar, ojalá no lo hubiera hecho, pero así fue. Pasé el tiempo que me quedaba recolectando vegetales hasta que fue hora de volver a casa.

Cuando estuve cerca de la cabaña y mi móvil se conectó automáticamente al wifi, empezó a sonar como si me estuviesen entrando muchos mensajes. De nuevo la sensación de mal rollo me recorrió la espalda. Saqué el teléfono del bolsillo y vi que eran mensajes con llamadas perdidas de Erik. Me había llamado cinco veces, por WhatsApp, pero en aquella zona no tenía cobertura, me quedaba sin señal y de la única forma que podía comunicarme era a través del wifi de la cabaña. Abrí la aplicación y leí un mensaje de él.

Erik

Aki, ven a casa rápido, te necesito.

Una angustia se me instaló en el pecho y un miedo irracional me invadió por completo. ¿Y si le había pasado algo al pecoso? Ni siquiera perdí el tiempo en llamarlo, dejé todo allí, todo lo que había estado preparando esa mañana para llevarme a casa. Las infusiones, las frutas, las setas... Nada de eso importaba. Me subí al coche y conduje dándome toda la prisa que me era posible.

Cuando me bajé del todoterreno, el cielo ya estaba completamente encapotado, en sintonía con cómo me estaba sintiendo en ese momento. Joder, que no le hubiera pasado nada...

—¿Erik?! —grité al entrar en casa como un huracán.

Mattie apareció bajando las escaleras a toda leche con expresión... No sabía qué maldita expresión era aquella, pero buena no era. No me hizo falta preguntar, señaló la puerta del cuarto de mi chico.

—Está en su cuarto.

Estaba tan asustado que no me percaté de que ese día no le tocaba a Mattie estar allí, sino a Jiro. Corrí hasta nuestra habitación y entré sin preguntar. Me lo encontré sentado frente al ordenador con los ojos hinchados, mientras Jiro iba metiendo ropa de Erik en una maleta. Sentí vértigo, mucho vértigo, y entonces empezaron a caer las primeras gotas de lluvia.

—Aki... —dijo Erik. Sus ojos clavados en mí se llenaban por momentos de lágrimas.

—¿Qué ha pasado? —pregunté y me acerqué a él rápidamente.

En cuanto estuve a su lado, me abrazó del cuello y empezó a llorar desconsolado. El clima lo acompañó en su tormenta y las gotas de lluvia se incrementaron.

—Será mejor que os deje solos. —Jiro se retiró para dejarnos intimidad y yo correspondí a mi chico. Lo sostuve en mis brazos mientras intentaba calmar su dolor.

—¿Qué ha pasado? Cuéntame, bombón. ¿Qué ha ocurrido para que estés así? —pregunté con suavidad al mismo tiempo que le frotaba la espalda.

—La-Laura... —gimoteó con voz cortada.

—¿Laura? ¿Laura, qué? ¿Le ha pasado algo? —Me separé un poco de él, lo sujeté por los hombros y lo miré a los ojos.

No le salía la voz, pero me respondió con un asentimiento de cabeza. Lo volví a abrazar con fuerza y le di el tiempo que necesitaba para recomponerse. Cuando el llanto cesó, se separó de mí y me miró con unos ojos llenos de pesar. En lo más profundo de mi ser, supe lo que había pasado, pero no quise hacer conjeturas hasta que no lo oyera de sus labios.

—Laura... Ella ha tenido un accidente... Ha muerto.

Maldije internamente al ver mis suposiciones cumplidas. Pensé en ella, en su hija y se me

encogió el corazón. Volví a abrazar a Eric, ahora era yo el que buscaba consuelo en sus brazos.

—Lo siento mucho, Erik.

—Me han llamado del hospital... Ella todavía guardaba mi número como contacto de emergencia... Ha sido por un accidente de tráfico. Iba en la bici y... Tengo que ir, Aki, tengo que ir.

Me separé de él y cogí su cara entre mis manos. Sequé sus lágrimas con los pulgares y dejé que las mías corrieran libres por mi rostro.

—Claro que tienes que ir. Dime, ¿qué necesitas que haga? —Me levanté y miré su maleta sobre la cama a medio hacer.

—Necesito que vengas conmigo... Pero me vale con que me ayudes con la maleta.

Mi alma se partió en mil pedazos y el cielo rompió a llorar desconsolado.



CAPÍTULO 53

Despedida

Después de preparar el equipaje, acompañé a Erik hasta la bahía. Mattie y Jiro irían con él a Nueva York, y yo me quedaría en la isla sin poder acompañar a mi pareja en uno de los momentos más difíciles de su vida. Me sentía como la mierda, pero estaba intentando contener mis emociones todo lo posible para no provocar un temporal que entorpeciera su marcha. Solo faltaba eso. Que, en vez de ayudarlo, fuera un lastre.

Nos apeamos del coche que tenía Erik adaptado a su discapacidad y que conducía Mattie. Los ayudé a subir el equipaje al ferri y nos despedimos mientras intentaba protegerlo de la lluvia con un paraguas.

—Lo siento, siento no poder acompañarte —susurré, cerré los ojos y pegué mi frente a la suya.

—No es culpa tuya, Aki... Cosas de yosei, ¿recuerdas? —Asentí con todo el dolor de mi corazón y besé sus labios sabiendo que quizás no los volvería a besar en mucho tiempo.

—Lláname cuando llegues, ¿vale? Mantenme informado.

—Sí, te llamaré. —Me besó de nuevo—. Y no te preocupes, pienso volver. Cuida de nuestra casa y de Calabaza en mi ausencia.

—No lo dudes.

Nos miramos a los ojos con muchos sentimientos impresos en ellos: miedo, duda, cariño, pesar, amor...

—Te quiero, Erik.

—Y yo a ti, Aki.

Su sonrisa triste me quebró más todavía e hizo que me costara un terrible esfuerzo bajar del ferri, pero finalmente lo hice y me quedé en el puerto observando cómo la embarcación se alejaba de la isla. No me monté en el coche hasta que la perdí de vista. Arranqué y conduje hasta casa...

«Casa». Sin él, no era nada, solo un edificio vacío.

Me quedé observándola cuando bajé del coche con la lluvia cayendo sobre mí. Qué irónico, cuando lo conocí, me molestó que se hubiera apropiado de MI casa, pero, ahora que no estaba, no podía sentir aquella vivienda como mía.

Mi hogar, mi casa, era él.

No pude aguantarlo más y el maremoto de emociones que estaba conteniendo salió a flote y la lluvia se multiplicó por cien y se impregnó de violencia. Me sentía impotente, enfadado con el mundo, con la vida, con la Diosa... No era justo, para ninguno de los dos. Yo no me merecía esa cárcel y él no se merecía una pareja que no pudiera acompañarlo en su dolor. La ira nubló mis sentidos y, antes de que me diera cuenta, estaba subido en el todoterreno de Natsu conduciendo

montaña arriba hasta que el terreno no me permitió ascender más.

Me bajé del coche y sentí mis pies hundirse en el barro. El temporal no amainaba, pero me daba igual, nada iba a pararme. Seguí subiendo ladera arriba, al mismo tiempo que luchaba contra el clima y contra mí mismo. En mi cabeza, solo existía un destino y tenía que llegar costara lo que costase.

Vale que no pudiera salir de la isla, pero al menos le gritaría a la Diosa hasta quedarme a gusto. En ese momento, la odiaba, odiaba a Yamanba con todo mi ser y necesitaba que ella estuviera al tanto de cuánto me estaba haciendo sufrir.

Cuando llegué al templo, lo encontré igual que siempre. Hacía muchos años que no iba allí, tantos que no podría decir una fecha exacta. Pero todo seguía en su lugar, en perfectas condiciones, como si el paso del tiempo no hiciera mella en él. Sin duda, se debía a la magia de la Diosa y eso me hizo saber que aún estaría allí para escucharme. Crucé su pequeña muralla y entré en el patio. El enorme árbol de raíces retorcidas seguía en su lugar. Imponente, majestuoso, como si no le afectara ni un ápice la tempestad que mis sentimientos estaban provocando. Me derrumbé de rodillas junto a él y empecé a golpear su tronco con mis puños mientras lloraba desconsolado y miraba hacia abajo.

—¿Por qué? ¿Por qué me haces esto, Yamanba? ¡No quiero esto! ¡No quiero tu poder! ¡Nunca te lo pedí, joder!... Nunca te lo pedí. —Mi voz se quebró hasta que solo quedó el sonido de mi llanto mezclándose con el de la lluvia.

Estaba agotado. De repente, se me había ido toda la fuerza y notaba mi cuerpo laxo y débil. Ya no quedaba ira, solo pesar, resignación, dolor... Y un fuerte sentimiento de pérdida.

—Mi niño... Sabía que tú serías el primero en pedírmelo. —Levanté la cabeza cuando oí la gastada voz de la diosa.

La imagen de Yamanba se materializó frente a mí. Allí estaba, con el mismo aspecto de siempre: anciana, etérea y con esa sonrisa amable que calmaría al mismísimo diablo. Se acercó a mí y me acunó el rostro en sus huesudas y largas manos. Estaban cálidas a pesar de la fría lluvia.

—No lo soporto más, madre, no lo soporto más —susurré con voz trémula y aparté la mirada de sus ojos sabios.

—Y no tienes que soportarlo, mi niño. Esto no se trata de eso, esto no es una prisión. Os ofrecí un propósito de vida hasta que vosotros mismos encontrarais el vuestro. Siempre supe que serías el primero en dejarlo. Eres el más maduro de los cuatro, el más emocional... El más humano.

La contemplé sin entender muy bien lo que me quería decir.

—Solo tienes que pedirlo, Aki. ¡Dime que quieres ser humano y lo serás! Ya has servido a la isla muchos años, serás libre si así lo deseas.

No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Podía renunciar? ¿Así de fácil? Eso no lo sabía. No tenía ni idea de que cabía esa posibilidad.

—¿Puedo renunciar? —pregunté dando voz a mis pensamientos—. ¿Y qué pasará con la isla? ¿Qué pasará con el otoño?

—Dejaremos que el espíritu del ciervo se ocupe de ello. —Sonrió—. Pero tus poderes desaparecerán. Te convertirás en un mortal más, ya no tendrás esa conexión especial con la isla. Piénsalo bien, piensa si el amor que sientes por ese hombre es más grande que todo esto.

No me hizo falta pensarlo mucho. Hacía tiempo ya que la inmortalidad me pesaba. Que envidiaba la vida de los humanos. Erik fue el incentivo perfecto para terminar de decidirme. Asentí con decisión.

—Quiero hacerlo, Yamanba. Quiero ser humano y estar con él.

Sonrió de forma cálida.

—Veo la seguridad en tus ojos y noto el amor sincero en tu corazón. Que así sea, mi niño.

Se acercó a mí aún con sus manos sobre mi rostro y me besó la frente. Cerré los ojos. Sentí como una fuerte energía recorría mi cuerpo y se desprendía de mí. La lluvia paró de repente y abrí los ojos. Ella ya no estaba. Ya no sentía esa conexión con la isla tal como me había advertido, ya no notaba cada parte de Rakuen como si fuera parte de mi ser. Me sentía extraño, como si me faltase algo, pero, al mismo tiempo, libre... Aliviado. Con un peso menos sobre mis hombros.

Noté una presencia a mi lado que me hizo mirar en esa dirección. Me levanté del suelo rápidamente cuando vi al enorme ciervo. Era de gran tamaño, señorial y me miraba fijamente. Su cuerpo era etéreo, translúcido y brillaba con una luz bronce preciosa. Lo reconocí de inmediato. Cómo no hacerlo si lo había llevado conmigo desde que tenía uso de razón. Se acercó a mí, despacio pero sin miedo, y frotó su cabeza sobre mi pecho. Lo abracé con fuerza para despedirme de él.

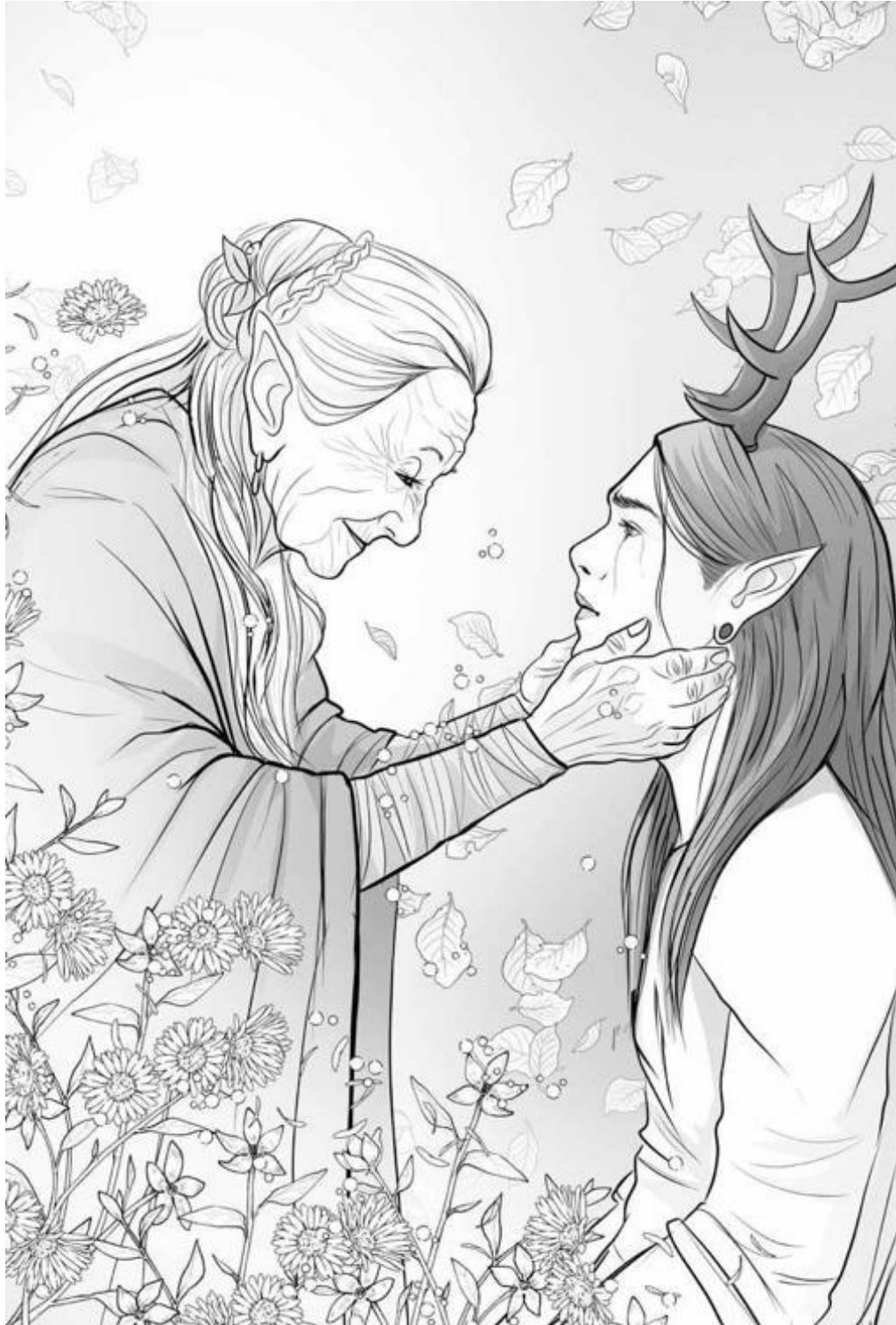
—Adiós, chico, fue un placer convivir contigo, pero ahora me toca avanzar y tengo que hacerlo solo. Deséame suerte.

Acaricié sus astas con cariño y besé su cabeza. Después de eso, se alejó de mí sin titubear y lo observé adentrarse en la naturaleza hasta que su luz desapareció en ella.

Ya está, ya estaba hecho.

Me sequé las lágrimas y sonreí. Primero de forma escueta para acabar riendo abiertamente de alegría como un loco. Me sentía abrumado por tantas emociones, pero no podía perder el tiempo.

Era libre y tenía algo que hacer.





CAPÍTULO 54

Natsu

—¡Maldito *dramas*! Ya me va a estropear la tarde.

Esa fue mi reacción al ver el cielo ponerse más gris que la barba de Gandalf. Estaba metido en el mar, con mi tabla de surf, aprovechando el estupendo día que hacía. En realidad, había ido a la playa con la esperanza de desconectar un poco. Hacía días que me molestaba la ausencia de ella, y pensé que sobre la tabla me distraería un poco de su recuerdo, pero eso no ocurrió y menos ahora que mi hermano el *dramas* lo había estropeado todo, y ya estaba tardando, la verdad... Llevábamos dos semanas de otoño en las que el cielo había estado despejado y el sol había brillado radiante. Pero no nos engañemos, que siguiera así el clima era mucho pedir a Aki.

Chasquéé la lengua molesto y me salí del agua cuando noté la primera gota sobre mi rostro.

—Que *waterparty* eres, cabrón —me quejé para mí, aunque él no pudiera oírme.

¿Que podía quedarme en el mar? Pues sí, no te voy a quitar la razón. Unas cuantas gotas de lluvia no eran motivo para no hacer surf, pero no era mi rollo. A mí me bastaba con el agua del mar para mojarme, la lluvia sobraba. Además, conocía a Aki y sabía que eso solo era el comienzo. Dejé la tabla en el porche, apoyada contra la pared y entré en casa. Me daría una ducha para entrar en calor y me pondría a ver un capítulo de algo. No perdí más tiempo y eso hice, sobre todo porque empezaba hacer un frío del carajo.

Cuando salí del baño, la lluvia se había intensificado. Resoplé, aunque era lo que me esperaba. Aun así, me extrañó un poco porque pensaba que este año, al estar con Erik, Aki tendría menos recaídas depresivas. Pero se ve que habrían discutido o algo porque, desde luego, esa lluvia no era de la buena. Sí, también había lluvia *buenrollera*, aunque no me escucharás decirlo muchas veces, pero esa era de la chungu.

En fin, pasé del drama de mi hermano y me puse a ver un capítulo de la serie que estaba siguiendo, mientras comía un tazón de cereales para reponer fuerzas.

Me vi un par de capítulos e iba por el tercero cuando la lluvia se volvió violenta y se armó esa tempestad del tipo de las que los telediarios ponían nombre. La bauticé mentalmente como Bambi, pero, fuera coñas, empecé a preocuparme. «¿Qué coño te pasa, Aki?». Me asomé al porche. El cielo había mutado del gris al negro, la lluvia caía como un manto de agua y el mar estaba bravo como si Poseidón estuviese luchando con otros dioses. Entré en la casa de nuevo, cogí el móvil y escribí en el grupo que teníamos los cuatro.

Aki, espero que hagas las paces con el pecoso pronto porque, como sigas así, una ola se va a tragar mi casa.

Esperé unos segundos mirando la pantalla, pero nadie contestó. ¿Qué coño estarían haciendo esos tres especímenes? Lo llamé, pero tenía el móvil apagado. Me concentré en su energía un momento y lo noté subiendo la montaña. Seguramente se habría ido a la cabaña después de la discusión y no tendría cobertura hasta llegar allí.

Me senté de nuevo y me puse otro capítulo de la serie para distraerme, ya me llamaría cuando viera mi llamada perdida. Pasaba de agobiarme.

Entonces, de repente, la lluvia paró y dejé de sentirlo. Dejé de sentir a Aki. Y me agobié, me agobié mucho. Por más que buscaba mi conexión con él, no la encontraba. Sentía el espíritu del otoño, pero no la energía de mi hermano. Era como si le hubiesen arrancado su parte humana. Como si hubiera... muerto. Joder, joder, joder. Empecé a ponerme nervioso, me llevé las manos a la cabeza mientras me movía de un lado a otro como un maldito león enjaulado. Sentí un vacío en mi pecho muy *heavy*. Cuando decía que Aki era mi hermano favorito, aunque lo dijera en plan coña, era la pura verdad. Para mí, él era el ancla que se encargaba de que no me fuera a la deriva. La persona a la que recurría cuando las cosas se ponían mal. Quien estaba ahí para cuidarnos sin que nosotros se lo pidiéramos. Mi hermano mayor, mi figura materna y paterna... Me sentí huérfano de repente. Y empecé a hiperventilar como un gilipollas.

Cogí el móvil y lo llamé con insistencia, pero seguía fuera de cobertura. Entonces lo intenté con Haru. La florecilla me contestó al segundo tono.

—¿Sí?

—Haru, dime que sientes a Aki... He dejado de notar su presencia, ¡joder!, dime qué tú la notas.

Unos segundos de silencio y luego el llanto de Haru.

—Nooo, ¿dónde está? ¿Dónde está Aki? ¿Fuyu, tú lo sientes? —Oí que le preguntaba a mi otro hermano y este negaba con voz seria—. ¡Natsu, Natsu! ¡Fuyu tampoco lo siente! ¿Qué está pasando? —sollozó.

—No lo sé, joder. Pero no me pienso quedar aquí, voy a la casa del río a buscarlo.

—Nosotros también vamos para allá. Nos vemos allí.

Colgué, me puse las zapatillas de deporte y salí de casa como alma que lleva el diablo. Corrí más que nunca en mi vida. Era la primera vez que sentía tanto miedo.

Cuando llegué, allí no había nadie. Ni Aki, ni Erik, ni ninguno de los asistentes de este. Estaba su coche, pero no el todoterreno. Di la vuelta a la casa y entré por la puerta trasera usando la llave que escondían en una de esas piedras falsas. Me recorrí la casa de arriba abajo, pero allí no había nadie. Volví a salir al porche y vi al gato resguardado en una de las sillas. Iba a preguntarle al minino que mierda había pasado, pero oí el sonido de mi *Jeep* y fui corriendo a la parte delantera de la casa.

Suspiré aliviado al ver a Aki bajarse del coche. Estaba hecho un asco, mojado de pies a cabeza y lleno de barro hasta las rodillas, pero estaba, y eso era lo importante.

—¡Joder, qué puto susto me has dado, cabrón!



CAPÍTULO 55

El viaje

—¡Joder, que puto susto me has dado, cabrón!

Natsu se me abalanzó encima y me abrazó con fuerza. Me sorprendió porque mi veraniego hermano no era muy dado a tales muestras de cariño.

—Joder, menos mal que estás vivo. ¿Qué coño ha pasado? —Me observó con atención mientras me sujetaba por los hombros—. ¿Por qué no puedo notar el espíritu del otoño en ti? —Su cara cambió al entenderlo antes incluso de que me diera tiempo a explicarlo—. ¿Cómo...? —Ladeó la cabeza sin dejar de observarme.

—Ha sido la Diosa. Ahora soy humano.

—¡¿Qué!?! —Esquivé a Natsu y me dirigí hacia la casa—. No, espera... ¡¿Qué?! ¿Y te quedas tan pancho? ¿No me lo vas a explicar? No sabía que la Diosa pudiera hacer eso. —Comenzó a andar detrás de mí.

—Ni yo tampoco, pero no tengo tiempo, Natsu, Erik...

—¡Aki! —El grito de Haru me interrumpió.

Vino corriendo hacia mí y se me abalanzó tan fuerte que casi me tira al suelo.

—¡Estás vivo, estás vivo! —exclamó mientras me abrazaba y lloraba.

Luego vino Fuyu e hizo lo impensable. Se abrazó también a nosotros dos y luego se le unió Natsu. En ese momento, cuando me encontraba enterrado entre los brazos de mis tres hermanos, caí en la cuenta de que les habría dado un susto de muerte. Había estado tan afectado y pendiente a Erik que no me había dado tiempo de avisarlos.

—¡Ey, chicos! Estoy bien, no preocuparos. Vamos, entremos en casa y os lo explico todo mientras me cambio de ropa y hago la maleta.

—¿La maleta? —Preguntó Haru alarmado separándose de mí para observarme la cara.

—Sí, vamos, os lo contaré.

Finalmente me hicieron caso y pasamos a la casa. Les fui explicando todo mientras me preparaba para irme. Les conté por qué Erik se había ido, lo que había pasado con la diosa y que me disponía a coger el último ferri para ir tras él.

—Joder, pobre chica —se lamentó Natsu con apenas un susurro—. Tenía toda la vida por delante.

—Dale nuestro pésame a Erik cuando lo veas —gimoteó Haru mientras se secaba las lágrimas de la cara—. Y muchos abrazos.

—Pero vais a volver, ¿no? —preguntó Fuyu.

Pues no lo sabía. Ni siquiera me había parado a pensarlo. Pero allí estaban todas las cosas de Erik, él dijo que volvería, así que decidí decir eso para tranquilizar a mis hermanos.

—Sí, sí, volveremos. Os mantendré informados.

—¿Has cogido el pasaporte? —Ese fue Haru.

—Sí, lo llevo en la mochila.

Sonrió al saber que uno de nosotros al fin le daría uso. Y menos mal que lo tenía, si no todo sería más complicado.

—Pues, si lo tienes todo, vámonos ya, quedan quince minutos para que salga el último ferri.

—Natsu movió las llaves de su coche en la mano.

—Sí, lo tengo todo.

Solo llevaba una mochila con una muda, dinero, la documentación y el pasaporte. Con eso tenía suficiente. Si me hacía falta algo más de ropa, se la pediría a Erik o me compraría algo allí.

Me despedí de Haru y Fuyu y me fui con Natsu hasta el puerto. Aparqué cerca y me acompañó hasta el muelle.

—Adiós, tío. Sé que es un mal momento para decir esto, pero disfruta de la libertad.

—Sí, no es un buen momento, no. —Sonreí y lo apreté entre mis brazos—. Échales un ojo a esos dos mientras no estoy. Y cuida de la casa y de Calabaza, las llaves están...

—Que sí, que sí. Vete ya. —Me empujó—. Qué envidia me das, cabrón... Vas a salir de la isla. Dale un abrazo al ingrediente extra y no dejes que se ponga más triste de la cuenta.

—Se lo daré. Adiós, Nat. Gracias.

—Vete ya, anda. —Me echó con un gesto de cabeza.

Subí al ferri y emprendí mi nuevo camino. Al cabo de un rato, descubrí qué era eso de marearse en un barco. Me sentó fatal el trayecto y terminé echando la pota en dos ocasiones, a pesar de que no había comido nada desde la mañana. Cuando estuve más relajado, aproveché y llamé a Erik. Tenía que decirle que iba para allá.

—¿Sí? —contestó.

—¿Aún estás en el aeropuerto?

—Sí, el vuelo no sale hasta dentro de dos horas.

—Vale, pues espérame, voy para allá.

—¿Cómo que vienes para acá? ¿Qué quieres decir? —Su voz sonó confusa.

—Pues justamente eso, Erik. Ya no estoy atado a la isla..., la Diosa me ha liberado.

—¿Qué? ¿Estás seguro?

—Y tanto que lo estoy, voy montado en el ferri y veo lo que calculo será el puerto de Kanazawa. —Pude oír cómo cogía aire con fuerza y después de eso la voz le salió estrangulada—. Pero, ¿entonces, tú...?

—Shh, no te preocupes por nada. Luego te lo explico bien, ¿vale? Vamos a tener horas de vuelo de sobra. Y, a todo esto... ¿Puedes comprarme un billete?

Se rio nervioso.

—Joder, mierda, sí, espero que haya.

—Vale, luego te llamo. Hasta ahora, bombón.

—Hasta ahora.

Cuando bajé del ferri, me sentí perdido. Me conocía Rakuen como la palma de mi mano, pero aquello era completamente nuevo para mí y, por un momento, me abrumé al pensar que tenía que llegar al aeropuerto y no tenía ni idea de cómo hacerlo. Por suerte, encontré a un señor amable que me indicó la dirección de una parada de taxis, así que fui caminando hasta allí, pero o en

Kanazawa los taxis eran diferentes a los de Rakuen o allí no había ninguno. Decidí acercarme a la señal por si encontraba alguna información adicional o algo de los horarios. Vi a una mujer que estaba allí plantada, mirando el cartel con el ceño fruncido. Era muy guapa e iba vestida de forma elegante, como de ejecutiva. Llevaba unos zapatos de tacón alto, pero, aun así, se apreciaba que era de estatura baja. Sujetaba un cigarrillo en la mano a la vez que chasqueaba la lengua y repiqueteaba nerviosa con el pie. Dio una calada y luego fijó su mirada esmeralda en mí. Recordé que me había olvidado la pipa y el tabaco en casa... Bueno, qué más daba.

—Hola, ¿por casualidad sabes japonés? —preguntó achinando los ojos con interés.

—Sí, sé japonés.

—Ay, joder, gracias a los dioses. Y encima habla mi idioma —susurró lo último como para ella misma—. Genial, ¿puedes decirme qué pone aquí? —Señaló la señal de taxis.

—Solo dice que esta es una parada de taxis. Y esto de aquí abajo es un número de teléfono que facilitan para solicitar uno.

—Bien, ¿te importaría llamar por mí? No sé japonés y dudo que me entiendan en mi idioma o en cualquiera de los que hablo. Necesito pillar un taxi... Me he quedado sin batería y no me puedo comunicar con mi chófer personal. Soy Katarina, por cierto. —Me tendió la mano y yo se la estreché.

—Yo Aki. Claro, llamaré desde mi móvil —dije mientras lo sacaba del bolsillo—. ¿Dónde vas?

—Al aeropuerto.

—Pues qué casualidad, vamos al mismo sitio.



CAPÍTULO 56

¿Casualidad o destino?

Erik

Aún no me puedo creer que, en el escaso tiempo que lleva Aki fuera de la isla, haya encontrado a una chica que nos lleve a Nueva York en un maldito avión privado. Pero así es mi novio y, aparte de renunciar a su inmortalidad por acompañarme en mi duelo, ha conseguido hacer buenas migas con una empresaria multimillonaria que nos deja hueco en su *jet* a los chicos y a mí. Gracias a eso, nos vamos a ahorrar cinco largas horas de escala.

Estoy roto por lo de Laura, pero tener a Aki aquí sentado junto a mí me aporta la fuerza que necesito. He dejado de llorar desde que salí de Rakuen, pero estoy tan inestable y sensible que cualquier cosa hace que se me empañen los ojos, así que intento no pensar en nada mientras me concentro en el capítulo de *Friends* que se reproduce frente a mí y me funciona durante unos minutos. Luego, mi mente vuelve otra vez a lo mismo. Cuando ya creía que había pasado todo, la vida me la vuelve a jugar una vez más. Y no sé cómo lo voy a afrontar esta vez, pero está claro que ella no hubiera querido verme mal. Tengo que seguir adelante, tengo que hacerlo por ella y por Linda. Porque si Laura no cambió nada antes de morir, ahora seré el tutor de esa niña o, al menos, así lo firmamos cuando Linda nació. Se me parte el corazón al pensar que mi pequeña princesa ya no tendrá a su madre. Mierda, se me están saltando las lágrimas de nuevo. No quiero llorar más, no aquí. Aki se da cuenta y estira su mano hasta colocarla en mi nuca. Enreda los dedos en mi pelo de esa forma tan cariñosa que me reconforta al instante. No dice nada. ¿Qué va a decir? No hay palabras que puedan consolarme. Con su compañía me basta y, porque no quiero preocuparlo más de la cuenta, lo miro y le regalo una sonrisa que calculo que será triste, pero que sirve para que él me sonría de vuelta y me bese la mejilla.

Katarina, que así se llama la mujer que nos ha acogido en su avión privado, se acerca a nosotros con una baraja de cartas en las manos y se sienta en el sillón de enfrente. Como es giratorio, se da la vuelta hasta quedar cara a cara con Aki y conmigo.

No estoy de humor para jugar a las cartas ahora. Sé que ella solo tendrá una buena intención y pretenderá que el viaje se nos haga más rápido con una partida de naipes, pero es lo que menos me apetece ahora mismo.

—¿Sabes? Cuando te he visto, he pensado que me sonabas de algo, y acabo de caer que eres ese bailarín. El de *The dancer*.

Noto que Aki se tensa a mi lado y le hago un gesto con la cara para que se relaje. Ya no me importa que me reconozcan.

—Sí, el mismo.

—Tranquilo, no soy una fan ni tengo intención de molestarte con preguntas impertinentes.

—Te lo agradezco

Sonríe de forma escueta y hace un gesto con la mano para quitarle importancia.

—¿Sabes? Soy de esas personas que creen firmemente en el destino. Creo que todo en esta vida pasa porque tiene que pasar. Cada bache del camino es un impulso para coger fuerzas, y creo que esta es una de esas situaciones peculiares en las que el destino intenta decirnos algo. Normalmente no voy por ahí echando las cartas a todo el que me encuentro, pero me da a mí que esta vez puede aportarte algo. Por eso, si tengo tu permiso... —Me sorprende cuando me enseña la baraja de cartas que tiene en las manos. No son unos simples naipes, sino unas cartas del tarot—. ¿Puedo echar un vistazo?

—Hace un año te hubiera dicho que no creo en este tipo de cosas, pero hoy en día... —Mis ojos se dirigen a Aki sin que lo pueda evitar—. Ya no me cierro a nada... Adelante, tienes mi permiso.

—¿Eres bruja o algo? —pregunta Aki confundido.

Katarina deja escapar una risa suave.

—Digamos que por las mañanas dirijo una empresa multinacional de automóviles y por las noches soy una sierva del diablo —bromea y nos guiña un ojo—. Esto solo es una pequeña afición, lo hago desde siempre.

Después de eso, me pregunta mi nombre y mi fecha de nacimiento y, a continuación, empieza a colocar cartas sobre la mesa que hay entre nosotros. Son unas cartas muy bonitas, se ven que están muy usadas, pero se aprecian algunos brillos dorados en ellas.

—Vaya..., eso explica la mala energía...

—¿Qué pasa? —la voz de Aki suena preocupada. Mierda, quizás le debería haber dicho que no a esta tontería.

—Veo que una persona importante para ti acaba de fallecer. Una mujer.

Miro a Aki automáticamente, no sé lo que él le habrá contado. Pero me dice que no con la cabeza. Trago saliva, vuelvo a mirarla a ella y dejo que siga antes de confirmarle nada.

—Veo también que vendrán dificultades, algo sobre una niña pequeña y que tendréis que tomar decisiones importantes entre los dos. Será una etapa dura, pero, si os mantenéis juntos, todo pasará. Tienes aquí el sol. —Señala una carta en la que aparece el astro nombrado y sonrío al mirarme—. El sol es la mejor carta de todo el tarot. El sol trae solo buenos presagios y felicidad. Así que lo pasaréis mal un tiempo, pero, si os mantenéis juntos, lo superaréis bien y solo os quedarán cosas buenas. Sé que no es mucho lo que os digo, pero es una esperanza a la que aferraros.

—Menos mal, porque parece que al destino le gusta torturarme, es un alivio escuchar que ya se ha cansado —digo con una risa irónica carente de gracia.

Es que, ¿qué más cosas tengo que aguantar en esta vida? ¿Quedarme en bancarrota? ¿Que vengan los extraterrestres y se lleven a mi novio? ¿Que me salga un orzuelo en el ojo? Por favor, que pare ya esta puta mierda porque me estoy hartando de ser fuerte.

—Sé que ahora mismo debes de estar viéndolo todo negro. Lo sé, porque he perdido a mucha gente a lo largo de mi vida. No te voy a decir que el tiempo lo cura todo, porque no es así. Pero aprendes a llevarlo. Una de las cosas que me ayudan a mí es saber que me volveré a encontrar con ellos. —La miro extrañado. Lo normal sería pensar que esta mujer está loca, pero tiene un aura misteriosa y habla con tanta seguridad que no me cuesta creerme sus palabras—. Quizás te parezca una locura, pero estoy convencida de que las almas gemelas existen. Y no solo hablo de amor, también de amistad, familia... Cuando reencarnamos, volvemos a encontrarnos de nuevo con todas esas personas importantes. A mí, saber que no se han ido por completo, me da paz. —

Lo que dice, aunque parezca una tontería, me reconforta un poco—. Bueno, os dejo descansar. Cualquier cosa que necesitéis, solo tenéis que pedirlo. —Se levanta, me da un apretón en el hombro y se gira para volver a su sitio.

—Katarina —la llamo.

—¿Sí?

—Gracias.

—A tu chico. Sin él, todavía estaría maldiciendo en Kanazawa.



CAPÍTULO 57

Llevaba dos semanas en Nueva York y no lograba acostumbrarme a esa ciudad. Nos estábamos quedando en el piso de Erik, que estaba situado en el barrio de Brooklyn Heights. Al parecer, era una de las zonas más caras de la ciudad. Era bonita, pero había demasiada gente, mucho ruido y todo costaba un riñón.

Ese día bajé al supermercado con Linda, quería comprar algo para hacer una cena rica para Erik. Mi chico estaba pasando por mucho estrés y apenas comía últimamente. Se había encargado de todo lo referente a la muerte de Laura. Por suerte, su hermano, mi futuro cuñado, lo había ayudado con las gestiones, pero estaba agotado a nivel emocional.

Me partía el corazón verlo así. Para colmo, al morir su amiga, Linda había quedado a cargo de Erik, pero los servicios sociales no hacían más que poner pegas para concederle la custodia definitiva. Decían que, debido a su discapacidad, tendrían que evaluar la situación antes de tomar una decisión definitiva. Así que una trabajadora social nos hacía una visita de vez en cuando, sin avisar antes. Y Erik tenía que someterse a un examen psicológico para ver que estaba sano a nivel mental. De hecho, en ese momento, se encontraba en la consulta del terapeuta que le habían asignado. Era muy jodida toda la situación. Erik no había tenido tiempo ni de llorar a Laura con calma y ya estaba luchando por la custodia de la niña.

Sentía impotencia por no poder ayudarlo más, pero toda esa situación se escapaba de mi control. Lo único que podía hacer era darle mi apoyo, quererlo y cocinarle cosas que le gustaran para que comiera algo.

Noté como Linda me tiraba de la mano que me tenía agarrada y me paré a observarla. Se había quedado mirando el brócoli en la sección de verduras. Cogió uno con su manita y me lo mostro.

—Tío Aki, ¿compramos brócoli para la cena?

—Claro. ¿Te gusta mucho el brócoli? —Cogí la hortaliza que me tendía la pequeña y la eché en la cesta.

—No, no me gusta nada. Sabe muy mal. —Hizo una mueca arrugando la nariz que me sacó la sonrisa.

—Entonces, ¿por qué quieres cenar brócoli?

—Es que a mami le gusta que coma brócoli. Si me ve desde el cielo, a lo mejor vuelve porque me estoy portando bien.

Se me empañaron los ojos y el esfuerzo que tuve que hacer para no ponerme a llorar fue sobrehumano. Me mordí el labio con fuerza y me puse en cuclillas frente a ella para estar a su altura. Le acaricié la carita y le metí un mechón de pelo rebelde tras la oreja mientras me preparaba mentalmente para tener otra de esas conversaciones difíciles con la pequeña. Una de

esas que un niño no debería tener que oír nunca.

—Cariño, mami no volverá, porque las personas que van al cielo no pueden regresar. Pero no se fue porque te portaras mal. Si eres la niña más buena del planeta. —Limpié con mis manos sus mejillas que se empezaban a llenar de lágrimas—. Te lo digo yo, que he conocido muchos niños, y tú eres la más buena que he visto nunca. Mami no quería irse porque te quería muchísimo, Linda. Más que nada en el mundo. Pero, a veces, las cosas suceden y no podemos evitarlas. A veces, las personas tienen que irse antes de lo que quisiéramos.

Me miró con la barbilla arrugada y los ojos más tristes que había visto en mi vida y asintió levemente como si estuviera procesando mis palabras.

—¿Y por qué no podemos ir a verla nosotros? —preguntó con voz temblorosa.

—Porque es un sitio muy especial donde van las personas cuando ya no están aquí en la tierra. No podemos ir a visitarlas allí, pero siempre podemos recordarlas y amarlas en nuestro corazón. Y ¿sabes qué? —Negó con la cabeza y me miró con esperanza—. Ella, aunque no la veas, siempre estará contigo, velando por ti.

Asintió mientras se limpiaba los mocos en la manga de su camiseta.

Sé que lo que le dije era un poco abstracto y edulcorado, pero cómo explicarle a un niño algo que ni siquiera terminamos de entender los adultos.

—Creo que vamos a tener que comprar también pañuelos de papel —bromeé.

—Tío Aki, ¿puedo quedarme con el tío Erik y contigo?

—Claro que sí, nosotros estaremos ahí y nos tendrás para lo que necesites porque te queremos mucho mucho mucho —dije mientras acercaba la mano a su tripa y le hacía cosquillas.

Ella sonrió por fin.

—Vale. —Asintió con la cabeza y yo la imité.

—¿Me das un abrazo? —le pedí, no sé si fue más por mí que por ella, porque me estaba muriendo de tristeza.

Linda asintió de nuevo y se abrazó a mi cuello. Yo la estreché contra mi pecho y besé sus rizos dorados mientras aspiraba el olor a albaricoques de su pelo.

—Cuidaremos de ti y no dejaremos que te pase nada.

Y eso pensaba hacer. Protegería a esa niña con mi vida y lucharía con Erik por su custodia, porque Linda ya se me había metido bajo la piel y se había hecho con un hueco enorme de mi corazón.

Nos separamos del abrazo y ella volvió a limpiarse los mocos en la manga. Tenía que comprar esos pañuelos urgentemente.

—Tío Aki, ya no quiero cenar brócoli.

—Vale, cenaremos lo que tú quieras, pero me tienes que ayudar a buscar una cosa para darle una sorpresa al tío Erik.

Linda me miró con ilusión y asintió.

—Vale, ¿el qué?

—Fresas y arándanos. Tenemos que comprar fresas y arándanos.

Dobló la boca en un gesto de resignación y se encogió de hombros.

—Bueno, vale. Aunque yo creo que le haría más ilusión un poni. Porque los ponis pueden subir escalones y su silla, aunque es muy chula, no puede.

Me sacó una carcajada.

—Pues se lo tendremos que comentar.



CAPÍTULO 58

Erik

—¿Ves? Así voy a terminar yo como sigas preparando esas cenas. Y, al final, ni el poni va a poder conmigo. —Hago un comentario en referencia a los humanos de la película WALL-E que estamos viendo, para picar a Aki y hacer reír a Linda.

Mi chico está últimamente un poco insistente en que coma más. Y esta noche se ha esforzado un montón con la cena. Ha hecho musaka, uno de mis platos favoritos, y a Linda le ha preparado uno de esos platos japoneses en el que toda la comida tiene forma de animalitos monos. Le ha hecho un osito de arroz dormido, tapado con una especie de tortilla. Se notaba que era la primera vez que lo hacía porque le ha salido regular. Pero a la niña le ha gustado y eso es lo importante. Porque menudo bajón me ha dado cuando Aki me ha contado lo del brócoli. Lo que sea por ver a la pequeña sonreír.

En fin, Aki está haciendo todo lo posible y yo se lo agradezco en el alma. Pero no seríamos nosotros si no nos picamos de vez en cuando. Lo miro cuando no recibo respuesta por su parte y veo que se han dormido en el sofá. Él aún sentado con la cabeza apoyada en el respaldo y la boca abierta, y Linda acurrucada en su costado dejando una mancha de babas en su camiseta. Sonrío por la ternura que me provoca la escena. No es la primera vez que pasa y me pregunto si a partir de ahora será así todas las noches.

Otro cambio brusco en mi vida.

De soltero solitario a padre de familia, joder... Me da un poco de vértigo, sobre todo el no ser capaz de ser un buen padre para ella. Pero soy su mejor opción. No tiene familia aparte de su abuelo paterno, que se desentendió de Laura cuando quedó embarazada. No la voy a dejar con él, estoy decidido a hacer todo lo posible para que se quede conmigo. Laura así lo quiso y así lo haré. Daré lo mejor de mí para cuidar a su pequeña y para que nunca le falte amor.

Mierda, ya me estoy emocionando otra vez.

Me seco las lágrimas antes de que salgan, no hay tiempo para eso, toca ser fuerte. Me deleito un rato mientras miro a los dos dormilones. Hace dos semanas, quien se acurrucaba al lado de mi novio era yo y, ahora, esa mocosa me ha quitado el sitio. Supongo que eso será otra cosa a la que me tendré que acostumbrar, a compartir la atención de Aki. La sonrisa me sale sola porque me gusta que se lleven bien. No podría tener mejor compañero que él.

Me da por pensar en lo que dijo la pitonisa del *jet* privado. Eso de que todo lo que ocurre es por alguna razón. Si echo la vista atrás, veo que, de cada bache de mi vida, saqué algo bueno. Cuando era pequeño, observé que, cada vez que bailaba, mi madre, con depresión crónica, sonreía. Cuando ella murió, yo seguí bailando para que ella siguiera sonriendo desde aquel lugar donde estuviera. Así fue como descubrí mi pasión por la danza y entré en mi primera academia

de *ballet*. El siguiente bache fue quedarme tetraplégico. Eso me cambió totalmente la perspectiva de vida, me enseñó a ser mejor persona y me llevó a esa isla donde conocí al amor de mi vida. Y ahora lo de Laura... Siento que con esto también creceré como persona... Ya lo estoy haciendo. Y no es que me alegre de que todas estas desgracias me hayan pasado, por supuesto que no. Pero tengo que poner el foco en lo positivo, si no, acabaría como mi madre, con depresión... Prefiriendo la muerte a la vida...

Suspiro y apago la televisión. Alargo el brazo y le doy unos toquecitos suaves en el hombro a mi pelirrojo.

—Aki... —susurro.

Él pestañea confuso antes de abrir los ojos por completo y dirigirme la mirada. Me sonrío y automáticamente le sonrío de vuelta.

—Me he dormido —dice en tono bajo resaltando lo obvio.

—Ajá, te has dormido. Y Linda también. ¿La acuestas en su habitación y me acompañas a la cama?

—Por supuesto.

Se levanta del sofá con la niña en brazos y la lleva hasta la habitación de invitados. Los sigo y los observo desde la puerta. La mete en una cama de matrimonio demasiado grande para ella. Eso es otra de las cosas que tendré que cambiar. Esta casa no está preparada para los tres. Linda necesita un cuarto con un ambiente infantil y nosotros necesitamos una cama más grande. La que tengo ahora se nos queda un poco pequeña. Es del principio de quedarme tetraplégico. Me la compró mi hermano porque necesitaba, (y necesito) una cama especial, y por supuesto, no la compró doble. No es de las pequeñas del todo, pero tampoco como para dormir cómodas dos personas. Así que Aki duerme con la niña la mayoría de las noches. Es una mierda. Mañana sin falta compraré una por internet. Jiro y Mattie se están quedando en el apartamento de enfrente, que es propiedad de mi hermano y apenas lo usa. Por suerte, están dispuestos a quedarse aquí una temporada, pero es solo una solución a corto plazo, tarde o temprano tendrán que volver a Paradise Island.

—¿Qué te pasa? —Aki me saca de mis pensamientos. Ya ha acostado a la niña y le cierra la puerta hasta dejarla encajada.

—Nada... Estaba pensando que mañana compraré una cama para que podamos dormir juntos.

—¡Oh, sí! Necesito poder acurrucarme contigo sin que me salga una hernia en la espalda. Este cuerpo de humano es muy quisquilloso —bromea mientras vamos a la habitación.

Nos lavamos los dientes, nos ponemos el pijama, me ayuda a meterme en la cama y se tumba conmigo. Ambos estamos de lado cara a cara, muy cerca el uno del otro. Siento como se me erizan los vellos de la nuca cuando Aki me acaricia el cuello.

—¿Te gusta Nueva York? —le pregunto, aunque ya sé la respuesta de antemano.

—Sí, está bien, es bonito.

—Ya... ese «es bonito» suena igual que cuando te pregunté si te gustaba la habitación de invitados.

Se ríe enseñando los dientes.

—Es solo que el contraste con Rakuen es demasiado grande. Pero me acostumbraré. Mi hogar está donde estés tú.

—No quiero que te acostumbres. Quiero volver a nuestra casa del río en cuanto consiga la tutela definitiva de Linda. ¿Te parece bien? ¿Crees que es buena idea?

Su sonrisa se hace más grande y sus ojos se vuelven apenas un par de líneas.

—Me parece que es lo mejor para los tres. Rakuen es un lugar estupendo para criar a un niño.

—Se acerca a mí, me besa la punta de la nariz y yo le atrapo los labios en un mordisco.

Gime en mi boca y me devuelve el beso con cariño. Nos quedamos abrazados unos minutos en silencio, mientras disfrutamos de la compañía del otro. Lo quiero demasiado.

—Ojalá se solucione pronto toda esta mierda.

Aki me acaricia el pelo y me pega más a él.

—Se solucionará —me susurra.

—¿Cómo estás tan seguro? —lo miro. En sus ojos un brillo divertido que me hace sospechar.

—Porque lo dijo Katarina. Te salió el sol en las cartas y el sol siempre es bueno.

—Ya... Confías mucho en una desconocida.

—Hazme caso, tengo una intuición, y si no confías en ella, confía en mí.



CAPÍTULO 59

Erik

A la mañana siguiente, después de que Jiro me ayude a prepararme, voy a la cocina para desayunar algo antes de empezar con el entrenamiento. En cuanto llego, veo a Aki como aquella vez, bailando al ritmo de Bob Marley, mientras hace el desayuno de espaldas a mí. Sonrío y me deleito con la escena antes de interrumpirlo. Hoy me había levantado con una nube negra en la cabeza, pero es verlo a él con esa actitud y es como si saliese el sol. Creo que el sol ese que salía en las cartas de la bruja era él. Él es quien ilumina mis días por muy grises que sean.

—¿Vas a dejar de mirarme el culo, bombón? —dice sin girarse.

Me río.

—Obviamente no, lo haces adrede. Esos pantalones desafiando la ley de la gravedad me hipnotizan —bromeo... a medias.

Por fin se da la vuelta y me mira. Vuelve a salir el sol en su sonrisa. Se acerca a mí y me besa. Veo como le hace un gesto con la cabeza a Jiro que se ha quedado un poco rezagado, pero que aparece al fin por la cocina.

—Chicos, voy a mi apartamento un momento, ahora vengo para la rehabilitación.

—Vale, Jiro, sin problema —contesta Aki y me extraña que no lo invite a que se quede a desayunar con nosotros.

Es más... ¿Dónde está Mat? Lo normal es que él también se acople. Y no lo culpo, yo también haría lo mismo si estuviera en su lugar. Aki tiene un don para la cocina y hace de sobra para todos sin que se lo pidamos. Lo miro con curiosidad.

—¿Y Linda? —pregunto.

—He ido a verla hace un momento. Estaba durmiendo todavía y no he querido despertarla. Es domingo y es temprano. —Asiento de acuerdo con él—. Vamos, ven a la mesa, hoy te he preparado un desayuno especial.

—¡Uh! Bailecito sexi, desayuno especial... ¿Qué pasa hoy? ¿Por qué estas tan contento?

—Porque te quiero —lo suelta así, tan natural como quien habla del clima, sin ser consciente de lo que esas dos palabras me hacen sentir por dentro.

Sonrío, seguramente, como el tonto enamorado que soy. Hago caso de sus insistencias y voy a la mesa del comedor. Él va a la cocina y, al rato, vuelve con una bandeja de esas redondas plateadas en la mano que no sabía que tenía. Encima de ella porta un batido de frutas de los que él hace, adornado con un montón de parafernalia que más de uno se moriría por fotografiar y subir a Instagram.

Se sienta frente a mí y me mira con atención mientras deja caer la cabeza en su mano. En sus labios hay un amago de sonrisa que no sé descifrar y en sus ojos, un brillo divertido.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? ¿Tú no desayunas?

—Anda, pruébalo. —Me hace un gesto con la cabeza—. Ese batido es la solución a la mayoría de nuestros problemas.

Frunzo el ceño confuso... Que sí, que Aki tiene un don con la cocina, pero de ahí a solucionar los problemas con un batido... No le pregunto más y me acerco al vaso casi con miedo. Me meto la pajita en la boca y doy un sorbo. En cuanto el líquido roza mis labios ya sé que batido es. Mi preferido, ese de fresas y arándanos que me hizo una vez, es... Un *cásate conmigo*.



Y de pronto lo entiendo.

Él debe de haberse dado cuenta por mi mirada porque sonrío nervioso y retuerce una servilleta en sus manos.

—¿Qué dices? —me pregunta.

—¿Me estás pidiendo matrimonio?

—Sí, joder, sí. Temía que no lo pillaras porque la fruta es congelada, es muy difícil encontrar fresas y arándanos en otoño en Nueva York. Pero sí, es eso. ¿Qué dices? Sé que lo normal es pedirlo con un anillo, pero...

—Aki, relájate —me río, nunca lo había visto tan nervioso—. ¿Me lo estás diciendo en serio? No llevamos saliendo ni seis meses...

—Suficiente para saber que quiero pasar contigo el resto de mi vida —me interrumpe.

La seguridad en su mirada hace que el corazón me dé un cuádruple salto mortal y que se me cierre la garganta. Trago saliva como puedo para deshacer el nudo de emociones que no me deja hablar. Cuando voy a abrir la boca para decir algo, él me interrumpe de nuevo.

—Vale, soy consciente de que es un poco precipitado, te doy la razón. Pero es que, si nos casamos y formamos una familia, los de los servicios sociales no tendrán más excusas que poner para no concederte la custodia de Linda. Tienes dinero de sobra, estás más sano mentalmente que la mayoría de los estadounidenses, tienes educación y amor a raudales que dar. La única pega es que no tienes piernas funcionales. Pues cástate conmigo, Erik, y yo seré tus piernas, tus manos, tu apoyo y lo que haga falta. Pateémosles el culo a los del gobierno.

Se me escapa una risa o un sollozo, no sé muy bien lo que es. Porque estoy riendo de alegría al mismo tiempo que lloro de emoción. Es imposible que este hombre pueda ser más bonito.

—Vale —susurro y él rodea la mesa y se acerca a mí.

—¿Sí? —me pregunta mientras me sujeta la cara con sus manos. Su mirada vidriosa clavada en la mía.

—¡Sí, joder! Casémonos y que le den a todo el mundo.

Aki suelta una carcajada que me retumba en el pecho, y me abraza fuerte. Luego se separa de mí, lo justo para llenarme la cara de besos. Lo agarro de la nuca y besos sus labios con todas y cada una de las partes de mi ser. Y sonrío, sonrío en su boca.

—Sabes que no va a ser tan rápido, ¿verdad? Nos van a pedir papeleo y, al ser tú de otro país, se complicará todo.

—Pues nos casamos en Las Vegas si hace falta. Pero nos casamos. No quiero más otoños tristes, Erik. No más. Ni para mí, ni para ti, ni para nadie de nuestra familia.

Asiento y lo vuelvo a besar.

—Pues hagamos que este sea el último.

—El último otoño triste. Me parece bien.

Epílogo 1

Tres meses después

Después de tanto tiempo, vuelvo a estar en la cabaña con mis hermanos. Es invierno, Fuyu está en todo su esplendor y hace un frío que pela.

Nos hemos reunido aquí como solíamos hacer siempre para hablar de nuestras cosas. Erik y Linda se han quedado en la casa del río mientras yo me pongo al día con ellos.

—¡Jo! ¡Que envidia me das! —Haru me agarra la mano y mira mi alianza—. Has salido de la isla, has estado viviendo más de tres meses en Nueva York y, para colmo, te has casado en Las Vegas. ¡En Las Vegas! Jooo, cómo me hubiera gustado ir —gimotea.

—Pero si ya asististe por videollamada —le recuerdo.

—Sí, pero no es lo mismo —bufa.

—Entonces, ¿habéis venido para quedaros? —pregunta Fuyu.

—Sí, nos quedamos. Nos hemos estado informando y vamos a inscribir a Linda en el mismo colegio que Derek. Jackie dice que su hijo se adaptó bien y que dan clases en los dos idiomas.

—Con el por culo que diste con que te querías ir de Rakuen y mira... Ahora que puedes vivir donde te de la puta gana, vuelves a la isla a seguir dando por culo —bromea Natsu. Se está haciendo el duro, como siempre hace. Por el abrazo que me dio al verme, sé que me ha echado de menos.

—El problema no era la isla, como ya me dijiste aquella vez, esto es un paraíso. Créeme, he vivido en Nueva York y no quieres cambiarlo por esto. El problema era el no ser libre, el estar atado a ella.

—Vale, lo pillo, estás encantado con ser un humanucho de tres al cuarto —se cachondea—. Pero ¿no lo echas de menos? No sé, solo de pensar que me quiten el espíritu del león de dentro...

—Del gato montés —lo corregimos los tres a la vez y nos reímos cuando Natsu nos gruñe en respuesta.

—En fin, que eso... ¿No te sientes vacío? ¿No sientes que te falta algo?

Miro a Natsu y lo medito un momento.

—¿Faltarme algo? No, no sé. Es diferente. No te voy a mentir y decir que no echo de menos tener las ventajas que teníamos. El estar conectado a la naturaleza, el entender a los animales, el sentirlos en todo momento... Sí, a veces lo echo de menos, pero no es como si me faltase algo, de hecho, he ganado otras cosas a cambio y hacía tiempo que no era tan feliz. Diría que es cuestión de prioridades. Para mí, había llegado el momento de dar el paso porque no era capaz de avanzar manteniendo mis cadenas. No me arrepiento de lo que he hecho, ya no soy inmortal, pero prefiero tener una vida más corta e intensa que una eterna y plana. No os digo que hagáis lo mismo que yo. Cada uno de nosotros es diferente y necesita distintas cosas, pero no tengáis

miedo. Si queréis hacerlo, hacedlo.

—¡Ah! Me estás dando ganas de hacerle una visita a la Diosa para que me deje libre —dice Haru—. Yo también quiero un romance de película y casarme en Las Vegas, en París... o donde haga falta.

—Tú estás bien cómo estás —protesta Fuyu—. ¡Aki, no le metas ideas raras en la cabeza! ¿No lo conoces? —me gruñe.

—Pero si no he dicho nada —me defiendo.

—¿Que no? Si parece que estas dando una de esas charlas motivacionales de YouTube —me señala amenazante con un dedo al mismo tiempo que con la otra mano agarra el jersey de Haru como si fuera a escaparse.

Rompemos a reír y Fuyu se cabrea aún más.

—¡Las cosas están bien como están! ¿Me habéis oído?

—Tío, es que es verdad, estabas supermotivado dando el discurso —se ríe Natsu—. Hasta a mí me han dado ganas de hacerle una visita a Yamanba.

Todos miramos a Fuyu esperando que vuelva a protestar. Nos devuelve la mirada, se cruza de brazos y dice:

—Tú puedes irte donde te dé la gana.

Las carcajadas vuelven a inundar la cabaña.

—¡Qué cabrón! ¡Qué ganas tienes de quitarme de en medio! —Natsu se sienta junto a él y le rodea los hombros con un brazo—. Todavía te queda mucho por aguantarme, tempanito.

Más risas. Joder, a ellos sí que los había echado de menos.

Epílogo 2

Un año y diez meses después

—¡Corre, paki, que ya va a empezar! —me grita Linda desde el salón.

Sí, ahora me dice paki, un apodo que le enseñó Natsu para cachondearse de mí a costa de la niña. Es una mezcla entre papá y Aki y, por muy ridículo que suene, a mí me encanta.

—¡Voy! —le respondo.

—¡Corre, que ya va a salir el papi en la tele!

Echo las castañas asadas en un bol y me doy prisa para llegar al salón. Los veo a los dos en el sofá. Erik sentado en la cheslón donde lo dejé y Linda dando saltos a su alrededor nerviosa. Cuando me ve, da un gritito de alegría y se sienta al lado de su padre, en el hueco pequeño que hay entre él y el reposabrazos.

—¿Eso que huelo son castañas? —me pregunta Erik.

—Un otoño sin castañas asadas es como un mar sin peces, un jardín sin flores y una casa sin ti —bromeo—. ¿Quieres?

Sonríe con la cursilería que he dicho.

—No sé, ¿me la pelas? —Me mira apretando los labios para no reírse.

—Yo te pelo lo que haga falta.

—Pues también es verdad —se ríe.

Me siento a su lado, le quito la cáscara a la primera castaña y se la acerco a la boca. La muerde mientras me mira de una forma que hace que una pequeña corriente me recorra la espalda.

—Yo también quiero, paki. ¡Mira es papi! —Señala la tele.

Miro la pantalla frente a mí y ahí está mi chico. Está haciendo de jurado en un programa de baile que se rodó a principios de año. Lleva una chaqueta de vestir roja que le sienta genial.

—¡Que guapo estabas, bombón!

—El rojo siempre ha sido mi color.

—Lo es.

—El mío es violeta —dice Linda.

—¿El violeta, ya no es el rosa? —le pregunto.

—No, eso es de cuando era pequeña, paki. —Hace un gesto con la mano de persona con veinte años más que ella y me río—. ¡Shh, que habla papi!

Nos quedamos en silencio y observamos como Erik da su valoración al primer participante. Me encanta verlo así, tan seguro de sí mismo y tan profesional. Ya no se esconde como al principio, sino que aprovecha su influencia para mostrarle al mundo que la vida no se acaba por estar sobre una silla de ruedas.

Después de lo que pasamos para que le diesen la custodia de Linda, Erik decidió volver a retomar sus redes sociales para dar visibilidad a personas como él, y apoyarlos en lo que pueda. Cuando lo llamaron del programa, nos alegramos mucho, aunque lo pasamos un poco mal cuando se tuvo que ir de la isla durante cuatro meses. Pero por verlo ahí, ver su sonrisa y la de nuestra hija, merece la pena el sacrificio.

Su libro *Baches en el camino* está teniendo muy buena acogida y yo no puedo estar más orgulloso de él. Sigo animándolo para que escriba otra novela romántica, pero, de momento, está centrado en otras cosas. Me da igual lo que decida hacer o escribir, siempre tendrá mi apoyo.

Lo miro y le beso la mejilla mientras le doy a Linda una castaña sin piel.

—¿Qué? —me pregunta con una mirada risueña.

—Nada.

—Ya...

Vuelvo a coger otra castaña y la pelo con mis manos mientras miro como una pareja baila en la tele. Calabaza viene hacia nosotros, maúlla y se sube al sofá. No entiendo nada de lo que dice, pero tampoco me hace falta. Linda lo coge, se lo pone en el regazo y yo me llevo el fruto seco a la boca.

—¿Sabes qué? Estaba pensando... —Erik me mira y levanta una ceja esperando mi respuesta —. Ahora entiendo por qué el otoño es tu estación favorita.

Suelta una carcajada.

—Claro, es la mejor. No suelo equivocarme en estas cosas.

Antes de irte

¡Espera, espera!

No te vayas, tengo algo que pedirte. Primero de todo, si has llegado hasta aquí, gracias por darle una oportunidad a mi novela. Y segundo, si te ha gustado la historia, no te olvides de dejar tu valoración en Amazon. Las estrellitas son muy importantes para las autoras autopublicadas como yo y tu apoyo nos hace crecer.

Agradecimientos

Bueno, llegamos a esa parte del libro en la que me pongo moñas (más todavía) y nombro a un montón de personas bonitas que me han ayudado en el proceso de esta historia. Espero no olvidarme de nadie. Si es así, no me lo tengáis en cuenta porque en este punto tengo el cerebro un poco frito.

A la primera persona que tengo que mencionar es a **Leti** (@leticiamorgadoart) porque ella es la creadora del personaje de Erik y no dudó en «prestármelo» cuando le pregunté si podía usarlo para esta novela. Además de eso, como la buena artista que es, ha hecho un par de ilustraciones de él que podéis ver en los capítulos 2 y 23. Gracias, nena, ha sido muy emocionante compartir contigo esta experiencia. Ese momento en el que te pasaba un capítulo nuevo y me llegaba tu reacción cual *fangirl* me daba la vida. Sin duda, eres una parte importante de esta historia <3.

A la segunda persona que quiero agradecer es a **Marisa**, @marisasefra, (esto ya va siendo un clásico) no solo por ser mi correctora oficial, sino porque es la que sufre todas mis neuras, dudas y me aconseja con todo el respeto y sinceridad del mundo. Gracias, amiga, por hacer que esto que hago sea un poquito mejor. Confirmamos que *Libra y Cáncer forman un gran equipo*.

No me puede faltar mi **Yas'z** de mi alma porque lleva siendo mi lectora cero desde antes de que supiera qué era una lectora cero y emocionándose con todo lo que escribo desde entonces. Gracias, *mi cielita*, por sacar tiempo de donde sea para leer todo lo que te mando, por escuchar mis audios de rayadas y aconsejarme siempre.

Esta vez, a mis lectoras cero se ha unido **Anita** (@anablanco.escritora) y ha sido todo un descubrimiento. Me encanta cuando internet hace su magia y pone en tu camino personas así de lindas. Prepárate, Ana, porque no te voy a soltar. Gracias por tu dedicación, tus consejos y por subirme la moral. En breve estaré dándote el coñazo con Natsu.

Otra persona con la que ha sido un gusto contar como cero ha sido **Irene** (@ladyromanticbook). Gracias por querer sumarte desde el principio, por esos audios que me sacaban la sonrisa y por tu apoyo. Siento que el final no haya sido el que te esperabas, pero me alegro mucho de que te haya gustado este también.

Y para terminar con mis lectoras cero, no puede faltarme **Lola** (@siempreleyendoydesconectando) que se está convirtiendo en una de mis veteranas y es un placer poder contar con ella. Gracias de corazón por subirme la moral como solo tú sabes, por leerlo tan rápido, por comentar conforme lo hacía y por tu apoyo en redes sociales.

Quiero agradecerle también a **Mariló**, que no es mi lectora cero, pero porque no le da la vida. Aun así, lo vive conmigo cada vez que le comento avances de los proyectos y me contagia con su ilusión. Gracias, amiga, estoy deseando que acabes esa historia que tienes entre manos y poder tenerla en las mías.

Como siempre tengo que agradecerle a mi familia en general y a **mi madre** en particular porque gracias a ella soy como soy, por apoyarme en todos mis experimentos creativos desde que tengo uso de razón, incluso en este mundillo de las novelas románticas al que ya la he enganchado. Gracias, mami, eres la mejor.

También quiero agradecerle esta vez a mi hermano **Ismael** por hacer el esfuerzo de leer mi novela anterior a pesar de no ser una persona aficionada a la lectura. Gracias por el apoyo, hermano.

Tengo que mencionar también a **Carmen** y agradecerle su apoyo incondicional y toda esa intensidad tan bonita.

No puedo acabar esto sin agradecerle a él, a **Manu**, mi compañero de vida. Esta vez te he puesto el último, pero para que te encuentres rápido. Para variar que, en todo lo demás, eres siempre el primero. Gracias porque contigo todo es mejor.

Y por último, pero no por ello menos importante, **gracias a ti, lector**, por haber apostado por esta novela.

Notas

28. CÁSTATE CONMIGO

1 Expresión en japonés que se traduce como Bienvenido

2 Sufijo honorífico que denota un alto nivel de respeto. Entre otros usos, se suele utilizar acompañando los nombres de los dioses

31. SOL PRIMAVERAL

- 1 Prenda tradicional japonesa que se asemeja a un kimono, pero es más casual y está hecho con tela más fresca.

32. AMIGOS

1 En japonés: Por favor, haz tu mejor esfuerzo.

2 En japonés: Idiota.

48. EL KARAOKE

1 Plato tradicional japonés que consiste en un triángulo de arroz relleno de diferentes cosas.